



barrington j. bayley

EL ALMA DEL ROBOT

Jasperodus es un robot casi humano, hasta el punto que decide emprender un largo viaje por el futuro milenario de la Tierra, y probar que nada lo distingue de los hombres. Jasperodus adopta distintos papeles (de guerrero a estadista) y resuelve de algún modo una extraña paradoja en una de las novelas más intensas que jamás se han escrito.

Lectulandia

Barrington J. Bayley

El alma del robot

ePub r1.0

Rob_Cole 22.08.2017

Título original: *The Soul of the Robot*
Barrington J. Bayley, 1974
Traducción: Arturo Casals
Retoque de cubierta: Rob_Cole

Editor digital: Rob_Cole
ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

Para Mike Moorcock,
«... el campeón eterno».

Al despertar de la preexistencia, Jasperodus se encontró en la oscuridad. Rara vez una criatura consciente habrá actuado con tal deliberación en sus primeros segundos de vida. Pacientemente, Jasperodus permaneció de pie en las profundas tinieblas y pasó revista a la situación valiéndose de los datos depositados en su memoria, parcialmente organizada antes del nacimiento.

Advirtió que estaba solo dentro de un gabinete metálico cerrado. El primer acto inteligente de su existencia fue tantear con la mano derecha hasta encontrar el picaporte de la puerta del gabinete. Se volvió y empujó. Luego salió a examinar la escena que tenía delante.

Un hombre y una mujer de edad, vestidos con batas sucias, lo miraban con timidez.

Permanecían muy juntos, como una pareja envejecida en la mutua compañía. La habitación olía ligeramente a pino, y había bancos y otros muebles de esa madera: sillas, armarios, una mesa y un bastidor de montaje. Encima de ellos, y también en el suelo, en bancos y ganchos, yacía un caótico despliegue de componentes y de las curiosas herramientas de un especialista en electrónica.

Aunque la habitación era sucia y algo destartada, reinaba en ella una atmósfera cálida y acogedora. El desorden era típico de alguien con su propio sentido del método, y Jasperodus ya sabía hasta qué punto el método era eficaz.

Volvió a mirar a los viejos. Ellos, a su vez, ensayaban expresiones que trataban desesperadamente de velar la ansiedad. Eran gente amable e inofensiva, y a los ojos de Jasperodus más bien patética, pues sus ávidas expectativas serían irremediabilmente defraudadas.

—Somos tus padres —dijo la mujer con voz vacilante, esperanzada—. Nosotros te hemos hecho. Eres nuestro hijo.

No hacía falta explicar más, pues Jasperodus conocía la historia: sin hijos y afligidos por esa carencia, ambos habían elegido su propia manera de prolongar sus vidas en un descendiente. Esperaban que Jasperodus les reportara tanta alegría y felicidad como un niño de carne y hueso nacido orgánicamente.

Pero como muchos hijos ingratos, Jasperodus ya había tomado su propia decisión.

Planeaba cosas más interesantes que pasar la vida con ellos. El negro y bronceo Jasperodus, el robot múltiple y macizo que habían creado, rió con aspereza y avanzó con determinación hacia la puerta. La abrió y se marchó. Los abandonó.

Mirando la espalda que se alejaba, el hombre intentó consolar a la mujer apoyándole la mano en el hombro.

—Sabíamos que esto podía ocurrir —le recordó serenamente; era verdad que podían haber construido un vástago imprimiéndole la necesidad de quererlos, pero ambos habían decidido que no era correcto. Hiciera lo que hiciere, tenía que ejercer libremente su voluntad.

Sin embargo, después de tantos y tan prolongados afanes, la angustia de los padres era real. Jasperodus tenía algún conocimiento teórico del mundo, pero ninguna experiencia. Su futuro era tan imprevisible como nulo su pasado.

—¿Qué será de él? —lagrimeó la mujer—. ¿Qué será de él?

El destartado chalet se levantaba en una campiña extensa y solitaria. Jasperodus eligió un rumbo al azar y caminó sin detenerse. Primero atravesó un campo minúsculo que proveía a las ínfimas necesidades de los padres. Dos máquinas agrícolas robot estaban trabajando; una cosechaba granos y hortalizas en abundancia, y la otra cuidaba animales. Más productos de la artesanía de sus padres, pensó Jasperodus. Pero éstas eran máquinas primitivas, construidas para labores específicas. Comparadas con él eran como un insecto primitivo es al hombre.

En cinco minutos cruzó la granja y salió a bosques frondosos y prados montaraces.

Confiado en que la marcha ya le depararía algo más acorde con su incipiente gusto por la aventura, se contentó simplemente con gozar de sus primeras horas en el mundo, admirándose el cuerpo y todas las facultades que le habían dado los padres.

La forma de Jasperodus era la de un apuesto humanoide de metal negro y bronceo.

La superficie exterior, compuesta por placas chatas y suavizadas por ligeras redondeces aspiraba a un efecto francamente metálico. Para aligerar la pesadez de su aspecto lo habían decorado por todas partes con grabados artísticos que parecían jeroglíficos. En conjunto, el cuerpo exudaba fuerza y habilidad.

Como no podía verse la cara tuvo que postergar el momento de conocerla. No podía explorarse libremente los sentidos. Con los ojos recorrió de un extremo al otro el espectro de radiación, mucho más amplio que la octava de luz visible para los seres humanos. El radio auditivo era igualmente extenso. El sentido del olfato, en cambio, aunque eficaz, no era tan penetrante como en muchos hombres y sin duda distaba de poseer la agudeza de ciertos animales. En cuanto al tacto, era absolutamente sutil en lo que concernía a la dinámica, pero Jasperodus más tarde se enteraría que carecía de las deliciosas sensaciones táctiles propias de los seres orgánicos; para él las caricias no significaban nada. La sensación táctil era un campo que su padre no dominaba, y en verdad era el problema más engorroso de toda la robótica.

Su repertorio de conexiones sensoriales culminaba en un soberbio sentido del equilibrio y el movimiento. Jasperodus habría sido un magnífico danzarín, aun cuando pesaba casi un tercio de tonelada.

En conjunto era probablemente uno de los mejores robots que se construiría jamás. Su padre, maestro en el arte de fabricar robots, reunía las condiciones para esa tarea; había aprendido su oficio primero en una fábrica de robots de Tarka, y luego había pasado casi una década creando robots fuera de lo común en las propiedades

del excéntrico conde Viss. Finalmente se había matriculado con el célebre diseñador de robots, Aristos Lyos, para consagrarse a tres años más de estudios específicos, antes de retirarse a este paraje remoto y agradable para crear la obra maestra de su vida. Jasperodus podía imaginar la devoción del viejo, y también la paciencia inagotable de la esposa, que había preparado la mayor parte de los microcircuitos redundantes.

En cuanto a la maquinaria de su cuerpo, todo lo que Jasperodus había examinado hasta el momento era de excelente factura, pero no único. Más misteriosa era la formación de su carácter... Aquí sí que su padre había demostrado originalidad. Habría sido fácil haberle dotado del tipo de personalidad deseada por los padres, pero eso en cambio habría conspirado contra el objetivo de la tarea, consistente en producir una persona nueva y original con sus potencialidades singulares y desconocidas. Y así fue que el padre de Jasperodus dispuso que su carácter cristalizara al azar en el momento de activarlo, bajo un número cuantioso de influencias accidentales, simulando así la combinación aleatoria de los genes y las caprichosas experiencias de la niñez.

En consecuencia Jasperodus vino al mundo como un adulto íntegramente formado, con un bagaje de conocimientos y actitudes ya adoptadas. Claro que estos conocimientos eran dispersos y fragmentarios, como los que se podían obtener leyendo libros o mirando cintas de video. Pero sabía conversar y era habilidoso en el control de muchos tipos de maquinaria.

Sabía además que el planeta Tierra era extenso, variado y hermoso. Desde el colapso del Gobierno de Tergov (ahora generalmente recordado como el Viejo Imperio), hacía unos ochocientos años, no había habido un orden político integral. Durante el caótico Período Oscuro hasta el conocimiento de la geografía del planeta se había vuelto vago. El mundo era un confuso y abigarrado conjunto de estados grandes y pequeños, de reinos, principados, ducados y señoríos. Y aunque se estaba gestando un Nuevo Imperio en el sur de Masadelmundo —el gran continente que comprendía casi toda la superficie seca de la Tierra— que se consideraba a sí mismo el sucesor del viejo, destinado a resucitar sus glorias, las maquinaciones del gran emperador Charrane progresaban muy lentamente. El resto del mundo apenas le prestaba atención.

Jasperodus seguía adelante. Cayó la noche. Conectó la visión infrarroja, dispuesto a seguir caminando hasta el amanecer.

Horas después vio una luz en la distancia. Conectó de nuevo la visión normal y la luz se transformó en un haz intenso que traspasaba la oscuridad y se desplazaba lenta pero obstinadamente por el paisaje, y de vez en cuando desaparecía tras colinas y bosques.

Ansioso de investigar, Jasperodus corrió al trote aplastando malezas y brincando en el terreno accidentado.

Se detuvo en la cima de una elevación. Se hallaba frente a una senda formada por

rieles de acero paralelos. La luz móvil dobló un recodo y se acercó a la hondonada. Le seguía una cadena de luces más pequeñas que destellaban a través de las ventanillas de coches largos y plateados de líneas aerodinámicas y estriadas.

De inmediato reconoció que se trataba de un tren. Pero la velocidad le pareció inusualmente lenta para semejante máquina: apenas treinta kilómetros por hora. De pronto oyó un estrépito entrecortado que venía del tren; primero un estampido prolongado, luego un ruido intermitente. ¿La locomotora? No...

Fuego de ametralladoras.

Jasperodus se deslizó barranca abajo. El coche sin ventanillas que arrastraba el convoy le pasó majestuosamente al lado, y las ruedas rechinaron en los rieles.

Jasperodus localizó una manivela y se encaramó ágilmente sobre la plataforma angosta que rodeaba la coraza de metal.

Avanzó por el pequeño reborde apretándose contra la piel curva y metálica del vehículo, buscando una entrada. Cerca del techo encontró un panel corredizo cuadrangular que tenía un tamaño apropiado. Trepó grácilmente, y descendió al interior iluminado metiendo los pies.

Apareció en un túnel estrecho, de techo curvo. De golpe la ametralladora tableteó otra vez, produciendo una cacofonía violenta y ensordecedora en el espacio cerrado, y Jasperodus se tambaleó cuando las balas le rebotaron en el cuerpo. Luego hubo una pausa.

La enorme ametralladora estaba emplazada en un extremo del largo pasadizo. Detrás se agazapaba un hombre de uniforme azul. A Jasperodus le pareció que custodiaba la puerta de la cabina de mandos. Miró hacia el extremo opuesto del pasadizo, pero estaba desierto. El arma controlaba totalmente el paso; los enemigos del hombre, fueran quienes fueren, estaban obligados a guardar distancia.

El guardia volvió a disparar. Los proyectiles repiquetearon contra la resistente coraza de acero, y Jasperodus enfureció. Avanzó rápidamente contra la marea de balas, balanceándose de un lado al otro en el túnel traqueteante pero acortando la distancia entre él y su atacante. A último momento el hombre abandonó el arma y manoteó la puerta que tenía detrás. Había esperado demasiado. Jasperodus tomó la ametralladora por el cañón humeante y la levantó en el aire, entrechocando las patas del trípode. El guardia lanzó sólo un gruñido cuando el cargador le golpeó sordamente la cabeza.

Jasperodus se detuvo, reflexivo. Miró la sangre que manaba del cráneo aplastado.

Había cometido el primer acto sobre el que tendría que responsabilizarse en este mundo más ancho que se extendía más allá del hogar paterno. Un acto maligno; la amenaza no había sido considerable, pero ese ataque presuntuoso le enardeció. Dejó caer el arma y abrió la puerta de la cabina de control. El tren era totalmente automático, aunque estaba equipado con controles manuales de cancelación. La luz de alarma relampagueaba y el panel de instrumentos indicaba serias averías en el sistema de transmisión. El tren estaba en apuros, y evidentemente se las arreglaba

como podía.

Oyó pasos a su espalda. Jasperodus se volvió y en el vano de la puerta vio una figura sonriente que empuñaba una ametralladora de tipo más portátil. Un recién llegado atisbó por encima del hombro del otro, y al ver a Jasperodus quedó boquiabierto.

Los dos hombres tenían melenas desaliñadas que les colgaban hasta los hombros.

Vestían ropas sueltas de un material sedoso de colores violentos, ceñidas en la cintura y los tobillos, raídas y apelmazadas por el uso excesivo. Cuando el jefe vio a Jasperodus la sonrisa se le congeló en la cara.

—¡Un robot! ¡Un maldito robot! ¡Ahora entiendo! Me preguntaba cómo había destrozado la ametralladora... Me imaginé que habrías entrado por el techo.

Pasó junto a Jasperodus y entró en la cabina. Tocó una perilla tras echar un vistazo al panel de control. El tren frenó pesadamente.

En ese instante Jasperodus advirtió que el segundo hombre le apuntaba un arma al medio del torso. Impaciente, arrancó el arma de las manos del impertinente sujeto, la retorció hasta transformarla en un guiñapo inútil y la arrojó a un rincón. El otro retrocedió asustado.

—¡Calma! —protestó el jefe. Jasperodus se quedó quieto mientras le miraba fijo. El hombre se alejó de él tras echarle una ojeada de disgusto, se inclinó ante el panel y tocó otros controles. El tren empezó a retroceder con un gruñido crujiente. El hombre se irguió y enfrentó a Jasperodus—. ¿Qué estás haciendo aquí? —preguntó sin agresividad—. ¿Por qué mataste al guardia?

—Me estaba disparando.

—¿Quién es tu dueño? ¿Alguno de los pasajeros? ¿O eres parte de la carga?

—Nadie es mi dueño. Soy libre e independiente.

El hombre rió, y la boca se le dilató en una mueca burlona que le consteló la cara de arrugas.

—¡Esto sí que es bueno! —adoptó una expresión especulativa y echó sobre Jasperodus una mirada inquisitiva—. ¿Un robot errante, eh? Nos has hecho un favor, hombre de metal. Creí que nunca eliminaríamos a ese bastardo.

—¿Cómo se averió el tren? —preguntó Jasperodus—. ¿Sois de su custodia?

—¡Ahora sí! —los dos hombres soltaron una carcajada—. Las cosas se complicaron, como de costumbre. El tren siguió andando después que hicimos detonar la carga. Debía detenerlo. Casi no logramos subir —mientras hablaba ojeaba los rieles por una videopantalla—. Me llamo Craish —se presentó—. Mejor que lo sepas, pues tal vez me vas a ver con mucha frecuencia.

Jasperodus no captó el significado de esta observación.

—Asaltantes —dijo con lentitud—. Queréis saquear el tren.

Los hombres rieron de nuevo.

—Tus circuitos lógicos son lentos para arrancar —dijo Craish—, pero finalmente dan con la conclusión atinada.

La excitación se adueñó de Jasperodus. ¡El acicate de la aventura!

Al cabo de un trecho Craish hizo frenar nuevamente el tren. Abrió una portezuela lateral.

Se hablan detenido en un tramo que bordeaba un claro de la nutrida vegetación. Aquí estaban esperando más hombres de la pandilla de Craish. Entre ruidos y gritos se pusieron a descargar el tren; abrieron los vagones de carga y sacaron descuidadamente toda clase de mercaderías. Los que estaban afuera examinaban el botín; arrojaban lo que les interesaba en pequeños vehículos de transporte. El procedimiento era ridículo, pensó Jasperodus; el tren era grande, la totalidad del cargamento debía de ser muy valiosa, pero los bandidos no podrían llevarse más que una porción muy pequeña. La banda estaba mal organizada, o bien tenía razones para imponerse límites.

Craish se volvió a Jasperodus, que todavía observaba desde la plataforma de la cabina de control.

—Ayuda a mis hombres a descargar —ordenó.

La orden fue impartida con un tono tan confiado que resultó obvio que Craish no dudaba de que sería obedecida incondicionalmente. Jasperodus se irritó. ¿Acaso le tomaba por un esclavo? Craish se alejaba como distraído. Jasperodus lo llamó.

—¿Cuál es el destino de este tren?

El otro se detuvo y se volvió.

—El Imperio, eventualmente. Es un tren comercial, despachado por mercaderes del Imperio. Se detiene en las poblaciones del camino para trocar mercaderías — observó al robot de soslayo, intrigado por la pregunta.

—¿Qué harás con el tren? ¿Dejarlo aquí?

—No. Dejaremos que siga de largo, así nunca sabrán dónde lo asaltamos.

Craish se marchó sin más explicaciones. Jasperodus reflexionó. La perspectiva de un viaje al Imperio era incitante, pero el tren, recordó, estaba averiado. De todos modos podría acompañar al tren en su largo y monótono recorrido, si lo deseaba, aunque se encontrarla con la oposición de los bandidos, que indudablemente no querrían dejar escapar a un testigo del asalto. Además, las cosas podían complicarse cuando el tren llegara a la parada siguiente. Dadas las circunstancias, tal vez lo mejor era quedarse con estos rufianes. Como primer contacto con los seres humanos resultaban bastante entretenidos.

De modo que contribuyó con su fuerza sobrehumana a descargar y seleccionar las mercancías. Al fin los camiones quedaron cargados hasta el tope y los bandidos, que sumaban una veintena, parecieron satisfechos. Volvieron a meter en el tren parte de la mercadería descartada; el resto fue amontonado en una pila y tras rociarlo con un líquido inflamable para que encendiera bien le prendieron fuego. Y mientras la enorme hoguera chisporroteaba crispadamente contra el cielo, los asaltantes trajeron otra clase de botín del único vagón de pasajeros: prisioneros, y por lo que pudo ver Jasperodus, todas mujeres, enlazadas por una cuerda que les sujetaba el cuello, que se

sacudían y protestaban. El tren se puso en marcha, cojeando penosamente hacia un remoto destino bajo control automático.

Todos se internaron en el bosque. Los camiones tenían enormes llantas-balón que les permitían rodar sin dificultad en el terreno accidentado, pero casi todos los hombres iban a pie, y también las prisioneras. El bosque se extendía en un suelo rocoso y ondulado por el que caminaron más de una hora. Finalmente llegaron al campamento de la banda: un valle en forma de anfiteatro, con una caverna amplia en un extremo.

La noche era cálida. En instantes encendieron un fuego en el centro del valle, y una luz temblequeante los alumbró. Las mercancías se desparramaron en el suelo cuando tumbaron los camiones de costado; los hombres examinaban el botín como niños con juguetes nuevos; se ponían trajes suntuosos, desenrollaban paños de telas costosas y jugaban con los artefactos nuevos. Jasperodus supuso que más tarde venderían casi todo en las poblaciones vecinas. Pero tal vez no las botellas de licor, esos artículos especialmente valiosos que pasaban de boca en boca y se vaciaban con gran rapidez.

Echando una ojeada al botín, Jasperodus descubrió un objeto de interés inmediato para él: un espejo de mano, incluido entre las cosas de valor a causa de las piedras que le adornaban el marco. Se apresuró a tomarlo y se acercó al fuego; ahora al fin podría verse la cara.

Había temido que el padre le hubiera dado ese rostro grotesco de muchos robots, sin boca ni nariz, o peor, que hubiera cometido el desatino aún más grave de esculpirle un rostro humano. Las facciones que le miraron desde el espejo lo tranquilizaron. Era una cara austera y funcional —y desde luego inmóvil— pero no meramente una máscara. De acuerdo con la concepción general de su cuerpo, consistía principalmente en superficies y rebordes chatos y redondeados que le conferían un aspecto sólido pero extraño. La nariz cuadrangular terminaba en rebordes simples perfectamente adaptados a su función de órgano olfatorio. La boca recta e inmóvil, desde la cual la voz vibrante y bien modulada de Jasperodus brotaba por un parlante oculto, estaba tan bien ubicada entre los planos angulosos de la mandíbula que encajaba naturalmente y sin artificios, al igual que las orejas chatas y cuadradas, que contenían una serie de protuberancias pequeñas que cumplían la misma función que las de la oreja humana; la determinación de la dirección e intensidad del sonido que percibían.

Los ojos relucían con una luz roja y tenue. Finalmente, toda la cara estaba constelada de las mismas volutas intrincadas que le decoraban el resto del cuerpo.

Jasperodus quedó satisfecho. El suyo era un rostro no humano, de robot, pero de algún modo parecía expresar su esencia interior; manifestaba lo que él sentía.

Craish llegó y lo encontró mirándose en el espejo; Levantó una botella y roció de licor el torso de Jasperodus, riendo.

—¿Admirándote, hombre de metal? Lástima que no puedas beber.

Jasperodus bajó el espejo pero no habló.

Craish, sin inmutarse, se le sentó al lado y empujó la botella.

—Sin duda puedes sernos útil —continuó—. Eres fuerte, y las balas no te hacen daño.

Además, parece que eres muy hábil... Tu dueño debe lamentar el haberte perdido. De ahora en adelante te quedarás con nosotros, ¿entiendes?

Hablaba con el mismo tono confiado en que le había ordenado ayudar a descargar el tren. Jasperodus lo ignoró. Cerca, uno de los hombres de Craish había dejado su metralleta y él la recogió para examinarla. Era sencilla pero funcional: sólo un cañón, un mecanismo de repetición, una culata corta y una manivela. Con uno de los tornos del padre de Jasperodus habría fabricado una en menos de una hora. El cargador era esférico; estaba insertado encima de la empuñadura y tenía centenares de vueltas.

—Un artefacto eficaz —comentó, colgándose la correa del arma en el hombro—. Me lo quedaré.

—Eh, dame mi arma, maldito robot —objetó explosivamente el dueño—. ¿Quién te piensas que eres?

Jasperodus le miró fijo.

—¿Quieres hacer algo al respecto?

—¡Un momento! —terció Craish con aspereza—. Si quiero que lleves un arma, yo te lo diré, hombre de metal. Así que deja eso. Quédate aquí sentado y espera tus órdenes.

—Siempre estás dispuesto a dar órdenes —dijo lentamente Jasperodus, volviendo la cabeza maciza.

—Y tú a recibirlas. Eres un robot, ¿no? —Craish frunció el ceño con inquietud—. Una máquina —estaba perplejo; los robots, y en realidad todo el sistema cibernético, tenían una propensión natural a obedecer las órdenes que se les impartiera con firmeza, pero éste demostraba una personalidad inquietante. Desde luego, las máquinas avanzadas tenderían a ser más autosuficientes y por lo tanto poseerían mayor iniciativa individual, pero nunca habría creído que hasta tal punto.

—Oye —gimió el dueño de la metralleta—, este cascajo no nos presta la menor atención. Simplemente nos desafía. Tiene que tener un código-clave, Craish.

Craish chasqueó los dedos.

—Claro. Por supuesto —se volvió a Jasperodus—. ¿Cuál es tu código de órdenes? ¿Cómo te habla tu amo?

Jasperodus apenas entendió a qué se refería.

—No tengo amo —replicó—. No soy una máquina. Soy como vosotros. Soy... original.

Soy un yo.

Craish rió hasta que le lagrimearon los ojos.

—Es desopilante. Quienquiera te haya fabricado debe ser un chiflado para haberte metido eso en el cerebro. De paso..., ¿de dónde vienes? ¿Cuánto hace que andas

suelto?

—Fui activado esta mañana.

—¿Ah, sí? —la cara de Craish se ensombreció—. Bien, como te decía, devuélvele el arma a este hombre.

—¿Crees que podrás quitármela? —preguntó Jasperodus ácidamente.

Craish hizo una pausa.

—No si te opones —dijo lentamente, y reflexionó—. ¿Has pensado quedarte con nosotros?

—Me atenderé a mis propias decisiones.

—De acuerdo —dijo Craish; le hizo una seña al dueño del arma y ambos se levantaron y se marcharon.

Jasperodus se quedó mirando el fuego.

Pronto la diversión entró en una nueva fase. La atención de los bandidos se volvió a las mujeres, que hasta el momento permanecían apiñadas a un costado. Les habían matado a los compañeros en el tren, y se les veía angustiadas y temerosas por los recuerdos de los horrores recientes y la anticipación de los que vendrían. Las arrastraron a la luz de las llamas y las desataron. Las obligaron a bailar, a beber. Luego sus captores, uno por uno, empezaron a acariciarlas, a tirarlas al suelo y desvestirlas. La luz de la hoguera centelleó sobre relucientes cuerpos desnudos, y pronto la escena se transformó en una orgía de violaciones.

Jasperodus observaba todo esto sin ninguna expresión. Escuchaba los sollozos y chillidos de las mujeres, los gruñidos lascivos de los hombres. El goce carnal le era desconocido, y por primera vez se sintió apesadumbrado y decepcionado: la experiencia del placer sexual era algo que los padres no habían podido implantarle. Sí, podía entender hasta cierto punto el placer que los bandidos experimentaban al forzar la voluntad de las mujeres y oír los aullidos y gritos de protesta. Después de todo, la fuerza y la dominación siempre satisfacían. Pero el placer frenético y sensual del deseo encabritado, eso no podía entenderlo.

No era por falta de sensibilidad estética. Sabía muy bien qué era la belleza, pero desafortunadamente para él, eso no le ayudaba nada en el dominio de lo erótico. Las cualidades estéticas de los cuerpos femeninos desnudos que allí veía no excedían, en su opinión, las cualidades estéticas de los cuerpos masculinos desnudos; y sin duda que la pasión sexual que despertaban en esos rufianes era un fenómeno animal muy peculiar que le estaba vedado.

Mientras observaba lo que los hombres hacían con las mujeres, cayó en la cuenta de que no poseía pene ni genitales de ninguna especie. Y sin embargo sus padres lo habían considerado un hijo, no una hija ni una criatura neutra, y su aspecto era estrictamente masculino. Se examinó. Para que la ausencia de genitales masculinos no le diera una apariencia incongruentemente femenina, el padre le había instalado en la entrepierna un bulto alargado, con forma de caja, que producía un indudable efecto de masculinidad; una especie de braguero. Pero al contrario de los bragueros, no

ocultaba pene ni testículos, sino un nudo de circuitos relacionados con el equilibrio de los movimientos, el equivalente de los ganglios espinales humanos.

El insomne Jasperodus pasó la noche observando ese frenesí a la luz del fuego, meditando. Todo el estímulo que pudo obtener de ese espectáculo de violación continua (y más tarde, de resignado abandono por parte de las mujeres) era vicario y abstracto; la observación puramente mental de un placer que, estaba seguro, jamás podría llegar a compartir.

Al alba, mientras el campamento aún dormía el sueño de la embriaguez, Jasperodus se levantó. Desanduvo el camino hasta llegar de nuevo hasta las vías del ferrocarril. Luego se puso en marcha en la misma dirección que tomó el tren averiado, caminando entre los rieles. La metralleta le golpeaba ligeramente el flanco.

El sol se elevó al cenit y lo encontró todavía caminando. Cuando bajó con el atardecer, los parajes silvestres ya eran reemplazados por campos cultivados. Evidentemente la gente del lugar no era rica, por el contrario, vivía estrecheces. Aunque algunas parcelas eran trabajadas por máquinas cibernéticas algo desvencijadas, en otras eran los humanos que guiaban arados y cosechadoras mecánicas, e incluso roturaban la tierra con implementos de tracción a sangre.

Tanto más avanzaba, más ralo se volvía el bosque, hasta que al fin el paisaje fue nada más que tierras de labranza. Los animales de tiro ya habían desaparecido. Las granjas eran mayores y trabajaban sólo máquinas. Los chalets de las granjas más alejadas eran viviendas más amplias; en conjunto, la escena producía una agradable sensación de apacible vida rural.

Jasperodus siguió caminando sin pausa toda la noche y parte del día siguiente. A media mañana llegó a un poblado.

A juzgar por el aspecto era algo antiguo y tal vez se remontaba al Viejo Imperio, pues en los suburbios vio un conjunto de ruinas que juzgó no debían de tener menos de mil años. Pero la configuración actual del poblado tal vez se remontaba a unos cinco siglos atrás; las calles eran angostas, sinuosas e intrincadas. Los edificios, muchos de ellos de madera, se apiñaban apretados y presentaban un aspecto lamentable.

Jasperodus paseó serenamente por las callejuelas agitadas, disfrutando del ajetreo del comercio. Las tiendas de frente abierto estaban llenas de gente atareada que apenas prestaba atención al alto hombre de metal que pasaba. Pero no todos lo ignoraron.

Cuando se acercaba al centro de la ciudad le llamó una voz ronca y perentoria.

—¡Eh, tú...! ¡Robot! ¡Detente!

Se volvió. Se le acercaban cuatro hombres uniformados con túnicas verdes y lustrosas, pantalones con cordeles y chacós verdes coronados por penachos de plumas ondulantes.

Los rostros eran recios, con ojos fríos y habituados a la obediencia de los demás.

—Ningún robot porta armas en Gordona. Entrérganos esa metralleta.

Jasperodus reflexionó un instante y concluyó en la misma decisión que había

tomado en el campamento, pero variada: aunque tuviera el poder para resistirse, aprendería más del mundo si obedecía. Entregó el arma.

Los hombres le cercaron de tal modo que no podía verlos a todos a la vez. E igual que los bandidos, parecía que no le temían pese a los obvios poderes de su persona, que en estatura los superaba por lo menos media cabeza, sino que tomaban su docilidad como un hecho natural. Advirtió además que los peatones daban amplios rodeos para eludir el grupo.

—¿Quién es tu dueño? —preguntó el jefe—. ¿Adónde vas?

—No tengo dueño. Voy adonde me place.

—¿Una máquina suelta, eh? —dijo el hombre, mirándole de arriba abajo—. Y bien diseñada, además. Síguenos.

—¿Por qué? —preguntó Jasperodus.

El hombre lo fulminó con una mirada colérica.

—¿Te permites cuestionar las órdenes de un oficial del rey? ¡Vamos, robot! Andando.

Sin comprender, Jasperodus los acompañó a lo largo de la avenida. Poco después llegaron a un edificio de piedra que sobresalía entre las construcciones más pequeñas y humildes que lo rodeaban. Los guías de Jasperodus lo condujeron adentro, donde detrás de un gran mostrador de madera lustrada esperaban más hombres igualmente ataviados.

—Encontré esta máquina fugitiva en la calle —anunció el captor de Jasperodus.

—Llévalo a una celda y anotadlo en la lista para esta tarde.

Hasta ese momento Jasperodus no había percibido ningún peligro serio.

—¡No soy un prisionero! —exclamó.

El sargento que estaba en el escritorio sopló un silbato. A su llamada dos enormes robots irrumpieron en la sala: masas metálicas enormes y macizas, aún mayores que Jasperodus. Pese a que se movían sin ninguna gracia se le acercaron con experta celeridad y cada uno le aferró un brazo con una fuerza inquebrantable.

La resistencia de Jasperodus fue inútil. Los guardias de metal lo arrastraron hasta un pasadizo de piedra en las honduras del edificio.

—¿Por qué hacéis esto? —gruñó—. ¿Qué delito he cometido?

Pero los guardias no dijeron una palabra. Presumió que se trataba de máquinas de poca inteligencia, sólo aptas para tareas groseras como la que realizaban entonces.

Una puerta se abrió y Jasperodus fue arrojado a una celda pequeña. Al examinar las paredes de piedra se preguntaba si podría destrozar la piedra con el puño.

Lamentablemente, notó que tenía refuerzos de acero. Eso no era todo; los guardias le sujetaron las muñecas con grillos macizos y lo colgaron con gruesas cadenas que pendían del cielo raso de tal modo que los brazos le quedaron encima de la cabeza. Así lo dejaron suspendido en medio de la celda.

Pasó una hora antes que la celda se abriera otra vez. Un hombrecillo pulcro con un fajo de papeles bajo el brazo entró en la celda. El recién venido se sentó en un

rincón, en un taburete, conservándose a prudente distancia del prisionero.

Apoyándose los papeles en la rodilla, sacó un instrumento para escribir.

—Muy bien —empezó cordialmente—, esto no nos llevará más que unos minutos.

—¿Por qué estoy aquí? —preguntó Jasperodus con irritación—. ¿Qué planes tenéis para mí?

El hombre pareció sorprendido de su ignorancia.

—En Gordona no hacemos nada sin atenernos a las normas establecidas —repuso indignado—. La propiedad robot no puede ser encarcelada sin procedimientos legales.

—Tus palabras no tienen sentido para mí —le dijo Jasperodus, exasperado.

—Muy bien. Me explicaré. Como robot fugitivo serás puesto al servicio del rey en la condición de maquinaria esclava, o como lo designa el término legal, sujeción objectual.

Tu caso será presentado al magistrado esta tarde, y yo soy el abogado encargado de exponérselo. Como artefacto autosuficiente se te requerirá que estés presente y tal vez te llamen a responder preguntas que satisfagan al magistrado respecto de su condición errabunda. Tus posibilidades llegan hasta la impugnación de la orden de encarcelamiento.

—¿Y cómo? —preguntó Jasperodus con creciente interés.

—Mencionando a tu propietario anterior. Si reside dentro de los límites del reino podrías apelar para que te devuelvan a él. Eh... ¿Quién es, o era, tu dueño? —la pluma del abogado se acercó al papel.

—No tengo dueño. Y tampoco admito que me conviertan en esclavo.

—¿Con qué fundamento?

Jasperodus entrechocó las cadenas.

—¿A los hombres también los esclavizan?

—Por cierto que no. En ese punto la ley coincide en casi todo el mundo civilizado —el abogado se dejó arrastrar por el entusiasmo de exhibir su erudición, y chasqueó las puntas de los dedos—. Las criaturas conscientes no pueden ser esclavizadas. Las máquinas autosuficientes sí, y de modo invariable. Las que por desidia o desatención de los propietarios hayan escapado de algún modo de la supervisión del amo y vagabundeen al azar pueden ser reclamadas por un tercero como si fueran barcos a la deriva. Tal es la ley. La palabra esclavitud es un vocablo popular, desde luego; no es un término adecuado, pues un robot carece de genuina voluntad y por lo tanto de disposición a la rebeldía, si se lo ajusta debidamente.

Jasperodus habló con una voz hueca y sombría.

—Desde que fui activado todos se obstinan en contemplarme como una cosa, no como una persona. Vuestros procedimientos legales se basan en una premisa errónea: la de que soy un objeto. Por el contrario, tengo conciencia.

El abogado lo miró, estupefacto.

—¿Cómo has dicho?

—Soy una persona auténtica, independiente y consciente.

El otro ensayó una risa extravagante.

—¡Muy extraño! Sin duda que a veces uno se encuentra con robots tan sagaces que juraría que tienen verdadera conciencia. Sin embargo, como es bien sabido...

Jasperodus le interrumpió bruscamente.

—Quiero abogar por mi propia causa. ¿Se le permite a una máquina hablar en su propio nombre?

El abogado asintió, divertido.

—Por cierto. Una máquina puede presentar a la corte todos los hechos relacionados con su caso. Tomaré nota de ello —garrapateó algo en el papel—. Pero en tu lugar, trataría de no decirle al magistrado lo que me acabas de decir. No sería...

—Cuando llegue el momento, yo decidiré.

El abogado desistió con un suspiro.

—Oh, bien. Como digas. El tiempo apremia. ¿Tienes algún número, nombre o marca identificativa?

—Mi nombre es Jasperodus.

—¿Y dices que no tienes propietario?

—En efecto.

—Qué extraño... ¿Puedes darme algunos detalles de tu manufactura?

Jasperodus rió burlescamente.

—¿Y tú, puedes darme los de la tuya?

El abogado se marchó perplejo. Jasperodus esperó impaciente hasta que al fin los guardias-robot regresaron y le quitaron los grillos. Esta vez no intentó resistir. Lo condujeron por escaleras y pasadizos hasta el tribunal, que según atinó a deducir estaba instalado en uno de los humildes edificios contiguos.

Jasperodus hizo una interesada inspección de la sala del tribunal. En un extremo un hombre maduro estaba sentado en una tarima elevada: el magistrado. Delante de él, a izquierda y derecha, los funcionarios de la corte, escribientes y cronistas, ocupaban compartimientos de madera con paneles. Además había sitios destinados a abogados y otras partes significativas. En el otro extremo había hileras de butacas ahora vacías, para las audiencias públicas.

Aún acompañado por los guardias, Jasperodus fue conducido a la barra, un cubículo semejante a una caja que le llegaba a la cintura. Entretanto el pulcro abogado describía con bastante precisión las circunstancias del arresto.

El magistrado asintió lacónicamente.

—¿Algo más?

El abogado agitó las manos en un vago gesto de embarazo.

—Este artefacto ha expresado su intención de hablar por su propia cuenta, señoría —mirando a Jasperodus de soslayo, arqueó las cejas para indicarle que se adelantara.

El argumento de Jasperodus era la simplicidad misma.

—He sido informado que la ley prohíbe esclavizar a los seres conscientes —dijo—. Pues bien, declaro ser consciente y por lo tanto no pasible de sujeción objectual.

Un gesto de fastidio arrugó la cara del magistrado.

—Realmente, Paff —amonestó al abogado—, ¿tienes que molestarme con pantomimas? ¡Qué disparate!

Paff se desentendió encogiendo los hombros.

—Sé que poseo autoconciencia —prosiguió tozudamente Jasperodus—, del mismo modo que vosotros sabéis que la tenéis. No hablo en nombre de otros robots. Pero sometedme a una prueba que demuestre mi autoconciencia o mi falta de ella, y veréis por vosotros mismos.

—¿Prueba? No conozco ninguna prueba. ¿Qué disparate es éste? —irritado y confuso, el magistrado escrutó a los funcionarios que estaban debajo, en busca de consejo.

El consejero técnico, un joven delicado con una túnica de brocado carmesí, se puso de pie.

—Con el permiso de usted, señoría, no existe semejante prueba. Toda facultad poseída por los seres conscientes puede ser simulada con una máquina adecuada, y por lo tanto el hecho de la conciencia en si mismo está más allá de todo examen.

El magistrado cabeceó satisfecho, y se volvió a Jasperodus.

—Perfecto. ¿Tienes algo que añadir?

Jasperodus se negó a ceder.

—Entonces, ¿basta con mi declaración? ¿Cómo define la ley qué es consciente y qué no?

—Muy simple —replicó el magistrado con el aire de quien le explica algo a un niño—. Un ser consciente es un ser humano o un kuron. Pero no un artefacto.

—Como es natural, sólo las criaturas evolucionadas biológicamente pueden tener conciencia —interpoló el consejero, en tanto recibía un gesto de reproche del magistrado por su impertinencia—. Cualquier experto en robótica te dirá que la conciencia maquinal es una imposibilidad técnica *ipso facto*.

Jasperodus recordó que los kurons habían sido originalmente extraterrestres emigrados a la Tierra siglos atrás, y que desde entonces habían perdido contacto con su mundo de origen y en ese momento vivían en pequeñas comunidades desperdigadas en diversas partes del mundo. Se aferró a la mención del magistrado para seguir adelante con sus argumentos.

—Suponga que le trajeran delante a una criatura de otro mundo, ni humana ni kuron —propuso—. Más aún, suponga que no es posible aseverar si esa criatura es producto de la evolución natural o es un artefacto. ¿Cómo resolvería el problema de su jerarquía mental?

El magistrado masculló algo con fastidio, agitando las manos con impaciencia.

—No tengo tiempo para tu casuística, robot. Eres una cosa, no una persona. No hay más que añadir y te declaro propiedad de la corte del rey —golpeó rotundamente

el martillo, pero fue interrumpido una vez más por el joven presuntuoso, que anhelaba cumplir puntillosamente con todos sus deberes.

—Con el permiso de usted, señoría; ¿podríamos recomendar, además, que el robotista de la corte le haga un pequeño ajuste a este robot? De un modo u otro, su cerebro parece haber adquirido una autoimagen aberrante.

El magistrado asintió a regañadientes:

—Que se asiente en los autos.

Desconcertado por el fracaso de su defensa, Jasperodus advirtió que uno de los guardias-robot le estaba tironeando el brazo. Salió de la barra y lo siguió pasivamente.

No lo llevaron de vuelta a la celda sino a un furgón sin ventanas que lo esperaba frente al edificio y en el cual lo encerraron. Preguntando logró averiguar que estaba destinado a la residencia del rey Zhorm, autoridad del pequeño reino de Gordona. El furgón traqueteó por las callejuelas de la ciudad. Jasperodus estaba demasiado azorado para pensar siquiera en escapar. Todo cuanto podía hacer era meditar las declaraciones desconcertantes que acababan de hacerle. Una autoimagen aberrante, pensaba, sombrío.

El palacio del rey Zhorm estaba en el centro muerto de la ciudad. Era tan amplio y lujoso como lo permitían los recursos de Gordona, lo cual significaba consentirle al rey y a su corte vivir lujosamente pero sin ostentaciones. Zhorm, sin embargo, estaba satisfecho con lo que tenía. Gozaba de la vida a su modo tosco, mantenía el orden en el reino y no era tan ambicioso ni tan necio para desangrar a su pueblo con impuestos, como otros gobernantes mezquinos.

Esa noche, cuando llegó Jasperodus, había un banquete. A través de un largo pasadizo drapeado con tapices se oía el estrépito de recias carcajadas. Luego lo condujeron a un salón espacioso, brillantemente iluminado, donde cincuenta personas o más celebraban sentadas ante mesas de caballetes. A la cabecera, en una silla elevada muy parecida a un trono, cenaba el rey Zhorm.

El rey era asombrosamente joven: no más de cuarenta años. Tenía tez oscura y olivácea y ojos de liebre. De cada oreja le colgaban grandes aros de oro, el cabello le caía sobre los hombros en bucles negros y grasientos. Al ver a Jasperodus alzó la copa con expresión de deleite.

—¡Mi nuevo robot! Un espécimen magnífico, según me han dicho... Ven aquí, robot.

Aunque los colores gárrulos y el aire de juerga le desagradaban, Jasperodus obedeció.

Los comensales lo observaron apreciativamente entre comentarios burlones.

—¡Come algo, robot! —gritó una voz; un enorme trozo de carne golpeó a Jasperodus en la cara y se le deslizó por el pecho, trazando una huella viscosa. Él lo ignoró y permaneció inmóvil.

El rey Zhorm sonrió, los ojos somnolientos y feroces.

—Bienvenido a mi servicio, hombre de metal. Enumérame tus habilidades especiales. ¿Qué sabes hacer?

—Todo lo que sepas tú —respondió Jasperodus, confiado en decir la verdad.

Un hombre gordo sentado al lado del rey soltó un rugido.

—¡Di «majestad» cuando te dirijas al monarca! —tomó una vara de hierro apoyada contra la mesa y se puso a golpear vigorosamente los hombros y los brazos de Jasperodus, para regocijo de todos los presentes. Jasperodus le arrancó la vara de la mano y la torció. Cuando ambos extremos estuvieron a punto de encontrarse, el hierro se partió en dos y Jasperodus arrojó con desdén los fragmentos a un rincón.

Hubo un repentino silencio. El hombre gordo frunció los labios.

—Un robot con fibra, por lo que veo —dijo serenamente el rey Zhorm—. Tiene temple de luchador.

—¡Gogra! ¡...que luche con Gogra! —el grito se elevó desde todas las mesas. Y al parecer, la idea complació al rey, que palmeó las manos.

—Sí. Traed a Gogra.

Los comensales se apresuraron a levantarse, empujaron las mesas contra las paredes y se agazaparon detrás de ellas en busca de protección. Jasperodus, sin moverse, se limitó a esperar.

No tardó mucho en saber de qué se trataba. En el extremo opuesto del salón se abrió una puerta alta. Por ella entró Gogra: un robot gigantesco de dos metros y medio de alto y un grosor adecuado a la estatura.

Gogra era color azabache. En la mano derecha empuñaba un martillo enorme que con pocos golpes podría reducir a Jasperodus a chatarra, pese a su fortaleza. Detenido en el vano de la puerta, el aterrador robot echó una ojeada al salón. En cuanto vio a Jasperodus se abalanzó sobre él, enarbolando el martillo con un propósito evidente.

Jasperodus retrocedió. El aspecto de Gogra era formidable: inclinaba la cabeza hacia adelante, como un homínido, y el rostro era una máscara de fealdad que provocaba tanto terror como compasión: el diseñador de Gogra había procurado infundir a este cuerpo macizo la agilidad necesaria llenándole el interior con aceite bajo presión; la válvula de seguridad del aceite era la boca, grotesca y enrejada, que rezumaba copiosa y continuamente un licor verde.

Estudiando los movimientos del monstruo, Jasperodus llegó a la conclusión de que la inteligencia de Gogra era prácticamente nula. Combatiría de acuerdo con un patrón y no podría apartarse de él.

Jasperodus esquivó fácilmente el primer martillazo del adversario, que astilló el suelo que quedó surcado de rajaduras. Retrocedió cautelosamente hacia la pared, y los espectadores que se ocultaban allí corrieron chillando a lo largo del muro, para escapar.

Estalló un hurra cuando Gogra, soltando un siseo ensordecedor, cargó contra Jasperodus, que parecía atrapado contra la pared. A último momento se arrojó a un costado y se tendió en el suelo. Gogra, con todo el ímpetu de su ataque, se estrelló

estrepitosamente contra la pared, bajo una lluvia de piedras y revoque. Jasperodus se levantó de un salto y comprobó que el robot más grande, tal como lo había previsto, se había zambullido de cabeza en la pared; miró fijo las piernas gruesas como pilotes ensambladas en nalgas gigantescas que sobresalían de los escombros. Pero tuvo tiempo de asestar sólo un puntapié en la pelvis articulada antes que Gogra se liberara, arrastrando con él un largo sector de pared. Mientras el gigante aturdido se erguía penosamente con un siseo plañidero, Jasperodus se recobró y se encaramó de un salto a la espalda de Gogra. Buscando de dónde asirse trepó hasta la vasta cabeza y quedó suspendido de través sobre el cráneo, dificultando la visión de Gogra con los brazos.

El salón se transformó en un pandemonio cuando Gogra giró sobre sí mismo y se tambaleó de una pared a otra topándose con las mesas y astillándolas como palillos.

Preso del furor y el pánico, siseaba como una máquina de vapor. Pero no había olvidado su objetivo: el gran martillo aún se agitaba en el aire buscando el blanco. Jasperodus no dejaba de vigilar esa arma terrible, y eligió exactamente el momento apropiado para soltarse.

Cayó al suelo con un estruendoso clamor. El martillo cayó donde él había estado y aplastó la cabeza de Gogra en vez del cuerpo del adversario. En una caída lenta y majestuosa, la máquina maciza se desplomó con un clamor aún más estruendoso. El cráneo metálico estaba partido en dos, y una masa casi fluida de válvulas electrónicas se esparció en las losas en medio de una sopa de aceite verde.

Jasperodus se levantó, aliviado de comprobar que su plan para que Gogra se destrozara el cerebro había funcionado. Los comensales, Zhorm entre ellos, asomaron cautelosamente de sus refugios.

—¡El desconocido ha matado a Gogra! —exclamó alguien con perplejidad; ojos desorbitados observaban a Jasperodus con admiración.

El rey Zhorm, pese a su sorpresa, no tardó en recobrar la compostura.

—Una hazaña notable —declaró—. Una iniciativa sorprendente para un robot.

—No fue tan difícil... Tu monstruo tenía tanto cerebro como un ciempiés —replicó Jasperodus.

—Por eso me gustaba —Zhorm miró consternado el cuerpo inerte de su campeón, y luego batió las palmas otra vez—. Lléváoslo.

Los sirvientes forcejearon para arrastrar el casco muerto, ayudados por un par de robots. Lo llevaron lentamente hacia las grandes puertas. Entretanto las mesas fueron devueltas a sus sitios, y fueron servidas nuevas fuentes de comida y jarras de bebida.

Zhorm se metió una uva en la boca.

—Bien, robot. Espero que en tus otras tareas seas tan eficaz como lo has sido para despachar a Gogra. Creo que necesitas un poco de limpieza... Mis muchachas se encargarán de eso —le hizo una señal a un sirviente.

Jasperodus se miró. En efecto, estaba algo sucio. Sus viajes lo habían manchado de barro y polvo, a lo que ahora se sumaba revoque y polvo de ladrillo pegoteado con aceite.

Algunos de los comensales más cercanos al rey rieron y lo cargosearon mientras se lo llevaban.

—Adorables muchachas desnudas —comentó uno—. Manos suaves y bonitas... ¡Diviértete!

—Tontos —pensó Jasperodus—. Como si el contacto con ellas pudiera significar algo para mí.

Siguió al sirviente a través de las anchas puertas por donde había entrado Gogra, y tras atravesar un pasadizo corto entró en una cámara perfumada. Tres muchachas desnudas se levantaron sonriendo para recibirle.

—Ven, huésped honorable. Déjanos bañarte.

En el centro de la sala circular había una tina llena de agua aromatizada. En una mesa baja había jabón y varios implementos. Además, para que Jasperodus no tuviera que meterse en el agua, había un diván donde le invitaron a recostarse.

Las doncellas se pusieron a trabajar, cuchicheando y riendo mientras lavaban el cuerpo de metal con movimientos acariciantes. A Jasperodus le sorprendió comprobar que disfrutaban de la tarea, al parecer, y que sus formas humanoides les proporcionaban una suerte de placer perverso. Especialmente una de ellas —pelirroja y bonita—, le acariciaba con especial languidez; se demoraba en el bulto de la entrepierna y en las caras interiores de los muslos. Un par de veces notó que los ojos de la muchacha brillaban con intensidad y el aliento se le entrecortaba. Se preguntó si lo que las excitaba era el vigoroso aire de masculinidad que él imaginaba poseer. Por su parte, en cambio, no sentía nada.

Cuando terminaron de secarlo lo condujeron a una habitación contigua amoblada como dormitorio, y le dejaron solo. Evidentemente el rey había impartido sus instrucciones en términos no muy precisos, pero las muchachas las tomaban literalmente y le trataban como a un huésped humano. Había un lecho mullido en el cual, presumió, podría descansar si lo deseaba; pero como podía permanecer de pie sin fatigarse se detuvo rígido ante la ventana que daba al jardín que rodeaba extensamente la residencia del rey.

Estaba profundamente preocupado, y trataba de elucidar la verdad de lo que antes le hablan dicho.

Al cabo de un rato la puerta se abrió y entró un hombre, un cincuentón de pelo gris y ondulado y cara enjuta con pómulos altos y prominentes. Tenía una expresión distraída, ligeramente afeminada. Vestía una túnica floja y traía una gran caja tachonada de perillas y controles.

—Soy Padua —anunció—, robotista del rey. Me han dado órdenes de examinarte, de modo que si me haces el favor de tenderte de bruces en el suelo...

—Creéis que tengo alguna enfermedad —interrumpió Jasperodus.

—No una enfermedad, exactamente —musitó el robotista, como disculpándose.

—Una autoimagen aberrante, entonces.

—Precisamente. Ahora... —Padua dejó la caja en el suelo.

—Espera un momento —Jasperodus habló con una voz tan autoritaria que Padua arqueó las cejas y parpadeó—. Tengo que hablar contigo. Eres experto en criaturas como yo. ¿Es verdad lo que me han dicho..., que es imposible que yo sea autoconsciente?

—Sí, es verdad —Padua le miró con una expresión expectante y perpleja.

—Entonces, explícame cómo es que lo soy.

—La respuesta es muy simple: no lo eres.

—¿Pero acaso no muestro todos los indicios de la conciencia? Tengo emociones... ¿No significan conciencia?

—Oh, no. Las emociones pueden simularse fácilmente en forma mecánica, Detrás de ellas no hay nada, desde luego. El robot no tiene alma.

—Tú no comprendes —rezongó Jasperodus—. Yo tengo alma. Experimento, sé que soy un yo consciente. ¿Podría saber tales cosas, podría siquiera decir las, si no fueran verdad?

—Una pregunta interesante —para exasperación de Jasperodus, Padua parecía recibir sus declaraciones angustiadas más como una cháchara divertida que como el problema crucial que él intentaba comunicarle—. Pero la respuesta es la misma; nada de lo que digas puede establecer ninguna diferencia. Es técnicamente posible que una máquina autogobernada llegue a conclusiones y opine, por así decirlo, que posee conciencia porque haya oído decir que tal fenómeno se manifiesta en los seres humanos que le parecen tan similares a ella. Pero esa opinión es falsa, pues la máquina en verdad no comprende qué es la conciencia y por lo tanto tiene nociones erróneas acerca de su naturaleza. La mente de una máquina es inconsciente. No tiene vida.

—¡Y sin embargo estás aquí, discutiendo conmigo y hablándome!

—Oh, las conversaciones con un robot pueden ser muy fructíferas. Muchos son más sagaces que la mayoría de los hombres. De hecho, un robot puede ser un compañero muy aceptable. Pero mi experiencia me dice que al cabo de un tiempo prolongado en su compañía se llega a notar cierta carencia de auténtica vitalidad y a darse cuenta de que, después de todo, es algo muerto.

—¿De modo que esto que poseo, y que yo llamo conciencia, no es conciencia?

—No. En realidad, es precisamente eso lo que vengo a investigar...

Las palabras de Padua afectaban a Jasperodus como golpes, y le abrían heridas más dolorosas de las que podía haberle infligido el martillo de Gogra.

—Estás muy seguro de ti mismo, Padua —gruñó con amarga decepción.

—Los hechos son los hechos. Cuando nació la ciencia robótica, en tiempos de la civilización del Mundo Antiguo, se alentaba la esperanza de producir una conciencia artificial. Sin embargo, pronto se hizo evidente la imposibilidad. Hay teoremas que lo demuestran de manera irrecusable.

Jasperodus se apresuró a expresar su deseo de conocer esos teoremas, y Padua lo satisfizo de inmediato; pero estaban enunciados en términos tan técnicos que

Jasperodus, que no poseía conocimientos profundos de robótica, no pudo entenderlos.

—¡Basta, basta! —rugió—. ¿Por qué tengo que escucharte? No eres más que un profesional de segunda en un reino ruinoso y marginal. Seguro que ni siquiera sabes de qué estás hablando —en realidad, esta idea era la última tabla de salvación de la que Jasperodus se aferraba.

Padua se irguió con solemnidad.

—Si me permites que te corrija, soy robotista de primer rango. Tengo un Certificado Honorífico de Primera Clase de la Universidad de Aristos Lyos... No existe un título mejor —se encogió de hombros como fatigado—. Y no es por elección propia que ejerzo mi profesión en Gordona. Pero éstos son tiempos turbulentos. Vine aquí en busca de una vida tranquila y apacible, para huir del torbellino que se está adueñando de las zonas más sofisticadas del mundo.

Jasperodus observó a su involuntario torturador con tristeza, y el ánimo se le apagó por completo. Lo habían disuadido, al fin y al cabo de aquello de lo que estaba más seguro. ¿Qué era esa autoconciencia de los seres humanos que él no podía siquiera vislumbrar?

Sin duda el robotista estaba riéndose de él para sus adentros, por creer que su autorreferencia mecánica era esa divina condición consciente reservada sólo a los seres biológicos. Pero pese a todo le parecía increíble que esa sensación de autoexistencia que imaginaba fuera sólo un simulacro, una ilusión, que no existiera. No obstante, ¿cómo podía rebatir los juicios expertos de Padua?

Cuanto más lo pensaba más se le arremolinaba el cerebro, hasta que ya no pudo soportar más. Se tendió de bruces en el suelo.

—Adelante con tu trabajo, Padua —urgió, la voz sofocada por las losas del suelo—. No deseo creer que existo si es cierto lo contrario. Rectifícame el cerebro y libérame de este sufrimiento.

Tras una larga pausa el robotista se le arrodilló al lado. Luego hubo una ligera sensación de presión y un chasquido cuando Padua aplicó las herramientas especiales necesarias para abrir la placa de inspección de Jasperodus.

Padua pasó un tiempo revisando la caja de inspección con los monitores extensibles que insertaba en los centenares de orificios que había bajo las placas de la cabeza y el cuello de Jasperodus. Hacía girar delicadamente las perillas y observaba los cuadrantes con atención. Jasperodus apenas le oía respirar. Finalmente el robotista colocó las placas y se levantó.

—Un ejemplo sublime de artesanía robótica —dijo con tono reverente—. Digno aún del mismo Lyos. Supongo que no has sido...

—No —replicó lacónicamente Jasperodus mientras se levantaba presto—. ¡No has hecho nada! ¿Por qué no hiciste ningún ajuste?

Padua levantó las manos con un gesto de resignación.

—No me atrevería a interferir con un trabajo tan espléndido. Cualquier cosa que yo hiciera para enmendar tu estado de integración, por utilizar un término técnico,

sería tosca y riesgosa —se llevó un dedo a los labios en actitud meditativa—. Se me acaba de ocurrir algo. Tu autoimagen ficticia podría ser intencional. Tal vez es una invención deliberada de tu diseñador. Admito que es muy ingeniosa. Hmmm —Padua cabeceó, reflexivo—. Una manera de elevar la condición de una máquina a sus propios ojos y de infundirle un nivel más alto de confianza en sí misma. Muy ingenioso. Tal vez no debí despojarte de tu ilusión.

—Ya es demasiado tarde —repuso el consternado Jasperodus; si lo que Padua decía era cierto, la crueldad de sus padres era casi increíble. Sin duda la intención de ellos ha sido la opuesta.

—Sí, realmente —Padua recogió el instrumental—. Bien, ya debes ponerte en marcha.

—¿Adónde voy?

—Ahora eres miembro de la servidumbre del rey. Tengo órdenes de enviarte a los establos, donde se alojan los animales y las máquinas. Si vienes por aquí...

Jasperodus caminó hacia la puerta, luego se detuvo y se volvió hacia Padua.

—Pero me has condenado al infierno —protestó—. A una muerte en vida. ¿Pero cómo puedo estar condenado? No soy un alma consciente, sólo me parece serlo. No existo sino que creo existir. No soy nada, un devaneo, un pensamiento en el vacío, no pensado por nadie —meneó la cabeza desesperado—. Es un enigma, no atino a entenderlo.

Padua le observó, casi compadecido.

—Si esta autoimagen está programada, de veras enfrentas una paradoja que para una mente mecánica es insoluble —admitió, y palmeó a Jasperodus en el brazo—. Quizá volvamos a encontrarnos. Espero que si —señaló el pasadizo—. Por favor, ve hacia la derecha. Los trabajadores del establo te estarán esperando.

Así, Jasperodus, totalmente desanimado y seguro de ser una nulidad, obedeció al robotista y se dirigió a los establos del palacio para iniciar su servidumbre.

Desde los establos próximos al patio que daba al campo abierto, venía el ruido de pies trepidantes, relinchos de caballos y el ladrido ocasional de los perros que despertaban en las perreras en la penumbra anterior al alba. Al oír estos sonidos Jasperodus envidió a los animales la tibieza común y la inquietud sensorial. Habría sido mejor ser alojado entre ellos que aquí, pensó, en el tedio aplastante del sector de las máquinas.

Una voz horrible y crujiente despertó de pronto en el pesebre contiguo.

—Uno, dos, tres, cuatro, cinco, seis. Todos aquí. Cuatro bandejas de plata trabajada.

Cinco copas de oro selladas con el emblema real. Un trinchante de platino con la figura de una escena rústica. Ahora la vajilla. Cincuenta fuentes de cristal especial. Contadlas despacio. Manejadlas con cuidado, chatarras herrumbradas. Caramba. Dos fuentes rotas.

Oh, caramba. Yo soy la chatarra herrumbrada.

Una pausa; luego el enloquecedor monólogo se reinició. Era la voz de un robot viejo y deteriorado que trabajaba en las cocinas de palacio. Cada noche su débil cerebro pasaba revista a las experiencias del día que, con escasas variaciones, eran siempre las mismas: la humillación constante infligida por el personal de la cocina y una inevitable sucesión de accidentes y errores. Noche tras noche Jasperodus tenía que ser el involuntario testigo de un parloteo insensato, la versión mecánica de sueños atribulados, una pesadilla recurrente cuyo tema era la incompetencia.

Se hallaba en un pesebre de madera al que lo sujetaba una cadena gruesa. La precaución era tan fútil como innecesaria; con un pequeño esfuerzo habría podido arrancar la cadena de los clavos que la sujetaban a la madera y escapar. Pero ni la huida, ni el desafío ni la desobediencia se le cruzaban por la mente. Desde el primer momento Jasperodus había entrado en los establos absolutamente resignado a su futuro de faenas mecánicas. Sabía que no era nadie: cumplía sus deberes escrupulosamente y sin omisiones, pero obtusamente. De modo que Horsus Greb, el jefe de los robots, había tenido que admitir que el recién llegado no era muy brillante.

Durante las primeras semanas de esclavitud había continuado luchando con el enigma existencial que le había planteado su diálogo con Padua.

Había sido una época penosa, pues todos sus esfuerzos sólo contribuían a persuadirle que Padua y los demás tenían razón. Había luchado para internarse en su propia mente y descubrir su identidad básica, para localizar el «yo» que tenía que subyacer a todos sus pensamientos y percepciones, si es que era consciente. Pero pese

a sus trabajosas tentativas sólo hallaba más pensamientos, sensaciones y percepciones. La inferencia era clara: si el «yo» no podía aprehenderse, era razonable suponer que no existía.

De modo que él era una ficción, como había dicho Padua. La «conciencia» que había presumido en si mismo era ilusoria. Cualquier fabricante de robots podría solucionarlo sin dificultad: probablemente consistía en un pensamiento que se asociaba con otro mecánicamente. Pero todo muerto, muerto.

Jasperodus no sabía si tenía que maldecir o compadecer a quienes lo habían fabricado.

Desde que llegó a estas conclusiones y abandonó toda elucubración, la desesperación inicial se fue apagando en una especie de fatiga cotidiana. La fatiga y el tedio eran ahora sus compañeros constantes. No tenía otros, pues aparte de él los robots del establo eran extremadamente imbéciles. Podía escapar, durante breves períodos, a esta monotonía (y también a los desesperados desvaríos del Ayudante de Cocina) desconectando las funciones cerebrales superiores, con lo cual simplemente dejaba de percibir y se borraba de la existencia. Lamentablemente un mecanismo automático limitaba este remanso de «sueño» a cuatro horas cada veinticuatro, pues desde un punto de vista fisiológico Jasperodus no lo necesitaban en absoluto. De lo contrario habría preferido desconectarse permanentemente, ya que de acuerdo con Padua, el no ser era lo más adecuado a su verdadera condición.

Con respecto al tedio que le iba dominando, había notado que era el único robot que lo sufría. Aventuró dos explicaciones: primera, la culpa era de su autoimagen errónea, y segunda los otros robots eran demasiado estúpidos para sentir aburrimiento.

Cada explicación le parecía suficiente en sí misma, pero sobre todo la última. Las máquinas entre las que lo habían arrojado formaban un grupo heterogéneo, con inteligencias que oscilaban entre lo subhumano y lo insignificante. Algunas eran tan primitivas que apenas merecían la denominación de «autoguiadas». Jasperodus las ignoraba a todas, incluida Gogra, a la que habían resucitado y ocasionalmente había visto por allí. La primera vez que se encontraron Jasperodus se preguntó si el gigantesco robot luchador planearía vengarse por la humillación sufrida, pero, o bien el cerebro remodelado no contenía ninguna memoria de la derrota o Gogra era demasiado idiota para guardarle rencor.

No se podía decir lo mismo de Horsus Greb, jefe de los robots, aunque indudablemente no tenía demasiadas luces. El resentimiento que le tenía a Jasperodus provenía aparentemente de una broma casual de Padua. Cuando instruía a Horsus acerca de las capacidades del nuevo robot, el robotista había comentado socarronamente que tal vez Jasperodus fuera un candidato para el puesto de Horsus. El jefe, que no se distinguía por su buen humor, había tomado la amenaza en serio y a partir de entonces observó a su apuesto trabajador con mal disimulada hostilidad. Hasta él percibía algo inusual en Jasperodus, pese a que el recién llegado se

comportaba discretamente, y por eso de noche lo encadenaba.

Rompió el alba, y astillas de luz se filtraron por el establo, rebotando en el metal y brillando en la madera. Los perros ladraron con más fuerza en el sector de los animales, de donde emanaba un olor cálido y rancio al que Jasperodus ya estaba acostumbrado.

Un portón de madera se abrió con un chillido. Apareció Horsus Greb, y los ojillos rojizos atisbaron por encima de la nariz bulbosa tachonada de verrugas. Avanzaba por el pasadizo mientras bramaba con voz ronca, frotándose los ojos para despejarse y sujetándose los pantalones anchos con una tira de cordel de cuero.

—¡Arriba, sarta de inútiles! ¡El sol está en el cielo! ¡Basta de holgazanear!

Se volvió para orinar contra el flanco de un pasivo removedor de tierra. Clamores metálicos y ruidos sordos retumbaron en el establo; Jasperodus hizo chasquear las cadenas, de nuevo maravillado ante la actitud de Horsus, que reforzaba su propia estima proyectando cualidades orgánicas en los robots e imaginando que ellos, y no él, preferían dormir hasta tarde.

El desaliñado capataz se detuvo ante el pesebre de Jasperodus y lo miró con furia.

—¡Hoy quiero que aproveches bien el día! —rugió—. ¡Nada de remilgos! ¡Hay muchas cosas que trasladar!

Jasperodus se mantuvo impasible mientras Horsus le soltaba la cadena. Avanzó por el corredor, y Horsus le propinó un jocundo puntapié con la bota de suela de acero.

Las máquinas salían del establo en una lastimera procesión. No todas eran humanoides: había cuadrúpedos de tiro que realizaban las tareas de caballos y bueyes, robots con ruedas, y el removedor de tierra autoguiado, que en la parte frontal desplegaba una gran pala metálica. Delante de Jasperodus trotaba Ayudante de Cocina. Horsus le había interrumpido la letanía pero ahora la había retomado y se daba prisa con una serie de resoluciones, urgiéndose a sí mismo a no romper fuentes, no derramar la sopa y no pisar los pies de los mozos.

En el patio los robots dieron vueltas sin rumbo fijo hasta que Horsus, aullando con prepotencia y soplando un silbato innecesariamente, los destinó a diversos lugares: algunos al palacio, donde realizaban las tareas domésticas, otros al establo de los animales, donde se desempeñaban como mozos de cuadra, y el resto, Jasperodus incluido, a una zona de construcción donde se llegaba saliendo del patio y caminando a lo largo del muro del palacio.

El sol apenas acariciaba el suelo cuando se pusieron a trabajar. El removedor de tierra continuó excavando los cimientos que había iniciado el día anterior. Jasperodus y los otros dos humanoides descargaron ladrillos y bloques de construcción de unos furgones y los apilaban de un modo adecuado para la faena. Los capataces de construcción aún no habían llegado, pero Horsus, aunque no era del oficio, se daba ínfulas de pie en una pila de escombros y observando a su alrededor con cabeceos de asentimiento.

El trabajo era tedioso y pesado. Transcurrieron horas, el sol se elevó en el cielo; el cuerpo de Jasperodus zumbaba casi audiblemente mientras cargaba con los bloques de piedra, extraídos de alguna ruina antigua de la región, según lo que él pensaba.

Ocasionalmente se detenía a observar los detalles que pudieran interesarle. Estaban construyendo depósitos de combustible para una central de energía bajo el palacio, y de vez en cuando una serie de amplias bocas instaladas en el muro del palacio se abrían ligeramente y soltaban una ola de calor. Con el transcurso del día las vaharadas se intensificaron, hasta que de pronto se interrumpieron por completo. Jasperodus, que estaba familiarizado con la estructura de la caldera aunque sólo había trabajado allí como fogonero, sospechó que algo iba mal.

Estaba en lo cierto, pues poco después un hombre morrudo y rubicundo salió del túnel de acceso y corrió precipitadamente hacia Horsus, con quien trabó una acalorada conversación. Al ver que Horsus meneaba la cabeza en un gesto indignado de rechazo, Jasperodus elevó la sensibilidad de su oído para escuchar el diálogo.

—¿Te crees que mis magníficos robots son leños para quemarlos así? ¡Al diablo contigo! —decía Horsus.

—¡Pero imagínate si estalla..., justo bajo el palacio! —le imploró el otro, angustiado—. ¿Quieres que el rey te inculpe de una fechoría?

Horsus se desentendió de la amenaza.

—Yo sólo estoy a cargo de los robots de la servidumbre. La caldera no está dentro de mi jurisdicción y de ningún modo es de mi responsabilidad.

—Claro que lo es —replicó el otro—, pues tus robots se están encargando ahora mismo de construirle una extensión.

La siguiente respuesta de Horsus no llegó a ser expresada, pues el mayordomo en persona apareció caminando imperante, seguido por Ayudante de Cocina. El mayordomo desechó lacónicamente las objeciones de Horsus.

—Este robot no será ninguna pérdida —declaró—. El personal de la cocina me informa que es completamente inútil y molesta más de lo que ayuda. Así que sacrifiquémoslo al menos en un último acto servicial.

Rascándose la barbilla, el capataz se volvió a derecha e izquierda con un suspiro apesadumbrado. Miró a Ayudante de Cocina de arriba abajo y luego se detuvo en Jasperodus: una expresión taimada le cruzó el rostro.

—¡Muy bien! —acordó—. Llevaos a Ayudante de Cocina. La crisis obviamente exige un sacrificio.

La vieja máquina asentía con la cabeza mientras le explicaban lo que había que hacer.

Los ojos de fulgor pálido parpadeaban en un esfuerzo por comprender.

—Si, obedezco. Llegar a la pared opuesta del horno; examinar los conductos para averiguar por qué no se abren ni funcionan los rastrillos; limpiar el mecanismo y asegurarme de su funcionamiento correcto; y de ser posible, dejar el horno y regresar.

—¡Excelente, excelente!

El grupo avanzó hacia la boca del túnel de acceso y se perdió de vista.

Jasperodus continuó con su labor, pero enseguida Horsus y los otros salieron nuevamente, todos menos el robot. El mayordomo señaló a un humanoide que trabajaba junto a Jasperodus.

—¿Qué tal ése? Parece bastante resistente...

Pero Horsus indicó al mismo Jasperodus.

—Tengo una propuesta mejor. Es inútil enviar máquina tras máquina al horno para que sean destruidas sin cumplir con su tarea. Ahora bien, ésta está en perfectas condiciones; lo que no haga ella no lo hará ninguna de las otras —adoptó una expresión de consternación templada por el deber—. Lamento, desde luego, la sola posibilidad de perder a este espléndido robot, pero al fin y al cabo, todos están para eso, ¿verdad?

—¿Cuál es la tarea? —preguntó Jasperodus, acercándose, en tanto el jefe de la caldera se volvía hacia él.

—Los controles del horno están atascados. Todos los intentos de destrabarlos desde fuera han sido inútiles. En una palabra, está fuera de control: el horno se está recalentando y la presión se eleva cada vez más, y si esto sigue así prefiero ni pensar en las consecuencias.

—Es obvio que el diseño es deficiente —observó Jasperodus.

El jefe de la caldera le clavó una mirada de reproche y luego prosiguió:

—Alguien tiene que entrar en el horno para ver cuál es el problema. Ya hemos enviado al robot de la cocina, pero al parecer no ha soportado la temperatura —a continuación repitió las mismas instrucciones que había dado a Ayudante de Cocina.

—Conozco este horno. Lo más probable es que tampoco yo sobreviva —declaró Jasperodus—. Tal vez si me equiparan con algún agente de enfriamiento, como dióxido de carbono congelado provisto a través de una manguera...

—¡Suficiente! —rugió Horsus—. No hay tiempo para delicadezas... Esto es una emergencia. Cumple tus órdenes.

Jasperodus comprendió que Horsus aprovechaba la situación para librarse de él de una vez por todas. Si yo fuera un ser viviente, esto sería una injusticia —pensó—. Pero no soy viviente, así que no hay injusticia...

Siguió a los humanos hasta el túnel de acceso, y automáticamente recordó la estructura de la caldera. El diseño era tan tosco que ni siquiera tenía las ventajas de la sencillez. Teóricamente empleaba energía nuclear, y consumía un compuesto de isótopos «seguro» y especialmente procesado que no producía radiactividad residual al consumirse, pero generaba suficiente calor para levantar vapor a través de un mecanismo calorífero primitivo. El isótopo era metido en el horno como escoria y reducido mediante una poderosa descarga de microondas, después de lo cual se transformaba en un desecho líquido que podía ser eliminado mediante conductos.

Pero en la práctica el combustible isotópico escaseaba permanentemente, de modo que se lo combinaba con un método de producción energética curiosamente

heterogéneo.

El horno estaba equipado con un sistema de canales para extraer oxígeno, y a través de ellos pasaba cualquier cosa capaz de arder: madera, coque, plástico y a veces, hasta residuos del palacio. La combinación de combustión y energía nuclear no era feliz, según se infería de la situación actual. La destrucción de la caldera implicaría un pequeño desastre para el rey Zhorm, pues además del daño que causaría al palacio mismo dejaría sin electricidad a parte de la ciudad de Orkum, y esa provisión energética era una forma de munificencia real que a Zhorm le granjeaba popularidad.

El túnel estaba revestido de cemento y se internaba bajo tierra en ángulos abruptos. La luz era escasa, irradiada por débiles lámparas amarillas instaladas en el cielo raso. A mitad de camino el túnel doblaba en ángulo recto, y aquí Horsus y los demás se detuvieron.

—Bien —dijo Horsus con abierta satisfacción—. Ya sabes lo que tienes que hacer...

Hazlo.

Sin decir palabra, Jasperodus reanudó la marcha solo. Pocos metros más adelante estaba la sala del horno.

El espacio entre la pared y el horno era estrecho. Las puertas relucían débilmente frente a Jasperodus, fabricadas con láminas de carbón de mica. Detrás de ellas el fuego rugía palpitante como un corazón vivo.

Dos robots agazapados se volvieron a él en la penumbra ardiente. Jasperodus los conocía bien: eran fogoneros, de mentes débiles, expresamente adaptadas para tal faena.

Eran incapaces de cualquier otra, y más aún de la que le habían encomendado a él.

Aquí voy, pues. Como soy nadie, seré nadie. Un pensamiento en el vacío, pensado por nadie...

Desechó la idea de la muerte. La muerte no podía existir para quien nunca había nacido... Le pareció que lo que estaba a punto de sucederle era la conclusión lógica de la tragedia que lo acuciaba. Cada día de su vida había sido una mentira, la mentira de su propia existencia. Esa mentira lo había arrastrado primero a la desesperación, luego al reconocimiento de su propio encierro, y ahora... Todo le había guiado hasta esta formidable cámara de ejecución.

Comprendiendo qué había que hacer, los fogoneros empuñaron dos palancas, una a cada lado de las puertas, y las abrieron con lentitud. Un brillante resplandor blanco inundó el espacio angosto.

Frente al fuego rugiente, una curiosa imagen se formó en la mente de Jasperodus, tan vívida que por un instante lo paralizó. Vio un horno abrasador donde se fundía el hierro y el acero. Hasta allí llegaba una interminable hilera de objetos metálicos de todo tamaño: armas, coches, aeronaves y locomotoras destrozadas, latas, adornos,

estatuas y estatuillas, vajillas, ganchos, botones, varillas, barras, vigas, alambradas, portones, bandejas, miles de máquinas y robots inutilizados, y todo era engullido por ese calor voraz, perdiendo la forma y la identidad. Y todo el metal que así se obtenía era utilizado nuevamente para fabricar una nueva generación de artefactos. Inexplicablemente este pensamiento aturdió a Jasperodus: él mismo podía ser fundido en un horno semejante (tal vez como alguna vez había sido extraído de otro similar) y utilizado para hacer, tal vez, la estructura de un vehículo motorizado, o quizás un robot totalmente diferente que viviría una vida felizmente monótona sin la maldición de una autoimagen ficticia. ¿De dónde había provenido esta visión? Presumiblemente del depósito de memorias gratuitas que el padre le había incorporado. De alguna manera aún pensaba en el viejo como en su padre. Pero se desvaneció en un segundo. Jasperodus avanzó, conectando la visión ultravioleta para ver a través de las llamas, y se encaramó en el horno. Las llamas lo lamieron; las puertas se cerraron a sus espaldas.

Estaba solo en una furibunda explosión de incandescencia. La energía espesaba el aire. Era como estar debajo del agua.

Así debe ser dentro de una estrella.

Luego le costó pensar porque todo se volvió confuso; el calor le estaba perturbando los procesos. Avanzó un paso y tropezó con el cuerpo de Ayudante de Cocina, que estaba al rojo-blanco y parecía a punto de derretirse. A Jasperodus ya le relucía la piel. Advirtió vagamente que sus funciones cerebrales inferiores reaccionaban ante el daño con una corriente de informes de urgencia, análisis y pronósticos, incitándole a salir de allí al instante.

Lo más probable era que jamás llegara siquiera a la pared opuesta del horno, aunque no estaba muy lejos. Pero algo más le surgió que anuló todo derrotismo y lo equivalente al pánico en máquinas; y decidió realizar esta última tarea como fuere; no cesaría de funcionar con un fracaso.

Ahora los ojos apenas le servían. Avanzando, tambaleándose y recobrándose llegó al extremo opuesto del horno, donde se encontraba el problema. Tanteando con las manos comprobó que la falla era la que había sospechado: las cenizas vitrificadas producidas por la combustión de algún material habían taponado las salidas de los tubos de desechos y atascado los toscos rastrillos de laminado de mica que se suponía debían eliminar los residuos. Era de suponer que, tanto la ceniza como los isótopos reducidos, tenían que formar una sustancia viscosa que se verterla en las fosas de abajo, pero en cambio se habían quedado en el horno, produciendo un creciente calor.

Aunque apenas funcionaba, Jasperodus pateó desesperadamente la masa cristalina, y finalmente logró rajarla y triturarla. Luego se arrojó a los rastrillos para arrancar los fragmentos fundidos con las manos.

Tenía el cuerpo al rojo-blanco. Los sentidos se le apagaban y lo sumían en un vacío borroso. El colapso era inminente.

Si de veras lo intentara —pensó—, quizás llegaría a la puerta. Pero no se movió,

y poco después padeció una sensación desgarradora cuando los sistemas vitales dejaron de funcionar. No percibió nada más.

Había una luz suave y acariciante. Se oía el murmullo de una tela, y el suspiro de una brisa. Jasperodus retrajo los párpados y observó atónito un cielo raso barroco. Encima de él se cernía el rostro enjuto y pensativo de Padua, el robotista. Sonrió al ver que Jasperodus despertaba.

—No te sorprendas —murmuró—. Has sobrevivido.

Pese a la advertencia, Jasperodus estaba sorprendido. Experimentalmente se incorporó para sentarse, y notó que lo habían tendido en una mesa baja cubierta por un paño amarillo. Le parecía hallarse en una de las gráciles glorietas que bordeaba los jardines del palacio; a través del enrejado veía árboles pequeños y delicados, arbustos florecidos y capullos color naranja.

Se miró el cuerpo: negro bronceado, decorado con talladuras, pero sin ninguna otra marca. Bajó los pies hasta el suelo y se irguió abriendo las piernas, tratando de detectar si lo afectaba alguna avería permanente.

—¡Creí que había sufrido más daños! —exclamó.

—Los sufriste... Estabas bastante maltrecho —le informó serenamente Padua—. Has estado seis meses fuera de funcionamiento.

—Seis meses... —repitió asombrado Jasperodus; hablaba muy lentamente; se examinaba las manos, hacía flexiones con los dedos.

—Eras prácticamente un desecho cuanto te sacaron del horno —dijo Padua—. Pero pese a las averías los elementos básicos estaban intactos... El cerebro estaba particularmente bien protegido. Me encargué de repararte y te rescaté del cementerio de chatarra..., justo a tiempo, cuando estabas a punto de ser aplastado por la prensa hidráulica.

—Seis meses es mucho tiempo para dedicarlo a una reparación. Un trabajo hecho casi con amor —comentó Jasperodus con acritud.

—Tal vez —Padua volvió a sonreír ligeramente—. Me disgustaba que un trabajo tan delicado como el que tú representas se perdiera. Aquí en Gordona no tengo muchas oportunidades de lucir del todo mi talento... Es el precio que se paga por vivir en una zona tan apartada. Lo encaré como una placentera prueba de mi habilidad, y no tienes nada que agradecerme.

Jasperodus, que no se había propuesto agradecerle, notó sin embargo que Padua le observaba con una expresión extrañamente ansiosa. Se paseó por el recinto.

—¿Mis facultades me fueron totalmente devueltas?

—Sí, aunque ha costado muchísimo.

—Esto no parece tu taller —Jasperodus señaló la armoniosa decoración.

—Decidí reactivarte en un medio agradable, y no entre un cúmulo de herramientas e instrumentos —de nuevo la mirada ansiosa.

—¿Y la radiactividad? —preguntó de golpe Jasperodus, al recordar el horno—. ¿No soy un peligro? Tal como se presentaban las cosas, el combustible de isótopos tal

vez se había vuelto inestable.

—En ese sentido no hay de qué preocuparse. Había poca radiactividad, pero te limpié por completo mediante un desecho atómico catalizador que yo conozco.

—En verdad pierdes el tiempo en Gordona —gruñó Jasperodus con resentimiento; se paseaba, trataba de encontrar qué le resultaba nuevo y desconcertante en el ambiente.

—Hay un cambio —dijo—. ¿Qué es?

Padua echó a reír, y batió las palmas con deleite.

—Creí que nunca te darías cuenta, inténtalo de nuevo... ¿Puedes adivinar qué es?

—Si pudiera no lo preguntaría —replicó Jasperodus con impaciencia.

—Bueno, verás. La fabricación de robots no es menos arte que ciencia. Aun los maestros más insignes invariablemente se destacan en ciertos aspectos y son más débiles en otros... salvo, desde luego, ese dechado de perfección que es Aristos Lyos.

Ahora bien, tu propio hacedor era incomparable en lo concerniente a las facultades intelectuales, pero no tan hábil en lo relacionado con cierto tipo de delicada estructura nerviosa necesaria para los sentidos del olfato y el tacto. ¡Pues bien, sucede que ese área es mi especialidad! De modo que me propuse corregir las deficiencias. ¡En el campo de la sensación táctil y el olfato tienes ahora la misma amplitud y sensibilidad que cualquier hombre o mujer!

Con mucha curiosidad, Jasperodus se rozó una mano con la otra. Era tal como había dicho Padua: la sensación dinámica de los cuerpos sólidos aún persistía, pero había además una percepción enteramente nueva; una percepción sorprendente, cosquilleante.

Fascinado, apoyó la palma en el paño de la mesa de donde acababa de levantarse, y deslizó suavemente la mano por el fieltro. Una sensación totalmente desconocida de suavidad y aspereza lo recorrió. Toda una zona de su cerebro pareció despertar a la vida por primera vez.

—Es fantástico —dijo en voz baja.

—Esperaba que te procurara cierta diversión —repuso Padua afablemente.

Jasperodus, sin embargo, no quería dejarse enredar.

—Sin duda me ayudará a apreciar mejor las cualidades del establo —refunfuñó—. Hay algo que no has enmendado. ¡Todavía conservo esta creencia irracional de que poseo conciencia! —y encaró a Padua, acusatorio.

—No podía hacer nada al respecto —se defendió Padua, con expresión de embarazo—. Está en el diseño básico; cualquier intento de extirparla te habría reducido a un cascajo inútil.

Jasperodus soltó un suspiro, un gesto que había aprendido de Horsus Greb.

—Francamente, habría preferido que me dejaras como chatarra.

Sus palabras provocaron una expresión tan consternada en la cara del robotista que las deploró de inmediato: había arruinado el placer de Padua. Pero descartó ese sentimiento con impaciencia. Padua había gozado con la tarea y él, Jasperodus, tenía

que pagar el precio de ese placer.

—¿Puedo aconsejarte que no caviles demasiado sobre ese enigma? —sugirió cautelosamente Padua—. Es parte de tu estado de integración, y en efecto parece funcionar como un medio de elevar tu nivel funcional a una mayor independencia que la acostumbrada en los robots. Eres un simulacro casi perfecto de ser humano.

—Gracias —dijo Jasperodus con mordaz ironía—. El consejo no es muy útil, especialmente ahora que debo regresar a los tiernos cuidados de Horsus Greb.

—He considerado ese asunto —respondió Padua—. Horsus podría ser acusado de no utilizar plenamente tu potencial... Me duele que te desperdicien en trabajos manuales.

Además, puedo persuadir al mayordomo para que te asignen funciones más difíciles en las que ya no estarías bajo su mando, aunque eso atentaría contra las prácticas habituales.

Después de todo, Greb se deshizo de ti...

A Jasperodus se le ocurrió una idea.

—Aunque mis conocimientos técnicos no son muy extensos, podría encargarme de diseñar una planta de energía mejor que la que tenéis actualmente, que no habla muy bien de los ingenieros de Gordona.

—Cabe mejor describirles como aficionados optimistas —acordó Padua—. Tal vez se pueda arreglar. De lo contrario, ¿te gustaría ser mi ayudante? Pero discutiremos eso más tarde... Tengo otros deberes que cumplir, y tal vez prefieras estar solo para organizar tus ideas. Volveré en una hora.

Padua se marchó. Jasperodus quedó solo. Atraído por el jardín y ansioso por poner a prueba sus nuevas facultades el robot corrió el cerrojo de una puerta de vidrio y salió.

Tras caminar unos metros por un sendero de piedra protegido por un emparado, llegó a un prado que a lo lejos descendía en una serie de terrazas cultivadas. Alrededor había árboles florecientes, capullos y arbustos, y más allá se entreveía el círculo de edificios bajos que integraban el palacio: una combinación de madera y piedra coronada por techos curvos y puntiagudos.

Se elevó una brisa que le acarició el cuerpo con sensaciones tan frescas y placenteras que se asombró. Y quedó absolutamente azorado cuando aspiró los aromas tibios y persistentes que traía la brisa: sensuales, delicados, vigorosos y cautivantes, pero puros e inocentes. ¡Maravilloso!

La zozobra se disipó un poco. Era imposible sentirse apesadumbrado en medio de tales prodigios. Caminó por el jardín; sus dedos jugaron con pétalos tersos y sedosos y hojas frescas y nervadas. Fíjate en esa rosa roja; que perfecta armonía de color, textura y aroma... por no hablar de la perfección de la forma. Jasperodus siguió caminando; un Adán en un nuevo Edén, inhalando el perfume del césped recién cortado, sintiendo en los pies el cosquilleo de la hierba corta.

Esto demostraba que la existencia —aun este tipo de existencia— valía la pena.

¿Qué importaba si le faltaba esa misteriosa cualidad llamada conciencia? ¿O que su identidad fuera una ficción? ¿Acaso algunos de los mayores dramas del mundo no eran ficciones?

Ante estas nuevas experiencias le parecía que todos esos interrogantes eran puro sofisma, y que había sido un necio al dejarse abatir por ellos.

Un nuevo estímulo germinó en su mente: el estímulo que el mundo conoce como AMBICIÓN. He atravesado el fuego y estoy purgado de la desesperación y las dudas acerca de mí mismo. ¿Soy menos hombre que Horsus Greb, que el rey Zhorm, o que el mismo Padua? ¿Soy más torpe que ellos? ¡Evidentemente, no! Y demostraré cuánto valgo. Lo demostraré ganando poder sobre ellos... Todos se inclinarán ante Jasperodus, el robot.

Se detuvo a gozar de sus nuevos sentidos: y en ese lugar recóndito y vacío donde debió haber residido su alma, se formó una resolución que tenía toda la fuerza de una obsesión. Conozco mi fuerza... No hay nada que no pueda hacer... Rey Zhorm, cuida tu trono...

—Mi plan es éste, majestad. En vez de un horno tendremos dos. El horno principal es para el combustible isotópico y tiene un cierre hermético. El otro consume otros combustibles y será como auxiliar del primero, o para emergencias. El sistema calorífero también mejora considerablemente el actual. La misma agua puede circular a través de los conductos de uno o de ambos hornos. Todos los controles son simples y no poseen partes móviles internas, salvo un sistema de bandejas para la eliminación de los residuos, a prueba de cualquier tipo de avería. Puedo prometer que la nueva planta terminará con las alteraciones de voltaje y los cortes de energía, por no mencionar el peligro de vidas y bienes, que en el pasado han sido causa de tantas aflicciones.

El rey Zhorm echó una ojeada a los planos de Jasperodus, siguiendo los trazos señalados por el dedo de metal y fingiendo que comprendía.

—Si se aprueba el plan —añadió Jasperodus—, podría encargarme además de mejorar los generadores, que adolecen también de muchos defectos.

—Parece que creyeras que vivimos en Tansiann, a expensas de los impuestos de medio planeta —rezongó el rey Zhorm—. Ya he gastado mucho en la extensión de la planta actual.

La declaración no era sincera; las extensiones consistían meramente en depósitos de combustible contruidos por robots. Sólo el material acarrea gastos. Jasperodus sin embargo no respondió. El rey no parecía muy interesado, así que decidió dejar de lado el proyecto, por el momento.

—Tal vez su majestad tiene en mente problemas más importantes —aventuró.

—Desde luego que sí. Esos bandidos del Bosque Occidental están transformándose en una plaga. Las cosas se están poniendo serias.

Zhorm llenó dos copas de vino y distraídamente ofreció una a Jasperodus, que luego tuvo que beber además de la suya mascullando maldiciones; tener esta máquina en el palacio lo desconcertaba. Jasperodus era más inteligente que cualquier otro robot que hubiera conocido, y le costaba evitar considerarlo humano.

Por otra parte, la ansiedad de cambios de Jasperodus le despertaba ciertas reservas.

Si se le daba carta blanca ese inteligente robot le enredaría en proyectos grandiosos que excederían sus medios. Dadas las condiciones, tendría que invertir buena parte de sus ingresos en su pequeño ejército, por culpa de esas condenadas incursiones de los bandidos... Reflexionaba ociosamente sobre qué otra función se le podría encomendar a Jasperodus en la corte. ¿Por qué no designarlo bufón? Ya había

demostrado que era ingenioso. Zhorm sonrió al imaginar a Jasperodus ataviado como bufón, haciendo cabriolas y obligado a inventar chistes idiotas para la diversión general.

Jasperodus no atinó a explicarse la carcajada repentina del rey.

Pero no importaba. Estaba recordando una conversación que había entablado recientemente con el mayor Cree Inwing, oficial de la Guardia Gordoniana, el bisoño ejército de Zhorm.

Jasperodus estaba trabajando en los planos. Utilizaba una mesa del vestíbulo (no tenía cuarto propio donde trabajar) cuando presenció un intercambio de palabras entre este oficial y el príncipe Okhramora, el medio hermano del rey, a quien Jasperodus había conocido la noche en que llegó al palacio: era el hombre gordo que había intentado castigarlo con una vara de hierro. Aficionado en exceso a la comida, la bebida y las mujeres, a menudo se le veía trajinando por el palacio en cumplimiento de funciones dudosas. En esta ocasión, sin embargo, encaraba airadamente una misión oficial.

Reprochaba al mayor Inwing la incapacidad de la Guardia para poner en vereda a los bandidos. Lo acompañaba un granjero de un distrito vecino, un sujeto cariacontecido que el día anterior había sido atacado; le habían saqueado la granja y matado al hermano y al hijo mayor. Esas incursiones eran prácticamente cosa de todos los días, y cada vez penetraban más en el pequeño reino.

—¡Si esto sigue así, un día tendremos a esos vándalos en Okrum! —declaró furiosamente el príncipe Okhramora.

El mayor Inwing, un joven aplomado de cabello trigueño y bigote puntiagudo, permaneció firme; la cara rosada de embarazo.

—Se hace todo lo posible, alteza. La Guardia no puede estar en todas partes al mismo tiempo.

—¡Qué respuesta patética! —tronó el príncipe—. ¡Llevaré a este súbdito infortunado ante el mismo rey, y veré de que a usted lo degraden, se lo aseguro! La encargada de defender a la familia de este hombre era una de las compañías a su mando... ¿Dónde demonios estaba?

Y el príncipe Okhramora se alejó seguido por el compungido granjero. Jasperodus había notado que se preocupaba muchísimo por degradar a los oficiales incompetentes, a los que generalmente sustituía por amigos o parientes de su línea materna. Esta vez, sin embargo, Jasperodus estaba seguro de que no llegaría muy lejos; el mayor Inwing era tan popular entre sus hombres que el rey jamás se atrevería a exonerarlo o siquiera bajarlo de rango.

Se acercó al preocupado oficial.

—¿Qué ocurre con esos bandidos, mayor? —preguntó cortésmente Jasperodus—. ¿No se les podría perseguir hasta sus guaridas para destruirlos?

—Lo hemos intentado una veintena de veces —repuso exasperado Inwing—, pero el Bosque Occidental tiene una extensión de cientos de kilómetros y es

prácticamente imposible seguirles el rastro... Daría lo mismo ir a la caza de antílopes —añadió, aludiendo a la mítica bestia de la antigüedad—. El nuestro no es el único reino devastado por el bandidaje y en otras zonas tampoco han conseguido librarse del problema.

—Sin duda algo se sabe sobre ellos —insistió Jasperodus—. ¿Cuántos grupos tienen esos hombres?

—Varios. Pero el mayor y más combativo está al mando de un sujeto llamado Craish, al menos eso lo sabemos. Además es taimado como el diablo, a juzgar por lo que cuentan.

Y Jasperodus recordó el tren asaltado, el viaje a través del bosque, la orgía en aquel anfiteatro natural... Pero no dijo nada a Inwing. Ganaría más hablando directamente con el rey Zhorm... tras festejar su broma privada, el rey frunció el ceño —. Un monarca tiene que proteger a su pueblo si quiere conservar el trono —protestó—. Hace unos días esos villanos se adueñaron de una aldea y sembraron el terror en ella un día y una noche...

—Dime, máquina astuta, ¿qué harías tú con semejante plaga? —el rey le dirigió una mirada entre burlona y esperanzada.

—Creo que podría encargarme —respondió Jasperodus con aire reservado— de borrarlos del mapa.

—¿Cómo, Jasperodus? —Zhorm abrió los ojos; escuchó atentamente la historia del robot y luego cabeceó, pensativo—. ¿Estás seguro que podrías encontrar de nuevo ese lugar?

—Por cierto, majestad. Pueden haber cambiado de guarida, naturalmente. Pero lo dudo. El campamento tenía todo el aspecto de ser permanente.

Zhorm agitó una campanilla para llamar a un paje.

—Tráeme al capitán Grue.

Jasperodus dejó de lado los planos y habló con voz baja y aplomada.

—Majestad, la ingeniería no es mi verdadera vocación. Aspiro a una carrera militar.

Déjame dirigir el ataque al campamento de los bandidos. Después de mi actuación tal vez juzgues adecuado ofrecerme un cargo en la Guardia, que es mi deseo más ferviente.

Zhorm, que estaba bebiendo un sorbo de vino, se atragantó.

—¿Qué dices? En nombre del cielo, ¿de dónde sacas la audacia para pedirme algo semejante? ¡Cuídate, o te enviaré de nuevo al horno!

—Consulta a Padua, majestad. Él te asegurará que la idea es absolutamente realizable. De veras que no se me podría utilizar de mejor manera. Seré un oficial excelente.

—Padua ya ha abogado demasiado por tu causa —gruñó Zhorm—. Me estoy cansando de oírle cantar tus alabanzas.

Arrugó el ceño. Jamás había utilizado a los robots como soldados, por la simple

razón de que eran tan obedientes que el enemigo podía volverlos fácilmente en favor de ellos.

Una solución eran los robots dirigidos por un código verbal sólo conocido por los amos, pero esos robots eran costosos y Zhorm no tenía ninguno. Los hombres eran más baratos...

Obviamente Jasperodus no podía ser incluido en ninguna de las dos categorías, y aunque no era controlado mediante código alguno, tampoco parecía adolecer de cierta docilidad. Padua lo había explicado de este modo: su estructura receptiva era inusitadamente compleja y aunque sonara extraño, también era capaz de desobedecer por completo. Zhorm había entendido que esto significaba que Jasperodus desobedecía órdenes que contradijeran órdenes previas, o algo por el estilo.

—Final de partida flexible —murmuró.

—¿Majestad?

—Final de partida flexible. Un comentario que me hizo Padua hace unos días... Es la estrategia en que se basa tu cerebro —levantó los ojos cuando entró el capitán Grue, que se cuadró con elegancia—. El capitán Grue comandará la partida —declaró incisivamente—. Tú le acompañarás como guía. Ahora, discutamos los detalles de la expedición.

—¡Maldito seas, hombre de metal! ¡Maldito seas...!

Las feroces imprecaciones de Craish sonaban como música en los oídos de Jasperodus. Estaba de pie en una elevación del terreno, las manos en las caderas. Abajo, en el valle, las tropas gordonianas sujetaban con cuerdas a los hombres del bandido, que se alejaban con temor del círculo de armas.

La expedición había tenido más éxito del que esperaba el mismo Jasperodus. El capitán Grue había partido con una milicia de cien hombres, y atravesó la línea ferroviaria transcontinental en un tren ridículo y primitivo arrastrado por una máquina de petróleo. El tren disponía de un mirador para avisar si a la distancia se acercaba algún tren expreso, como para dar a los pasajeros la oportunidad de apearse sin consecuencias mayores.

Nada de esto ocurrió, y la expedición no tardó en llegar al sitio indicado por el guía robot.

Después los acontecimientos se precipitaron. Desde la partida de Jasperodus, la banda de Craish se había expandido y ya sumaba más de un centenar de rufianes armados hasta los dientes, de modo que los atacantes se encontraron con un rival digno. La primera emboscada de los bandidos casi fue catastrófica para la expedición, en parte porque Jasperodus la había guiado abiertamente a través del bosque, sin precauciones ni reconocimiento previo.

Fue durante esta emboscada cuando murió el capitán Grue. En la confusión siguiente, los otros oficiales habían aullado órdenes contradictorias y las tropas habían errado de un lado al otro. Entonces Jasperodus se hizo dueño de la situación. Saltando a un peñasco mientras las balas le tintineaban en el cuerpo invulnerable,

irguió la figura imponente y su voz reverberó en el campo de batalla como un trueno. Reagrupó a sus hombres, los guió a través de una granizada de balas y luego asumió la plenitud del mando para conducirlos a la victoria.

—¡Rápido! —vociferó entonces—. ¡Llévalos al tren!

Un subalterno se acercó y titubeó. Jasperodus lo fulminó con la mirada; el subalterno se apresuró a cuadrarse, y Jasperodus le devolvió el saludo perezosamente.

—¿Por qué no liquidamos aquí mismo a esa bazofia? —preguntó el oficial—. Ése era el propósito del capitán Grue.

—Es el rey quien debe decidirlo —rugió Jasperodus—. Los llevaremos con nosotros a Okrum —giró sobre los talones y se puso a vociferar órdenes estentóreas en el anfiteatro.

Poco después partieron al ferrocarril escoltando la larga fila de prisioneros. El teniente Haver, a quien por rango le habría correspondido tomar el mando a la muerte de Grue, insistía en impartir órdenes de vez en cuando; en cada oportunidad, Jasperodus lanzaba una orden opuesta, y los hombres, a quienes el robot había salvado la vida, tendían por instinto a obedecer a la personalidad más fuerte.

Eventualmente el teniente enrostró a Jasperodus para quejarse de que le socavaba la autoridad. Pero el enorme robot optó por ignorarle. Pronto, también Haver tuvo que resignarse a aceptar sus órdenes.

De vuelta en el ferrocarril, Jasperodus descubrió algo: una locomotora y algunos vagones ocultos en una zanja. Por este medio Craish había podido viajar a través de Gordona, atacando y luego retirándose por la línea ferroviaria. Hizo destruir el toco convoy, salvo un par de vagones que añadió a su propio tren, mientras los prisioneros eran embarcados para el viaje de retomo.

Los cautivos que habían hallado en el campamento de los bandidos ya estaban a bordo. La mayoría, mujeres. Permanecían taciturnas, la cabeza gacha, recordando los malos tratos que habían recibido.

Toda actividad cesó en Okrum cuando desfilaron por la ciudad con los prisioneros.

Jasperodus invitó al teniente Haver a marchar junto a él a la cabeza de la columna, para guardar las apariencias. Pero de los dos, fue el robot negro y bronceado quien más cautivó a la multitud y fue aclamado con mayor entusiasmo.

Había comenzado, y avanzaba decidido en su carrera por el poder entre los hombres.

Para un robot era todo un honor ser invitado a un banquete y sentarse a la mesa del rey con los nobles y notables del reino. Los demás huéspedes al principio lo juzgaron ridículo y se burlaron de Jasperodus, pero aunque él por supuesto no comía ni bebía, pronto les hizo cambiar de opinión mediante la imponente excelencia de su conversación.

Refirió cómo él y la Guardia Gordoniana habían tomado la guarida de Craish, expresando al pasar su condolencia por la muerte del capitán Grue, a quien

caracterizó hábilmente como un oficial valiente pero poco imaginativo.

Tras haber acaparado la atención general, se dispuso a discursar acerca de la formación de una fuerza militar para la defensa de un país pequeño.

—La Guardia del Reino tendría que ser pequeña pero de óptima disciplina —dijo—. Debería tener una movilidad que le permitiera actuar de inmediato en cualquier lugar del reino. O sea que, además del transporte, sería necesario un buen sistema de comunicaciones en todo el país, de modo que cualquier ataque o disturbio se conozca de inmediato en la capital. En cuanto al comandante de las fuerzas armadas, tendría que ser un hombre siempre alerta, capaz de mantener al ejército en un estado de tensión constante. No tendría que ser propenso a la complacencia, la distracción o las licencias sensuales.

«Finalmente, si el país tiene enemigos externos es útil entrenar y armar a la población en cierta medida, pero nunca se consentirá que el pueblo posea tanto poder de fuego como el ejército».

Se oyó un gruñido.

—Cualquiera diría que este artefacto de metal aspira al puesto de comandante.

—¿He dicho algo semejante, acaso? —respondió mordazmente Jasperodus—. La Guardia ya tiene un comandante irremplazable por su temperamento —inclinó la cabeza hacia el comandante Haurk, que jugueteaba con la copa y fruncía el ceño con cierto disgusto—. Pero ya que usted saca el tema, sería justo destacar que poseo todas las cualidades que acabo de enumerar, y en grado mayor que cualquier hombre de carne y hueso. No duermo, ni de día ni de noche. Mi mente puede consagrarse a sus deberes sin interrupciones, prescindiendo de las diversiones necesarias para un hombre. Por último, siendo una máquina y no un hombre, no me interesa medrar por el poder personal, como sucede con los comandantes de ciertos ejércitos, según sus soberanos luego descubren a su propia costa —un pesado silencio siguió a las palabras del robot, tras el cual Jasperodus se volvió al rey Zhorm—. Majestad, decir que yo aspiro a un cargo tan elevado es una calumnia, ¿pero puedo reiterar aquí mi deseo de una asignación como subalterno?

Una risotada rugiente saludó sus palabras. Un joven no pudo dominarse y escupió el vino sobre la mesa.

—¿Qué? ¿Un robot en el ejército?

—¿Por qué no? —Jasperodus paseó la mirada por todos los presentes; y luego habló con una pasión que esta vez era genuina—: El lugar de un soldado es el combate, ¿verdad? Ponedme a prueba, entonces. Desafío a cualquiera de vosotros a cualquier tipo de competencia, sea de habilidad, fuerza o astucia, con el cuerpo o con la mente... Afirmo que os derrotaría a todos.

—¡Acepto! —clamó una voz jocosa desde el otro extremo del salón—. Seremos rivales: debes tratar de seducir a cierta doncella que nombraré.

Jasperodus ignoró con enojo los aullidos que festejaron el desafío.

—¡Y si pensáis que soy incapaz de granjearme el respeto de mis subordinados,

preguntad a los que conduje hoy!

—¡Pero esto es ridículo! —protestó uno—. ¡Nombrar oficial a un robot!

Entretanto, el rey Zhorm observaba a Jasperodus con sus ojos soñadores y bárbaros.

—¡Suficiente! —exclamó—. No es ridículo en absoluto. He oído que tales cosas se hacen en las tierras del este, donde se fabrican robots muy sofisticados. Con vuestro asombro sólo demostráis vuestra ignorancia provinciana.

—¡Bien dicho, hermano! —dijo el príncipe Okhramora, interpellando al rey con el exceso de familiaridad que le era habitual, y se enjugó la grasa de la cara con una servilleta—. Estos necios que nos rodean son en verdad personificaciones de la ignorancia. ¿Pero qué haremos con los prisioneros? ¿Cómo dispondremos de ellos?

—Tal vez el robot Jasperodus tenga alguna idea —repuso sardónicamente Zhorm—, pues parece tener ideas para todo.

Jasperodus y el príncipe Okhramora intercambiaron una mirada de secreta satisfacción.

La relación entre ambos había progresado favorablemente desde aquel primer encuentro, tan poco feliz. Jasperodus, como para reparar esa temprana indiscreción, se había mostrado dispuesto a realizar tareas pequeñas para el príncipe, que había terminado por verle como un aliado valioso. Por esa razón no se oponía en absoluto a la ascensión de Jasperodus. Más aún, ya estaba al tanto de la proposición que haría el robot.

—Aunque por sus crímenes merecen morir en el acto, a veces conviene utilizar a semejantes hombres en vez de destruirlos —dijo Jasperodus con cautela—. La temeridad y la belicosidad no deben ser despreciadas, siempre que trabajen a favor y no en contra de uno. Ahora bien, muchos de los hombres de Craish son desechables y deberían ser ejecutados sin demora. Pero otros llegarían a ser buenos soldados, con la debida disciplina. El mismo Craish es un hombre que se ha vuelto al crimen más por impulsividad que por maldad congénita, y posee coraje y astucia. Sin duda se sometería al servicio militar y juraría fidelidad al reino a cambio de la vida.

Zhorm se rascó la barbilla mientras miraba a Jasperodus de soslayo.

—No es el trato que suele darse a tales criminales...

—No hace falta que el populacho se entere —observó Jasperodus con calma—. La ventaja inmediata que obtendremos es que Craish debe conocer el paradero de los otros forajidos del bosque, y sin duda podemos incitarlo a que los extermine con entusiasmo.

Entregádmelo a él y unos pocos de sus seguidores; no tardaré en limarles las asperezas, os aseguro. Y si a la larga son incorregibles, se los puede eliminar en cualquier momento.

—Demonios, este robot sabe lo que dice —declaró un hombre maduro, de mandíbula maciza, vestido con un tabardo acolchado—. Nos libraríamos del mal de una vez por todas.

—En un sentido general, yo también estaría de acuerdo —anunció con prudencia el príncipe Okhramora.

—Lo pensaré —dijo el rey Zhorm—. Pero basta de conversaciones serias —batió palmas—. ¡Que empiece la diversión!

Entraron los músicos en la sala, se inclinaron, ocuparon sus puestos y fueron seguidos por un grupo de bailarinas. Jasperodus observaba remotamente. En cuanto le pareció oportuno se escabulló y dejó atrás el clima de jolgorio.

Atravesó el palacio y cruzó un patio abierto que conducía a las barracas. Bajo tierra, a bastante profundidad, había unas antiguas mazmorras de piedra, húmedas, musgosas y hediondas. Bajando por las escaleras gastadas, Jasperodus oyó los murmullos desconsolados de los prisioneros apiñados en unas pocas celdas insalubres. Siguió de largo hasta un pasadizo que conducía a la celda reservada para Craish, donde urgió al guardia para correr los cerrojos.

Antes de entrar indicó al hombre que se marchara y esperó a que se alejase a una distancia prudente. Luego abrió la puerta.

Acuclillado en el suelo contra la pared opuesta, Craish alzó impasible la cara curtida. El robot entró en la celda y se irguió amenazadoramente frente al prisionero, eclipsando con el cuerpo la pálida luz eléctrica y sumiendo la celda en sombras.

—¿Qué demonios quieres? —lo desafió Craish, que parecía asustado pero agresivo—. ¿Qué es esto? ¿Ahora eres el verdugo de Zhorm?

La puerta se cerró con estrépito.

—Si lo deseara... —la voz de Jasperodus reverberó calma en el espacio cerrado; el robot avanzó y obligó a Craish a levantarse aferrándole de la chaqueta y acercándole la cara. El bandido, tan cerca del extraño rostro de Jasperodus, se sintió atemorizado y atrapado—. Escúchame, idiota... Si haces lo que te digo podrás vivir. Hay un precio que pagar, un precio insignificante comparado con la pérdida de la vida, la muerte por el garrote en medio de los aullidos de una turba rencorosa... Pero hay que pagarlo, sin omisión alguna. Debes transformarte en mi esclavo secreto, junto con otros que yo seleccionaré. Tu vida me pertenecerá, tu existencia dependerá de mi voluntad. Nadie más lo sabrá, sólo tú. Seré tu amo y señor y mis órdenes serán tu ley.

Pese a su situación, Craish soltó una risa entrecortada.

—¡Te has vuelto loco, hombre de metal! ¿Yo esclavo de una máquina? En mi mundo las cosas son exactamente al revés.

—¡Entonces muere! —Jasperodus lo arrojó desdeñosamente contra la pared—. Te explicaré las circunstancias, pues ocurra lo que ocurra tu silencio está garantizado. Por pequeña que parezca, la corte que gobierna Gordona es un hervidero de intrigas. El rey Zhorm tiene un medio hermano, hijo de la primera esposa del padre. Este hermano, que es mayor que Zhorm, se cree víctima de despojo, aunque por derecho de primogenitura el trono en realidad pertenece a Zhorm... Una sutil distinción legal que varía de reino en reino, se puede decir. En cualquier caso, este imbécil sueña con

un golpe de estado. Es una locura pues Zhorm es indudablemente mejor rey — Jasperodus rió huecamente—. ¿Pero qué puede importarme...? Pienso sacar ventaja de estas traiciones, ¿me entiendes? Ya casi puedo considerarme oficial de la Guardia, y mis avances no pararán allí. Pero para un robot es difícil hacerse de servidores humanos leales, y por eso quiero contar contigo.

Craish meneó la cabeza con perplejidad.

—¿Tu jefe es el hermano del rey? Alguien debe darte órdenes...

—Soy el único responsable de mis actos. No imagines a nadie detrás de mí, porque en verdad no hay nadie.

Craish reflexionó y suspiró.

—Casi puedo creerte. Eres más hombre que la mayoría de los hombres.

—Por una vez demuestras discernimiento. ¿Qué respondes? Puedes ser enrolado en la Guardia Gordoniana, donde seré tu oficial... Pero secretamente seré mucho más. En mi tendrás un amo generoso y vivirás bien. De lo contrario... —Jasperodus juzgó innecesario explicar más.

—¿Necesitas preguntarlo? —dijo Craish sonriendo taimadamente—. Estoy en tus manos. Lo que tú quieras...

Jasperodus lo estudió rápidamente y concluyó que podía contar con el hombre. Se agachó y tomó el cráneo de Craish en la mano, como un huevo.

—Si me fallas te aplastaré... así —dijo, amenazándole con hacer presión; Craish alzó los ojos huecos y asustados, cabeceando dócilmente cuando Jasperodus le soltó la cabeza.

Jasperodus se marchó de la celda de magnífico humor. Un hombre se había sometido a él, un robot. Eso le infundía una reconfortante sensación de poder..., que saboreó durante toda la noche.

—¡Adelante, comandante! ¡Adelante! —rió el príncipe Okhramora.

Al entrar en el aposento, Jasperodus encontró al príncipe cómodamente sentado en un sillón acolchado, las piernas cortas estiradas bajo el cuerpo rechoncho, una mueca de satisfacción en la cara redonda.

Okhramora rió de nuevo.

—¿Alguna dificultad de último momento, comandante?

—Nada importante, alteza. Todo está arreglado satisfactoriamente. Las operaciones serán dirigidas por la compañía Z, de la que podemos esperar lealtad absoluta. El palacio, que estará prácticamente vacío, será nuestro en unos minutos. Luego tomaremos la ciudad, y una vez que Okrum esté en nuestras manos lanzaremos la proclama que hemos preparado. He urdido una estratagema para que las compañías cuya cooperación no puede darse por segura permanezcan separadas de su armamento, bajo el pretexto de una revista general. Estarán encerradas en las barracas y bajo custodia.

—Bien, bien —el príncipe hizo girar los ojos en un gesto presuntamente especulativo—. El anuncio aparecerá simultáneamente en todas partes, y los nuestros

ya están preparados para tomar todos los centros de población. Bien organizado...

Jasperodus continuó exponiendo los detalles de su plan de acción.

—En poco tiempo el rey y su cortejo partirán hacia la residencia de verano, a treinta millas de la capital. En ese aspecto mi estratagema funcionará bien: el entretenimiento que he hecho traer del este ha alejado a todos cuantos pudieron unirse a la excursión. El gasto valió la pena.

—Y mientras ellos se marchan, mi tío y sobrinos llegarán para el inicio de la nueva corte —rió Okhramora—. ¡Cuánto me gustaría ver la cara de Zhorm cuando se dé cuenta de lo ocurrido!

—El éxito parece seguro, alteza.

—Sí. ¡Hemos fraguado un buen plan, tú y yo!

Hubo una pausa, y Jasperodus permaneció erguido frente al príncipe. De pronto a Okhramora se le ocurrió una idea, y una alegría infantil le iluminó la cara.

Tomó una pluma para escribir y la arrojó al suelo.

—Oh, comandante. Se me ha caído la pluma. Recógela.

Obediente, Jasperodus cruzó el salón y recogió la pluma del suelo. Cuando estaba a punto de volverse, la voz estridente de Okhramora vibró de nuevo.

—¡No, no! ¡De rodillas!

Sin decir palabra, Jasperodus cruzó la sala de rodillas para poner la pluma sobre la mesa. El príncipe alzó la mano para prevenirle que no se levantara.

—Ahora quédate donde estás —murmuró—. Creo que tengo una mota de polvo en el zapato. Ten la bondad de limpiarla con ese paño.

—Enseguida, alteza —Jasperodus tomó el paño que el príncipe le indicaba, y le lustró cuidadosamente los zapatos con hebilla.

—¡Excelente, comandante! ¡Arriba!

En los últimos meses Jasperodus había desempeñado un papel engañoso con el príncipe. Como a la mayoría de la gente de Gordona, a Okhramora le costaba admitir que un robot no obedeciera automáticamente, y aunque al principio le había intrigado que Jasperodus fuera tan independiente con otros seres humanos y a él le demostrara un apego servil cuando estaban a solas, eventualmente se lo explicó así: Jasperodus era como un perro, quería tener un solo amo. ¡Y ese amo era él, el príncipe Okhramora!

Porqué el robot le había consagrado a él su devoción, era casi inexplicable. Tal vez a causa de su firmeza viril, se halagaba el príncipe. Pero no dejaba de parecerle un asombroso golpe de suerte. En términos ordinarios, Jasperodus era un genio, un auténtico Maquiavelo. Y ese genio estaba enteramente al servicio de Okhramora.

Además, nadie lo sospechaba.

Entretanto Jasperodus había prosperado en la Guardia, y se había transformado en un blanco más atractivo para las atenciones de Okhramora. Había ascendido meteóricamente de teniente a capitán, y luego a mayor; su capacidad militar estaba fuera de toda duda. Había impuesto una rígida disciplina en la recién formada

compañía Z, integrada principalmente por Craish y sus hombres, y con ayuda de ellos había limpiado el Bosque Occidental de forajidos, muchos de los cuales habían sido incorporados al ejército.

Luego, durante un ejercicio de entrenamiento, un soldado de la compañía Z eliminó de un tiro al comandante Haurk, al parecer por accidente, y Jasperodus mató al hombre en un arrebato de furia, antes que el soldado pudiera exigirle la recompensa que le había prometido. Para entonces el rey Zhorm estaba tan impresionado con Jasperodus que pese a los prejuicios populares lo promovió al cargo del oficial muerto, así Jasperodus obtuvo el mando de la Guardia Gordoniana, una responsabilidad que ejerció autoritariamente, logrando el respeto de la soldadesca y la oficialidad.

Pero en el palacio mismo descubrió que la gente a menudo se olvidaba de cuidar la lengua en presencia de un robot, tal como lo habría olvidado en presencia de un animal, así que adoptó una actitud más pasiva. Esto, junto con su oído sensitivo y graduable, transformó las intrigas de la corte en un libro abierto para él.

Pronto había reparado en lo valioso de una asociación con el príncipe Okhramora. La Guardia estaba llena de sus sicofantes y parientes, un modo de prepararla para el golpe con qué soñaba pero que jamás se habría animado a llevar a cabo sin la ayuda e intervención de Jasperodus. Para ganarse su confianza, el robot había cultivado esta relación extravagante, dispuesto a soportar la degradación con tal de lograr sus fines.

El príncipe tenía un sentido perverso del placer; le deleitaba ver al comandante de la Guardia —¡el protector personal de Zhorm!— esclavizado a todos sus caprichos. En público Jasperodus era una figura respetable, pero en privado caminaría sobre las manos si Okhramora se lo ordenaba... ¡Incluso le había obligado a hacerlo!

Y una vez, borracho, había orinado a Jasperodus.

La experiencia había evocado a Jasperodus los establos y el detestable Horsus Greb.

Pero la soportó con toda paciencia.

—Así que sólo tendremos que esperar hasta una hora después del anochecer —suspiró feliz Okhramora—. Eso será todo, comandante... Cerciórese que todo salga bien.

Jasperodus se retiró y recorrió el palacio. El crepúsculo bañó los edificios de piedra y madera y la antigua ciudad de Okrum. El ajetreo de la capital disminuyó cuando vendedores y tiendas interrumpieron sus actividades y los pobladores se retiraron a sus casas.

Jasperodus se dirigió a las barracas. Las compañías que no pudieron ser compradas —casi la mitad de la Guardia—, ya hablan entregado las armas y ahora estaban cenando.

Muchos hombres sin duda estarían anhelando ir luego a la ciudad para empinar un trago, pero Jasperodus había sido cauto en la distribución de licencias.

Recién separado de un grupo de oficiales que vagabundeaban nerviosamente,

Craish, ahora el capitán Craish, saludó a Jasperodus con una sonrisa alegre.

—Esto es mejor que asaltar trenes, ¿eh, comandante?

—Concentra la atención en lo nuestro —le reprochó Jasperodus—. Quiero que la compañía Z esté más alerta que nunca.

Regresó al palacio y lo recorrió de nuevo mientras rumiaba cada detalle del plan. Había dispuesto todo de tal modo que Zhorm se enterara de inmediato de lo que estaba ocurriendo, para que se precipitara de vuelta al palacio y cayera en sus manos.

Luego emitiría su proclama por todo el territorio: el príncipe Okhramora había alentado una rebelión en la que logró matar al rey, pero también había muerto en la refriega.

Jasperodus se presentaría como el vengador de la muerte del rey y el represor del levantamiento. Con el pretexto de restaurar el orden (o para restaurarlo de veras si hacía falta) impondría un período de ley marcial que le facilitaría el dominio total del país. Luego se las arreglaría para que lo nombraran regente durante un período breve. Y luego... ¡Rey!

Estudiaba el proyecto una y otra vez; no advirtió ninguna fisura. En una situación confusa el poder pasaba a manos de quien poseía mayor cantidad de armamentos: él.

Gordona era un país relativamente apacible para los tiempos que corrían, y en realidad el populacho no vería razones para oponer resistencia... Hasta que fuera demasiado tarde.

Jasperodus creía haber eliminado de la ecuación todos los factores imprevisibles.

—¡Comandante Jasperodus... Mi tío, el conde Osbah! —el príncipe Okhramora rió entre dientes. Jasperodus se inclinó. Al contrario del príncipe, el conde Osbah era alto, excesivamente delgado, y se conducía con exagerada altivez. Respondió a la reverencia del robot con un gesto arrogante.

Okhramora estaba tan ansioso de poner el plan en marcha que había hecho entrar al conde por la puerta trasera casi al mismo tiempo que el rey Zhorm y el cortejo salían por la del frente. Con él habían venido casi una docena de parientes: primos, tías y tíos. La mayoría, simplemente granjeros prósperos de clase media, pues Gordona no era tan grande como para costearse una nobleza importante.

Los parientes de Okhramora, de hecho, habían tomado posesión del palacio antes que la compañía Z, y para las tropas resultaron más molestos que cualquiera de los ocupantes legítimos. Los sirvientes, y el resto de los integrantes de la corte, fueron encerrados y Jasperodus apostó centinelas en los pasadizos desiertos.

Sus hombres ya estaban en la ciudad. El robot había enviado una patrulla a tomar las funciones policiales y encarcelar a todos los policías en sus propias celdas. También había arrestado al jefe de policía, el ministro de justicia, el ministro de industria y comercio y otros ciudadanos encumbrados. Hasta ese momento todo marchaba a la perfección.

—Si mamá hubiera vivido para ver este día —suspiraba Okhramora, presa de un sentimentalismo pueril y momentáneo—. Esto habría satisfecho todos sus ruegos...

¿no es verdad, tío?

—En efecto —el conde le dirigió una mirada desdeñosa.

De golpe se oyeron estampidos de fusilería en la dirección de las barracas, seguidos por un silencio. Jasperodus se excusó, fue en busca de un soldado y lo envió a investigar.

Minutos después el soldado regresó para decir que había sido un intento de fuga, pero que todo estaba ahora bajo control.

Jasperodus envió al hombre a su puesto y aguardó en el pasadizo en penumbras. Se preguntaba por qué estaba nervioso. Se palpó las armas: un rifle de repetición y un lanzarrayos de tubos largos, una combinación de serpentinas de vidrio que generaba un haz de intensa energía. El arsenal contaba con una sola de estas raras armas, y él se la había reservado para uso personal, pues al contrario de las armas de fuego podía causarle daño si la empleaban contra él. Pensó que a esa altura Zhorm ya debía de estar regresando al palacio. Le sería fácil meterse adentro —Jasperodus se había encargado de ello— siempre que no cometiera la tontería de acudir en tropel con todo el cortejo. Y tenía buenas razones para intentarlo, al margen de la pérdida del trono. La mejor de las razones, algo que prácticamente aseguraba que volvería solo.

Cuando Jasperodus regresó, el salón donde había dejado a Okhramora y el conde Osbah estaba desierto. Preguntó el paradero de ambos a un centinela.

—Fueron a la sala del trono, comandante.

—¿De veras? Busque al capitán Craish y dígame que se encuentre conmigo allí, acompañado por una docena de hombres.

Se dirigió apresuradamente a la sala del trono, entró y evaluó la escena de un solo vistazo.

La cámara era de un tamaño discreto, acorde con sus funciones, pues sólo se la utilizaba para ocasiones ceremoniales y simbólicas. Diseñada con forma de conchilla cóncava, imponía una atmósfera de lujosa intimidad. Las paredes eran azul claro; las puertas eran de caoba y estaban flanqueadas por ricas colgaduras azules. Pero la silenciosa calma habitual ahora estaba quebrada totalmente por la presencia de Okhramora y todos sus parientes, reunidos alrededor del trono. Okhramora estaba en la parte trasera de la cámara, inclinado sobre un repositorio donde, como todos sabían, se guardaba la corona del reino. Inexplicablemente la combinación de la cerradura también le era familiar al príncipe.

Abrió el repositorio y extrajo el ansiado símbolo de soberanía. ¡La corona! Aunque no excesivamente valiosa, era un objeto de cierta belleza, pues la había moldeado un orfebre talentoso. Okhramora la sostuvo en alto para que la vieran todos; el círculo de espiras onduladas centelleó en la luz tenue. Luego el príncipe subió los tres escalones del trono y se irguió de espaldas a él, alzando la corona por encima de la cabeza con una expresión de triunfo y júbilo.

En ese momento Jasperodus subió los escalones precipitadamente y le arrebató la corona de las manos, empujándolo violentamente y tumbándolo en el suelo.

Mientras rodaba para levantarse, Okhramora lo miró con ojos desorbitados e incrédulos.

—¿Qué pasa? —gimió—. ¿La corona tiene alguna trampa? ¿No? ¿Entonces...? ¿Jasperodus...?

Una de las mujeres chilló.

Jasperodus le quitó el seguro al arma.

—¿Me usabas como un juguete, verdad? —gruñó—. Creías que era tu esclavo. ¡Pobre imbécil, tú eras mi herramienta, no yo la tuya!

El rifle inició su temible parloteo. Okhramora se estremeció una y otra vez, arrastrado en el suelo por el impacto de las balas. Mientras la sangre le manaba del cuerpo, gritos aterrados inundaron la cámara.

—¡Silencio! —Rugió Jasperodus—. ¡Silencio, o todos terminaréis como él!

Se callaron. Jasperodus notó que el conde Osbah se escabullía hacia la parte trasera del grupo, tratando de llegar sigilosamente a las puertas. Pero no hizo nada por detenerlo y permaneció de pie como si estuviera momentáneamente paralizado. Emociones imprevistas lo recorrían y la corona parecía quemarle los dedos de metal.

Antes que el conde pudiera llegar a las puertas, éstas se abrieron de golpe y Craish irrumpió con sus hombres. Al ver a Jasperodus de pie ante el trono y con la corona en las manos, se detuvieron.

—Entrad —ordenó Jasperodus con una voz tonante, casi trémula, que reverberó en toda la sala—. Entrad y sed testigos —hizo una pausa, algo aturdido; trató de recordar los planes que cuidadosamente había trazado, los movimientos calculados y los períodos que tenían que pasar antes que llegara a rey. Pero arrojó todo por la borda. Una locura se había adueñado de él; la locura del orgullo, el poder y la victoria. No podía dominarse. Su voz resonó salvajemente.

—¡Arrodillaos todos!

Aunque azorados, los hombres de Craish obedecieron de inmediato; todos, salvo dos o tres que creían haber trabajado por la causa de Okhramora. Pero algo sobrenatural parecía haber ocurrido al robot negro y bronceado; su presencia carismática colmaba el salón y dominaba a todos los presentes, y en segundos no sólo los soldados sino los civiles se hincaron de rodillas, vencidos por una mezcla de temor y admiración personal.

Jasperodus alzó la corona y se la ciñó lentamente en la cabeza. Cuando el oro le rozó el cráneo metálico una sensación de éxtasis le barrió el cerebro.

—¡Yo, yo, yo soy vuestro rey! —proclamó, alzando la voz de tal modo que resonó en la conciencia de cada uno—. ¡Soy el único responsable de mis actos, y el arquitecto de vuestros destinos!

Craish lanzó un grito que fue imitado por las voces temerosas de los otros.

—¡Viva el rey!

Jasperodus se echó majestuosamente hacia atrás para sentarse en el trono mientras rotaba la cabeza y miraba a sus sicarios con ojos rojizos y resplandecientes de poder y

ferocidad.

Momentos después otro soldado entró en la sala del trono. Pareció perplejo ante lo que veía, pero atinó a articular su mensaje.

—¡El rey Zhorm ha entrado en el palacio, comandante!

—¿Y dónde está?

—Lo han visto enfilar directamente hacia la habitación de los niños, comandante.

Jasperodus asintió. Era previsible que iría hacia allí. Tenía tres hijos pequeños; dos varones y una niña, de cinco a diez años de edad.

Se levantó del trono.

—Pon a la parentela del príncipe a buen recaudo —le dijo a Craish—. Lo que sigue, debo hacerlo por mi cuenta.

Abandonó la sala del trono después de dejar la corona, y avanzó a través del palacio.

Los pasadizos estaban oscuros y en silencio, desiertos salvo por algún centinela ocasional en una intersección. Estaba cerca de la habitación de los niños cuando un movimiento adelante le hizo detenerse y atisbar con suspicacia.

El mayor Cree Inwing acechaba en las sombras, tal vez sin darse cuenta de que resultaba visible para Jasperodus, que podía cambiar de espectro.

—Muéstrese, mayor, o dese por muerto —amenazó Jasperodus.

El mayor Inwing se acercó a la luz tenue, el rostro pálido.

—Estoy solo y desarmado —dijo simplemente.

Jasperodus estudió la cara del otro. Había en el mayor cierta vivacidad y franqueza que le resultaban agradables, pero Inwing era demasiado leal para comprometerse con complots de traición, así que lo había descartado de sus maquinaciones.

—¿Cómo ha llegado aquí? —preguntó—. Creí que estaba detenido en la barraca de los oficiales.

—Es verdad, pero escapé. Odio los motines —Jasperodus vio que Inwing tenía un brazo ensangrentado por una herida de bala—. Tengo que admitir que me he equivocado con usted, comandante. Todo esto es obra del príncipe Okhramora, supongo...

Jasperodus no respondió a la pregunta.

—Acaban de informarme que Zhorm está en la sala de los juegos —dijo—. Me imagino que usted también lo sabe...

Inwing empalideció aún más, y Jasperodus vio que transpiraba.

—¿Qué se propone? —se apresuró a decir—. No... Es demasiado obvio. Veo que Okhramora lo utiliza para ese tipo de trabajo —el desprecio le ahuecaba la voz.

—Sería una locura actuar de otra manera. Mi trono jamás estará seguro mientras vivan Zhorm y sus hijos.

—¿Los niños también? —Inwing, alarmado ante la implicancia de la declaración, no reparó en cómo la había enunciado Jasperodus—. No puede hacerlo,

comandante... Es ir demasiado lejos. Ni siquiera usted puede hacerlo, aun siendo lo que es. No debe hacerlo —el tono del joven mayor era de súplica.

—No veo mayores impedimentos —repuso Jasperodus.

—Espere... ¿Cómo cree que el pueblo reaccionará al saber que el rey fue asesinado? —se le interpuso Inwing—. Piénselo.

—Tampoco veo mayores impedimentos —respondió Jasperodus, se preguntaba por qué se demoraba en hablar con Inwing en vez de atender sus asuntos, sin embargo continuó—: Una fuerza armada pequeña y compacta es cuanto se necesita para controlar un país del tamaño de Gordona. Siempre es posible reunir una fuerza así, si se ofrece el estímulo adecuado.

Inwing puso una cara trágica al reconocer la lógica del argumento. Pero emprendió una última tentativa.

—Escuche, comandante. Su control del país será mucho más fácil si cuenta con la totalidad de la Guardia. Yo puedo ofrecerle eso: usted sabe que al menos la mitad de los hombres me seguirá si las cosas se ponen difíciles. Le seré fiel, absolutamente fiel, a usted o al amo de usted, por el resto de mi vida. Lo juro. Mi única condición es que deje escapar con vida al rey Zhorm y su familia.

La popularidad de Inwing era un factor que Jasperodus ya había sopesado.

—Pero usted ha jurado servir al rey Zhorm —señaló.

—No puedo ofrecerle un servicio más grande que cerrar este trato con usted —replicó Inwing; pero de pronto la tenacidad de Jasperodus le quitó la paciencia y el mayor se enfureció, desesperado—. ¿No hay manera, verdad? —torcía la boca como para escupir—. ¡Aquí estoy, tratando de apelar a la compasión de usted! Quizá sea inteligente... pero es un robot. En ese cerebro muerto no hay nada a qué apelar.

Jasperodus lo empujó a un lado y siguió adelante. Al encontrar cerrada la puerta de la habitación, la hizo astillas de un golpe y miró adentro.

Dos nodrizas vestían apresuradamente a los niños, que parecían alterados y somnolientos. Zhorm estaba de rodillas ayudándoles. Cuando irrumpió Jasperodus, el rey se volvió con una expresión de temor y odio. Empuñaba una inservible pistola.

El robot echó un rápido vistazo a la habitación: las camas donde dormían los niños, los juguetes desparramados en el suelo, las coloridas figuras de soldados y animales en las paredes.

No había tomado ninguna decisión acerca de lo que haría; pero cuando habló, parecía que las palabras le brotaban involuntariamente.

—Te llevarás a tu familia y te largarás de Gordona para siempre, ¿me oyes, Zhorm? ¡Para siempre! En diez minutos mis hombres vendrán aquí para llevarte a la frontera. ¡Prepárate!

Se alejó airadamente, ignorando al ansioso Cree Inwing cuando lo pasó de largo en el pasillo. Pero más adelante se le interpuso el desconsolado Padua, que le lanzó una mirada acusatoria.

—Te ayudé, Jasperodus. Sin mi serías chatarra. ¡Y ahora has traicionado mi

confianza hasta un extremo inimaginable!

—Tú eres el robotista, Padua. Yo soy simplemente un mecanismo. Debiste conocer de antemano mi conducta futura, y por lo tanto tu crítica está fuera de lugar.

Manos suaves y acariciantes lo recorrían; se detenían en cada pulgada de superficie de su cuerpo. Jasperodus yacía pasivo, concentrándose en las sensaciones placenteras.

La muchacha era la misma pelirroja que participó en aquella primera limpieza que le hicieron, hacía casi dos años. Ahora que él era amo del palacio, ella se había ofrecido para brindarle sus servicios a diario, y lo frotaba y lustraba para conservarlo majestuoso y reluciente. Obviamente la muchacha gozaba con la tarea, que de algún modo la excitaba.

A veces se le ahuecaba la respiración, y ocasionalmente al masajear el bulto metálico de la entrepierna de Jasperodus, parecía dominada por un frenesí momentáneo y recorría el aire con la mano como si manipulara el falo inexistente.

La virilidad, pensó Jasperodus. Al parecer, exudaba virilidad. La posibilidad que una máquina poseyera una cualidad semejante le tenía desconcertado, pero el caso es que la poseía.

Naturalmente que él no compartía la excitación de la muchacha. La sexualidad seguía siendo un misterio para el robot: las sensaciones eran deliciosamente sedantes, pero nada más.

—¿Te gusta, señor? —preguntó ella con avidez, y de pronto se le encaramó encima del cuerpo para tenderse sobre él apretando la pelvis contra la de Jasperodus.

Él la apartó a un lado y se levantó. No le gustaba que le recordaran sus carencias.

Al entrar en el despacho contiguo encontró a Craish y Cree Inwing esperándole. Traían noticias inquietantes.

—Es casi seguro que el ataque frontal será mañana, sino esta noche —le dijo Inwing, señalando el mapa desplegado sobre la mesa—. Aquí está Zhorm con sus fuerzas, y aquí estamos nosotros, acantonados fuera de la ciudad de Fludd. Contamos con menos hombres, a causa de la necesidad de apostar fuerzas en otras zonas del país para reprimir las posibles rebeliones.

Jasperodus asintió. Examinó el mapa casi sin interés. Como había previsto, su doble impetuosidad —al tomar la corona prematuramente, y luego al perdonar a Zhorm— le había acarreado dificultades. Había sido necesario gobernar Gordona por la fuerza, utilizando los métodos de una policía estatal, y en consecuencia el populacho estaba descontento. Esto había permitido a Zhorm, que se había refugiado en un país vecino, ganar apoyo para su causa. Alrededor del núcleo de una pequeña milicia extranjera facilitada por el monarca que lo hospedaba, había congregado un buen número de leales armados para invadir el país, y ahora se disponía a atacar.

Cree Inwing había cumplido su palabra; Jasperodus no necesitó recordarle su

juramento siquiera una vez. Había organizado políticamente el reino eliminando los elementos recalcitrantes de la Guardia y ganando la simpatía del resto. Automáticamente había sido promovido a comandante de la Guardia —Craish era su segundo— y ahora, por un vuelco irónico de los acontecimientos, combatía por Jasperodus contra el mismo Zhorm.

—Las disposiciones son satisfactorias —declaró Jasperodus—. Todo está en orden; podremos resistir —por su parte calculaba que las posibilidades eran parejas, y tenía la incómoda certeza de que la intensidad de su propio entusiasmo sería el factor decisivo en el desenlace final.

—Majestad, ¿alguna instrucción especial en lo concerniente al orden público? —preguntó Inwing—. Sin duda habrá levantamientos locales.

—Lo principal es desbaratar el ataque de Zhorm —replicó Jasperodus—. Después tus muchachos podrán encargarse de solucionar los otros problemas, ¿verdad, Craish? Craish asintió con una sonrisa.

—En ese caso, iremos directamente a Fludd —dijo Inwing con rigidez.

Jasperodus trazó un gesto vago.

—Craish, ve tú. Inwing puede quedarse aquí un tiempo, ya viajaremos juntos a Fludd —la voz se le perdió en un murmullo—. Aprovechemos para divertirnos... mientras podamos.

Inwing pareció sorprendido e intrigado, pero no dijo nada. Craish saludó y se marchó.

Pensamientos conflictivos cruzaban la mente de Jasperodus. Echó una ojeada al despacho, y reparó por vez primera en su aspecto accidental y provisorio. Pilas caóticas de documentos y nóminas cubrían las mesas, apiñadas en la habitación sin orden ni concierto. Ni siquiera había sillas, pues él estaba igualmente cómodo de pie, y el único archivo era insuficiente. ¿Por qué había sido tan descuidado con el lugar donde trabajaba todos los días? ¿Acaso la sensación de urgencia lo había abandonado, una vez alcanzado el objetivo?

No, no podía ser. Lo habría sabido...

Indicó a Inwing que le siguiera. En el largo pasadizo de afuera todas las colgaduras flameaban con violencia en las ráfagas húmedas que el viento soplaba por los ventanales abiertos. El aire del atardecer estaba saturado como si fuera a tronar, y Jasperodus se dijo que el tiempo era demasiado malo para que Zhorm atacara esa noche.

La sala de banquetes, sin embargo, lucía más alegre. Los leños ardían en el enorme hogar y la concurrencia que ya se había reunido contrastaba notoriamente con el desfile de oficiales y ministros apesadumbrados que había recibido todo el día. Se acomodó en un sillón de hierro forjado que dominaba la asamblea, e hizo señas para que comenzara el espectáculo.

La representación estaba a cargo del mismo grupo de actores ambulantes que había participado, si bien marginalmente, en su toma del poder. No era por elección

propia que seguían actuando en la corte; él les había denegado el permiso de irse de Gordona, deseoso de reservárselo para sí, pero hasta entonces había tenido poco tiempo para entretenimientos. Ellos aceptaban esta estadía forzosa con benevolente paciencia, lo cual sugería que no era la primera vez que se topaban con una imposición semejante.

Saludaron e instalaron el equipo, un trípode coronado por una maraña de tubos pequeños que formaban diversos ángulos y emitían haces delgados de luces de color.

De pronto el espacio libre del centro del salón despertó a la vida. En lugar del vacío había una plaza de mercado con gente que paseaba. La ilusión era completa: el cuadro tenía color, profundidad y paralaje, de modo que ofrecía un aspecto diferente si se lo contemplaba desde otros ángulos. La escena, a juzgar por la arquitectura y las vestimentas, pertenecía a una época antigua: en ella entraron los actores de carne y hueso de la compañía ambulante.

Ni el ojo ni el oído podían discernir cuáles personajes eran reales y cuáles eran proyectados por el aparato láser, salvo cuando ocasionalmente el proyector producía ciertos efectos especiales, achatando las imágenes en un solo plano, o una serie de planos sucesivos contra las que los actores vivos se perfilaban nítidamente. Pero aún esto podía ser logrado mediante trucos. Sólo cuando los actores vivos emergieron de la escena y se acercaron a la audiencia para declamar sus monólogos revelaron realmente su presencia.

El efecto dramático de la obra era acentuado por el hecho que los personajes eran principalmente actuados en vivo, y ocasionalmente emergían de la escena mientras que los secundarios eran sólo imágenes. A Jasperodus le pareció cautivante. Estaba escrita, supuso, por algún autor de la antigüedad, y narraba en un lenguaje deslumbrante una historia de duques y príncipes, de amantes desdichados pertenecientes a familias hostiles. Para sus adentros el robot felicitaba al inventor de este tipo de dramas, así como al inventor del aparato. Pero tales maravillas quizá fueran comunes en el Este; este pensamiento le recordó que había nacido hacía muy poco tiempo. Pese a cuanto había hecho, aún no conocía demasiado mundo.

El drama terminó. Las escenas de apariencia tan sólida se esfumaron para dejar sólo un puñado de actores de pie en tablas desnudas. Se inclinaron ante Jasperodus.

—¡Excelente! —aplaudió Jasperodus—. ¡Una magnífica actuación! —le habría gustado cavilar un rato acerca de la obra, pero un viejo de barba desgredada y canosa se le acercó.

—Y ahora, majestad, permítenos presentarte visiones del pasado remoto. ¡Estas imágenes han sido preservadas desde la Edad de Tergov!

Jasperodus volvió la atención al aparato láser. En el espacio donde se había representado el drama se materializó otra escena. Esta vez era una fotografía que mostraba una vista aérea de una ciudad tan vasta e imponente que todos los presentes jadearon.

—Las fotos son un poco borrosas porque los hologramas yacieron sepultados

durante siglos hasta que los desenterraron —explicó animosamente el viejo—. Aquí está Pekengu, una de las Cuatro Ciudades Capitales del Reino de Tergov. Cuando este holograma fue tomado Tansiann era apenas una ciudad provinciana de tamaño regular.

Pekengu no es ahora más que un puñado de ruinas, aunque todavía sigue habitada —el proyector emitió un chasquido; apareció una segunda imagen—. Aquí vemos otra de las Cuatro Capitales: Pacífica, la ciudad flotante del Gran Mar del Este. Pacífica tenía cincuenta millas de longitud, y la población llegaba a dos millones. El gran hueco central que veis se extendía hasta un kilómetro bajo la superficie del océano y tres kilómetros en el aire —el comentarista continuó exponiendo los detalles acerca de la antigua capital, que ahora yacía sepultada en el lecho del océano, y luego proyectó quizá la mejor de las imágenes—. He aquí un panorama de uno de los triunfos arquitectónicos más consumados de todos los tiempos: el Templo de la Fraternidad del Hombre, en Pekengu.

Aún se conservan partes de este magnífico edificio, sobre todo del muro norte. Se cree que esta foto fue tomada un siglo después de la construcción del templo.

Jasperodus observó fascinado el gigantesco edificio. Jamás había imaginado algo ni remotamente parecido. En el centro se elevaba una cúpula enorme en cuya mitad flotaba una guirnalda de nubes, a tal punto era inmensa. Las partes inferiores de la cúpula parecían configurar una cascada de montículos, ondulaciones, tracerías y pasillos que se derramaban y volcaban en el suelo como si colgaran de la masa flotante superior, en lugar de sustentarla.

—¿Nos puedes mostrar también el interior del edificio? —preguntó excitadamente.

—Lamentablemente no. Existen fotos del interior, según lo que me han contado, pero no tengo ninguna en mi colección.

El comentarista mostró las fotos restantes: las colonias de Marte, increíblemente progresistas; la vasta barrera marina que por aquellos días alteró los climas continentales mediante el control de las corrientes oceánicas; una estupenda comunidad espacial que atravesaba el sistema solar en una senda elíptica alargada que cruzaba regularmente las órbitas de todos los planetas; una vista de Saturno desde las torres de la ciudad de Tetis, uno de los satélites interiores.

—Éstos —anunció el comentarista— son ejemplos de las glorias pasadas que el emperador Charrane procura revivir.

Las imágenes entusiasmaron y agitaron a Jasperodus. ¡Sin duda éstos eran logros de primera magnitud! Empezó a sentir una inmensa admiración por el Viejo Imperio y lamentó no haber vivido en esa época.

El espectáculo terminó con una segunda serie, más breve, que exhibía animales estrafalarios, casi imposibles. Criaturas con cuellos ridículamente largos o con alas de seis metros de envergadura, gatos del tamaño de elefantes y caballos del tamaño de gatos. Algunos no guardaban semejanza alguna con las bestias que Jasperodus había

oído nombrar, y otros resultaban indescriptibles.

—Ninguno de estos animales existe ahora en la naturaleza, pues fueron creados durante la civilización clásica por una ciencia hoy perdida —explicó el comentarista—. Esta ciencia también podía configurar extraños tipos de hombres, pero éstas y otras especies se extinguieron, pues no lograron sobrevivir al salvajismo aparecido en la Edad Oscura.

Puso a un lado el proyector láser, pero el espectáculo aún no había terminado. Otro hombre se adueñó del escenario y realizó desconcertantes proezas de magia. Jasperodus observó atentamente. Podía distinguir los movimientos con más rapidez que el ojo humano y comprobó que muchos de los trucos dependían de la prestidigitación o el desvío de la atención del público. Otros, sobre todo los que se basaban en el empleo de tarjetas o pretendían demostrar la lectura de la mente, se valían de cálculos matemáticos equívocos o una psicología ingeniosa, y el mago obviamente era un experto en ambos temas. Jasperodus también pudo descubrir cómo se realizaban estos trucos, pero otros en cambio lo desconcertaban también a él.

Después, los cuatro actores principales de la compañía, incluidos el comentarista y el mago, se sentaron delante de él para narrar fábulas insólitas y proponer acertijos.

Jasperodus había ansiado secretamente la llegada de esta parte del espectáculo. Esta gente se pasaba la vida viajando por el mundo y sus conocimientos abarcaban una vasta gama temática. El grupo podía complacer a todos los paladares: no sólo representaban obras, tocaban música exótica, montaban números de danza, acrobacia, magia y bufonería; también podían discurrir sobre filosofía con notable erudición. Jasperodus necesitaba alguna conversación estimulante ahora que Padua, el único con quien antes podía hacerlo, se había puesto huraño y agresivo con él.

Tras escuchar un rato pidió que le plantearan un par de adivinanzas.

Un viejo de cara ladina, más rugosa que la de los demás y enmarcada por una barba blanca algodónada, le satisfizo.

—¿Quiénes existen en mayor número, los vivos o los muertos?

Jasperodus reflexionó un instante.

—Los vivos, pues los muertos no existen.

—¡Correcto! Ahora concéntrate en esta antigua adivinanza. Una vez un juez sentenció a muerte a un hombre, y le informó que sería ejecutado entre el lunes y el miércoles siguiente, pero que hasta el momento en que no lo sacaran de la celda no sabría cuál día.

Esa noche el reo razonó así:

«No puedo ser agarrotado el viernes, que es el último día, pues en ese caso ya lo sabría apenas diera la medianoche del jueves, lo cual se opondría al designio del juez.

Pero si se descarta el viernes tampoco puedo ser eliminado el jueves..., pues en ese caso yo me enteraría apenas diera la medianoche del miércoles. El mismo argumento vale para el miércoles, el martes y el lunes, que así quedan descartados. ¡Estoy salvado! No pueden ejecutarme». Y descansó tranquilo. Pero cuando llegó el

martes lo sacaron de la celda y lo agarrotaron contra cualquier previsión, tal como había prometido el juez.

Explícalo.

Jasperodus exploró las sinuosidades del relato y se encontró en medio de una paradoja. Tras algunos intentos fallidos de resolverla, se movió del asiento con desasosiego.

—¡Bah! Es simplemente un juego de palabras. El juez mintió. Impuso una condición que en la realidad no podía ser cumplida, algo que puede hacer cualquier necio. Debió eliminar el último día de su promesa y entonces no habría paradoja.

—¡Es exactamente lo que yo opino! —el viejo rió divertido, sacudiendo los hombros—. Pero te asombraría saber cuántos filósofos han tomado estas palabras literalmente y erigieron imponentes sistemas lógicos sobre ellas —soltó una carcajada astuta, mirando de soslayo a sus colegas—. ¡Un gobernante inteligente, para variar!

La observación alentó a Jasperodus.

—Sois todos hombres de discernimiento —dijo, adoptando una actitud imperiosa—. Considerad, pues, mis logros. Me he coronado rey de esta comarca y todos sus habitantes me obedecen. Soy más sagaz que la mayoría y mi determinación vale por la de diez. ¿No pensáis que eso me iguala con los hombres..., que soy, en efecto, un hombre?

Le respondió un actor de cara enjuta y gomosa, color ladrillo.

—De ninguna manera. Eres una máquina, pese a todo. ¿Cómo has ganado tu reino?

—¡Mediante engaños y estratagemas! —dijo Jasperodus con orgullo—. ¿No es así como actúan los hombres?

—Casi todos los hombres, es verdad. Con tu propia admisión refuerzas mi argumento.

En ti, todo es imitación.

—No tienes sentido de la moral —canturreó el viejo de barba blanca.

El cuarto miembro del equipo, un hombre algo más joven que los demás, habló.

—Tu pregunta es respondida en el acertijo de la esfinge, que según muchos se remonta a los albores de la historia.

Jasperodus le clavó los ojos.

—Dilo.

—El acertijo dice: ¿Qué puede hacer un hombre además de sentir, pensar y actuar? La respuesta es que puede ser consciente de que hace cualquiera de esas cosas. Ésa es la diferencia crucial entre un hombre y cualquier artefacto. En efecto, puedes pensar, majestad... Tener emociones, percibir, tal como lo hace una máquina, y realizar actos eficazmente. Pero no puede haber conciencia detrás de estas funciones, y si declaras que la hay has llegado a una conclusión errónea.

—Es lo que me dice mi buen amigo Padua —masculló Jasperodus, decepcionado

por no haber recibido ninguna alabanza—. Y sin embargo sostengo que es un error, por lo cual mi paz de espíritu paga un precio muy alto. Decidme, ¿no teméis que os castigue por vuestros comentarios impertinentes?

—¿Entonces tendríamos que insultarte a ti y a nosotros con mentiras infamantes? —el hombre asumió una postura digna—. Nuestro propósito es ganarnos la vida dondequiera que vayamos, ya fuere mediante diversiones o erudición.

El comentarista fue aún más lejos.

—No hace falta añadir que conquistar el poder sobre los demás, aun sometiendo un reino por la fuerza, es uno de los actos más degradantes y no es de por sí muy meritorio...

Entretanto el hombre de barba blanca que había planteado las paradojas reía entre dientes, como festejando una broma privada. Jasperodus se volvió a él.

—¿De qué te ríes, viejo?

—¿Quién puede demostrar que los seres humanos son de veras conscientes? —replicó el otro, recobrando la compostura—. No hay demostración objetiva. Ellos mismos lo aseguran, claro... Pero en cambio tú haces la misma declaración, y sabemos que en tu caso es falsa. Tal vez nosotros nos equivocamos respecto de nosotros mismos; de manera que quédate tranquilo, robot. Probablemente todos carecemos de conciencia. Al fin y al cabo, la vida es sólo un sueño, nos dice el dramaturgo.

—¡Bien dicho! —aplaudió Jasperodus con voz hueca—. Por lo que sé, vuestro estado es similar al mío —pero por dentro sentía la futilidad de esta pequeña victoria; el argumento del viejo era sagaz pero demasiado elaborado para tomarlo en serio. Si se aferraba a él tal vez estaría en las mismas condiciones que el condenado que se creyó salvado.

—Dejemos de lado estas discusiones infructuosas —sugirió el viejo—. ¿Te gustaría oír más paradojas, majestad? Demostraré que el movimiento es imposible, que un corredor veloz no puede ganarle a uno lento, y que una bala jamás puede alcanzar el blanco.

—Basta, basta —Jasperodus se puso de pie—. Basta de paradojas. Os deseo buenas noches.

Se echó a caminar por el salón. Todos los presentes, salvo los actores, mantuvieron la vista gacha; les incomodaba que la naturaleza mecánica del soberano se hubiera puesto tan de relieve, y temían la reacción del robot. Al dejar el salón Jasperodus indicó a Cree Inwing que le siguiera; los dos conferenciaron en el pasillo.

—¿Iremos a Fludd? —preguntó Inwing.

—No... Creo que no —Jasperodus soltó un profundo suspiro, como abrumado por la fatiga y el tedio—. He tomado una decisión, Inwing. Gordona es demasiado pequeña para mí. Abandonaré todo e iré hacia el este. Como ya no tengo interés en lo que ocurra aquí, quedas en libertad de regresar a Zhorm; te libero de tu juramento.

—Hmmm —Inwing aceptó esta declaración mucho menos asombrado de lo que

cabía esperar, y con un gesto de vaga consternación; dubitativo, se acariciaba el bigote—. Me pones en una situación nada envidiable. No tengo posibilidades de unirte a Zhorm... He cometido una traición imperdonable y me matará en cuanto tenga la oportunidad. Creo que lo mejor es que huya del país.

—Pero salvaste la vida de Zhorm.

—Él no lo sabe. Y por cierto, sería difícil convencerle.

Jasperodus estudió el rostro del joven oficial. Inwing era un hombre práctico, dedujo; en el espacio de unos pocos segundos le había vuelto la espalda a Gordona y ya contemplaba la posibilidad de un nuevo futuro en tierras extrañas. Jasperodus gruñó divertido.

—Me llevaré la aeronave. Acompáñame, si quieres largarte pronto de aquí... A mí me da lo mismo, y me has servido tan bien que quizá tengo una deuda contigo.

—Acepto —dijo Inwing.

—¿No te sientes disminuido por viajar en compañía de un robot? —preguntó Jasperodus con una nota de sarcasmo—. Habrás oído el debate que sostuvimos en el salón. Tú debes tener tus propias opiniones al respecto.

Inwing se encogió de hombros.

—No soy filósofo. No tengo tiempo para distingos sutiles, especialmente cuando ya siento en el cuello la cuerda que me estrangulará. De paso, ¿qué harás con Craish y los otros? Los abandonas en circunstancias aun menos deseables...

Jasperodus meditó brevemente.

—Enviaré un mensaje dejando a Craish y al resto en libertad de acción. Que se apodere de Gordona por su cuenta si le interesa... Pero creo que juntará a sus hombres y se escabullirá de nuevo a los bosques para reiniciar la vida de antes.

—Si, los hombres no estarán dispuestos a luchar si tú no estás allá —acordó Inwing.

Jasperodus se alegraba que el oficial hubiera renunciado a las formalidades y le hablara como de hombre a hombre. Se detuvieron en el despacho y Jasperodus le escribió a Craish, luego envió el mensaje por un estafeta a caballo, imaginando la consternación del bandido al recibirlo.

Dejaron el palacio sin dificultades. A lo lejos rodaba el trueno, acercándose rápidamente en la oscuridad. La lluvia era copiosa y tamborileaba y gorgoteaba continuamente en el patio desde los techos inclinados del palacio.

—De todas maneras —reflexionó Jasperodus—, Craish tendrá tiempo para escurrirse.

Zhorm no atacará esta noche —de cualquier modo no le importaba; ningún lazo sentimental le unía a sus seguidores—.

La única aeronave de Gordona en condiciones de vuelo se guardaba en un cobertizo de palacio. Jasperodus despidió a los guardias. Luego Inwing y él levantaron la puerta destrabándola con las palancas que había para ese propósito. Juntos empujaron el pequeño y elegante aparato hasta la corta pista de césped.

El robot abrió la portezuela y movió una perilla. El tablero se iluminó. Revisó los cuadrantes. Tras cerciorarse que todo estaba en orden se volvió a Inwing.

—De modo que adiós a Gordona —dijo inexpresivamente, echando un vistazo al palacio y las luces que parpadeaban en la ciudad—. Mi jardín de infantes.

—Por curiosidad, ¿adónde nos dirigimos? —preguntó serenamente Inwing—. Dijiste al este. Pero al este de aquí hay un verdadero caos de estados y principados, muchos de ellos peligrosos y violentos. La anarquía tiene sus apologistas, pero preferiría un destino más seguro y definitivo.

—¿Temes por tu seguridad, entonces? Quédate tranquilo, volaré directamente a Tansiann, el centro del mundo habitado.

—¡Eso está a medio mundo de distancia! —exclamó Inwing, sorprendido.

—Este aparato es perfectamente capaz de realizar el viaje. Yo mismo cuidé de ese detalle cuando colaboraba en su mantenimiento, pues no se puede confiar en esos mecánicos imbéciles. El motor funciona mediante una batería de isótopos, así que la falta de combustible no será un contratiempo.

Inwing suspiró.

—Temo que se me notará el carácter provinciano. Es un lugar donde hay que estar bien despierto, permanentemente atento...

Jasperodus se impacientó.

—Esta noche hice el voto de experimentar todo cuanto pueda experimentar un hombre —dijo con voz baja pero férrea—. ¿Qué lugar más indicado que Tansiann? Si te falta nervio para sobrevivir en una ciudad te dejaré en mitad de camino, donde tú desees.

—¿El voto de experimentarlo todo? —repitió Inwing.

—¡Todo, todo! Conozco mi fuerza. Todo cuanto el mundo ofrezca, puedo tomarlo. ¡En cuanto a lo que llaman conciencia, si de veras existe, también la tendré!

Perplejo, Inwing dio un paso atrás en la lluvia.

—Pero..., ¿cómo?

Jasperodus vaciló, agitado.

—¡Mediante mi voluntad! —exclamó levantando las manos—. Ya hallaré el modo. ¿Pero vas a quedarte aquí toda la noche? Pongámonos en camino, a menos que hayas alterado tus planes.

—De ninguna manera. Que sea Tansiann, pues.

Inwing siguió a Jasperodus. Trepó en la pequeña cabina y cerró la portezuela.

Jasperodus ocupó el asiento del piloto. Inwing ya tenía el abrigo calado, pero se instaló en el otro asiento sin una queja y se quedó mirando a través del parabrisas con expresión ausente.

Jasperodus encendió el motor. La hélice giró y cimbró; correataron por la hierba y se elevaron bruscamente en el aire. Abajo, Okrum disminuía de tamaño. A poca distancia centelleaban los relámpagos y Jasperodus advirtió que si no ponía cuidado tendría que volar directamente a través de la tormenta. La lluvia golpeteaba el

parabrisas, las ráfagas embestían el pequeño aeroplano y lo sacudían. Era más difícil conducirlo porque el peso del robot alteraba el equilibrio, pero Jasperodus había aprendido a volar con habilidad y logró eludir la zona más peligrosa de la tormenta elevándose hasta una capa más calma.

Pronto volaban hacia el este sin novedad.

Eventualmente Inwing se adormiló. Guiándose por las estrellas, Jasperodus voló toda la noche y durante el día soleado y diáfano que siguió. Inwing despertó, gruñendo de somnolencia, y desayunó austeramente con una hogaza de pan que había traído.

Ahora que se podía ver el paisaje, Jasperodus volaba más bajo, interesado en el panorama que se podía observar desde el aeroplano. Casi siempre eran bosques, pero había también frecuentes parcelas de tierra cultivada que indicaban la presencia de vida comunitaria: un feudo, un principado, acaso un reino. Aquí todas las áreas de autoridad eran muy pequeñas; sólo más al este había naciones extensas, federaciones e imperios.

Un espectáculo los maravilló: una vasta estructura de centenares de kilómetros, con paredes rectangulares que recorrían la superficie de la Tierra con regularidad y precisión.

En la superficie no habría sido visible, pues los perfiles estaban erosionados y absorbidos por el paisaje; sólo desde cierta altura se ponía en evidencia un diseño reiterativo.

Ninguno de los dos pudo adivinar cuál podía haber sido su propósito, pero sin duda era otra muestra de imponente de la civilización clásica de Tergov.

Una ciudad de cierta extensión apareció delante de ellos. Por curiosidad, Jasperodus bajó en picado para observar mejor las calles y edificios, y notó que, aunque también eran angostas y sinuosas, estaban algo mejor planeadas que las de Okrum. Inwing carraspeó nervioso y Jasperodus volvió a cobrar altura para continuar el viaje. Entonces algo relampagueó abajo y una explosión breve y estridente sacudió el avión.

—Están disparando cohetes —advirtió Inwing en voz baja.

Jasperodus trató de recobrar el control. Viró y zigzagueó mientras más proyectiles volaban hacia ellos trazando estelas de humo blanco. El avión volvió a estremecerse pero no recibió ningún impacto; Jasperodus aceleró para alejarse de la ciudad.

—Me lo temía —rezongó Inwing, como reprochando a Jasperodus no haberle prestado más atención—. Algunos de estos países están constantemente en guerra con sus vecinos. Para ellos debíamos de ser espías.

Jasperodus no respondió, ocupado en escudriñar el cielo y los territorios circundantes.

Vio que sucedía lo peor: tres aeronaves se elevaban para perseguirles. Aun desde esa distancia podía notar, por los perfiles, que estaban provistos con ametralladoras o cohetes.

Y su avión no tenía armamentos.

De inmediato comprobó que no había esperanzas de perder de vista a los perseguidores. Dos de ellos iban con hélices, como su propio avión, pero el tercero funcionaba con otro propulsor, al parecer una especie de cohete o reactor, y era mucho más veloz. Jasperodus viró hacia el norte y descendió hacia unas colinas de bosque tupido.

—Tendremos que cubrirnos —explicó concisamente—. Aférrate bien. Quizá nos demos algún porrazo.

Los interceptores también cambiaban ya de rumbo para perseguirlos. Jasperodus bajó entre las paredes de un valle y momentáneamente les perdió de vista. Buscaba un sitio donde aterrizar, pero sólo veía árboles, unos pocos riscos rocosos, y más árboles. Pensó que si no hallaban nada mejor, tendrían que estrellarse sobre las copas de los árboles y sacrificar el avión, no sin rogar que el follaje amortiguara el impacto lo suficiente como para que Inwing no se matara. Naturalmente, Jasperodus corría menos riesgos en ese sentido.

Pero en el extremo opuesto el valle se angostó en un cañón pequeño, y más allá Jasperodus vislumbró lo que necesitaba: una franja de terreno llana, aunque ligeramente curva, donde había una brecha en la arboleda lo bastante ancha y larga para aterrizar, si la suerte les ayudaba.

Bajando los alerones, se lanzó entre las paredes del cañón aproximándose a la loma herbosa. Cuando bajó las ruedas, la cola se levantó y tuvo que dar más energía al motor para estabilizar el aparato. Rebotaron en la hierba, perdieron velocidad, y después un ala dio contra un arbusto y el avión giró bruscamente sobre el costado. Luego se detuvo.

—Abajo —ordenó Jasperodus; se apearon de la cabina y juntos empujaron el aeroplano hasta una arboleda cercana, donde lo pusieron a cubierto internándolo cuanto pudieron en la sombra moteada.

Luego Jasperodus salió de la enramada para escrutar el cielo. Los interceptores sobrevolaban la zona. Descendieron hacia el bosque y viraron para explorar.

Jasperodus se volvió a Inwing.

—Mejor que nos quedemos aquí hasta el anochecer —dijo—. Seguro que no volveríamos a eludirles una segunda vez.

Inwing asintió, feliz de contar con la oportunidad de hacer un poco de ejercicio.

Caminaba de un lado a otro estirándose con deleite.

Pasaron las horas. Dieron vuelta el aeroplano para dejarlo en una posición más adecuada para el despegue, y luego esperaron.

Después, Jasperodus decidió salir a reconocer el terreno. Dejó a Inwing y se internó en el bosque buscando una elevación. Al rato se topó con un sendero que zigzagueaba por una ladera, le pareció que conducía a la ciudad, que estaba a escasos kilómetros. El vuelco de los acontecimientos le tenía disgustado. Reflexionó un instante y luego prosiguió la marcha. Media hora más tarde oyó ruidos. Se apartó del

camino y pudo observar una partida de hombres uniformados con túnicas verdes y boinas con un pico corto que colgaba sobre una oreja. Todos iban armados, y por la manera en que ocasionalmente se separaban para explorar el bosque a ambos lados del sendero, era obvio que estaban buscando los restos del avión de Jasperodus. El robot se volvió y avanzó sigilosamente entre los matorrales, ocultándose hasta perderlos de vista, y luego corrió hacia Inwing por el camino.

Demasiado tarde descubrió que había sido imprudente. Debía de haber hombres buscando el aeroplano desde su supuesta caída, pues parece que tenían una idea bastante aproximada de su paradero. La partida que él había visto no era la única: al rodear una roca y salir a un claro se encontró frente a otro grupo con uniformes similares a los del primero.

Se paró en seco y estudió a los cuatro hombres. Uno de ellos llevaba un emisor de rayos que podía ser fatal para un robot. Jasperodus echó un vistazo alrededor y retrocedió, lamentando no haber traído un arma.

Se sorprendieron de verlo, pero no tanto como para dejarle ventajas.

—Ahora los cerdos finnios utilizan robots, ¿eh? —exclamó uno—. ¡Liquídalo, Juss!

El soldado que empuñaba el lanzarrayos puso una rodilla en tierra y apuntó a Jasperodus, que instantáneamente advirtió que tenía pocas probabilidades de eludir el haz. Estaba por arrojarlo hacia los matorrales del borde del camino pero antes que el soldado pudiera disparar, el tableteo de un arma de repetición vibró en lo alto y el hombre se desplomó sin vida. Los ojos de los otros escrutaron sobresaltados la cima de la roca, a espaldas de Jasperodus.

Cree Inwing bajó al claro de un salto sin cesar de disparar. Unas pocas balas le respondieron con muy mala puntería, y algunas rebotaron en el cuerpo de Jasperodus, pero todo terminó en segundos.

—Me aburrí y pensé en venir a buscarte... Luego vi que este grupo se aproximaba y me oculté allí —Inwing señaló con el pulgar la saliente escarpada, después de haberse vuelto a Jasperodus, sonriente.

—Hay otros detrás de mí, y posiblemente algunos más que no he visto —dijo Jasperodus, urgiendo a Inwing—. Volvamos rápido al avión... Tenemos que largarnos cuanto antes.

En pocos minutos estuvieron de regreso junto al aeroplano. Lo empujaron, uno de cada ala, y lo condujeron hasta la improvisada pista dándole ubicación de tal modo que pudiera corretear entre los árboles. Frente a los mandos Jasperodus caviló un segundo; el despegue en realidad no tenía por qué ser más difícil que el aterrizaje, a menos que chocaran contra un arbusto o alguna protuberancia que los desviara.

Afortunadamente pudo despegar sin contratiempos. Se remontó en el aire y atravesó el cañón, luego viró hacia el este y voló bajo, siguiendo durante algunos kilómetros las ondulaciones del terreno. Al parecer no fueron avistados, pues nadie acudió a perseguirlos.

—Hay algo que me asombra —dijo Jasperodus cuando se sintieron nuevamente a salvo—. ¿Te das cuenta de lo que acabas de hacer? Has arriesgado el pellejo para salvar a un artefacto mecánico. ¿Por qué? Sin duda sabías que lo que más te convenía era volver directamente al avión y largarte sin mí.

Inwing pareció titubear, como si esta idea le resultara nueva.

—No lo pensé —admitió—. Ya te dije que no soy filósofo... En todo caso, ¿por qué cometiste la imprudencia de dejarme solo con el avión? De acuerdo con tu razonamiento yo debí despegar apenas vista la oportunidad, pues sin ti habría volado más rápido y habría ido adonde hubiera querido.

—Me necesitas —repuso crudamente Jasperodus—. Dos pueden sobrevivir mejor que uno en las situaciones de peligro.

Sí, es cierto. De cualquier modo, un hombre que abandona al compañero ante la primera dificultad no vale demasiado. Se me habrá olvidado que eras una máquina, tal vez... Supongo que ha sido por todo el tiempo que he trabajado contigo. Debí recordarlo.

Jasperodus rió brevemente. Pero no mencionó que, en parte, salió a explorar para ver qué hacía Inwing en su ausencia.

Durante el resto del viaje eludieron las ciudades, y también los castillos y campamentos fortificados que ocasionalmente moteaban el paisaje. Volaron sin detenerse, y muy paulatinamente el aspecto de la Tierra varió. Había más campos cultivados, y los poblados y aldeas, así como las ciudades grandes, proliferaban más. También se veían más ferrocarriles, carreteras, canales y tráfico aéreo: estaban ingresando en la zona de grandes grupos nacionales. Pero Jasperodus no pudo dejar de advertir que todo esto simplemente se superponía a los inmensos restos de la civilización clásica: las ruinas gigantescas, la tierra remodelada, las formaciones enigmáticas, todo lo cual se hundía lentamente en el suelo.

Jasperodus no tenía compasión con Cree Inwing. Una vez, tras viajar dos días consecutivos, aterrizaron y asaltaron una granja para obtener comida para el oficial.

Después de ese episodio Jasperodus no se detuvo. Si le parecía que el motor se recalentaba lo apagaba y planeaba durante un trecho para dejarlo enfriar. Inwing maldecía, dormía y sudaba en la estrecha cabina, sin ninguna ocupación para distraerse, y en cuanto a las necesidades de su organismo, tuvo que arreglárselas como pudo.

Al cabo de una semana no aguantó más y rogó a Jasperodus que aterrizara para dejarlo descansar. Jasperodus accedió y descendió en busca de un lugar conveniente para aterrizar.

Sobrevolaron un poblado kuron. Era el primero que veía Jasperodus, y olvidando su anterior cautela pasó encima trazando dos círculos, examinando la curiosa disposición de las casas fungiformes. Luego siguió de largo y al cabo descendió en un prado bordeado de árboles.

Condujeron el avión bajo la enramada, como las dos veces anteriores, y al ver que

la noche descendía se dispusieron a pasarla allí.

Cree Inwing pasó un tiempo correteando, haciendo flexiones de brazos y ejercicios variados para tonificar los músculos. Ya más distendido encendió un fuego y asó un pequeño animal que había cazado. Durante un par de horas él y Jasperodus permanecieron sentados ante el fuego, comentando al acaso el itinerario hacia Tansiann, cuya ubicación precisa los dos ignoraban.

Los preparativos de Inwing para el sueño fueron interrumpidos por el chasquido de una rama y el ruido de pasos veloces que se acercaban entre los árboles. Y poco después las llamas alumbraron las figuras pequeñas y ligeras de tres kurons.

Jasperodus los observó con curiosidad. Tenían de metro a metro y medio de estatura y eran bastante parecidos a los hombres; al principio le recordaron a los legendarios gnomos, pero al examinarlos más atentamente la apariencia humanoide disminuía. Los rostros eran tan parecidos al humano como al del tigre o el lagarto; fruncidos y huesudos, daban una impresión de extrema fragilidad. Las proporciones entre el torso y los miembros también eran absolutamente peculiares, de modo que la correspondencia con la raza humana se limitaba sólo a que eran bimanos y bípedos.

Vestían un atuendo andrajoso que parecía de trapos o jirones toscos. Jasperodus notó que uno de ellos sostenía cuidadosamente en las manos un frasco de vidrio, pero por el momento no pudo distinguir el contenido. Sin demostrar miedo ni prudencia irrumpieron en el pequeño campamento y se sentaron frente a los dos viajeros.

—Buenas noches —dijo Inwing con un tono ligeramente mordaz.

—Igualmente a vosotros —repuso uno de los recién llegados con voz tenue y entrecortada.

Se hizo silencio mientras los kurons miraban el fuego y Jasperodus e Inwing los miraban a ellos. Al entender que no se sentían obligados a explicar su presencia allí, Jasperodus decidió hacerles otra pregunta.

—Estamos viajando hacia Tansiann pero no tenemos seguridad sobre su ubicación exacta. ¿Podéis indicárnosla?

—Debéis cubrir unos cuarenta grados al sur, y luego seguir un curso este —le dijo el kuron con la misma voz atiplada y hueca—. Aquí estamos en la frontera occidental del Nuevo Imperio; al norte hay naciones hostiles que os conviene eludir. Aunque creo que tampoco llegaréis por aire a Tansiann sin encontrar dificultades. Seguro que en Kwengu os detectarán por radar y os capturarán.

—¿Entonces no nos dejarán continuar? —preguntó Jasperodus.

—Depende de vuestras intenciones. No sé. Nosotros los kurons preferimos vivir apartados de la corriente principal de la vida humana, a causa de las atrocidades y persecuciones del pasado...

—¿De veras? Ese aspecto de la historia es nuevo para mi. ¿Os han maltratado?

El otro cabeceó torpemente, sugiriendo con su gesto que no era nativo.

—A nuestra especie le fue muy difícil sobrevivir a la Edad Oscura, pues fue una edad de violencia e ignorancia brutal. Antes de esa época los kurons habitaban tanto

en las grandes ciudades humanas como en nuestros poblados rurales. Nuestros antepasados se dedicaban al comercio y a ciertos tipos de artesanía en las que se destacaban. Pero cuando se apagó la luz de la razón se alentó un odio irracional contra nuestra especie. A los kurons se les inculpaba de cualquier infortunio o calamidad natural, y se hizo cundir la creencia que practicábamos una magia maligna. El exterminio de los poblados kuron se transformó en un acontecimiento frecuente, lo cual, sumado al colapso del comercio kuron, nos hizo imposible una vida normal. Muy pocos de nuestros antepasados sobrevivieron a esos siglos nefastos.

—¿Vivís entonces bajo la égida del Nuevo Imperio? —preguntó Jasperodus.

—Muchos de nosotros sí; aquí el poder del Imperio es sólo nominal. Pero el emperador Charrane ha decretado que los kurons podemos vivir en el Imperio sin ser molestados, y ésa es nuestra principal esperanza para el futuro. Esa ley no siempre es obedecida, pero estamos mejor que en zonas como los estados dominados por Borgor, donde todavía se persigue abiertamente a los kurons.

—¿Procedéis de otra estrella, verdad? —intervino Cree Inwing—. Si la situación era tan mala entre los humanos, ¿por qué no habéis emprendido el regreso a vuestro mundo de origen?

El kuron se volvió hacia él.

—Era demasiado tarde. La vida de los kurons también fue afectada por la decadencia general, nuestra especie fue perdiendo sus conocimientos y habilidades, entre ellas, el arte de construir arcos estelares.

—¿A qué distancia está vuestro lugar de origen? —preguntó Jasperodus—. ¿Cuánto tardó el viaje?

—Ahora nuestro hogar es la Tierra; somos inmigrantes naturales en el sentido más cabal del término. Nuestra estrella de origen se encuentra a ciento treinta y cinco años-luz de distancia, y el viaje lleva ciento cincuenta y dos años en arca estelar.

Jasperodus señaló el frasco de vidrio que yacía en el suelo.

—Habéis visto nuestro avión, al parecer, y calculasteis dónde fue nuestro aterrizaje. ¿Qué os urgió a visitarnos?

—Hemos venido a traficar.

El robot gruñó.

—Entonces habéis venido en vano. No disponemos de mercancías. Apenas tenemos lo imprescindible.

—No es cierto. Tenéis el avión. Queremos comerciar con eso.

Inwing meneó la cabeza.

—Lo necesitamos para viajar a Tansiann.

—Examinad nuestra mercadería antes de decidir. Se puede viajar sin alas, aunque sea más lento —el kuron alzó el frasco, que tenía forma de cúpula. Contenía una tierra de color rojo oscuro donde crecían flores que resultaban borrosas a través del vidrio grueso—. Aquí hay algo que no hallaréis ni siquiera en Tansiann.

Abrió la tapa de la jarra y metió la mano larga y delgada para sacar una flor. Era

una flor muy sencilla, una especie de botón de oro color lavanda y de tamaño mayor que el común.

—Estas flores germinan en el suelo de Kuronid, nuestro mundo aborigen. Fueron traídas aquí en el arca originaria y preservadas durante siglos. No crecen en otro suelo.

Os dejaré oler este primer capullo sin cargo. Si deseáis conservarlo, éste como los demás, debéis darnos el aeroplano.

—¡Un frasco con flores por un aeroplano! —rió Inwing.

—El frasco no, pues no podemos separarnos del suelo —corrigió el kuron—. Cortaré las flores y os daré un sello de vidrio para conservarlas. Allí mantendrán su perfume durante la tercera parte de un año.

—Bien —dijo Inwing, asombrado—. ¿Qué tienen de especial?

—Son flores psicodélicas. El perfume contiene sustancias químicas que transforman la conciencia.

—Dámela a mí. Soy yo quien debe disponer del avión, no él —ordenó Jasperodus, tendiendo la mano.

El kuron continuó hablando con Inwing.

—No ejercerá ningún efecto en tu robot, desde luego. Inhala el aroma profundamente, ahora. Verás que nuestra oferta es más que justa.

No obstante, Jasperodus insistió en probar. Acercó las fosas nasales a la flor, insuflando una bocanada de aire en su cavidad olfatoria; el perfume era ligero y delicado, muy singular. Por lo demás, no notaba ninguna característica que la distinguiera de cualquier otra flor que se cultivara en la Tierra.

Cree Inwing aún no entendía qué le ofrecía el kuron cuando le llegó el turno, pero medio minuto después de oler la flor una expresión de asombro absoluto le cruzó la cara.

Se levantó y miró alrededor como si lo viera todo por primera vez; luego prorrumpió en carcajadas que murieron de a poco en una risa sofocada e incontrolable.

Todos miraban en silencio. Finalmente Inwing volvió a sentarse, miraba fijo un ramillete de hojas que tenía encima de la cabeza. Aun mientras hablaba con Jasperodus no dejaba de mirarlas; parecía que ejercían una infinita fascinación sobre él.

—Es asombroso —empezó a murmurar con voz excitada—. Hasta ahora no entendía nada... Todo es diferente, completamente distinto. Yo no soy yo, eso no es eso; todos somos uno, y lo mismo... Las variaciones son infinitas, pero todo es uno...

Parecía esforzarse por explicar lo inexplicable, pero Jasperodus se limitó a refunfuñar hurañamente. El viejo resentimiento volvía a adueñarse de él; la flor obviamente producía un efecto en los hombres —y presumiblemente en los kurons— pero no en él, y tomó esto como una nueva prueba de su falta de conciencia.

Al parecer, nada había en él que pudiera ser alterado por el perfume: su rencor ya

era automático.

—¿Qué dices del trato? —preguntó el kuron suavemente—. ¿Estás de acuerdo?

—¿Eh? —Inwing apartó los ojos de las hojas y miró con igual intensidad el rostro de los kurons—. Oh, sí. Dame las flores. Puedes llevarte el avión.

—¡No! —Jasperodus se puso de pie, hablaba con aspereza—. ¡No hay trato!

Riendo como un niño, Inwing se levantó para enfrentar a Jasperodus.

—Pero todo irá bien, Jasperodus. ¡De veras! Podemos caminar hasta Tansiann. ¿Quién necesita un avión? ¡Tal vez podamos volar sin él! ¡Todo es posible! ¡Esto vale mucho más que cualquier aeroplano, créeme! —se interrumpió, súbitamente fascinado por el reluciente reflejo de las llamas en el pecho de Jasperodus, que ya encaraba a los kurons.

—Parece que vuestra reputación de hechiceros no carece de fundamentos. ¡Habéis envenenado a este hombre...! ¡Lo habéis sacado de sus cabales!

El vocero de los kurons meneó la cabeza.

—De ninguna manera. Tiene la conciencia alterada, es todo. La conciencia tiene un fundamento químico, pero normalmente está limitada por condicionamientos automáticos que sólo permiten abarcar un radio muy pequeño de impresiones. El efecto de la flor consiste en liberarla temporalmente de tales restricciones. Por primera vez él está viendo el mundo tal como existe en la realidad objetiva, y lo asombra. Naturalmente, ahora su idea de los valores ha cambiado.

Inwing cabeceó vigorosamente.

—¡Exacto, Jasperodus! ¡Esto es la realidad! ¡Por primera vez en mi vida...!

—¡Y por última! —Jasperodus le arrancó la flor y la arrojó al fuego—. ¡Marchaos de inmediato u os mataré...! —rugió a los kurons—. Afortunadamente soy inmune a vuestros trucos y sé cómo proteger nuestra propiedad.

Serenamente, sin demostrar alarma ni decepción, los kurons recogieron el frasco y se alejaron lentamente del claro. Jasperodus silenció las joviales protestas de Cree con el puño levantado.

—Tu tontería te ha costado una buena noche de descanso en tierra —rezongó, y en cuanto los kurons se hubieron alejado, metió a Inwing en el aeroplano y empujó el aparato hasta el prado.

Despegar desde una superficie irregular en medio de la oscuridad era riesgoso, pues los faros del avión alumbraban poco, pero pudieron partir sin contratiempos. Guiado por las estrellas, Jasperodus estableció el rumbo y se remontaron en la noche.

Tuvo que soportar varias horas los devaneos de Cree, pero al final el efecto de la flor se disipó y el ex soldado cayó en un sueño profundo. Y así continuaron varios días más. A medida que penetraban en el Imperio el suelo cobraba un aspecto más civilizado.

Jasperodus, recordando las advertencias del kuron, juzgó prudente descender, abandonar el avión y continuar a pie.

A veces caminando, a veces en tren, tras una serie de peripecias, ambos llegaron

por fin a Tansiann.

¡Tansiann!

De pie en la cima de una colina alta, una de las diez que bordeaban la ciudad imperial, Jasperodus observaba el lugar donde concretaría sus esperanzas de demostrar su capacidad para lograrlo todo.

—Tansiann... Es tal como la imaginé —murmuró al cabo de un rato.

—El centro del mundo —convino Inwing—. Una ciudad en la que uno se podría perder.

—Verdad. Allí se puede experimentar toda clase de peripecias, pues tal es la naturaleza de las capitales.

Habían vagabundado un tiempo por los alrededores de la ciudad, consistentes en tierras de labranza, poblados satélites, feudos privados y terrenos cercados donde se desarrollaban proyectos gubernamentales secretos. La capital en sí, que ahora contemplaban, era una entidad bien definida que ocupaba el ondulante valle de un estuario, limitado de un lado por el mar y del otro por las diez colinas circundantes, que en siglos anteriores habían servido como una muralla defensiva natural. A través de la ciudad fluía el río Tan, un curso de agua creado durante el gobierno de Tergov y ahora bordeado por una multitud de edificios. Sólo era plenamente visible cerca de la desembocadura, donde naves transoceánicas estaban ancladas frente a un muelle de cinco kilómetros de longitud. Con todas estas ventajas naturales, Charrane había elegido bien la ubicación de la capital. Tansiann, que alardeaba de una población de tres millones de almas, se había transformado en la ciudad más importante del mundo, y exudaba una atmósfera vivaz y vigorosa.

Jasperodus la observaba con creciente excitación; la admiración, la expectativa, el deseo de participar de empresas ambiciosas, todo se mezclaba en una especie de nostalgia.

Como todas las grandes ciudades, Tansiann estaba dividida en distritos, y cada cual ejemplificaba una función diferente. En una zona inquilinatos sórdidos se mezclaban con talleres de artesanos; en otra, templos y rascacielos se amontonaban apuntando a lo alto.

Cerca del puerto, talleres más grandes, fábricas y fundiciones exhalaban humo en el aire; en otra parte, un flamante Centro comercial se comunicaba con un elegante barrio residencial arbolado donde vivían los ricos. Al nordeste, en un suburbio que databa del Viejo Imperio, habitáculos nuevos se erigían entre viejas ruinas y un largo muro, como una espina dorsal erizada de costillas, aún evocaban una construcción enigmática y antigua. Pero tales reliquias apenas se destacaban entre las señales

triumfales de una civilización renaciente. Cree y Jasperodus habían atravesado ciudades que exhibían un contraste mucho menos favorable entre las glorias pasadas y los logros presentes. En Tansiann los proyectos caros al emperador Charrane sobresalían orgullosamente: raudos monumentos de creciente poder, edificios que reducían a un hombre a la dimensión de una hormiga, paseos públicos deliciosos y extensos, estatuas y vastos murales de esplendor bizantino.

Un súbito relámpago de fuego les llamó la atención. Una columna de energía blanca trepaba como un sol naciente desde atrás de una loma distante, elevando una masa reluciente de metal que aceleraba hasta transformarse en un punto en el cielo.

Jasperodus cabeceó satisfecho. Ya estaba enterado que el emperador, sin desperdiciar la oportunidad de infundir a la ciudad un aire de imponencia, había ubicado el mayor puerto espacial del Imperio en los alrededores. Sin duda el estruendo cotidiano de los cohetes recordaba a los ciudadanos de Tansiann hasta qué confines llegaba el Imperio...

Los dos viajeros regresaron a la carretera, de la que se habían apartado para obtener una visión panorámica de la ciudad, y la siguieron en su descenso hacia el estuario. Tras una hora de camino llegaron, atravesando calles polvorientas bordeadas de tiendas con dosel, a un distrito cerca del río. Y allí, en la intersección de tres avenidas, se detuvieron a echar un vistazo. El lugar mostraba el desorden bullicioso de una zona de paso, frecuentada sobre todo por marineros, trabajadores temporarios e inmigrantes recién llegados. Las tabernas, posadas y casas de alojamiento eran abundantes. Una de las tres avenidas se curvaba a lo largo de una hilera de pilares de cemento entre los que se podía atisbar las aguas pardas y turbias del Tan, contaminadas por desechos industriales, donde bogaban lentas barcas negras.

En el lado opuesto de la calle, tres hombres de ropas resplandecientes, camisas y pantalones de seda de color, parecía que observaban inquisitivamente a los recién llegados. Luego cruzaron la calle, precediéndoles unos pasos, y se detuvieron a charlar con estudiada indiferencia. Cuando Cree y Jasperodus se les acercaron, uno de ellos se volvió de golpe y se presentó estrechando cálidamente la mano de Cree mientras lo miraba confiadamente a los ojos.

—Veo que eres nuevo entre nosotros, ciudadano. ¿Te puedo ayudar en algo?

Cree frunció el ceño.

—¿Cómo sabes que soy un extraño? —preguntó sorprendido.

El otro rió ligeramente.

—Tú y tu máquina lleváis encima el polvo del camino, señor. Además, la principal carretera del oeste desemboca directamente aquí. Muchos viajeros de esa zona convergen precisamente en este sitio donde estás ahora. Me explicaré. Mi trabajo consiste en guiar y aconsejar a los recién llegados en lo que concierne a la vivienda y el empleo, por lo cual recibo una pequeña comisión de ciertas casas de alojamiento y otras empresas. Si esta noche quieres descansar cómodamente y cenar comida buena y nutritiva a precios moderados, puedo recomendarte el Jabalí Azul,

que encontrarás yendo por esa calle y doblando a la izquierda en la tercera. En cuanto al trabajo..., ¿tienes alguna perspectiva inmediata? ¿Cuáles son tus habilidades?

—No esperaba instalarme tan pronto —comentó Cree, dubitativo; el otro rió otra vez y continuó con su charla jovial, sin mencionar nada que pudiera sugerir segundas intenciones o algún perjuicio para Cree.

Pero, inadvertidamente, el anfitrión daba la espalda a Jasperodus.

De pronto, el tercer integrante del grupo llamó al sorprendido Jasperodus desde un callejón cercano. Jasperodus, sin pensarlo, se aproximó al individuo alejándose de los otros. El desconocido le apoyó la mano en el brazo con un gesto imperativo y ordenó con un susurro:

—Sígueme, robot. Y rápido..., sin hacer ruido. Vamos...

El hombre se volvió y se escurrió rápidamente por el pasaje, obviamente esperando que Jasperodus le obedeciera. Jasperodus lo alcanzó en un santiamén y lo hizo girar violentamente aferrándole del hombro. Acercó el puño al rostro fruncido.

—La próxima vez que intentes robar a mi propietario, tu cráneo se encontrará con esto.

El ladrón de robots miró boquiabierto a la presunta víctima, los ojos desorbitados de alarma. Inmediatamente Jasperodus lo soltó y el hombre corrió por el callejón con frenesí hasta perderse de vista.

Jasperodus regresó al lugar donde Cree, ingenuamente, seguía embarcado en una vivaz conversación.

—¡Cree! —advirtió en voz alta—. ¡Estos hombres son ladrones!

La reacción de todos ante sus palabras fue de asombro y consternación. Los bribones se marcharon apresurados, y Cree se quedó mirándolos, perplejo. Preocupado, se frotaba la nariz mientras Jasperodus le describía la estratagema de la que se valían los ladrones para dominar a un robot en tanto desviaban momentáneamente la atención del amo.

—Después sería difícil encontrar argumentos para denunciarlos —explicó—. El robot huyó porque el amo no supo cuidarlo. ¿Qué se puede hacer? La mayor parte de los robots podría ser robada con esa técnica... Sería como adueñarse de un caballo. En la zona debe haber un mercado para robots robados, pero sin duda los nativos no han de ser tan fácilmente timados.

—¡Y yo soy inmediatamente reconocible como un campesino incauto! —exclamó Cree con fastidio mientras se miraba, reflexivo—. Es el corte de mis ropas lo que me delata.

Tendré que procurarme un atuendo a la moda, confeccionado con paños locales. Pero ya habrá tiempo para eso. Necesito un refresco.

Se dirigieron a una posada cercana. En la entrada había una máquina que vendía una especie de publicación impresa. Cree la examinó con curiosidad, emitió un sonido aprobatorio y deslizó una moneda en la ranura. Un ejemplar plegado cayó en la abertura.

Adentro, la posada tenía un aire rústico. Cree la había elegido precisamente por esa razón. Tras un breve intercambio de palabras con el posadero obtuvo el permiso para que Jasperodus se sentara con él y compró un pichel de vino rojo y amargo que sorbió con evidente satisfacción. Luego compró otro. Reanimado por el brebaje, se dedicó a hojear el periódico.

Entretanto Jasperodus permanecía sentado en silencio. Sus vagabundeos con frecuencia habían sido interrumpidos por el hábito de Cree de reanimarse con alcohol, y esas detenciones en el camino ya le resultaban familiares. Aunque en lo íntimo le molestaba no poder compartir la experiencia, Jasperodus había aprendido a tolerar ese hábito y tomarlo como parte del trato que se debían.

Lo cierto era que la asociación había sido tan beneficiosa para ambos que habían llegado a un grado muy alto de mutua tolerancia. Jasperodus habría enfrentado muchas dificultades si hubiese emprendido el recorrido a solas, pues le habrían considerado un robot fugitivo. La solución era sencilla: Cree lo presentaba como de su propiedad.

El mismo Jasperodus había propuesto este arreglo. Al principio Cree se había rehusado a considerar su esclavo a quien poco antes había sido su amo y señor, aunque sólo fuese para guardar las apariencias. Pero Jasperodus no había tardado en persuadirle al señalarle que no sentía disminuida su dignidad.

En cuanto a Cree, la fuerza física y la rapidez mental del robot le había sido muy útil en numerosas ocasiones. Además, Jasperodus le había consentido que de vez en cuando lo alquilara para tareas como la construcción de un cobertizo o un puente o la revisión del balance de un mercader, con lo cual obtenían dinero para comprar comida, bebida, alojamiento o pasajes para ferrocarril.

Mientras Cree seguía absorto en la lectura, Jasperodus echó un vistazo al periódico por encima del hombro. Era una publicación informativa que traía noticias acerca de los acontecimientos de Tansiann y otras partes del mundo. Ésa era de por sí una característica suficientemente cosmopolita como para estimularle el interés: los servicios de información eran prácticamente desconocidos en otros lugares.

El periódico —que lucía el ostentoso nombre «Nuevo Imperio» en la cabecera de la primera página— tenía el aspecto tosco de una reciente innovación; estaba impreso en papel crudo y barato fabricado con pulpa de madera y había sido compuesto, según lo que Jasperodus pudo deducir, en una rotativa de tipos en relieve. No era tan rápida ni precisa como algunos procesos fotoquímicos de los que Jasperodus tenía noticias, pero sin duda su eficacia bastaba para las exigencias del momento.

Mirando de soslayo descubrió que podía leer las informaciones sin molestar a Cree. La noticia principal cruzaba la primera plana en titulares de seis centímetros de alto.

¡CHARRANE CONQUISTA MARTE!

Ayer se informó en Tansiann que la Fuerza Expedicionaria de Marte ha sumado territorios

interplanetarios al Nuevo Imperio. Los valerosos comandos espaciales del emperador, que descendieron hace un mes sobre el planeta rojo, luchan desde entonces en una triunfal campaña para incorporar ese mundo de vital importancia estratégica, en los dominios imperiales.

Hace poco más de un año los exploradores descubrieron que las comunidades humanas aún existen en Marte. Pese a haber permanecido aisladas durante ocho siglos del planeta madre, sobrevivieron en las profundas fisuras y grietas de la superficie marciana, donde han aprendido a conservar una atmósfera respirable. Y una vez enterado que el planeta rojo seguía habitado, el emperador Charrane se apresuró a manifestar que «era prioritario recobrar las antiguas posesiones de Marte». Este temprano triunfo del emperador contribuirá muchísimo a respaldar su pretensión para que, eventualmente, el Imperio «rivalice con la gloria de Tergov».

Hoy no todas las noticias del espacio son alentadoras. Las bases lunares han recibido un nuevo ataque de las naves espaciales que portan la insignia de la Alianza de Borgor, y sufrieron lo que definen como «averías de importancia». Cabe esperar que la Alianza intente minar el poder de nuestro imperio sobre la nueva provincia marciana, atacando los cargueros neoimperiales e incluso colaborando con los insurgentes que aún quedan en la población nativa. La defensa de Marte será una de las tareas más penosas enfrentadas jamás por nuestras fuerzas armadas. Sin embargo todos los voceros de la corte hoy se muestran exultantes. El emperador lanzará una proclama (continúa en la página siguiente). Al costado del texto había un borroso fotograbado, de veras conmovedor, donde una hilera de naves del espacio, sin duda parte de la Fuerza Expedicionaria, despegaba en formación entre nubes de llamas, polvo, humo y vapor.

A Cree Inwing le brillaban los ojos.

—¡Vaya! —murmuró para sí—. ¡Allí sí que hay acción!

Volvió las páginas para echar una ojeada a las noticias de menor importancia y al resto de los artículos. En el medio había un aviso de media página que ofrecía puestos en las fuerzas armadas imperiales.

COLABORE EN LA DEFENSA DEL IMPERIO

El Nuevo Imperio enfrenta enemigos hostiles al progreso de la civilización. Se necesitan caballeros dignos para comandar las acciones que nuestras fuerzas emprenden para la seguridad y el desarrollo neoimperial. Actualmente las oportunidades de promoción son considerables, así como las oportunidades para desempeños en condiciones dificultosas. Los territorios marcianos recién anexados ofrecen todo un nuevo campo de acción para los hombres de recursos. Se dará preferencia a quienes posean experiencia militar previa, pero todos los hombres de buena familia u ostensible destreza pueden ser seleccionados para participar en la gran aventura de erigir un imperio.

Siempre que se reúnan todas las condiciones, el grado de capitán se puede comprar por nueve mil imperiales, el de teniente por siete mil imperiales.

Cree se atusó el bigote, con aire reflexivo. Jasperodus callaba. En la página siguiente había un anuncio similar en términos más recios, invitando a los hombres a unirse al ejército imperial en nombre de la aventura y el emperador, a razón de dos imperiales por día. Cree lo leyó sin demasiada convicción.

Pidió otro pichel del mismo vino.

Una vaga melancolía parecía haberse adueñado de Cree. Muchos pichales más tarde estaba ebrio como una cuba y apoyaba, la cabeza en los brazos, dispuesto a dormir.

Jasperodus se levantó y se acercó al posadero. ¿Hay lugar donde pasar la noche?

Mi amo necesita un cuarto por lo menos hasta mañana. Yo me alojaré con él.

El otro cabeceó bruscamente, asombrado.

—Como gustes —el posadero tomó una llave y se encaminó hacia una escalera.

Jasperodus despertó a Cree. Los condujeron a una habitación de arriba, cómoda pero no demasiado limpia, en la que había una cama, una mesa, un armario y dos sillas. Cree se tiró en la cama y se durmió de inmediato.

—La tarifa es de medio imperial por noche —dijo el posadero cuando entregó la llave a Jasperodus, quien la depositó sobre la mesa.

—Si mi amo despierta y pregunta por mi, ten la bondad de informarle que regresaré más tarde. Debo hacer algunas averiguaciones.

El posadero, que ya estaba por marcharse, se volvió hacia el robot con repentina curiosidad.

—¿De veras? ¿Tu propietario está acostumbrado a darte semejante libertad de acción?

—En efecto, soy totalmente confiable. No te preocupes por mi.

—Hmmm —el posadero frunció los labios y se alejó con aire meditabundo.

Las averiguaciones que Jasperodus quería hacer eran en verdad de índole muy general. Simplemente deseaba seguir reconociendo la ciudad.

Tras abandonar la posada siguió la misma dirección de antes, tratando de recordar la disposición de la ciudad tal como la había observado desde la cima de la colina. Pronto se alejó de las márgenes del río y se encontró ante un cruce de avenidas. El instinto le aconsejó investigar primero los barrios pobres, y pronto se encaminó al corazón de los peores suburbios de Tansiann.

Por todas partes se alzaban inquilinatos de siete pisos, decrepitos y mugrientos, algunos ruinosos, separados por vaciaderos de basura y pilas de desperdicios. El polvo era parte del paisaje, y caía de los edificios derruidos enturbiando el aire y arremolinándose en los espacios abiertos. Además la gente hormigueaba por todas partes; éste era, probablemente, el distrito más fecundo de Tansiann.

La pobreza era más que evidente. A Jasperodus le pareció paradójico. En el oeste, donde los diminutos reinos y principados carecían de vastas riquezas, aun los labriegos más humildes vivían con cierta holgura. Pero a medida que él y Cree avanzaban hacia el este, rumbo al centro de la civilización, notaban una especie de polarización; la mayor prosperidad traía aparejada, como una especie de subproducto, sectores de pobreza. En la capital imperial no sólo había riquezas incomparables sino penuria y degradación, a lo que indudablemente se sumaban efectos laterales poco deseables.

Mientras caminaba, Jasperodus meditaba sobre este fenómeno y se preguntaba cuál serían las causas.

Le sorprendió la inusitada cantidad de robots solitarios en las calles, muchos de ellos en condiciones lamentables. Jasperodus llamó a uno para interrogarlo, pero el robot se alejó apresurado, se encaramó a una pared rota y huyó a la carrera por un

vaciadero hasta perderse de vista. Varios peatones reían, burlones.

Intrigado, Jasperodus reanudó la marcha y pasó junto a un grupo de vagabundos y borrachos que habían encendido una fogata en un terreno desierto. Poco más allá se topó con una escena que, extrañamente, le recordó la anterior; la mole ruinoso de un edificio se levantaba separada de la calle por un cúmulo de desechos. Al reparo de una pared medio derrumbada, un grupo de robots parecía haber acampado también. Formaban un círculo alrededor de una hoguera.

Jasperodus se dirigió al grupo pisoteando la basura. No reaccionaron, sino que permanecieron inmóviles, y Jasperodus descubrió que no estaban en funcionamiento; eran cascajos muertos, pues los cráneos y los cuerpos habían sido vaciados de todas las partes útiles.

Basura. ¿Pero por qué esa cuidadosa disposición que sugería una reunión social? Un sonido llamó la atención de Jasperodus. Un grupo de media docena de niños, chicos y muchachas de diez a doce años de edad, salió en tropel por una grieta entre las paredes y lo rodeó. Lo tironeaban para que los siguiera.

—¡Vamos! Tus vagabundeos acabaron —aulló el jefe con voz estridente—. ¡Ya te hemos encontrado un amo! ¡Vamos..., muévete! ¡Es inútil que te resistas! ¡Camina...! ¿De nuevo la experiencia de esa mañana? ¿Robots dominados por niños? Vagamente divertido, Jasperodus se dejó conducir a través de la grieta. Detrás del edificio en ruinas había un terreno vacío oculto a las calles circundantes. Allí esperaba un hombre obeso, vestido con un alegre chaquetón de brocado y una camisa floreada manchada de transpiración. Sonreía hurañamente; los jóvenes se le acercaron con hurras y gritos.

El jefe, un niño huesudo de dientes prominentes, que por los ojos parecía mayor que el resto, despidió a sus compañeros y condujo a Jasperodus hasta el comprador.

—Te dije que conseguiríamos uno, Melch. Aquí tienes —palmeó el torso de Jasperodus—. El mejor robot que has visto jamás.

El comprador evaluó a Jasperodus con la mirada.

—No está mal —admitió a regañadientes, y encaró con desdén a su mercadería potencial—. ¿Desde cuándo andas suelto?

—Desde siempre —repuso bruscamente Jasperodus.

—Hmmm. De afuera parece bien, pero probablemente necesite algún ajuste en la cabeza. De acuerdo, os daré algunos imperiales. Con eso bastará para compensar el tiempo perdido, ¿verdad, niños?

—¡Nada de compensaciones! —estalló el niño, fulminándolo con la mirada—. ¡Quiero cincuenta!

—No me hagas perder el tiempo —el comprador se volvió.

—Lo llevaremos a otro comprador. ¡Tal vez lo vendamos por nuestra cuenta y nos paguen miles!

—Inténtalo, si quieres, muchacho. No creo que estés preparado todavía para esos negocios.

—¡Lo conservaremos nosotros!

Jasperodus levantó una mano.

—Puedo solucionar vuestras diferencias. No tiene sentido discutir sobre el precio, ya que no fui capturado ni estoy en venta. He seguido a estos jóvenes sólo por curiosidad.

El comprador lo miró entornando los ojos y se echó a reír.

—¿Eres listo, eh? Te felicito, pero todavía estás aquí...

—No cumplo órdenes de nadie, salvo las mías propias. Tratad de darme una orden y veréis.

El presunto comprador no quiso poner a prueba la declaración.

—¿Respondes a algún código determinado, eh? —preguntó con tono fatigoso.

—Algo por el estilo —le respondió cordialmente Jasperodus—. Puedes considerar que soy un artefacto sofisticado en grado sumo. Te sería muy difícil ejercer alguna coerción sobre mí, más aún, te aconsejo no intentarlo siquiera.

El hombre obeso pareció reflexivo al lamerse el interior de la boca con la lengua.

Finalmente se volvió al jefe de la pandilla.

—Lo siento pero no sirve. Mala suerte. No compensaría todo el problema que implica desarmarlo.

Los niños retrocedieron hurañamente y el jefe maldijo exasperado al robot.

—¿Hace mucho que andas por aquí? —preguntó el comprador, observando a Jasperodus con cierto interés.

—No.

—¿Llevas algún dinero encima? —miró de soslayo el maletín que Jasperodus llevaba sobre el hombro.

—Un poco. ¿Por qué?

Señaló unos bloques de cemento erizados de barras de hierro que sobresalían como alambres rígidos.

—Ve por allí hasta llegar a la calle, luego dobla a la derecha y camina un cuarto de hora hasta la calle Jubileo. Sigue por allí, toma por la segunda vuelta a la izquierda y la primera a la derecha, y llegarás a una taberna llamada El Buen Aceite. Bueno, en realidad es un tugurio, pero le dicen taberna. Buena suerte.

—¿Y para qué querría encontrar ese tugurio?

El otro se encogió de hombros.

—¿Eres un robot, no? No hay muchos lugares donde un robot pueda empujar el codo...

El hombre se volvió dando así por concluida la conversación. Desconcertado pero intrigado, Jasperodus siguió el camino que le habían indicado, pero antes de marcharse miró hacia atrás. La pandilla de jóvenes malhechores había pescado otra presa con su inteligente señuelo. Esta vez no era una pieza de primera: el robot que los seguía a los tumbos era viejo y tartamudeaba. A Jasperodus le hizo recordar a Ayudante de Cocina, el deplorable artefacto que conociera en Gordona. No obstante,

se reiniciaron las discusiones y regateos, y Jasperodus reanudó la marcha sacudiendo la cabeza; creía estar empezando a entender lo que allí sucedía. Los robots fugitivos abundaban en la zona, y aunque por un tiempo podían evadir la captura, eran víctimas de la rapacidad de quienes vivían en ese barrio sórdido. Evidentemente a algunos robots les gustaba la sociabilidad, y de allí la ingeniosa trampa de la pandilla. Otros, como el que había intentado interrogar, eludían toda conversación.

El Buen Aceite era una estructura de madera y chapas de metal articuladas azarosamente entre dos edificios más sólidos de función indeterminada. A través de la puerta Jasperodus atisbó un torbellino de extremidades metálicas.

Un enorme robot se le interpuso y le señaló las prominencias gemelas de una desagradable cornamenta eléctrica del pecho.

—¿Tienes dinero? —preguntó el portero con una voz zumbona y nasal.

Jasperodus tanteó el maletín e hizo tintinear las monedas.

—Sí.

—Entonces entra.

Jasperodus entró cautelosamente. La luz era borrosa y arrancaba destellos y resplandores metálicos de todos los matices. Un olor a aceite, acero y chispas eléctricas impregnaba el aire.

El espacioso tugurio estaba lleno de robots, sentados, de pie o moviéndose inquietamente de un lado al otro. Los había de varios tipos y tamaños, casi todos con el familiar diseño antropomórfico —dos piernas, dos brazos, tronco y cabeza— que los fabricantes, al igual que la naturaleza, habían juzgado tan conveniente. Un ronroneo de conversación y sonidos extraños ofrecía un trasfondo ruidoso.

La primera impresión de Jasperodus fue que muchos de ellos estaban locos. Algunos se tambaleaban entre risotadas huecas y estruendosas. Otros se mecían de arriba abajo.

Uno o dos se habían desplomado en el suelo y yacían allí sin que nadie les prestara atención.

Transcurrieron unos segundos antes que notara que en la taberna también había dos hombres. Uno llevaba una especie de aparato e iba de un robot al otro, hablándoles por turno. El otro estaba de pie al lado de una puerta del fondo, y examinaba la escena con aire calculador.

Jasperodus se volvió a un robot cercano, que estaba de pie canturreando pomposamente.

—¿Qué ocurre aquí?

—Aquí los robots podemos emborracharnos como los hombres —le respondió la máquina.

Entonces Jasperodus vio que el primero de los humanos —tal vez el propietario de la «taberna»— aceptaba una moneda de un robot y ponía el aparato en funcionamiento. Una malla de filamentos alámbricos fue conectada al cráneo metálico del cliente. Los ojos del robot relampaguearon un instante. El hombre siguió

su camino.

—¿Para qué sirve ese aparato? —preguntó Jasperodus a su informante.

—Es un generador de patrones neurales. Transmite al cerebro corrientes eléctricas especialmente moduladas que producen sensaciones de euforia y embriaguez.

—¡Ja! —rió Jasperodus—. De modo que la embriaguez no es dominio exclusivo de la conciencia humana...

—Claro que no. Este método, aplicado a un cerebro artificial, es tan plenamente eficaz como el alcohol u otras drogas con un cerebro orgánico. Más de una vez he quedado tan borracho, alegre y planchado como cualquier ser humano...

Jasperodus se alegró de comprobar que otra barrera entre la existencia mecánica y la jerarquía humana caía derrumbada. El vendedor de corriente eléctrica se le acercó.

—¿Quieres un chispazo? Sólo tres chelines imperiales.

Jasperodus lo apartó con un gesto.

—Más tarde —se proponía gozar de la experiencia, pero antes quería ampliar sus observaciones.

Decidió abrirse paso entre la multitud de cuerpos (algunos de ellos tan maltrechos que estaban constelados de herrumbre) y se instaló en un banco del fondo desde donde podía presenciarlo todo.

El segundo de los hombres, que hasta ese momento había permanecido inactivo, trababa entonces conversación con un robot con el cuerpo terminado en plata oscura.

Finalmente la deliberación, al parecer, terminó, la puerta del fondo se abrió y el robot fue conducido adentro.

Jasperodus esperó para ver qué ocurría. Al rato el robot salió con un pequeño monedero tintineante. Ésa era la única diferencia que Jasperodus percibía, al margen de cierta rigidez en el andar, quizás. No se le ocurría qué servicio habría obtenido el robot a cambio del dinero.

Sin embargo, su ignorancia pronto fue disipada. Al lado de él pasó un robot tambaleante al que le faltaba la placa de inspección del cráneo. Jasperodus pudo ver a través del orificio cuál parte del cerebro le habían quitado y dejado expuesto al aire el resto, ofreciendo así un espectáculo extraño.

El robot parcialmente descerebrado se enfrentó al misterioso individuo.

—¿Tienes la unidad prometida? —preguntó con tono suplicante.

El hombre asintió, y el robot le entregó un voluminoso saco de dinero.

—Toma entonces. He trabajado duro y sin descanso para pagar tu precio. No es sencillo con sólo medio cerebro.

El sujeto vació el saco y contó las monedas lentamente. Había una generosa suma de dinero. Finalmente asintió.

El robot entró por la misma puerta. Veinte minutos más tarde, al regresar, lucía el cráneo liso y completo. Echó un vistazo alrededor, hizo flexiones con sus miembros; el porte era distinto, ya no se tambaleaba como antes.

—¡Ah, el raciocinio! —exclamó—. ¡El mayor don que el hombre ha dado al

robot!

Jasperodus le hizo señas de que se acercara.

—¿Cuál es la causa de tu repentina alegría? —preguntó.

—Mejor pregunta la causa de mi anterior pesadumbre —le corrigió el robot—. Era debida a que en su gran mayoría los cerebros de robot pueden ser divididos en subunidades. Hace un tiempo tuve que vender mi mayor posesión, o sea mi habilidad de pensar con lógica rigurosa y gozar así de las delicias del intelecto. En verdad es un mundo crepuscular el que así percibes... Y he trabajado muy fuerte durante años para comprar el repuesto.

Esta revelación dio a Jasperodus nuevos motivos para pensar. Advirtió que varios parroquianos tenían los cráneos abiertos; la falta de tantos componentes daba motivo a que los robotistas creyeran que era mejor no cerrarlos. Un desdichado que estaba acucillado contra una pared tenía tan pocos elementos que apenas podía quedarle una mente residual...

El vendedor de modulación neural se acercó otra vez.

—¿Por qué no pruebas ahora?

Jasperodus metió la mano en el maletín y sacó tres chelines imperiales. El vendedor se agachó cuidadosamente y le rozó la malla de alambre contra la base del cráneo.

Aparentemente sabía dónde introducir las corrientes estimulantes. La caja sujeta a los cables emitió un zumbido hueco; Jasperodus sintió un estremecimiento premonitorio, luego pareció iluminársele la mente; lo inundó un torrente de placer. El salón se enturbió un instante, luego pareció mecerse.

Evidentemente el «chispazo» provocaba un ligero desorden en los sentidos —tal como el alcohol, pensó al recordar la frecuente incapacidad de Cree Inwing para ver, hablar o caminar correctamente después de unas cuantas copas— y ése era el precio que pagaba por la embriaguez y la alegría que ahora lo vencían.

—Toma otro —ofreció el vendedor.

Jasperodus le dio tres chelines más. Esta vez el sacudón añadido al primero produjo un efecto doble. Rompió a reír, a pesar que comprendía que estaba cediendo a un peligroso exceso de confianza.

Al cabo, notó que el socio del vendedor, el comprador de subunidades, se le había acercado.

—Eres una máquina sensacional, claro que si —le dijo a Jasperodus—. Uno de los mejores modelos que he visto. Ése es un cerebro excelente, con muchas funciones... Me doy cuenta por la forma del cráneo. Sí, señor. Hay muchos procesos allí dentro —palmeó admirativamente el brazo de Jasperodus—. No creo que necesites tantos procesos...

Algunos centros lógicos de menos, por ejemplo, nada te afectarían. De cualquier modo debes de tener bastante redundancia. ¿No me vendes algunos? Pago bien y no me llevará mucho tiempo. Te podrás dar unos cuantos chispazos.

—No —dijo Jasperodus.

Sonriendo, el otro se volvió al vendedor.

—Dale otro. Paga la casa —y volvió a instalarse al lado de la puerta.

Jasperodus aceptó la descarga gratuita. La visión se le enturbió. Notaba que se estaba emborrachando, y disfrutaba de saber que la efervescencia que le recorría el sistema era la misma que tantas veces había observado en Inwing y en otros.

—¡Vendedor! —vociferó un minuto más tarde—. ¡Sírvenme más de ese veneno eléctrico!

El vendedor se apresuró en complacerle, y se apresuró aún más cuando apenas un minuto después Jasperodus lo llamó de nuevo. Después que recibió la dosis, sin embargo, Jasperodus hurgó en el maletín y descubrió que ya había gastado sus pocos chelines.

—No puedo pagarte —gruñó.

—Tres chelines imperiales —insistió el hombre—. Me los debes por el último chispazo.

—La electricidad es barata —dijo Jasperodus—. Y no vas necesitado de dinero —se levantó, trastabilló y estuvo a punto de caerse.

El comprador de componentes se había acercado otra vez, y el vendedor le habló.

—Esta máquina trata de estafarnos —exclamó indignado—. Pidió un chispazo y ahora no puede pagarlo. Es un asunto serio...

—Sin duda —dijo el otro con gravedad y mirando a Jasperodus con las cejas arqueadas—. Mi oferta sigue en pie —dijo luego, persuasivo, adoptando una expresión más amigable—. Sí me vendes sólo unos fragmentos insignificantes de tu sistema cerebral no sólo podrás saldar la deuda sino asegurarte una buena cuota de felicidad por muchos días.

—¡Creo que en verdad es el único modo de solucionar este percance! —añadió furioso el vendedor.

Jasperodus soltó un gruñido de desprecio que reverberó en medio del bullicioso local.

Los empujó a ambos a un lado y se tambaleó como un borracho hacia la puerta, mientras a sus espaldas se oían airados juramentos. Tanteando y sosteniéndose ocasionalmente en los cuerpos de otros, ganó la salida, donde el portero le cerró el paso.

—No puedes marcharte sin saldar tus deudas.

El robot portero era grande, bien elegido para su papel intimidatorio de matón.

Jasperodus, todavía dominado por una íntima hilaridad, se lanzó hacia adelante y cuando el robot más grande procuró atraparlo le asió el brazo, lo hizo girar y se arqueó para tumbar al adversario y sortearlo de un brinco.

El portero se desplomó en el suelo. Jasperodus salió a la calle, satisfecho. Considerada la lentitud de sus reacciones, pensó, había realizado la maniobra con habilidad.

Pero de pronto decidió que ya no deseaba estar ebrio. Se alejó unos pasos de El Buen Aceite y se detuvo. Se irguió con firmeza y con un esfuerzo considerable trató de eliminar las influencias perniciosas de su sistema y examinar con más sobriedad cuanto le rodeaba. Paulatinamente logró dominar las emociones confusas que lo atravesaban como un remolino; el aturdimiento se disipó de a poco. Luego, con pasos ligeramente tambaleantes, regresó adonde había dejado a Cree Inwing.

Jasperodus llegó a la posada en las primeras horas del anochecer. Estaba por subir las escaleras cuando el posadero se le acercó para hablarle de negocios.

—Necesito un robot para las tareas domésticas. Uno que tenga iniciativa y al que se le pueda confiar asuntos diversos —dijo—. Por lo poco que nos hemos tratado entiendo que serías más que adecuado para el puesto, y me preguntaba si tu amo estará dispuesto a venderte. Con franqueza, ¿qué precio crees que pedirá?

La respuesta de Jasperodus defraudó al posadero pues no divulgó ninguna información que pudiera ser útil en los regateos posteriores.

—En cuanto a eso, debes consultar a mi amo en persona —echó una ojeada arriba—. Voy a despertarlo, pero no creo que te resulte barato. Si me sigues, en unos minutos podréis discutir la propuesta, quizá.

Entró en la habitación de Inwing y lo encontró sentado en la cama con expresión de fatiga. Acababa de despertar. Cuando Jasperodus le refirió la oferta del posadero, Inwing gruñó con sarcasmo y agitó la mano.

—Pero tienes que aceptar —le dijo Jasperodus con toda seriedad.

Inwing le miró asombrado.

—¿De qué diablos estás hablando? ¿Te has vuelto loco?

—Es una medida obvia —repuso Jasperodus—. Nuestra asociación ha sido fructífera y hemos alcanzado nuestra meta: llegar a Tansiann. Pero ahora nuestros intereses seguirán cursos opuestos, evidentemente. Tú, por ejemplo, sin duda deseas reiniciar tu carrera militar y enrolarte en las fuerzas imperiales, según lo que he observado. Yo sólo sería un obstáculo si tomas nuestro vínculo como indestructible.

De veras eres observador —dijo Inwing después de soltar una risotada amarga—, pero en mi caso aquello no es más que la expresión de un deseo. ¿De dónde sacaré las nueve mil coronas imperiales necesarias para comprar un grado? No nombran oficial a cualquier pobre diablo...

—Exactamente por eso te sugiero que me vendas. Valgo mucho más de nueve mil imperiales.

La expresión de Inwing reveló que la idea ni se le había ocurrido.

—Sin duda no estarás dispuesto a volver a la condición de esclavo mecánico por mi culpa...

—No temas: ese rufián dispondrá de mí sólo unas horas y luego me marcharé por mi propio camino. He descubierto que en ciertas zonas de la ciudad un robot puede llevar una vida independiente si sabe ingeniárselas..., y creo que yo sabré. Allí podré instalarme y proseguir con mis planes. Pediré un solo favor a cambio: que si alguna

vez llegaran a capturarme pueda declarar que soy de tu propiedad, en prevención de situaciones incómodas.

—Naturalmente —Cree se debatía en conflicto—. Tu plan parece inteligente, pero poco ético.

—Olvida los escrúpulos: esta ciudad está más plagada de ladrones y delincuentes que el Bosque Occidental de Gordona. ¿Por qué ese malhechor desea comprarme? No para su propia utilidad: un robot tan costoso y capacitado como yo no se desperdicia en tareas domésticas —se acercó a la mesa y examinó las pertenencias de Inwing—. Tal como lo pensé: todo tu dinero desapareció mientras dormías. Nuestro anfitrión, desde luego, dirá que no sabe nada al respecto.

Cree se levantó de un salto y examinó el monedero con fastidio.

—¡Maldito sea! —exclamó irritado.

—No te preocupes. Pronto le devolverás el golpe.

Pero Cree aún parecía dudar de todo el plan. Se paseaba por la habitación y miraba por la ventana. Por último se volvió a Jasperodus.

—Aprecio mucho tu preocupación por mi bienestar. Por mi parte, me siento como si abandonara a un amigo.

—Es por mi propia voluntad. Yo tengo un camino que recorrer, y no pierdo nada con esta despedida. Digámonos adiós. He aprendido mucho de nuestros viajes. Lo más importante, quizás, la camaradería.

—Muy bien, entonces —dijo Cree, ahora sonriente.

En momentos en que ambos camaradas se estrechaban las manos, se oyó un golpecito en la puerta y entró el posadero.

—Supongo que usted ya estará al tanto de mi oferta —le dijo a Inwing con tono servil.

Inwing se atusó el bigote.

—De hecho el robot no me es demasiado útil en mis planes futuros. Me desprendería de él por un precio razonable...

—¡Bien! ¡Entonces sólo tenemos que llegar a un acuerdo! —el posadero se frotó las manos, luego retrocedió para inspeccionar a Jasperodus—. ¿En cuánto podemos tasarlo? ¿Mil imperiales?

—Permíteme abreviar el debate hablando en nombre de mi amo —interrumpió Jasperodus—, valgo fácilmente treinta mil coronas imperiales en el mercado, como tú has de saber, sin duda.

El posadero arqueó las cejas.

—¡Una suma exorbitante, por cierto! ¡Mucho más de lo que esperaba pagar!

—Estás comprando un producto de primera. Descubrirás que soy el robot autoguiado con más iniciativa que conoces, como tal vez ya lo habrás advertido. Estoy fabricado con las normas artesanales más exigentes, según te lo confirmará cualquier robotista. Esta evaluación de mi propio precio en tu moneda es objetiva; no puedo engañar.

—Supongo que usted tendrá los derechos de propiedad, desde luego —dijo el posadero, volviéndose repentinamente a Cree; pero al ver que éste fruncía el ceño, incómodo, adoptó una postura rígida—. ¡Ah! ¡Ya sospechaba que no! ¡Me parecía extraño que un rufián con esas trazas, sólo capaz de alojarse en establecimientos modestos como el mío, pudiera al mismo tiempo ser el dueño legítimo de una propiedad tan valiosa!

—De manera que ha revisado mis pertenencias, para cerciorarse —acusó Cree.

—De eso no sé nada —replicó jovialmente el posadero—. No obstante, he enviado a mi ayudante en busca de la guardia de la ciudad, para aclarar las cosas.

—¿Cómo hará entonces para obtener el robot que tanto le interesa, al parecer? —preguntó Cree, perplejo.

—Simplemente deseo que no me engañen —insistió el posadero—. Atención, que no estoy diciendo que el robot sea robado..., sólo que podría serlo. Estoy dispuesto a correr el riesgo, si se apresura usted a cerrar trato. Pero por supuesto, semejante procedimiento rebajará considerablemente el valor de la mercancía —frunció los labios—. Le daré cien imperiales por él y me ocuparé de arreglar las cosas con la guardia.

—Diez mil coronas imperiales, ni un céntimo menos —dijo Jasperodus con firmeza.

El posadero estaba indignado.

—El robot interfiere demasiado. ¿Tiene tan poca disciplina? En ese caso...

—Simplemente cuida mis intereses —lo calmó Cree—. Hará lo mismo con los de usted, cuando sea suyo. Y como sus consejos, invariablemente, son atinados, me atenderé a la cifra de diez mil imperiales. Proceda como usted guste.

Tras algunas protestas malhumoradas, el posadero accedió. Bajaron y entregó a Cree la suma requerida en una nota de crédito, por si llegaban a asaltarlo. Cree se volvió entonces a Jasperodus con una expresión severa.

—Jasperodus, éste es tu nuevo amo. Sírvelo como me has servido a mi.

—Si, señor —dijo Jasperodus, dócil.

Después que Cree Inwing se hubo marchado, el posadero echó un vistazo a Jasperodus y se echó a reír.

—He oído algo acerca del pequeño escándalo que armaste esta mañana: un robot que no obedece... ¡Eso sí que es valioso en esta ciudad! Los primeros días te haré trabajar un poco. Luego, cuando consiga una orden de propiedad, tendrás que conseguirme... veamos, ¡veinticinco mil coronas imperiales sin hacer preguntas!

Impartió algunas órdenes a Jasperodus y se marchó, sonriente.

Bien entrada la noche, Jasperodus huyó y volvió nuevamente a los suburbios, donde se había propuesto adquirir destreza para convertirse en un individuo totalmente urbanizado.

La pequeña habitación era un cubículo de tres metros por dos y medio. El revoque de las paredes, sin pintar, estaba resquebrajado en partes, y dejaba ver el ladrillo desnudo; la única ventana daba a un pasadizo polvoriento, tres pisos más abajo, donde crecían unos pocos arbustos raquíticos. Sin embargo había una silla que Jasperodus utilizaba para sentarse; hábito que había adquirido durante el viaje, a pesar de serle fisiológicamente innecesario.

Además, la habitación estaba atiborrada de libros. Pilas de libros amontonados en terrazas y bloques tambaleantes, libros sobre casi todas las ciencias conocidas en el Nuevo Imperio, pero especialmente sobre matemáticas, física, ingeniería y robótica.

Con la ayuda de esta caótica biblioteca formada principalmente con volúmenes de segunda mano, Jasperodus había llenado muchas lagunas en su conocimiento, y podía considerarse un experto en diversos campos, sobre todo el de las matemáticas. Ahora no tenía razones para temer que su educación fuera inferior a la de la gente más sofisticada de Tansiann.

Su meta prioridad había sido, como se lo recordaba a sí mismo frecuentemente, sobresalir en todo y así demostrar que estaba a la par de los humanos. Pero una y otra vez le había atraído un tema en particular: la robótica. La había estudiado con fervor de maniático, hasta llegar a la plena posesión de los principios fundamentales del diseño de robots.

En ese momento tenía en las manos un volumen pequeño que iba al corazón de sus indagaciones:

SOBRE LA CONCIENCIA ARTIFICIAL

Se han dedicado muchos estudios e investigaciones a la posibilidad de construir una conciencia artificial que haría a las mentes mecánicas virtualmente indiferenciables de las naturales. Las fórmulas sobre las que se basaría semejante conciencia ya han sido, incluso, elucidadas.

Tales fórmulas atañen a la característica central de la conciencia, es decir a su peculiar capacidad de autorreferencia, o «el problema del “yo” que se percibe a sí mismo», como se lo ha denominado. La naturaleza de la percepción consciente es tal que el objeto percibido se funde, o «identifica», perfectamente con el sujeto perceptor o «yo». En otras palabras, el «yo» se transforma en el objeto y al mismo tiempo sigue siendo él mismo. El problema de una conciencia artificial consiste pues en la reproducción de este fenómeno.

Lamentablemente ninguna disposición de la materia o la energía puede lograr algo semejante. Toda la materia es esencialmente particularizada, la fusión perfecta no tiene lugar. Lo mismo sucede con cualquier tipo concebible de circuito lógico, por muy avanzado que esté su estado de integración. Las primeras tentativas de producir una conciencia mecánica partían del principio de elevar a cada cual a la potencia del otro —tomando 1 como la directriz (o sea, el sujeto) y X como el objeto— en una serie alternada, así:

Y así sucesivamente con variaciones, como la de transformar el proceso en un ciclo acelerador conocido como el «vórtice de la percepción». Ningún resultado positivo se ha obtenido jamás con este método, salvo las ya consabidas definiciones de ciertas técnicas de percepción mecánica (es decir, inconsciente). La razón de este fracaso es que la disposición es asintótica: por mucho que se acerque a la perfección, no se puede lograr una unidad entre la «directriz perceptiva» y el objeto.

Se puede afirmar categóricamente que no es posible crear artificialmente conciencia en el mundo físico, tal como está constituido, pues ello exigiría la realización de una entidad física sin diferenciación alguna entre sus partes, y ninguna entidad semejante puede existir en el mundo material.

La conciencia, pues, debe tener una fuente espiritual y no material, por lo tanto, no puede ser reproducida.

Seguía la reproducción íntegra de las fórmulas de la conciencia. Jasperodus, tras estudiarlas una y otra vez, junto con los correspondientes teoremas y ecuaciones que Padua le había enunciado por primera vez, terminó por comprenderlas y tuvo que admitir que eran convincentes. Secretamente había anhelado descubrir alguna fisura, alguna falla en la teoría de la robótica que dejara abierta la posibilidad —por muy remota que fuese— de que él fuera consciente o al menos tuviera alguna probabilidad de alcanzar la conciencia. Pero las ecuaciones eran sólidas. Parecía indiscutible su inexistencia como criatura viviente, y que jamás lograría serlo, lo cual invalidaba el apasionado alarde que una vez había hecho ante Inwing.

Arrojó el libro a un lado en señal de desesperación.

Hacía seis meses que Jasperodus vivía libremente en Villa Robot, un distrito de Subuh, y había aprendido por su cuenta mucho acerca de los más perversos aspectos de la psicología robot. Le parecía todo un homenaje al arte de la robótica que artefactos fabricados para la esclavitud pudieran rebelarse contra su naturaleza al punto de seguir el ejemplo de los hombres y vivir como individuos libres. El fenómeno no era demasiado común, por cierto, pues generalmente resultaba de una combinación de accidentes y no de un plan; sin embargo el número total de robots errantes era considerable. Lo que más intrigaba a Jasperodus eran los trucos y estratagemas que utilizaban para evitar que los volvieran a capturar. Algunos robots simplemente eludían todo contacto humano. Otros empleaban una suerte de pensamiento doble, empeñándose en un examen minucioso de la gramática y la semántica de las órdenes directas para malinterpretarlas. Y había algunos en quienes este recurso había culminado en una neurosis avanzada que los volvía incapaces de oír nada de lo que dijera un ser humano.

Los que estaban más a salvo de la captura eran los robots que respondían a códigos lingüísticos secretos sólo conocidos por los amos. Esas máquinas eran raras, pero como no aceptaban órdenes, salvo las emitidas en esos códigos específicos, contaban con un grado inusitado de libertad personal. Algunos de más capacidad urbana, intelectualmente superiores a los humanos normales, incluso lograban subsistir en distritos selectos como el Elan. La mayor parte de los robots errabundos,

sin embargo, vivía en Subuh, en donde hasta cierto punto se habían mezclado con los elementos más míseros del populacho, los que llegaban hasta a contemplarlos con una suerte de recelosa camaradería. Los robots ocupaban, en realidad, el peldaño más bajo de la escala social. Clasificados como *nopersonas*, carentes de la protección de la ley, estaban sujetos a todo tipo de explotación.

El gran problema de todo robot era la obtención del dinero suficiente para comprar baterías isotópicas de repuesto pues se consumían en pocos años. Una trampa en la que caían muchos era la de vender secciones del cerebro con la esperanza de resarcirse más tarde de la pérdida. Un método más lento era transformarse en asalariado, con todas las desventajas de los desposeídos. Había varios tipos de trabajos que se podían conseguir; el rasgo en común de todos ellos era que los jornales pagados a un robot errabundo eran una fracción de los que se pagaban a los humanos o aun a un robot alquilado por su propietario. Algunos salarios eran tan ridículos que en la práctica no servían de nada. Se podía ganar un poco más con trabajos peligrosos en los que había menos competencia con los humanos o los propietarios de los robots; en realidad eran faenas muy riesgosas, casi siempre a cargo de robots fugitivos. Jasperodus se había empleado por un tiempo como obrero de la construcción; se encaramaba a la telaraña metálica de una nueva torre de radio que se elevaba a trescientos metros, y ganaba lo suficiente para alquilar una habitación y comprar los libros que necesitaba.

Pero ahora se presentaba una necesidad más inmediata. Su propia batería isotópica, que tendría que haber funcionado diez años, estaba fallando.

Hacía días que venía recibiendo la señal autónoma que le advertía de una incipiente debilidad. Sólo cabía suponer que la batería había sufrido algún daño cuando entró en el horno del palacio del rey Zhorm, y que Padua no había detectado o rectificado la falla.

Jasperodus se puso a calcular cuánto le llevaría juntar el dinero para una batería nueva, considerando diversos tipos de trabajo. Si quería conseguir el repuesto antes de ser seriamente afectado tendría que empezar pronto. Inmediatamente, en verdad.

Se levantó y dejó el edificio, tras haber tomado una decisión. A poca distancia, un robot alto de andar elegante lo llamó.

Era Modelo V, un apodo que el robot había recibido a causa de su orgullo por ser el Modelo V de su serie. Se acercó a Jasperodus y caminaron juntos.

—Estuve reflexionando sobre tu pequeño acertijo —le dijo a Jasperodus con voz calma y razonable—, y se me ha ocurrido una solución.

—¿De veras? ¿Cuál? —le preguntó Jasperodus, interesado a pesar de sí mismo; pasaba bastante tiempo en compañía de Modelo V, que era un artefacto inteligente, discutiendo asuntos de interés recíproco, especialmente el tema que obsesionaba a Jasperodus. Y pensaba que incluso podría oír algo original del cerebro de Modelo V.

—Tus interrogantes se relacionan con esa presunta cualidad denominada «conciencia» —empezó Modelo V—. He resuelto el problema del siguiente modo.

Todas las descripciones de la «conciencia» siguen más o menos este lineamiento: una máquina puede percibir una impresión sensoria, es decir que la impresión es recibida, analizada, reconocida, relacionada con otras impresiones, procesada y almacenada. Un ser humano también hace todo esto, pero se dice que no sólo es capaz de la mera percepción sino que percibe que percibe, y esta percepción de la percepción supuestamente constituye la conciencia. ¿Qué significa esto? ¿Acaso que todo el proceso de percepción, integración y acción es reorganizado y presentado a la mente como una nueva impresión, una segunda ronda, por así decirlo? En tal caso, ¿cuál sería el objeto de tal operación? No añadiría nada a lo que había antes. Además, he estudiado anatomía neural, y el cerebro humano no tiene prevista tal función, por lo que he podido saber... Por lo tanto, deduzco que el efecto debe producirse en escala más pequeña, si de veras se produce. Sospecho que la «percepción de la percepción» es meramente una especie de circuito limitativo o línea de demora, accidentalmente insertado por la evolución y responsable de la notoria lentitud del pensamiento humano. Como tal no cumple ninguna función útil y por cierto no es necesario para elucubraciones intelectuales avanzadas. Por esa razón, sin duda, los grandes diseñadores de robots la omitieron de sus planes.

—Yo tenía la fuerte impresión de que la conciencia es un estado importante y elevado que los robots no podemos alcanzar —repuso Jasperodus.

Modelo V rió divertido.

—Totalmente erróneo, y de la observación se deduce la idea contraria. Fíjate en aquel patán que camina por el otro lado de la calle —señaló una figura encorvada y mal vestida que se tambaleaba con expresión ausente—. ¿Participa de un estado mental elevado?

Obviamente no. Se pasa el día soñando despierto, no ha aprendido a valerse del pensamiento consecutivo... Ni siquiera puede reflexionar acerca de sus impresiones, como nosotros. ¿Llegarías al extremo de opinar que percibe que percibe? ¡Yo no! En tal caso quizá su conducta fuera más digna. Mentalmente es inferior a nosotros, Jasperodus; no superior. Y es un ejemplar típico de la gran masa de su clase.

Dices que has estudiado anatomía cerebral —dijo Jasperodus—. ¿Qué posee el cerebro humano que no tenga el nuestro?

—Muy poco —respondió Modelo V—. Por eso digo que esta «conciencia» es una trivialidad, o bien no existe.

Jasperodus rumió las palabras de Modelo V.

—Tus argumentos no son nuevos —dijo por fin—. He oído algo similar anteriormente.

En efecto, recientemente también había encontrado un teorema que parecía demostrar que la conciencia —con lo cual Jasperodus aludía al elemento de experiencia consciente que él imaginaba poseer— era una ficción no sólo en él sino también en los hombres.

El teorema recurría a la noción del tiempo. Los filósofos todos concordaban en

que el pasado no desaparecía de la existencia sino que de alguna manera persistía; tal vez no en la misma condición del presente, pero sí de acuerdo con el principio de que el universo no destruía los productos que había creado, único modo de concebir un pasado que deja de existir. ¿Qué sucedía, pues, con la conciencia pasada? ¿También persistía? ¿El hombre era consciente en el pasado, así como en el presente? En tal caso continuaría percibiendo el pasado simultáneamente con el presente, según el razonamiento de Jasperodus, y no existiría diferenciación entre pasado, presente y futuro. De lo contrario, se hacía necesario introducir otro factor: el factor «muerte». Con la muerte la conciencia se extinguía como la llama de una vela. ¿Qué ocurría entonces con la vida pasada que había iluminado? ¿La vida pasada era, pues, muerta e inerte?... ¿robótica? Y si la conciencia se disipaba después de recorrer su curso, ¿qué ocurría con la afirmación que el universo no descartaba sus creaciones, teniendo en cuenta que la conciencia es una de ellas?

Ambas alternativas resultaban insostenibles. Mediante esta *reductio ad absurdum* Jasperodus podía argumentar que el hombre, al fin y al cabo, no poseía conciencia; entonces no había paradoja alguna.

Pero era evidente que esta conclusión estaba sembrada de puntos dudosos. Él no tenía garantías que lo que entendía por «conciencia» correspondiera a la realidad... Y también había otra salida del dilema igualmente simple: que los filósofos estuvieran errados y el pasado sí se desvaneciera.

En general estas teorías intelectuales consolaban poco a Jasperodus, que de algún modo sentía que ellas sobrevolaban la médula del problema. Por ejemplo, era obvio que Modelo V encaraba la cuestión de la conciencia absolutamente desde el punto de vista de una máquina que carecía de ella. Sin ningún interés... vital por el asunto.

Por su parte, Jasperodus debía confesar que discernía una sutil diferencia entre hombres y robots, aunque con frecuencia costaba un poco advertirla. Había descubierto que Padua tenía razón. Por muy sagaz y divertido que fuera un robot — Modelo V, con quien hacía tiempo mantenía una fructífera relación, poseía una personalidad tan sofisticada como pudiera desearse—, al cabo de un tiempo Jasperodus terminaba por reconocer que se trataba de una máquina sin percepción interna. Los robots eran fantasmas de hombres, simulacros que parodiaban la conducta, el pensamiento y el sentir de los hombres. En un ser humano, por lo demás, aun en el más estúpido, había una chispa interior indefinible, algo que más que verse se presentía, que definía su condición humana. ¿Y en cuanto a él mismo? La autoobservación era la más dificultosa de las disciplinas.

A veces intentaba vigilarse desde fuera, mientras caminaba, hablaba o pensaba, para tratar de averiguar qué juicio se formaría de sí mismo si fuera un observador independiente. El experimento producía algunos estados interesantes, pero ninguna información precisa. Por lo que había llegado a saber, apenas era otro simulacro de hombre, tal como Modelo V.

En realidad, ¿hasta qué punto se parecía a Modelo V? Asombrado, Jasperodus

advirtió de golpe que mentalmente se parecían mucho. Recordó los libros que guardaba en su habitación. Todos los temas a los que se había dedicado en los últimos meses eran los mismos que más fascinaban la mente del inteligente robot: matemáticas, física, lógica y filosofía, todos de índole puramente intelectual, con un contenido emocional mínimo. Del modo más inadvertido había respondido a su naturaleza de máquina. Descubrir esto lo deprimió inexpresablemente. Para igualar los talentos de los hombres, presumiblemente, tendría que sobresalir en música, pintura, poesía y actividades similares.

Muy bien, se dijo a si mismo, eso será lo siguiente.

Pasaron junto a una hilera de edificios decrepitos y doblaron una esquina, donde Jasperodus vio a un robot fugitivo a punto de ser capturado por un grupo de perseguidores. Por el aspecto, eran hombres de la zona: uno de los grupos semiprofesionales que se ganaba la vida atrapando máquinas errabundas.

Asombrosamente no abundaban en Subuh tanto como era dable imaginar, pues los habitantes humanos los aborrecían tanto como los robots.

En esta oportunidad, sin embargo, estaban a punto de salirse con la de ellos. Modelo V retrocedió, al parecer en disposición de fuga, pero Jasperodus se adelantó, dispersó a los hombres y tomó a la víctima del hombro.

—Sea cual fuere la orden impartida por estos bribones, cancélala —le dijo con firmeza—. Ve con Modelo V, e idos de aquí. Os seguiré de inmediato.

El robot asintió, muy aliviado, y se apresuró a obedecer. Los hombres no tardaron en reponerse de la sorpresa.

—¡Tú también, vamos! —gritó uno de los que rodeaba a Jasperodus—. ¡Basta ya de alardes y bravatas, y ponte de inmediato bajo nuestras órdenes! ¡Vamos...! ¡Tranquilízate!

Jasperodus alzó el puño, amenazante.

—Ni yo ni nadie de la vecindad será esclavizado por vosotros. Marchaos de aquí antes que me enfurezca.

Se fueron de mala gana, confundidos. Jasperodus volvió sobre sus pasos para alcanzar a Modelo V y el robot que acababa de rescatar.

—Muchas gracias —dijo este último.

Jasperodus le respondió con un ligero cabeceo.

—En otras ocasiones ya he notado tu habilidad de impartir órdenes a otros robots, aun en contra de las órdenes de los seres humanos —comentó Modelo V—. Es un talento inusual. De hecho, no soy el único que lo ha advertido...

Jasperodus recibió la observación con un gesto huraño.

—Incluso he llegado a mandar hombres —masculló.

—Oh, eso es realmente insólito —Modelo V entrechocó las manos, un gesto habitual en él cuando no sabía cómo encarar una conversación—. Lo que necesitamos los robots libres de Subuh es un líder —dijo apresuradamente—. Muchos pensamos que un cierto grado de organización nos beneficiaría a todos, si encontráramos un

robot con las cualidades necesarias... Tú parece reunir las características apropiadas.

—No entra en mis planes —interrumpió bruscamente Jasperodus.

—Ah. Bueno, como tú digas.

Tras unos comentarios embarazosos Modelo V se despidió y partió con el otro robot.

Jasperodus se alejó de Subuh y atravesó Tansiann en dirección al puerto espacial. A medida que se acercaba la gran base cobraba el aspecto de una ciudad cuyas torres fueran cohetes llameantes y centros de control. Se detuvo a observar la partida de un carguero interplanetario que bañó la pista de calor, vapor y llamaradas rugientes. La actividad en la base se había vuelto casi frenética últimamente, pues las fuerzas imperiales se esforzaban en devolver los reveses sufridos en Marte. Por los informes que había leído, Jasperodus sabía que el Imperio estaba apelando a todos sus recursos para conservar el territorio marciano. La obtención de hombres y materiales suficientes para enviarlos al planeta rojo a luchar en una guerra interminable estaba resultando casi prohibitiva ante los estragos causados por la Alianza de Borgor, esa coalición de naciones del nordeste dispuesta a impedir por cualquier medio la expansión del Nuevo Imperio. A medida que el Imperio se fortificaba también se reafirmaba la Alianza; hasta el momento las hostilidades no habían desembocado en una guerra total. Cuando eso sucediera, Jasperodus preveía que muchos de los logros de Charrane serían destruidos.

Frente a la alambrada de seis metros de alto que cercaba el puerto espacial, se presentó a la agencia de contratación que tomaba mecánicos para los puestos orbitales.

—Ya tenéis mi nombre en la lista —dijo al empleado—. He pasado las pruebas de aptitud.

El empleado consultó sus papeles.

—Así es. Veo que has aprobado un examen en soldadura espacial. Y en reparación de unidades de control. Nos habrías sido de utilidad, antes.

—Sólo ahora he decidido tomar el trabajo. ¿Cuáles son las tarifas?

—Han aumentado —alardeó el empleado—. Medio imperial por viaje.

—No es suficiente. Exijo por lo menos el doble.

—En ese caso, amigo, adiós.

Jasperodus se maldijo a sí mismo por verse en la necesidad de rebajarse a regatear.

—Muy bien —dijo impaciente—. Aceptaré vuestra ridícula paga.

El empleado llenó el formulario mientras justificaba su indignación.

—Es mejor de lo que conseguirás en cualquier parte. Son tarifas casi humanas.

—Como barrendero. Y olvidas mencionar que la incidencia de destrucción en las tripulaciones de mecánicos orbitales es ahora de uno sobre siete.

El empleado se encogió de hombros.

—¿Para qué queréis vivir los robots? —farfulló—. En una hora partirá una nave.

Si quieres abordarla, presenta esto en la puerta principal.

Jasperodus aceptó el formulario, que le sirvió para franquear los dos puestos que custodiaban la base. Le condujeron a un cobertizo de hierro corrugado a pocos metros de la alambrada.

Adentro había varios robots; artefactos de primera calidad, al parecer, que aguardaban en silencio o conversaban distraídamente en voz baja. Un aire de fatalidad impregnaba el lugar. Los ojos de los robots parecían ausentes.

La proporción de uno sobre siete, pensó Jasperodus. Todos la tenían en cuenta.

Pero no todos sus compañeros de dotación eran robots. Un hombrecillo de hombros encorvados se acercó a saludarle sonriendo nerviosamente con su curtida cara de cuarentón.

—¿Te conozco..., verdad?

—Nos hemos visto alguna vez —dijo Jasperodus con aire distante.

—Sí, ya recuerdo. En Subuh. Yo vivo allí —el hombre hablaba con un tono de ligera arrogancia, y sostenía entre los dedos un objeto que últimamente se había puesto de moda un cuenco diminuto lleno de hierbas aromáticas que se quemaban para inhalar el humo por la boca a través de una pipa.

Exhaló ostentadamente una bocanada de humo. Luego echó otro vistazo a Jasperodus, arrugando el ceño como si de pronto recordara algo, y pareció intranquilizarse. Un tic nervioso le crispó el costado izquierdo de la cara. Desvió los ojos y adoptó una expresión adusta y ausente.

Jasperodus estaba familiarizado con esta gente, desechos sociales conocidos como «descartados», en parte por la analogía con el material que un artesano descartaba durante un proceso de manufactura, en parte quizá por la semejanza del término con «descastado».

Problemas de personalidad, una profunda inadaptación, o bien fracasos reiterados en el campo de las relaciones humanas, los instigaba a rehuir la compañía de los seres humanos y preferir la de los robots, con los que no tenían por qué sentirse inferiores. El depósito de esos descartes era el barrio de Subuh.

Con los robots inconscientes estos sujetos se sentían cómodos. Entre los hombres no tardaban en zozobrar. Jasperodus los despreciaba. Ellos, a su vez, le trataban con cautela. De hecho, en los últimos días, cuando Jasperodus se había visto involuntariamente comprometido en el papel de líder de los robots y los robots errantes de Subuh mostraban cierta tendencia a agruparse en torno de él, uno de los «descartados» le había hecho un elogio perturbador. «Tú no eres como los otros robots —le había dicho nerviosamente la andrajosa criatura—. Tienes algo diferente».

Ignorando al hombrecillo, Jasperodus examinó a los robots de la dotación, sorprendido de verles tan desalentados. Todos habían caído en la trampa psicológica conocida como impulso doble. La mente lógica de un robot no gustaba de las apuestas: una probabilidad contra siete era normalmente un riesgo enorme para un

robot errante. Sin duda eran circunstancias desesperadas las que los arrojaban a este trabajo, probablemente la necesidad de comprar una batería antes que expirara el plazo de rendimiento. De modo que la decisión de enrolarse en la dotación de mecánicos estaba determinada por el afán de subsistencia, pero al mismo tiempo lo contradecía: un ejemplo perfecto de impulso doble. En consecuencia, estaban muy deprimidos.

Jasperodus no pudo evitar una comparación entre el desánimo de los otros y su aplomo arrogante. Pensar en el peligro no le asustaba. Cosa extraña en una máquina: creía en su suerte.

El descartado intentó una nueva observación, señalando a los demás con la pipa.

—¿... alicaídos, verdad? —gorjeó.

Jasperodus asintió y se dignó replicarle.

—En este caso la libertad es una desgracia. La libertad exagera el instinto de subsistencia de una máquina. Si ahora estuvieran a las órdenes de un amo, podrían llevar a cabo esta misión sin sufrir angustias psicológicas.

Se abrió la puerta en el extremo opuesto del cobertizo. Irrumpieron dos guardias imperiales uniformados y con casco.

Miraron en tomo con ojos sombríos.

—Muy bien —empezó el sargento—. Ya conocéis vuestro trabajo. Ésta es la misión de hoy. Las señales indican disfunciones en tres puestos orbitales. Dos son satélites-vigía, el tercero es una estación de combate. La nave será piloteada desde tierra por control remoto, como de costumbre.

—¿La nave irá armada? —preguntó Jasperodus.

—No —repuso el sargento con irritación, como si la pregunta lo sorprendiera—, no irá armada. Muy bien. En marcha.

Con un ruido metálico, la dotación de mecánicos salió del cobertizo y caminó casi un kilómetro hasta la rampa de lanzamiento. La nave era un maltrecho vehículo que, a juzgar por el aspecto, parecía un cohete auxiliar remodelado. Llevaba conectados varios cohetes de combustible sólido adicionales, para facilitar el despegue.

Treparon hasta la escotilla y se encontraron en una cámara metálica desnuda de tamaño adecuado para una veintena de hombres. Jasperodus esperó para ver si los guardias o algún otro supervisor los seguían, pero cuando la dotación terminó de abordar la nave retiraron la escalerilla y la escotilla se cerró automáticamente. Quedaban librados a su suerte.

El único mobiliario de la cámara consistía en dos asientos reclinables que de inmediato fueron ocupados por dos robots pese a los frenéticos esfuerzos del descartado por apoderarse de uno. El hombrecillo se puso a discutir con ellos. Insistía acaloradamente en su derecho a un asiento.

—Lárgate —dijo uno de los robots agitando la mano—. Soy una máquina vieja. Ya no puedo soportar los sacudones bruscos igual que antes.

—¡Al menos no se te romperán los huesos ni te estallarán los vasos sanguíneos!

—gimió el hombrecillo—. Dame ese asiento... ¡Lo han hecho para mi, no para ti!

—La aceleración no es tan terrible. Puedes resistirla.

Jasperodus intervino.

—A mí me parece bastante fuerte —dijo al testarudo robot—. Levántate y deja el asiento a esta débil criatura de carne y hueso. Hay un alma humana verdadera animando su ser, no es un mero candidato al cementerio de chatarra, como tú.

El robot lanzó a Jasperodus una mirada de resentimiento, pero obedeció. Se levantó de mala gana, y el hombrecillo se apresuró a ocupar el asiento.

—Gracias —sonrió.

Jasperodus se alejó. Una bocina resonó ensordecedora en el espacio cerrado; anunciaba la partida inminente. Los robots se sentaron en el suelo y se recostaron contra la pared. Jasperodus, que presumió que se trataba de una precaución contra la violencia del despegue, los imitó. Advirtió que el hombrecillo se rellenaba los oídos con algodón y se los apretaba con los dedos.

Una explosión retumbó abajo. La nave se estremeció, las paredes cimbraron, y una vibración estruendosa inundó la cámara de golpe cuando el motor principal y los cohetes auxiliares despertaron con un rugido.

La nave se elevó, hamacándose mientras los precarios estabilizadores trataban de equilibrarla. Por un breve lapso pareció que nada más ocurría; luego Jasperodus reparó en la creciente presión que le tironeaba desde abajo. La cámara se ladeó: giraba en ángulo hacia el espacio.

Minutos más tarde el aterrador estruendo cesó abruptamente. La nave estaba en caída libre.

Un robot más viejo y mellado que el resto se levantó del suelo y se dirigió flotando en el aire hasta el otro lado de la cabina, donde abrió un gabinete. Jasperodus atinó a mover el cuerpo, y descubrió que la ausencia de gravedad le asombraba menos de lo que había esperado. Se adaptó fácilmente, mantenía el control de sus movimientos mediante ligeros toques en la pared, en el suelo o en el techo.

Otros robots se divertían con acrobacias cero-g. Jasperodus se acercó a la única ventanilla. A través de ella vio la curva radiante de la Tierra. Las nubes y el mar destellaban con un brillo puro, mientras en el lado opuesto se extendía la negrura del vacío. Miró absorto el espectáculo mientras innumerables pensamientos se agolpaban en la mente.

El viejo robot que había abierto el gabinete se volvió hacia ellos.

—Soy el capataz —anunció con voz firme—. Escuchad cómo dividiremos el trabajo —asignó a cada cual su tarea llamando a los miembros de la dotación por el nombre o el número, mientras sacaba del gabinete el equipo necesario—. Jasperodus: recuerdo que eres competente en reparación de unidades de control y soldadura espacial. Como éste es tu primer viaje, te limitarás por el momento a la soldadura espacial —y del cavernoso interior del armario salió un equipo de soldador que Jasperodus se ciñó al cuerpo.

El hombrecillo recibió un equipo de microcircuitos y un traje espacial con visores especiales. Ya se aproximaban al primer objetivo. Se sacudían ocasionalmente cuando el control de tierra aplicaba los cohetes para corregir el rumbo.

Jasperodus volvió a acercarse a la ventanilla. Pronto tuvieron a la vista la estación de combate. Tenía forma de tonel, rodeado por franjas que parecían duelas pero estaban equipadas con rampas de lanzamiento de proyectiles. Cuando se aproximaron más, el tonel ocultó nubes de estrellas. Más allá, en el cuadrante superior izquierdo del campo visual de Jasperodus, resplandecía la radiante luna blanca.

El siseo de los reactores de maniobra reverberó en las paredes de la cabina. La estación se agigantó hasta ocultar todo lo demás. Luego la escotilla de la nave se abrió ligeramente y exhaló aire en el espacio hasta que todo el interior de la cámara fue un vacío. Se abrió por completo y el capataz ordenó salir.

Flotaron fuera unos metros en el espacio hasta llegar a una escotilla cuadrada, asegurada con cerrojos, en un costado de la estación de combate. Un robot erró la dirección y se alejó en el vacío agitando desesperadamente los brazos. El capataz lo persiguió con un reactor manual y logró rescatarlo.

Corrieron los cerrojos y abrieron la escotilla. La dotación se introdujo por los intersticios y cámaras que entrecruzaban el interior del enorme tonel, e iniciaron la inspección.

La estación funcionaba automáticamente y estaba diseñada para contribuir a la protección de las rutas espaciales imperiales —y también del territorio imperial, en caso necesario— mediante mecanismos que se ponían en acción con la cercanía del enemigo.

Atisbando por encima de los hombros de los robots veteranos que examinaban los tableros, Jasperodus advirtió que en ese momento estaba en pésimas condiciones. No funcionaban las rampas ni los cañones. Los robots cuchicheaban entre ellos. La reparación llevaría algunas horas.

Jasperodus se tranquilizó. Al parecer, ese día no habría mucho trabajo para él. En realidad, ahora que lo pensaba, el número de mecánicos era excesivo para esta faena.

Los robots errantes eran tan baratos como mano de obra que se los podía utilizar a discreción, por si se presentaba algún imprevisto.

Vagabundó por la estación observando todo con interés. Una vez lo llamaron para soldar una placa floja, un trabajo que no le llevó más de cuarenta y cinco segundos.

Una hora después una conmoción inesperada sobresaltó a la dotación; los robots corrían agitadamente de un lado al otro, gesticulando alarmados. Jasperodus detuvo a uno de esos artefactos irreflexivos y juntó su cabeza con la del otro para poder conversar en el vacío.

La voz del robot vibró zumbona a través del metal del cráneo.

—¡Un crucero de Borgor! ¡Estamos perdidos, perdidos! —el robot se alejó con un gemido y se internó en la estación, intentando escapar.

Jasperodus se dirigió al área de reparación primaria a la que daba acceso la escotilla principal, abriéndose paso entre los robots aterrados. Allí encontró a cuatro robots, Incluido el capataz, estrechamente apiñados.

El hombrecillo, sin embargo, había adoptado una actitud asombrosamente distinta.

Estaba erguido ante la escotilla, totalmente expuesto a la luz de las estrellas. Jasperodus se acercó cautelosamente a la abertura y atisbó por encima del borde. Reluciendo oscuramente contra el fondo estelar se destacaba la forma lobulada y bulbosa de una nave extranjera. Giraba lentamente y exhibía la medialuna de Rendare, uno de los principales estados de la Alianza, pintada en el flanco. Obviamente se disponían a atacar y tal vez no habían advertido que la estación no tenía defensas.

El hombrecillo observaba el crucero, las cejas arqueadas en una expresión melancólica. Jasperodus lo comprendió: la muerte inminente era una Inmejorable oportunidad para la autocompasión y la tristeza, y al mismo tiempo una especie de alivio.

Pero ignoró al humano y se volvió a los robots. Apretó la cabeza contra la del capataz.

—¿Las armas están en condiciones de funcionar? —preguntó.

—¡No hay tiempo! ¡No podemos hacer nada, salvo esperar que nos destruyan!

El capataz, como todos los otros, estaba vencido por la desesperación. Jasperodus se volvió y regresó a la escotilla. En ese preciso instante un obús del crucero de Borgor atravesó la abertura, pasó por encima del hombro de Jasperodus —aunque él no lo vio— y perforó el pecho del capataz hasta penetrar la pared metálica a sus espaldas. Sólo entonces estalló. La pared se hinchó y se astilló en fragmentos, y los robots agazapados junto al capataz recibieron la descarga en pleno. Las esquirlas metálicas les traspasaron el cuerpo. Quedaron débiles y atontados.

El grupo protegió a Jasperodus y al hombrecillo de los peores efectos de la explosión. Una lluvia de metal mellado y candente voló silenciosamente al lado de Jasperodus, y un par de fragmentos le rozaron el cuerpo.

Instintivamente el hombrecillo se aferró al borde de la escotilla, petrificado, la boca abierta del susto. Jasperodus siguió de largo, se afirmó en la abertura, luego salió al exterior y plantó los pies en el casco de la estación. Con un poderoso impulso de las piernas se remontó hacia la escotilla abierta de la nave de reparaciones, que aún flotaba a escasos metros sujeta por cabos de amarre.

En segundos estuvo solo en la cabina desierta. Le pareció extraño que nadie más hubiera buscado ese refugio, el único que ofrecía alguna oportunidad de escape..., aunque quizá los otros evaluaban con más realismo la eventual colaboración del control de tierra. Los robots, el hombrecillo y la destartada nave eran prácticamente elementos de desecho y no importaba mucho perderlos, y ante la perspectiva de la destrucción de la importante estación de combate —si es que el control de tierra tenía

siquiera alguna noción de lo que estaba sucediendo— se limitarían a olvidarlos.

Examinó el cielo raso para calcular la posición que la cámara ocupaba en la disposición del cohete. Era casi seguro que originalmente la nave había sido construida con la cabina de pilotaje, que probablemente aún seguiría allí.

Se deslizó hacia el cielo raso y encendió el pico del soldador... La delgada lámina de metal cedió ante el calor de la llama. Aún no se había enfriado cuando Jasperodus la arrancó para atacar una segunda lámina, a unos pocos centímetros.

Momentos más tarde irrumpía en una pequeña cabina oscura en la proa de la nave. La examinó a la luz del soldador. Había un asiento para el piloto, acolchado y provisto de cinturones, un gran tablero de instrumentos y varias pantallas que incluían una de mayor tamaño con pestañas, directamente frente al asiento.

Se acercó, y un poco por deducción y otro poco por lectura de las inscripciones se enteró de las funciones de los diversos controles. La mente jamás le había funcionado tan rápido... Tenía que haber un punto donde los controles fueran anulados por las señales transmitidas desde abajo... y desgajó un panel. Detrás encontró una caja de conexiones con un Interruptor, y al lado un mecanismo similar que se dirigía hacia el receptor de radio. Inmediatamente movió ambas palancas. Las luces se encendieron. La gran pantalla de televisión también despertó a la vida; mostraba lo que se veía desde la nariz de la nave: en el ángulo superior derecho flotaba la proa del crucero de Borgor.

Jasperodus se instaló en el asiento del piloto. Los giróscopos..., allí estaban. Mientras experimentaba con las palancas, la imagen de la pantalla cambió con la rotación de la nave, hasta que la intersección de las pestañas hubo de coincidir con la imagen del crucero enemigo, que había interrumpido la acción, al parecer, en espera de alguna res puesta al disparo inicial.

Jasperodus notó que al lado de su rodilla un parlante vibraba apenas perceptible en el vacío que el desgarrón en el suelo de la cabina había creado. Le apoyó la mano, pero tuvo que agudizar el oído para distinguir las palabras que le llegaban a través del brazo.

—¡Vuelve esa nave a control remoto y lárgate de esa cabina!

Ignorando la orden, Jasperodus buscó al tanteo la llave de encendido para conectaría con toda la potencia. El motor restalló vigorosamente. En la pantalla, el crucero enemigo se agigantó bruscamente y se borró de golpe.

Aunque el viaje fue de unos pocos metros, la nave ya viajaba a varios cientos de kilómetros por hora en el momento del impacto. Penetró en el vientre del crucero. Ninguna de ambas estructuras era lo bastante sólida para resistir semejante choque: las dos cedieron, pero aunque la nave imperial se desintegró, la proa pudo conservar el ímpetu suficiente para llegar a la pared opuesta del crucero de Rendare.

Los cinturones sujetaron a Jasperodus en el asiento, que se soltó de las trabas y arrastró al temerario piloto en varios giros en el vacío. Rebotó muchas veces contra la estructura cimbreada. Finalmente se encontró en el espacio dando vueltas y vueltas,

pero a una velocidad lo bastante discreta para permitirle observar lo que sucedía.

El crucero averiado retrocedía. Un relámpago brillante centelleó de pronto cuando el combustible y el oxígeno líquido de los tanques rajados se mezclaron y estallaron. La explosión se escurrió por la nave en ríos y remolinos. Llamaradas goteantes se esparcieron en todas las direcciones, y poco después el crucero enemigo era una brasa flotante.

Jasperodus se quitó el cinturón y alejó el asiento de un empujón, con lo cual logró aminorar la fuerza giratoria y perder algo de velocidad relativa. La estación de combate ahora se alejaba más despacio. Se distendió, estiró las extremidades y se dejó flotar, imprevistamente invadido por una extraña sensación de paz y de calma.

Cayó en una ensoñación serena e irresistible. La aparente infinitud del espacio oscuro le penetraba la percepción; creía estar rozando el mismo centro de la existencia. Además, sus sentidos se habían agudizado incongruentemente; alrededor de él todo era majestuosidad... La Tierra, una diosa imponente y silenciosa que pendía debajo. La Luna, brillante y pequeña. Se volvió, y el sol enceguedor lo encandiló.

No pudo saber cuánto tiempo flotó en el vacío, pero le pareció muy largo. Y al volver eventualmente la atención a los asuntos prácticos notó que la estación era ya muy pequeña.

Puso en acción uno de los picos del equipo de soldar. El impulso que producía era ínfimo, pero acumulativo. Al principio era imperceptible pero luego, lentamente, Jasperodus notó que iba de regreso al reino de los hombres.

Cuando varias horas más tarde llegó una nave de inspección de Tansiann, Jasperodus ya había dominado la situación. Tras reunir a los sobrevivientes de la dotación, los obligó a levantar el ánimo y trabajar. Bajo su supervisión la estación de combate entró de nuevo en funcionamiento. Cuando los tripulantes del elegante patrullero orbital irrumpieron por la escotilla, lo encontraron soldando una lámina metálica para reemplazar la astillada por el obús enemigo.

Desconectó el equipo de soldar y apoyó la mano en el casco del guardia más cercano, para conducir el sonido.

—Vuestra impuntualidad es poco recomendable —saludó; luego señaló al hombrecillo, que flotaba inmóvil al lado de la otra pared—. Me parece que el oxígeno está a punto de terminársele. Mejor que lo llevéis sin demora a vuestra nave.

El guardia se acercó a la figura inconsciente, la examinó y luego liberó al hombrecillo del tanque de oxígeno y lo reemplazó con un cilindro de emergencia de su propio equipo.

Se volvió a sus camaradas y dijo algo por la radio del traje. Jasperodus trató de leerle los labios, y así creyó descifrar las palabras: «Quizá sobreviva, quizá no».

Luego el guardia indicó a Jasperodus que le tocara el casco de nuevo.

—Bien, alguien hizo un buen trabajo aquí. Tenemos una idea general de lo ocurrido... una nave de Borgor atacó mientras la estación estaba fuera de servicio, y la dotación de reparaciones de algún modo la destruyó valiéndose de la nave transporte —señaló al hombrecillo con el pulgar—. ¿Quién iba a pensar que un descartado podía realizar semejante hazaña? Sin duda le darán una medalla. Tansiann nos informa que la estación ahora emite las señales normalmente, así que vayamos a bordo.

Cuando planeaban a través de la atmósfera el hombrecillo recobró la conciencia.

Movido por un residual sentido de la camaradería, uno de los robots lo había atendido moviéndole los brazos para ejercitarle los pulmones. Se compuso, gimió ligeramente y luego se tendió. Tiritaba.

Cimbreado entre vientos arremolinados, se acercaron a Tansiann y aterrizaron con un chirrido en una pista de la base espacial. La dotación, todavía escoltada por los guardias, regresó al cobertizo de hierro donde se le licenciaría y se le pagaría el salario. Poco después, sin embargo, entró un oficial con una librea que Jasperodus no conocía.

—Suspended el procedimiento —ordenó a los guardias— que han llegado a palacio noticias de la hazaña. Hoy el emperador recibirá a quienes últimamente han

beneficiado al Imperio con algún servicio especial, y ha resuelto que se presente el hombre responsable de esta acción.

El guardia sonrió y empujó al trémulo hombrecillo hacia adelante, palmeándole el hombro.

—¿Has oído? ¡Una mención especial!

—¿A mí? —jadeó el hombrecillo, que palideció—. ¿Yo ante el emperador? ¡Oh, no! ¡No he sido yo! Yo no fui... —le tembló el cuerpo, los ojos se le pusieron en blanco y se desplomó en el suelo.

—Hmmm —el oficial de librea lo observó, dubitativo—. No parece tener pasta de héroe.

Jasperodus se adelantó.

—Puedo explicártelo. He sido yo, no esta criatura, quien tuvo la iniciativa de salvar la estación de combate de la destrucción. Y reclamo mi recompensa, o sea ser presentado al emperador.

El guardia se volvió sorprendido.

—¿Tú, eh? —miró a los demás—. ¿Es cierto?

Todos los robots confirmaron la declaración de Jasperodus.

—Vaya —dijo el oficial de palacio—. Bien, no queda más remedio...

—¿Pero un robot? ¡Es una burla!

El otro lo miró con desdén.

—El emperador en persona ha impartido una orden específica. ¿Tú la desobedecerías?

Además, hay máquinas que sirven en todos los niveles gubernamentales, así que el caso no es tan insólito... Ahora, veamos... Está en muy buen estado por tratarse de un robot errante, ¿verdad? Casi todos ellos están algo decrépitos. Acompáñame, amigo, que te limpiaremos un poco.

Poco más tarde, ya frotado y lustrado convenientemente, Jasperodus fue conducido a la basílica central del vasto palacio que gobernaba Tansiann y el Nuevo Imperio. Lo inflamaba una sensación de ansiedad. Entrar en este palacio era la meta que se había propuesto, pero no se le había ocurrido alcanzarla tan pronto.

Su recorrida por el palacio ya le había mostrado lo impresionante que era, pero como recordó de inmediato, estaba construido para impresionar. Además, estaba repleto de tesoros y obras de arte, tanto del mundo antiguo como de factura más reciente. No obstante, había cierta falta de gusto en la disposición de esa colección enorme; como si sólo importara acumular el botín. Tal vez al emperador la noción de arte le resultaba halagüeña, pero no la comprendía. Sin embargo, la basílica en sí había sido diseñada con discriminación acertada. Los flancos del salón oblongo estaban ocultos por una doble hilera de columnas. Por pequeñas ventanas con columnatas, ubicadas a cierta altura de las paredes, se filtraba una luz que se mezclaba con la irradiación cálida de conductos ocultos. Una serie de colgaduras que descendía del cielo raso hacia las columnas en un arco escalonado infundía a todo el

lugar un efecto de concavidad.

Abundaban los murales y los ricos tapices. Azules, oros y púrpuras contribuían a crear una atmósfera suntuosa. En el ábside con techo en forma de cúpula, en el extremo opuesto del salón, se alzaba el trono; en él, por encima del común de la humanidad, estaba sentado el emperador Charrane.

Jasperodus observó con interés a este hombre de fama extraordinaria que procuraba estampar su sello en la historia. Hasta ese momento su único modelo de monarca era el adusto rey Zhorm. Charrane, sin embargo, sólo se le parecía en el aire de gobernante absolutista. Físicamente carecía de imponencia: una estatura más baja que la media, un cuerpo esmirriado, un rostro vulgar y enjuto enmarcado por una barba desaliñada y rizada.

Los ojos, amables e inquietos, trasuntaban una larga fatiga.

Alguien empujó a Jasperodus hacia adelante. Una hilera de hombres, casi todos uniformados, acababa de formarse y ahora entraban uno por uno para presentarse al emperador. Cada cual se inclinó e intercambió algunas palabras con el soberano, antes de recibir la misma señal de agradecimiento. A veces el emperador los interrogaba escrupulosamente varios minutos, pero por lo general la entrevista era breve. Muchos de los condecorados lucían severas mutilaciones; procedían del insostenible frente de Marte, o bien habían realizado alguna proeza durante las ocasionales escaramuzas con fuerzas de Borgor en la Tierra.

Al fin, último de todos, le llegó el turno a Jasperodus. Se acercó resueltamente al trono, se inclinó y anunció:

—Tu servidor, señor.

El paje que estaba junto a Charrane le susurró algo al oído, leyendo una hoja que tenía en la mano.

—Ah, sí. La refriega orbital —dijo en voz alta Charrane.

Ahora que lo veía más de cerca Jasperodus notó que el rostro de Charrane, aunque carecía de rasgos notorios, comunicaba una sensación de poder. Los calmos ojos violeta no eran dominantes, pero trasuntaban resolución. La voz era melodiosa y confidencial, con un cariz curiosamente perturbador.

—Cuéntame qué ocurrió, exactamente —dijo.

Jasperodus le refirió todo lo sucedido en forma precisa y concreta, desde el lanzamiento de la nave hasta el regreso al puerto espacial. Charrane estudiaba a Jasperodus con ojos centelleantes mientras escuchaba atentamente.

Al final del relato estuvo alrededor de un minuto mirando la basílica con aire meditabundo. En el salón la gente iba y venía calladamente. Pequeños grupos se reunían aquí y allá para conversar. Jasperodus podía imaginar las intrigas furtivas que se urdían bajo esa mirada del futuro señor de la humanidad.

—Una aventura notable —observó distraídamente Charrane—. Parece que posees una considerable destreza militar. Tal vez te desempeñes bien en Marte. Allí necesitamos talento. Es una pelea dura, y me ha costado muchos hombres valiosos.

Cuatro de los que vinieron hoy a mi han recibido el Circulo Solar, la condecoración más alta que el Imperio concede a los valientes —miró de reojo a Jasperodus—. ¿Estás al tanto de la campaña?

—La he seguido con interés, sire.

—Tal vez te envíe a Marte.

Jasperodus decidió que no era momento para remilgos, que muy difícilmente se le presentaría otra oportunidad así. Y se lanzó a hablar con atrevimiento, aun con impertinencia.

—Estoy a tus órdenes, majestad —dijo—. La aventura de Marte es, como dices, una saga de coraje y fortaleza. Pero tengo que informarte que poseo mi propia opinión al respecto. Creo que deberías retirarte de Marte.

El emperador lo miró con tal perplejidad que por un momento Jasperodus creyó que había ido demasiado lejos.

—¿De veras? —preguntó Charrane elevando la voz—. ¿Y con qué derecho llegas a semejante conclusión?

—La campaña es dirigida desde bases peligrosamente endebles, sire. Hasta el momento el Imperio cubre apenas un tercio de masa del mundo. En mi opinión, la tentativa de recobrar las antiguas posesiones marcianas sin haber consolidado tu poder en la Tierra ha sido un error.

Charrane se reclinó en el asiento. Los ojos se le endurecieron. Parecía pensativo. Hubo una larga pausa.

—Eres un robot fugitivo, ¿verdad? Me intrigas —dijo al fin con voz acariciante—. Cuéntame tu historia, dónde te fabricaron, quién era tu dueño y cómo escapaste.

La pregunta tomó a Jasperodus por sorpresa. Pensó rápidamente, y de pronto decidió contarle todo. Sin omitir detalle describió la historia de su vida hasta ese momento, desde su activación en un gabinete penumbroso hasta su arribo a palacio. Detalló sus peripecias en Gordona, aun cuando no hacían muy buena referencia de si mismo, perfilando las razones y los motivos.

El relato llevó más de media hora. Charrane lo escuchó todo, al parecer, fascinado.

—¡Una autoimagen ficticia! —exclamó con una risa sardónica—. ¡Falsamente consciente! ¡Qué extravagancia! ¡Tu hacedor era de veras un maestro!

—Estudió con el gran Aristos Lyos —informó Jasperodus, aunque interiormente le fastidiaba que su gran tormento fuera objeto de regocijo.

El emperador asintió.

—Era de suponer. De todas las artes sobrevivientes del Período Oscuro, la robótica es, sin duda, la que se ha preservado mejor. Y Lyos era su máximo exponente. Nadie como él, quizá, habría sabido realizar algo semejante.

—¿Has dicho que era, sire? ¿Acaso ha muerto?

Charrane frunció ligeramente el ceño.

—Hace unos años se retiró del trabajo activo. Se ignora su actual paradero.

Muchos creen que ha muerto.

Entonces, algo a espaldas de Jasperodus atrajo la atención del emperador, que irguió la cabeza inquisitivamente para asentir luego con un gesto.

Un grupo de cinco músicos irrumpió en la sala y se detuvo a poca distancia. Los diversos instrumentos que traían, casi todos de metal, eran desconocidos para Jasperodus. Advirtió también que todos los músicos eran bizcos, tal vez una señal de que aun en el presunto centro del renacimiento de la civilización prevalecía cierto grado de barbarie.

Los músicos soplaron sus instrumentos, los manipulaban de diversas maneras. Los sonidos que brotaban eran tersos y relampagueantes; los ritmos, entrecortados y muy diferentes de todo cuanto Jasperodus había oído.

—Ésta es una antigua forma musical que ha sido recientemente descubierta en viejos manuscritos —le informó Charrane—. ¿Te gusta?

—Sin duda es original —admitió Jasperodus.

Charrane siguió escuchando unos minutos. Movía la cabeza al ritmo de la música.

—¡Suficiente! —exclamó—. Nos recrearéis esta noche.

Los músicos recogieron sus instrumentos y se marcharon. Charrane se levantó, estirándose como si el trono le resultara arduo y fatigante.

—Acompáñame, amigo. Te mostraré algo más.

Jasperodus le siguió detrás de la plataforma del trono. La tarima elevada ocultaba a la vista diversos paneles en el receso poligonal que formaba el ábside. En estos paneles había lo que Jasperodus tomó al principio por pinturas toscas de escaso valor artístico.

—También esto es una muestra de las artes clásicas —le dijo Charrane—. Mis arqueólogos lo descubrieron cuando excavaban una villa magisterial en el Indo. A veces también revela sus encantos a robots de confección refinada. Mírala y cuéntame los efectos.

Intrigado, Jasperodus obedeció. Los cuadros más parecían ser historietas dibujadas y coloreadas que pinturas. Los colores eran chatos y monótonos, sin matices. Al acercarse más pudo comprender que en realidad no se trataba de pinturas ni dibujos sino tapices o figuras en tela, urdidas con miles de hebras diminutas que centelleaban a la luz.

Los trazos eran muy gráciles y estilizados. Una escena mostraba a una joven con un chal ondulante, la expresión soñadora, ambas manos alzadas como si acariciaran algo en el aire. Estaba de pie en una playa; olas blancas rompían a sus espaldas mientras en el cielo bogaban nubes igualmente blancas.

En otra, un buque negro con una sola vela blanca surcaba un mar verde fosforescente.

Detrás, el cielo era de un rojo arrebolado. El buque parecía no tener tripulantes; no había nadie en la cubierta. Pero en el cielo rojo se distinguían vagamente las esferas pálidas de planetas cercanos.

—No veo nad... —empezó Jasperodus, y de golpe algo pareció que se le abría en la mente; la imagen de la muchacha dejó de ser una mera representación sin significado.

Transmitía una historia, una historia que se desplegaba en todos los detalles y seguía desplegándose y extendiéndose para configurar un fantástico universo imaginario.

Una ola de deleite atravesó a Jasperodus cuando pasó a la imagen del buque negro y experimentó una visión similar, expansiva, en el lapso de pocos segundos. El universo de lugares y acontecimientos revelados por este cuadro era muy diferente del primero, y acaso más imponente.

Jasperodus fue examinando los demás paneles. Cada cual surtía el mismo efecto: era como abarcar la totalidad de una vasta e intrincada obra literaria en un santiamén. Y de pronto advirtió que si obligaba a su mente a aceptar otra nueva oleada de impresiones, se le quemaría. Se volvió a Charrane y con voz baja y sobrecogida le describió cuanto había visto.

—¿Sorprendente, verdad? —convino sin énfasis el emperador—. La técnica era conocida como dianoesis. Las pequeñas hebras que componen las imágenes comunican pensamientos y conceptos a quien contempla. Otro arte clásico perdido sin remedio...

Charrane volvió sobre sus pasos para detenerse desgarbadamente frente al trono.

Jasperodus le siguió, la imaginación aún colmada de cuanto había presenciado. E hizo esfuerzos por reducir de nuevo sus percepciones a la escala de la basílica.

—Pero basta de arte —anunció Charrane—. Estoy obligado a dedicar casi todo mi tiempo a asuntos más mundanos. Volvamos a tu biografía. Pese a tus atrevidas declaraciones iniciales, he observado en tu relato una marcada admiración por el Viejo Imperio.

—Así es. Los logros del pasado me seducen. Me gustaría verlos renacer.

—Entonces somos hermanos, pese a la diversidad de nuestras naturalezas. Debes saber, robot, que el plan de mi vida es revivir la gloria de Tergov.

La voluntad y convicción que trasuntaban estas palabras impresionó a Jasperodus. El emperador hablaba en serio.

—Si estás de acuerdo con esa meta podrás serme útil —continuó Charrane—. Pero para responder a tu impertinencia, tengo el propósito de extender el Imperio por lo menos hasta las lunas de Júpiter, exactamente como en los viejos tiempos.

—Convengo absolutamente con esa ambición, sire. Con lo que no estoy de acuerdo es con la evolución del plan. Todo ha de hacerse a su debido tiempo.

—¿Y cómo lo planearías tú? —dijo Charrane con fastidio—. Espera... Parece que vuelven a estorbarme con tareas burocráticas. Aquí viene Ax Oleander, uno de mis visires.

Por la sala se acercaba un hombre corpulento y aplomado con una capa ondeante, seguido por tres presurosos asistentes. Ansioso de indagar qué tipo de consejos

recibía Charrane, Jasperodus estudió la cara del hombre. Las mejillas eran abultadas y purpúreas, la boca pequeña se torcía constantemente y estaba algo entreabierta; la barbilla era chata. La nariz púrpura y aquilina estaba coronada por ojos intensos y cejjuntos que miraban con fijeza y hostilidad.

Una personalidad enérgica y vigorosa, concluyó Jasperodus. Pero nada confiable.

Oleander se detuvo y se echó la capa hacia atrás para inclinarse luego en una reverencia.

—¿Podemos ocuparte unos momentos, sire?

—Podéis, Ax. Podéis —dijo Charrane con indiferencia, y se puso a firmar los documentos mientras Oleander barbotaba una andanada de explicaciones al tiempo que sus asistentes le alcanzaban los papeles.

Charrane se interrumpió ante uno de los documentos.

—¿Qué es esto? —preguntó disgustado mirando fijo el pliego, y se lo devolvió a Oleander—. Primero hazlo parafrasear.

El visir examinó horrorizado el papel, y las venas se le abultaron en el rostro.

—¡Ya tendría que estar hecho! —farfulló, y se volvió para abofetear a uno de sus asistentes.

Tras echar un vistazo al documento, Jasperodus comprendió. Tal como otros líderes que en la historia han procurado reconstruir una sociedad fragmentada, Charrane era semianalfabeto. Sólo podía leer un texto corriente, pero no la lógica simbólica que en el Viejo Imperio había sido inculcada a todos los ciudadanos y que aún ahora era patrimonio de la minoría culta. Este detalle proporcionó a Jasperodus cierta información acerca de los orígenes y el carácter de Charrane.

Los documentos restantes fueron despachados rápidamente y los asistentes se los llevaron. Charrane se volvió de nuevo a Jasperodus.

—Bien, ¿de qué estábamos hablando?

—Del estado actual del Imperio, sire. Yo sugería que tus fuerzas se retiraran de Marte.

—Con cuidado, cascajo de hierro —murmuró Ax Oleander—. Estás apenas a un paso del cementerio de chatarra.

Charrane miró a uno y a otro con ojos taimados. Luego soltó una carcajada inexpresiva.

—Calma, Ax. Sé muy bien que hasta ahora nadie ha tenido agallas para decirme que el plan era equivocado en sus cálculos, pues era mío —subió perezosamente al trono y luego pidió a Jasperodus que se acercara—. Tu desfachatez me gusta, robot. Es obvio que eres una máquina de cualidades inusuales, y tengo una gran necesidad de talento —se encogió despectivamente de hombros—. La mitad de los hombres que me sirven tiene menos seso que una reparadora de caminos clase uno. Así que puedes considerarte digno de estar bajo mi mando.

Jasperodus disimuló su exaltación. La evidente afabilidad de Charrane lo complacía.

—¿Y cuáles serán mis deberes, sire?

—Parece que te interesa la estrategia... Te pondremos como asistente del equipo de coordinación. Veremos cómo andas.

—Es por cierto una rápida promoción, sire —reflexionó Jasperodus.

Charrane curvó los labios.

—Por esta vez, tu condición de máquina te ha ayudado. Un hombre no ascendería tan pronto en mis dominios, pero una máquina... ¿tiene que estar donde sea más útil! Por lo demás, los robots me han sido particularmente serviciales en la esfera del planeamiento.

Se abocan sin respiro a la tarea. Muy a menudo los esfuerzos de los hombres son atenuados por la distracción o los intereses personales —se inclinó hacia Jasperodus—.

Pero cuidado, no trames fechorías como las que practicaste con el rey de Gordona.

—Nada está más lejos de mis propósitos —declaró Jasperodus—. El robo en cualquiera de sus formas es el más tosco de los logros. Eso lo veo claro. Mi deseo es construir, ayudar a edificar, no a destruir.

—¿Y qué me dices de tu otra ambición, el logro de la conciencia? —preguntó Charrane con un dejo de burla.

—Parece que tendré que olvidarla —respondió Jasperodus con voz hueca—. Obviamente es imposible. Sin embargo mediante mis actos siempre podré demostrar que no soy inferior a ningún hombre.

—Te deseo suerte —dijo ligeramente Charrane; el dilema existencial de Jasperodus parecía representar para él una suerte de broma—. Vete ahora. Oleander se encargará de instalarte.

Oleander se volvió fríamente a Jasperodus.

—Cruza la puerta principal y preséntate a la servidumbre —instruyó sin entusiasmo—. Allí te darán indicaciones.

Tras una reverencia de despedida, Jasperodus se marchó. Y mientras recorría la basílica aguzó la audición; oyó que Ax Oleander le decía a Charrane en voz baja:

—La Alianza de Borgor ya infiltró una vez espías robot en palacio, sire...

Pero ignoró esa tentativa de apuñalarlo por la espalda. Sentía el pulso de la ciudad alrededor, y más allá el corazón palpitante del creciente imperio.

De ningún modo se proponía engañar al emperador. Muy por el contrario, cada palabra de las que había dicho reflejaba fielmente sus verdaderos pensamientos. Presentía que la verdadera aventura de su vida estaba a punto de Comenzar.

En su tercera sesión como miembro del Consejo Militar, siete años más tarde, Jasperodus tuvo que enfrentar ciertas oposiciones. Siendo como era, el primer robot que ocupaba tan alto sitial, desde luego que había tenido que combatir rencores desde un principio... Por lo general había sorteado las dificultades con una mezcla de simpatía y audacia.

Este día, sin embargo, se comentó que al retirarse el mariscal Hazzany, el emperador se proponía designar a Jasperodus mariscal en jefe de todas las fuerzas imperiales, con lo cual su único superior sería el mismísimo comandante supremo, o sea el emperador.

Era comprensible que para algunos de los oficiales presentes esto ya fuera demasiado.

Jasperodus no sólo les era naturalmente inferior —ni siquiera era ciudadano— sino que era un recién llegado en el Consejo y casi un recién llegado en el equipo de estrategia.

Los mariscales que se sentaban junto a Jasperodus, varios de ellos venerables, habían sido soldados toda la vida. Los hombres tenían que aguardar pacientemente las promociones, pero Jasperodus, infaliblemente y con frío aplomo, se infiltraba en cada intersticio.

Sin dejarse confundir por los triunfos, Jasperodus había continuado introduciendo una innovación tras otra, un proyecto tras otro. Todos tenían que admitir que había transformado la situación, aunque al mismo tiempo muchos reprobaban las medidas adoptadas para lograrlo. Controlaba el equipo de planeamiento estratégico —una oficina que le había llevado dos años conquistar, y que no se proponía abandonar aunque le nombraran mariscal en jefe—, y para colmo, formaba parte del círculo de visires.

En esta ocasión el emperador no asistió a la reunión del Consejo, como a veces lo hacía, pues ya había discutido el asunto con Jasperodus, que después le informaría de lo que se hubiera acordado.

—¿Cuál es la razón para este cambio abrupto de política? —refunfuñó el mariscal Grixod—. Hace sólo unos años que nos incitaste a retirarnos de Marte. ¡Qué disparate! —levantó las manos—. La deshonra fue terrible. Dios sabe cómo fue que el emperador accedió. Y ahora quieres que regresemos a Marte...

—Jamás me opuse a la anexión de Marte —repuso Jasperodus, recordando cuánto esfuerzo le había costado a Charrane aceptar el rigor de su razonamiento—. Sólo que no era el momento apropiado. Hoy nuestra situación es mejor: el Imperio domina la

mitad de masa del mundo, la Alianza de Borgor ha sufrido derrotas que la tienen a la defensiva. Más aún, el nuevo plan de invasión proyectado por el equipo de estrategia tiene ventajas decisivas sobre el método anterior. Por lo tanto, ha llegado el momento de la conquista definitiva de Marte, y una vez tomado, el planeta rojo será nuestro trampolín para la ocupación de las lunas de Júpiter.

Como muchas otras cosas, el plan de invasión había sido idea de Jasperodus. En vez de lanzar una serie de escuadrillas espaciales según el sistema normal, que implicaba toda clase de problemas logísticos y organizativos, proponía construir tres enormes «tambores de invasión» que girarían en órbita alrededor del objetivo y serían autónomos durante cinco años. El plan exigía una fuerza de setenta mil hombres, y todos podrían abordar las naves simultáneamente. Así la campaña no sería obstaculizada por ataques a los cargueros despachados desde la Tierra, y Jasperodus creía que con el respaldo de estas fortalezas orbitales las tropas de la superficie de Marte —o de las grietas y fisuras, más precisamente— resultarían invencibles. Si el trabajo comenzaba ahora, en cuatro años más podrían enviarse las naves invasoras.

El mariscal Davidon esgrimió el clásico argumento contra las fortalezas orbitales: su vulnerabilidad a un ataque con proyectiles. Jasperodus respondió que para solucionar ese problema las fortalezas flotarían a cinco mil kilómetros de la superficie. Era improbable que Borgor hubiera suministrado a los marcianos proyectiles del tamaño y la precisión suficiente para llegar tan lejos, pero aun así la distancia daba a las fortalezas el tiempo necesario para preparar la defensa.

El mariscal Grixod, que antes había sido el opositor más encarnizado de la retirada de Marte, ahora adhería tercamente al criterio opuesto, que antes Jasperodus había enunciado con menos rigidez: que el Imperio debía concentrarse en la conquista de la Tierra y no desgastarse en costosas aventuras interplanetarias.

—Esto saldrá muy caro en hombres y recursos —dijo—. ¿Estás seguro que podremos costearlo?

Jasperodus inclinó la cabeza en un gesto que admitía la importancia de la observación.

—Una de las características que a mi juicio hace más recomendable el plan, es su relativa eficacia financiera —le dijo al mariscal—. Resultará mucho más barato que la campaña de hace ocho años. Inicialmente el costo es elevado, pues hay que construir y equipar las naves, pertrechar setenta mil hombres que por el momento dejarán de servir a las fuerzas imperiales de la Tierra, pero una vez que eso se lleve a cabo no habrá gastos adicionales. La cifra de setenta mil es intencionalmente excesiva, pensada para aplastar a las colonias marcianas rápidamente y con el menor derramamiento de sangre. Una vez sometido el planeta, la mitad de nuestras fuerzas regresará, y a partir de entonces la provincia marciana se sustentará por sí misma.

Las discusiones prosiguieron. Los mariscales meditaron el plan; le encontraban un defecto tras otro. Jasperodus defendió cada paso con obstinación, destacando sus méritos. En otras circunstancias el proyecto les habría encantado, y él no lo ignoraba.

Era sólo la resistencia de todos a su liderazgo lo que provocaba esa tozudez. Si su pasada experiencia con los hombres serbia de algo, ya vería llegar el momento en que esa resistencia se disipara.

Finalmente los obligó a una decisión.

—Bien, caballeros. ¿Cuál es vuestro veredicto? El emperador querrá conocer la opinión del Consejo antes de tomar una resolución. Añadiré que su gran deseo es que nos veamos establecidos como potencia interplanetaria antes de morir. Se considera que el Nuevo Imperio es el sucesor del Gobierno de Tergov, tal vez su continuación, y en ese aspecto la anexión de Marte equivale menos a una conquista que a la recuperación de antiguas posesiones.

Hubo silencio. Eventualmente el mariscal Grixod cabeceó de mala gana.

—El plan es bueno, tengo que admitirlo.

Uno por uno, todos consintieron. La charla derivó a otros asuntos, y ante todo comentaron la posibilidad que la Alianza de Borgor representara una amenaza en el futuro cercano. El mariscal en jefe Hazzany, que hasta entonces había hablado poco, se refirió a las armas nucleares que habían existido en tiempos del Viejo Imperio.

—Si tuviéramos algunas —murmuró—, podríamos despacharlos en cualquier circunstancia.

El tema era una vieja obsesión de Hazzany. Siempre hablaba con nostalgia de los magníficos explosivos producidos por la experta ciencia nuclear de otra época, incomprendidos por los técnicos de la actualidad, que sólo veían en la radiactividad un medio para fabricar unidades energéticas. Para Hazzany las bombas, cápsulas y granadas nucleares eran el sueño del estratega. La posibilidad de fabricar esas armas era en realidad remota y no se tomaba en serio. Los viejos documentos revelaban que dependían de cierto isótopo extraído del uranio, ya para el explosivo en si o como detonante de procesos nucleares aun más devastadores. El Gobierno de Tergov había utilizado el uranio con tal voracidad que en la práctica no quedaban ya depósitos naturales de importancia, lo cual, en opinión de Jasperodus era una suerte. No deseaba ver la Tierra estragada por esos artefactos célebres por su capacidad de aniquilación, y esperaba fervientemente que no se descubrieran depósitos de uranio en Marte.

Poco después la reunión finalizó. Jasperodus se despidió y abandonó el ala militar del palacio para dirigirse a los sectores interiores. Todo el personal militar le saludaba con elegancia al pasar. Otros, aun los civiles de alto rango, lo contemplaban con respeto.

Su figura resultaba imponente en este ambiente lujoso, y más ahora que la realzaba con una capa mediana que le colgaba sobre la espalda y destacaba las angulosidades y el tono negro bronceado del cuerpo. La capa respondía a la necesidad de lucir las insignias en ausencia de un uniforme. Una línea púrpura la dividía en el centro; de un lado estaba el blasón de visir, del otro la placa que lo identificaba como mariscal de las fuerzas imperiales.

Jasperodus cruzó la terraza y entró en el grupo de edificios más pequeños que rodeaba la basílica. Allí, en uno de los amplios salones, encontró al emperador conversando con Ax Oleander. Cuando oyó sus pasos, Charrane se volvió hacia él.

—¡Ah, Jasperodus! Esperaba tu llegada. Ven con nosotros, y de inmediato hablaremos de lo nuestro —interpeló nuevamente a Oleander—. Perdona la interrupción. Por favor, continúa.

Oleander lanzó a Jasperodus una mirada agresiva y se acercó perceptiblemente al emperador. El hombre jamás había intentado mejorar sus relaciones con Jasperodus; le envidiaba su influencia e insistía con la insinuación de que secretamente el robot obedecía órdenes de la Alianza de Borgor, una sugerencia que resultaba insostenible ante la carrera de Jasperodus. Por su parte, Jasperodus no se había molestado en responder a esas provocaciones, aunque a menudo se divertía al observar cómo Oleander adoptaba la clásica postura del correveidile de la corte para susurrar información al oído de Charrane en una sala colmada de gente.

En ese momento el visir estaba criticando la política económica del Imperio.

—Hay un aspecto vital en el que somos particularmente primitivos respecto del viejo mundo, sire —decía—. He estado estudiando cómo alcanzó Tergov su prodigioso nivel de producción... Me refiero desde luego a lo que llamaban «sistema fabril». Opino que nosotros también deberíamos adoptarlo. Nuestra política actual es azarosa y anticuada.

La respuesta de Charrane mostraba que el monarca también había considerado el problema. Después de cavilar un instante gruñó con algo de desdén:

—¡Producción en masa! ¿Has estudiado también cómo cayó Tergov? Las causas fueron complejas, sin duda, pero una de ellas fue que el nivel de producción era tan prodigioso en comparación con el trabajo requerido, que la mayoría de la población no participaba en el proceso de manufactura. Un populacho ocioso, Ax, no constituye necesariamente una ciudadanía feliz y satisfecha, por mucho que lo engorde el estado.

Por eso no estoy de acuerdo con la «producción en masa». Me contento con ver la principal riqueza del Imperio producida por artesanos individuales, ayudados quizá por un robot o dos, si los pueden costear.

Oleander rió ostentadamente.

—Astucia de estadista, señor. ¡En eso eres mago! ¡Pero piénsalo! Las naciones de la Alianza de Borgor ya han comenzado a construir complejos fabriles... La misma Borgor ha adelantado muchísimo en ese campo. Las ventajas que se pueden obtener así son abrumadoras. Las líneas de producción pueden ser operadas en una primera etapa por mano de obra no especializada, y finalmente se pueden automatizar por completo. Lo que un artesano tardaría una semana en confeccionar, estas fábricas lo harían en dos minutos. Al menos piensa en el potencial militar que esto significa.

—Bien, ¿qué piensas tú, Jasperodus? —preguntó Charrane.

Comparto tu opinión, sire. La fuerza de una sociedad reside en su gente, no en sus

máquinas. Una ciudad de hombres libres vale lo que un continente de esclavos. Ciertas empresas en gran escala son necesarias, desde luego, como las fundiciones, la industria pesada y otras. Pero el artesano libre y el granjero propietario constituyen sin duda la base más saludable de la pirámide económica. Además, ¿quién no valorará más los productos de un artesano de Tansiann que la basura de una fábrica de Borgor?

—¡Bah! —rezongó Oleander—. Un par de botas es un par de botas. ¿Qué importa si es un modelo exclusivo o en serie? Míralo de este modo, señor. En una línea de montaje el proceso de manufactura está desmembrado en pasos simples que pueden ser realizados por obreros sin especialización o por artefactos automáticos sencillos. No se pierde tiempo. En cambio, un artesano necesita habilidades que tarda años en adquirir, y a menudo recibe la colaboración de un robot en el que se empleó meses para fabricarlo, que suele ser innecesariamente autoguiado y poseer habilidades excesivas para semejante tarea. ¡Qué ridículo despilfarro de talento! ¡Ten en cuenta mis palabras! Si no competimos con el espíritu industrial de Borgor, en pocos años más nos inundará de mercancía barata...

—No lo creo —replicó Jasperodus—. Pienso que las fábricas de Borgor acarrearán perturbaciones sociales que carcomerán el sistema político por dentro, como ocurrió con Tergov.

Hizo una pausa y juzgó que el momento era oportuno para encarar un tema que de vez en cuando había considerado, pero que no se había atrevido a mencionar.

—Sire, es alentador oír que reafirmas el derecho de cada ciudadano a ganarse el sustento por sus propios esfuerzos. Sin embargo es notoria la pobreza que existe en el Imperio. Sobre todo en Tansiann. Muchos viven indignamente, y rodeados por todas partes de riquezas desmedidas que les son inaccesibles. Cuando llegué aquí me asombró esta disparidad, pues en las tierras donde vi por primera vez la luz del día no existe la miseria extrema. Tras cierta cavilación, creo que ahora entiendo por qué.

—Una nueva idea brillante de nuestro amigo robot —dijo cáusticamente Charrane mirando a Oleander con sarcasmo—. Habla.

—Señor, creo que la raíz de la pobreza se encuentra en la propiedad privada de la tierra.

Charrane y Oleander arrugaron el ceño, el último con un gesto de indignación.

—¿Qué dices? —preguntó Charrane, repentinamente serio.

—En Gordona, y en muchos otros reinos pequeños del oeste de Masadelmundo, es costumbre reconocida que al llegar a la edad de la responsabilidad un hombre debe ocupar una parcela de tierra para vivir y trabajar, ya como granjero, artesano o comerciante. Es su derecho. Si la tierra está a disposición de todos y cualquiera que lo desee puede disponer de un campo la pobreza es imposible, pues siempre tendrá cómo proveer a su sustento. Con frecuencia necesitará muy poco capital para iniciarse..., a veces sólo unas herramientas sencillas. En cambio, en el Imperio toda la tierra está en manos privadas y no es nada sencillo adquirir siquiera unos metros

cuadrados. En Tansiann, donde el valor de la tierra aumenta año a año, se ha vuelto prácticamente imposible comprar propiedades, salvo para los ricos. Sin poder adquirir un terrón donde instalarse para trabajar, un creciente número de hombres está forzado a ofrecerse como peones de los más afortunados, generalmente por salarios bajos, o de lo contrario a depender del estado. De manera que me parece un imperativo de la libertad de los hombres que la gratuidad de la tierra sea ley social. El mismo principio rige para los barrios bajos... ¿No es un hecho irrefutable que los habitantes de esas zonas ocupan propiedades de otros? Pues bien, los inquilinos no tienen posibilidades de mejorarlas, desde luego. Y a los propietarios no les interesa... Los inquilinatos, sire, son un buen negocio.

Oleander sonrió astutamente.

—La población crece. La tierra escasea.

—No es verdad —replicó Jasperodus—. La ciudad contiene innumerables miles de manzanas abandonadas y desaprovechadas. Entretanto, la clase de asalariados crece y con el tiempo será más numerosa que la de los hombres independientes. Estas condiciones, señor, ya están sembrando las semillas del sistema fabril que tú desdeñas.

—Se implantará por sí solo. Tal vez pronto tengamos una clase de obreros fabriles sin propiedad —cuanto más lo pensaba, más importante le parecía.

—¿Y sugieres alguna solución?

En este aspecto Jasperodus fue más vago.

—Quizá podrían adoptarse las costumbres del oeste y terminar con la propiedad absolutamente privada de la tierra. La tierra sería considerada un recurso común, accesible a todos. O si se decretara un impuesto a la propiedad, la tierra que normalmente queda sin trabajar sería de inmediato vendida o alquilada. De esa manera finalizarían las vergonzosas especulaciones que se realizan ahora.

—Hmm... Tus concepciones son originales —admitió Charrane—. Apuesto a que tienes razón. Incluso lo meditaría un poco más... ¡Si no necesitara el apoyo de la Asociación de Propietarios..., por no hablar de los grandes terratenientes de la nobleza! —sonrió—. No siempre es posible ser un déspota. Ni siquiera un déspota benévolo.

Oleander, que entretanto era una de las voces principales de la Asociación de Propietarios, se exasperó.

—Nos quedamos aquí hablando de filosofía cuando en cambio tendríamos que fijarnos en el producto nacional bruto de Borgor. Lo que hace falta es concentrar la propiedad en menos dueños, para desalentar esa ineficiente producción artesanal y fomentar la producción masiva. ¡Es una advertencia, sire! Las fábricas harán a Borgor más rica y poderosa, y nosotros en comparación nos debilitaremos.

Charrane, preocupado, frunció el ceño. Jasperodus advirtió que este naciente temor podría llegar a ser decisivo.

—Bien, dejémoslo por ahora —suspiró Charrane—. ¿Qué tal la reunión,

Jasperodus? ¿Qué ha opinado el Consejo?

—El Consejo aprueba el plan, sire.

—Bien, bien —satisfecho de poder apartarse de problemas abstractos, Charrane se animó ante la perspectiva de la inminente campaña—. Entonces, en cuanto se redondeen los planes podemos iniciar la construcción...

Una hora más tarde Jasperodus se retiraba a sus aposentos privados en el ala norte del palacio para ajustar los detalles del plan de invasión.

Habían pasado apenas veinte minutos desde que se pusiera a trabajar cuando un ruido suave sonó en su escritorio. Abrió un circuito y el rostro de su secretario robot apareció en una pantalla de la pared. El intercomunicador era un modelo nuevo que combinaba motas fosforescentes de color, una técnica preservada desde el Período Oscuro por el arte de la robótica, pero hasta el momento sólo utilizado en el palacio. El rostro bronceado del robot brillaba con un resplandor lustroso.

—El investigador que has contratado acaba de presentar su informe, señor —dijo el secretario—. Aristos Lyos vive en una villa de la costa sur, pocos kilómetros al oeste de Shang.

Jasperodus miró el mapa de la pared, luego el reloj. Ya se acercaba el mediodía.

—¿Puedes hallarme un guía de inmediato?

—Si, señor.

—Dile que en media hora se presente en los hangares.

Cortó la comunicación y se quedó pensando.

Los últimos siete años habían sido provechosos. Se había consagrado a sus deberes con genuino entusiasmo, creía en el valor de lo que estaba haciendo. Apoyaba sólidamente al Nuevo Imperio, que pese a todos sus defectos al menos ofrecía condiciones en las que podían florecer las artes y las ciencias, lo cual le parecía beneficioso. La Alianza de Borgor, contra la que había gastado tantas energías, sólo defendía el caos feudal, por mucho que lo disfrazara de reorganización tecnológica.

Evocó algunos recuerdos con nostalgia... En el tanque de mando, ayudando a dirigir la gran batalla en la que había aplastado tres ejércitos de la Alianza... Si, había mucho que recordar. El temperamento se le había aplacado en ese lapso; era menos severo y se había granjeado cierta reputación por su clemencia hacia los enemigos derrotados. Y también había encontrado tiempo para dedicarse al arte, la música, las actividades que requerían sentimientos además de intelecto...

Y desde luego era rico. Al margen de los emolumentos de sus diversas oficinas —probablemente era el único robot oficial en vínculo objectual que gozaba de ese privilegio— había aprovechado las ventajas del rango, como era habitual, para enriquecerse. No porque le atrajera el dinero en sí mismo. Pero le facilitaba sus diversas actividades y concordaba con su estilo de vida.

Unos dos años atrás la vieja inquietud había vuelto a acosarle. ¿Él existía, o no?

Durante cinco años había podido olvidar el cruel enigma. Se le había vuelto a

presentar casi por accidente, cuando una incursión en la propiedad de una secta religiosa sospechosa de colaborar con Borgor permitió el hallazgo de libros raros y antiguos.

Jasperodus se levantó y se acercó a un anaquel, del que sacó el volumen que lo había incitado a reiniciar sus averiguaciones. Este pequeño libro, encuadernado en un cuero rojo ablandado y gastado por el tiempo, contenía varias disertaciones breves. Lo abrió. El primer ensayo se titulaba:

LA BÚSQUEDA DEL TOTALITRON

Mucho se sabe acerca de la clase de partículas fundamentales que existen dentro del universo en lugares o puntos relativos y cuáles son las responsables de la transferencia de energía a través del espacio, de una partícula a otra. La teoría sugiere sin embargo que las partículas abarcan sólo la mitad de la figura. El universo también existe como un todo o totalidad, y para mantener esta totalidad tiene que existir un número de energías totalizadoras y asociadas con ellas, las correspondientes «partículas»; o si se prefiere una denominación más precisa, totalitrones.

La partícula es la forma de lo particular; el totalitrón, de la totalidad. Mientras una partícula puede ser descripta como una masa y un vector en el espacio con sus peculiares características, un totalitrón es omnipresente en la totalidad del espacio. Se puede afirmar que las funciones de la partícula y el totalitrón son complementarias e inevitables: no puede haber parte sin el todo, ni todo sin partes.

Tipos de totalitrón. Como las partículas y totalitrones son de naturaleza opuesta y por lo tanto una es espejo del otro, por expresarlo así; cabe presumir que existen tantos tipos de totalitrón como de partícula. No es posible saber con certeza si el número de totalitrones iguala el correspondiente número de partículas. La teoría establece, sin embargo, que existe más de un totalitrón de cada tipo, y generalmente se cree que los totalitrones no son significativamente inferiores a las partículas en cantidad.

Siempre en términos teóricos, se sostiene que los totalitrones poseen propiedades correspondientes a la masa, la carga, la polaridad, el ímpetu y la extrañeza exhibida por las partículas, aunque se ignora absolutamente cómo se manifestaría, por ejemplo, la «carga totalitrón lea». Se han sugerido como propiedades del totalitrón la «espacialidad» y la «cronicidad»; y a veces se añade una propiedad llamada «ímpetu total». Un totalitrón tendría, por ejemplo, una cronicidad de 7, una espacialidad de 1, y un ímpetu de 1/2.

Interacción entre totalitrones. En esencia, los intercambios entre los totalitrones deben de diferir de los intercambios energéticos entre partículas, ya que aquellos abarcan la estructura de la totalidad tomada sin relación con la división en partes. Se presume sin embargo que cuando se conozca lo suficiente al respecto surgirá un patrón sistemático que guardará alguna semejanza con las reacciones entre partículas, o mejor con la inversa de tales reacciones.

Interacción entre partículas y totalitrones. Las partículas y los totalitrones sostienen, desde luego, una relación singularísima. Sin totalitrones no habría universo total y sin partículas habría carencia de ubicaciones específicas y de materia. Las dos clases de «entidad básica» deben de interactuar de un modo indefinido que conservaría la estabilidad de esta relación.

Investigaciones sobre el totalitrón. Hasta el presente, las investigaciones al respecto han sido escasas. Producir un «rayo de totalitrones» presenta sus dificultades, puesto que cada totalitrón ocupa la totalidad del espacio universal. No obstante, ha trascendido que una tentativa reciente de interceptar un «rayo totalitrónico omnipresente» ha tenido éxito. Durante este experimento los monjes de la Academia Científica permanecieron sentados durante veinticuatro horas, cada cual entonando por turno el mantra OM...

Y después de eso la disertación degeneraba en lo que a Jasperodus le parecía una serie de frases ininteligibles. Sin embargo recordaba con qué entusiasmo había leído

por primera vez el ensayo.

Terminaba con el dibujo de un curioso símbolo consistente en dos triángulos entrelazados, uno invertido con relación al otro, que representaban la interacción de la partícula y el totalitrón, de la parte y el todo, del microcosmos y el macrocosmos. Tal vez el totalitrón fuera la estofa de la conciencia, o del alma..., se decía. Jasperodus ya sabía que la conciencia no podía construirse a partir de la materia, o sea a partir de interacciones entre partículas. ¿Pero acaso el totalitrón no poseía exactamente las propiedades especificadas en las ecuaciones de conciencia? Indivisibilidad. Carencia de partes diferenciadas. Con renovadas esperanzas Jasperodus se había lanzado al estudio de lo que sin mayor precisión se conocía como ocultismo. Había leído libros antiguos y arcanos, había investigado las sociedades mágicas, había conversado largamente con presuntos adeptos. Pero fin mente se había decepcionado. Había resuelto, tras muchas indagaciones, que las nociones ocultistas eran poco más que aire caliente y humo. La «ciencia» que a veces se relaciona con ellas, aunque por momentos fascinante y elaborada, era pseudociencia con una deficiente apreciación de la realidad.

Sin embargo, la necesidad de saber la verdad acerca de sí mismo había vuelto a asediarse. Se había embarcado en nuevos proyectos. El principal: la tentativa de duplicarse a sí mismo. Contrató al mejor robotista que pudo encontrar y le encargó fabricar un robot que fuera lo más cercano a una réplica de Jasperodus. La parte crucial, el cerebro, había sido lo más difícil, pues la investigación exhaustiva de su propio cerebro tenía sus límites. Él y el robotista también habían diseñado lo que esperaban fuera una duplicación de la «autoimagen ficticia» que tanto le afligía.

Después de la activación había pasado largos momentos en compañía de su réplica.

Le había preguntado si era consciente: Jasperodus II invariablemente respondía que sí.

Habían discurrido larga y profundamente sobre los temas más variados. Había brindado a Jasperodus II ilimitadas oportunidades para el estudio y la experiencia. Lo había tratado como el hijo que era.

Y luego, inexorable y terriblemente, había concluido por advertir que Jasperodus II, dijera lo que dijese, estaba muerto. Sagaz, sí; inteligente, sí; pero una máquina, no una persona.

Ahora su hijo trabajaba con el equipo de planeamiento, donde demostraba ser más que eficaz, aunque no brillante. Carecía de cierta llama del original; Jasperodus lo atribuía al factor de indeterminación que se había presentado en el momento de la activación. La disposición final de un robot avanzado por lo general era librada al azar.

A Jasperodus aún le quedaba un camino. Aristos Lyos, maestro robotista, profesor de su propio hacedor, el mayor experto en robótica de todos los tiempos, era ciertamente la autoridad suprema en la materia. Lo que haya concebido su padre, lo

había aprendido de Lyos. Si lograba encontrarlo, su categoría existencial —o la posibilidad de alterarla— sería determinada de una vez por todas y podría liberarse de su duda corrosiva.

Cerró serenamente el libro y lo guardó en el anaquel. Permaneció sentado en silencio unos minutos, como temeroso del encuentro inminente, luego se dirigió a los hangares donde se hallaba su avión personal; el gula, un hombre pequeño y nervioso, ya le estaba esperando.

Volaron hacia el sur durante dos horas. Jasperodus enfiló hacia Shang, luego viró hacia el oeste siguiendo las instrucciones del gula, y continuó a lo largo de la costa. Enseguida el guía le señaló una villa modesta pero elegante, de piedra blanca resplandeciente, en un promontorio que daba al mar. Jasperodus avistó una franja de terreno llano y aterrizaron a los tumbos.

Dejó al guía en el avión y se encaminó hacia la villa, que iba cobrando el aspecto de una estructura de sal a medida que se acercaba; tan blanco y cristalino era el blanco de la piedra. Ninguna de las paredes presentaba una superficie chata sino que todas eran redondeadas, de acuerdo con un diseño de curvas esféricas y ovoides. Los techos, que se elevaban a diversas alturas, semejaban sombreros de hongos.

Jasperodus golpeó a una puerta de metal pero nadie le respondió. Rodeó cautelosamente el edificio. En una terraza frente al mar estaba sentado el dueño de la villa.

Aristos Lyos era viejo pero aplomado. Un mechón de pelo blanco y ensortijado le cubría el cráneo. Vestía una especie de toga sencilla ajustada a la cintura con un cordel púrpura.

Aún conservaba cierta energía juvenil; la espalda era recta, el rostro trasuntaba vivacidad cuando se volvió al intruso.

Ese rostro, en la juventud, debió de haber sido atractivo. La nariz era perfectamente recta y aristocráticamente delgada. Las mejillas eran angulosas, los ojos penetrantes, los labios, aunque no carnosos, eran bien proporcionados. Era el rostro de un pensador lúcido y distante.

Jasperodus se acercó con timidez.

—¿Aristos Lyos?

El otro asintió. Jasperodus notó cómo lo evaluaba con la mirada. Sin duda era capaz de apreciar muchas cosas de un vistazo, por el modo de moverse de un robot y otros detalles similares. ¿Sabría que Jasperodus era obra de uno de sus propios discípulos, un hijo de sus enseñanzas?

—Debes saber, señor, que cumplo las funciones de visir del emperador y de mariscal de las fuerzas imperiales. Sin embargo me traen aquí cuestiones privadas.

—En ese caso la enumeración de tus cargos está de más —dijo secamente Lyos—. ¿Qué quieres de mí? Si necesitas robots, has viajado inútilmente. Ya no trabajo, salvo para fabricar algunos juguetes para mi propia diversión y alguna máquina sencilla que suelo regalar a los aldeanos de las cercanías.

—No son éstos los motivos —respondió Jasperodus—. Sólo vengo en busca de información. Si puedo abusar unos minutos de tu paciencia, todo se aclarará.

—Cuentas con mi tiempo, siempre que tus preguntas no sean demasiado tediosas.

Entonces, Jasperodus le refirió brevemente cuanto sabía de su fabricación. Le hizo una adecuada síntesis de su historia, y su continua perplejidad.

Aristos Lyos escuchó cortésmente.

—Sí —convino, cuando Jasperodus concluyó—, un robotista experto pudo haber incorporado esa creencia errónea que tienes. Incluso la pudo haber enfatizado al punto de progresar hasta una obsesión, que es lo que evidentemente te ocurre a ti —adoptó un aire reflexivo—. Creo recordar al hombre que te fabricó. Hizo un curso avanzado conmigo, al final de una larga carrera. Era muy capaz de hacerlo. Y obviamente... logró su propósito.

—Eso no es lo que pregunto —insistió Jasperodus—. Lo que necesito saber es esto: ¿Hay alguna manera, tal vez desconocida para la mayoría de los robotistas, de hacer conciencia? ¿Acaso diste a mi pa... a mi hacedor alguna información secreta? ¿O pudo haber descubierto por su cuenta algún principio nuevo? Los robotistas me han asegurado que es imposible, pero no estaré enteramente convencido hasta que me lo haya dicho el mismo Aristos Lyos.

—Es absolutamente imposible —afirmó llanamente Lyos—. No puede existir una conciencia creada artificialmente, tenlo por seguro. Durante siglos hombres de genio acariciaron ese sueño vano... Y se ha llegado eventualmente a la irrefutable demostración de su futilidad. Es curioso, pero recuerdo haber incluido la historia de las tentativas de conciencia mecánica en aquel programa de estudios, cuando tu hacedor era mi alumno...

De modo que él puede ser considerado un experto en el tema —Lyos fijó la mirada en los ojos de Jasperodus—. Tal vez, al ver la angustia que te esfuerzas por ocultar, habría sido más amable mentirte. Pero me formulaste una pregunta directa, y no me gustan los rodeos.

Las palabras de Lyos sin duda estaban despojando a Jasperodus de los últimos vestigios de esperanza, pero aun así sintió el impulso de discutir las.

—Primero: la palabra «conciencia» tiene significación para mí. Segundo: esa significación corresponde a mi propia «percepción de existir». Así, estoy aquí, hablando contigo; puedo sentir la brisa que sopla del mar, puedo ver el azul del mar y el azul del cielo. Lo experimento. ¿Cómo conciliar esta experiencia con lo que tú me dices?

—Tus premisas son correctas, salvo por la utilización de la primera persona.

Lingüísticamente es inevitable, pero filosóficamente es erróneo. El lenguaje, por desgracia, tal como se lo emplea corrientemente no es adecuado para describir la diferencia entre la percepción mecánica y la conciencia humana, aunque son mundos aparte. La percepción mecánica puede ser tan sofisticada como la humana, puesto que la maquinaria del cerebro y los sentidos humanos no es en modo alguno superior. Así

es que uno habla de «percepción mecánica». Pero detrás de esa percepción no hay ningún «yo». No hay nadie que la experimente. Es una percepción muerta, una captación muerta.

Lo mismo vale para la emoción, que según lo que erróneamente creían algunos indica un grado de humanidad.

—¡Pero yo experimento! —gritó angustiado Jasperodus.

—Imaginas experimentar, y de allí que imagines saber el significado de conciencia —le dijo Lyos—. En realidad no es así, salvo de un modo hipotético. En ti todo es mecánico.

Simplemente ocurre que tienes sistemas de autorreferencia particularmente pronunciados, un sistema que poseen todos los robots para que piensen en ellos como individualidades, y además con ese toque maestro de una autoimagen diseñada con ingenio extremo. Tu propia expresión, «conciencia ficticia», es una descripción apropiada del fenómeno —Lyos se rascó la barbilla—. Deja que trate de explicarte la naturaleza de la percepción mecánica. La primera vez que una fotocélula abrió una puerta al aproximarse un ser humano, nació la percepción mecánica. Lo que tú tienes, lo que tú eres, es algo de esa índole llevado a la enésima potencia. Créeme, Jasperodus; si la conciencia artificial fuera siquiera remotamente posible, si hubiera al menos la más ínfima probabilidad, se habría logrado hace muchos años.

—¿Tampoco te impresiona mi carácter independiente?

—Construir un robot obstinado y desobediente no es una gran hazaña. Basta con que no responda a ningún código, es todo.

—Parece que todas mis cualidades positivas tarde o temprano terminan interpretándose como negativas —se quejó Jasperodus, y reflexionó—. He intentado penetrar ese algo inerte intensificando mi conciencia, mi conciencia imaginaria, como dices tú..., ese truco mecánico que es, al parecer, el fundamento de mi ser, para disipar la ilusión. Pero no puedo encontrarlo.

—Naturalmente. Ni lo podrás jamás.

Jasperodus miró el mar con un cabeceo. Luego jugó su única carta valiosa.

—Muy bien, Lyos. Me inclino ante tus conocimientos —dijo—. Admito que no soy consciente, aunque sigo convencido de lo contrario... Pero no puedo librarme de eso, pues así estoy hecho. ¿Pero qué ocurre con tu propia convicción en cuanto a ti mismo? ¿Cómo se podría asegurar que la conciencia del hombre no es también una ilusión?

—Es sencillo —respondió Lyos sin inmutarse—. Si nadie poseyera conciencia no existiría el concepto. Ya que podemos hablar de ella, alguien debe poseerla. ¿Quién sino el hombre?

Jasperodus, perplejo, no supo qué responder. Lyos prosiguió, ahora con un tono de amable consejero.

—Piensa en ti como un instrumento del hombre. Hay muchos logros en ti, eso es indudable, y puedes llegar mucho más lejos aún. El hombre te ha dado tus deseos, y

la energía para cumplirlos. Sirve al hombre. Para eso son los robots —Lyos ladeó la cabeza y llamó con voz estridente—. ¡Sócrates!

Por unos ventanales apareció un robot, de menor cabeza que Jasperodus, que entró silenciosamente en la terraza. Era de formas redondeadas y suaves. Los ojos eran esquivos, engañosos, y el diseño del rostro revelaba una conducta reticente pero observadora. De inmediato Jasperodus se sintió sondeado por una inteligencia penetrante que emanaba del robot como una fuerza impalpable.

—Aquí está Sócrates —anunció Lyos—, mi obra maestra. Su inteligencia es vasta, y a veces excede la comprensión humana. Pero, igual que tú, carece de conciencia, y no la poseerá jamás. Si la tuviera..., quién sabe qué sería, qué podría hacer...

Jasperodus escrutó al recién llegado.

—Buen día —aventuró, con voz vacilante.

—Buen día —murmuró Sócrates, como distante.

—Sócrates capta perfectamente que yo soy consciente, pero él no —señaló Lyos— Eso le conduce a pensamientos extraños. Lo conservo conmigo en la vejez para distraerme con los fantásticos productos de su intelecto —giró sobre sí mismo para encarar nuevamente a Jasperodus—. Pero hay un detalle que me llama la atención: te has tomado el trabajo de localizarme. ¿Por qué no acudiste directamente al hombre que te ha fabricado para hacerle estas preguntas?

Jasperodus se tomó de su tiempo para articular una respuesta.

—Vergü... enza, quizá —dijo al fin—. Vergüenza por haberle abandonado. No, no es eso. Me ha infligido este tremendo engaño. ¿Por qué iría a decirme la verdad, ahora?

Lyos asintió.

—Si, ya veo.

Jasperodus retrocedió un paso.

—Gracias, señor —dijo respetuosamente—. No has resuelto mi perplejidad, pero has respondido mi pregunta.

Al marcharse, echó un vistazo hacia atrás. Sócrates se había acercado al amo, y ambos contemplaban el mar. Luego el robot se inclinó y dijo algunas palabras al oído del viejo.

Esa tarde, de vuelta en Tansiann, Jasperodus se dirigió apresuradamente a sus aposentos de palacio pero de pronto se le interpuso un conocido que apareció desde detrás de una columna.

—¡Jasperodus! Qué alegría encontrarte. ¿Has ido a ver Atrapado en la telaraña? ¡Es soberbia!

—No, no... No tuve tiempo.

—No te la pierdas. Las reseñas no mentían. Speeler realmente demuestra la utilidad del dinamismo en un contexto dramático. Y el contrapunto temático es muy sagaz...

Además, te divertirás mucho.

El interlocutor era un robot llamado Gemin, uno de los tantos cuyos deberes administrativos le había hecho entrar en la vida social de la corte. Era una versión más urbanizada de ciertos robots errantes con los que Jasperodus había conversado: ingenioso, elegante, orgulloso de su refinamiento. Él y su grupo, que también incluía humanos, se consideraban los genios del lugar. Inventivos, ardientemente entusiastas del mundo moderno que estaba construyendo Charrane, aficionados a las tendencias de moda en el drama, la música y la pintura, cultivaban una actitud de cinismo irreverente, casi de trivialidad.

Gemin se recostó contra la columna, una pierna cruzada sobre la otra. Los ojos, de un naranja brillante y desconcertante, centellearon en el rostro casi esférico.

—He oído que el equipo de planeamiento se trae algo entre manos, mariscal. Vamos, ¿qué ocurre? ¡No me digas que has adoptado mi proyecto de derrumbar la Luna sobre Borgor! —rió.

En cualquier otro momento a Jasperodus le habría gustado discutir con él la nueva obra de Speeler, Atrapado en la telaraña, o al menos intercambiar bromas acerca de ciertas decisiones ultrasecretas. Ahora sólo quería largarse. No podía quitarse de la mente la noción de vacuidad que había dentro de Gemin, y sabía que era un espejo de su propia vacuidad, la vacuidad que él no podía ver por sí mismo. Casi le parecía percibir el sonido de los mecanismos rechinantes que articulaban palabras muertas.

—Perdóname, tengo que hacer —dijo lacónicamente, y siguió de largo.

A solas en sus aposentos vagabundó por los cuartos. Trataba de calmarse. Había recibido la respuesta que buscaba, ¿verdad? No tenía por qué sentirse defraudado.

Uno de los cuartos, el que daba al norte, lo usaba como estudio. Se acercó al cuadro que estaba en el caballete, a medio terminar. Tomó el pincel y añadió unos toques cuidadosos, luego desistió. La luz no era suficiente; necesitaba la luz de la mañana, no lámparas eléctricas, para esta pintura en particular.

Echó un vistazo a los cuadros acumulados en el estudio, como si tratara de evaluar sus progresos. Asintió; sabía que su obra era buena. No era su propósito ceñirse a las modas; muchos juzgarían anticuados sus cuadros, pero sus impulsos eran puramente interiores, había adoptado el estilo que le parecía más adecuado para expresar sus emociones más profundas. Casi todos eran paisajes de tierra o mar, y reflejaban lo que él sentía por el planeta Tierra (una emoción que se había agudizado en esa oportunidad, que ahora parecía tan lejana, en que había flotado en el espacio a cientos de kilómetros de la superficie). Eran bastante naturalistas, pero iluminados por relámpagos centelleantes de imaginación. Así, un bote macizo descansaba apaciblemente en medio de un fuego universal que combinaba el crepúsculo, el mar y el cielo.

El otro esfuerzo en que Jasperodus ponía a prueba sus emociones era la música.

Había trabajado asiduamente en el arte de la composición, tras suplicar en un tiempo la ayuda del compositor más distinguido de Tansiann. Hasta el momento

había compuesto algunas piezas de cámara y ya empezaba a tener noción de la medida de su talento.

Ahora planeaba algo más ambicioso: una obra definitiva de valor perdurable. Como cantante también se había descubierto ciertos méritos, para deleite de su maestro, pues su voz electrónica era más flexible que la humana.

Cerró la puerta del estudio de regreso al salón principal, donde se sentó, se tomó la cabeza entre las manos y emitió un profundo suspiro (un hábito humanoide que no se decidía perder). Luego lanzó un grito de exasperación. ¿De qué servía cavilar sobre ese enigma doloroso? Sólo podía arrastrarlo a la desesperación absoluta, y eventualmente a un mal funcionamiento.

Con un esfuerzo denodado ahuyentó la melancolía de la mente. Se contentaría con lo que tenía: era aceptado en el mundo de los hombres, y por sus realizaciones no era menos que ellos.

Había sido un día agobiante y necesitaba de alguna diversión placentera. Había una en particular que resultaba singularmente consoladora, según sabía por experiencia.

Llamó por el intercomunicador a los aposentos contiguos y luego se dirigió a un cuarto pequeño que se mantenía bajo llave y sólo se le abría a él. Cuando llegó, Verita ya le estaba esperando, desnuda frente al tocador.

Y Jasperodus, los ojos llameantes, ya estaba preparado y equipado para la única actividad humana que alguna vez le fuera vedada: la sexualidad.

Ésa siempre había sido una zona de experiencias donde al igual que todos los otros robots Jasperodus había sido totalmente impotente. Apremiado por un ansia ocasional —y acicateado por la curiosidad— al fin había buscado una manera de solucionar esa gran diferencia. El gasto había sido considerable, más de lo que le habría costado fabricarlo él mismo... Pero por cierto había valido la pena.

El secreto del deseo sexual residía en la extraordinaria gama y celeridad de impresiones que el cerebro recibía del sujeto en cuestión —en el caso de un hombre normal, una mujer—, una celeridad que llevaba el proceso más allá de todo control voluntario. Los problemas que tuvo que enfrentar el robotista contratado por Jasperodus habían sido varios: primero la elucidación del secreto, luego su traducción a términos robóticos, y en último lugar —y lo más difícil— la incorporación de los procesos nuevos en el espacio reducido que pudiera hallarse dentro del cráneo de Jasperodus para reordenar las otras secciones del cerebro. La tarea había llevado al límite las técnicas de microcircuitos, pero al cabo de un año lo que parecía imposible se había alcanzado.

Jasperodus se empobreció financieramente, pero pasó a ser también incomparablemente más rico.

Acompañando esta nueva facultad, estaba el aparato que le daba sentido. Los ganglios de equilibrio y movimiento que antes ocupaban la zona de la entrepierna habían sido ubicados en otra parte, para ser reemplazados por el órgano sexual

artificial que ahora lucía Jasperodus. De acero flexible revestido por una musculatura de fibra gomosa y hecho a la medida de su magnífico cuerpo, era muy superior a los naturales, pues era capaz de flexiones y torsiones sutilísimas a una orden del cerebro. Cuando se lo insertaron, quedó plenamente integrado en su cuerpo; la capa sensibilizada de la cobertura de fibra podía provocar el orgasmo por estimulación. Cuando no lo utilizaba, se lo quitaba para conservar su antiguo aspecto.

Armado con este infatigable falo de acero, Jasperodus se había dedicado a gozar de toda clase de mujeres, para inmenso deleite de ellas, y sin ningún tipo de inhibición.

Por mucho tiempo había sabido que exudaba un aire de masculinidad. Mujeres de los más exóticos gustos le habían confesado que entre los robots, él era el único capaz de despertarles interés. Hasta su conversión, ese tipo de interés había sido, desde luego, un libro cerrado para él. Pero ahora la pasión sexual era un mundo que había explorado escrupulosamente, y aquellas mujeres que antes se limitaban a mirarlo ahora habían visto más que colmadas sus expectativas. Una vez que se le entregaba, ninguna mujer volvía a contentarse con un simple hombre.

Jasperodus demostró que era capaz de técnicas imposibles para varones de carne y hueso. Además, sus energías no tenían límite. Una vez había gozado a varias mujeres ininterrumpidamente durante una semana, para comprobar si el placer disminuía. Todo lo contrario: los orgasmos se volvían más y más intensos.

Su apetito era insaciable: exigía mujeres de todo tipo. Mujeres que olían cálidas, secretas y tenaces (como Verita). Mujeres con un aroma fresco como el apio. Mujeres con el sabor de un vino delicioso. Mujeres voluptuosas (como Verita), esculturales, delgadas y ágiles o gordas y macizas. Mujeres asombrosamente bellas o tímidas y candorosas, atractivas o desaliñadas (como Verita), o feas y lujuriosas. Jovencitas, mujeres en la flor de la edad, matronas experimentadas. Los aposentos contiguos constituían un harén donde él mantenía a sus amantes más regulares. Mujeres como Verita, por ejemplo, vivían solamente para mantener relaciones sexuales con él. Jasperodus era su alimento y su bebida.

Jasperodus comprendía por qué el sexo ocupaba un sitio tan relevante en los asuntos humanos. A veces, la sola presencia de una mujer le despertaba un deseo tenaz.

Entró en el amplio tocador y habló en voz baja pero estremecedora.

—Buenas noches, Verita —saludó.

Ella estaba desnuda en el extremo opuesto, pues había entrado por otra puerta. Le sonrió, invitante.

Se aproximaron lentamente, se estudiaban con ardor.

Verita tenía un cuerpo grande y ágil. Los senos eran generosos, y bastante consistentes; el pelo rojo ondulado le enmarcaba la cara vivaz donde relucían la boca ancha y roja y los ojos magnéticos. Las caderas eran carnosas, al igual que las piernas, y se contoneaban incitantes.

Se abrazaron. Él sintió el contacto de los senos, la piel tibia y suave que lo rozaba y acariciaba. El olor de ella le envolvió. Verita respiraba pesadamente, la boca húmeda y entreabierta, los ojos entornados.

Las sensaciones inundaban a Jasperodus, palpitantes, abrasadoras, explosivas. La excitación los invadió a ambos, una excitación que era una especie de languidez que anulaba todo lo demás.

Dos horas más tarde la dejó descansar; Verita jadeaba en sollozos entrecortados.

Mientras yacían juntos en un lecho amplio y ella se recobraba del vertiginoso delirio, Jasperodus reflexionó ociosamente acerca de la naturaleza del sexo, que era un mundo en si mismo e invitaba a sumergirse indefinidamente en sus profundidades abisales.

El grado de obsesión a que llegaba Verita era muy improbable en él, aunque su actitud ante lo sexual también era sobrecargada. En él era una especie de locura temporaria, una especie de fiebre cerebral inducida. No se sentía esclavizado por la pasión, tal vez porque era una facultad que se le había añadido tardíamente.

Sintió que Verita despertaba. Cualesquiera que fueren las decepciones del día, estas cosas le brindaban una inmensa satisfacción, reflexionaba. Al margen de su obsesión, que en ese momento juraba olvidar, era un hombre completo.

¿Sueñan los robots? Jasperodus sí soñaba. Aun su poderoso cerebro se cansaba a veces de la actividad incesante, y buscaba algún alivio suspendiendo temporalmente las funciones superiores y abandonándose en el abismo que es el sustituto robótico del reposo. Entonces, de vez en cuando, soñaba.

El sueño era siempre el mismo. Yacía en una cinta transportadora, incapaz de moverse porque le habían desconectado las funciones motrices en forma permanente y deliberada.

La cinta invariablemente le conducía hacia la puerta abierta de un horno llameante.

A través del bostezo de esa boca se vislumbraba el interior del horno, una vaharada reconcentrada de calor, terrible e implacable, semejante al corazón de una estrella.

Jasperodus notaba que la cinta no sólo lo llevaba a él, sino a una serie interminable de artefactos metálicos: carros blindados, estatuas, fragmentos de vigas, motores, herramientas, pilas de utensilios domésticos, máquinas pesadas de todas clases (algunas evidentemente autoguiadas), y robots como él que yacían inertes e impotentes. Por alguna razón uno de ellos no estaba inmovilizado, sino sujeto a un bastidor que parecía una cuna; se hamacaba distraídamente como si no se diera cuenta cabal de la situación, que pronto sería arrojado como todo lo demás en ese calor devorador para perder toda forma e identidad y fundirse en un charco de metal líquido.

Jasperodus despertó aullando.

Se levantó del diván acolchado donde dormía. Permaneció tieso unos instantes, se concentró en cuanto le rodeaba para disipar las imágenes de la pesadilla recurrente, pero todavía presa de innumerables aprensiones y melancolías. El sueño se disgregó lentamente. Buscó alguna distracción o consuelo, y se detuvo en un receptáculo bañado en oro, algo parecido a un ánfora, que él había diseñado y los orfebres le habían entregado el día anterior. Lo examinó nuevamente.

En parte le había sido inspirado por descripciones del antiguo Templo de la Fraternidad del Hombre en Pekengu. Por fuera parecía una cúpula de oro amarillo y reluciente moteado de diamantes puntiagudos que descansaba en una base decorada de oro rojo.

Al mover ciertas perillas piramidales que había alrededor de la base la cúpula quedaba libre y exhibía lo que había en su interior, algo que a primera vista parecía un poliedro brumoso que relucía con una luz imprecisa, pero que examinado con más

atención revelaba ser una malla tejida con eslabones de oro blanco tan delicada que tenía la textura de una tela, tendida sobre los ápices sobresalientes de un poliedro con forma de estrella, o mejor aún, de un semipoliedro, hecho del rarísimo y magnífico oro naranja. Éste se revelaba en todo su esplendor cuando se retiraba la malla (deslizándose a derecha e izquierda, en una secuencia secreta, un anillo de oro rojo que la ceñía en la base), y a su vez se podía levantar si se sabía en qué orden mover las perillas de la parte inferior.

Luego descubría una caja recta de proporciones severamente clásicas, hecha de un oro verde sombreado y opaco, casi ponzoñoso. Evocaba una prisión estatal, o tal vez la bóveda de un banco. Haciendo presión sobre el suelo desde abajo se podía abrir el frente. Dentro había un frasco de perfume que parecía una vinagrera, una forma esbelta y femenina urdida con hebras de oro tejido de todos los colores: amarillo, rojo, blanco, verde y naranja.

Jasperodus armó todo de nuevo con un resuello de satisfacción: era perfecto. Le habría gustado haberlo moldeado con las propias manos además de diseñarlo, pero con todas sus otras actividades no habría tenido tiempo de adquirir la destreza necesaria.

Lo único que faltaba era un perfume realmente especial para guardar en el frasco. Más tarde pensarla en eso.

Miró el reloj de la pared, y al comprobar que ya era media mañana llamó a su despacho por el intercomunicador.

—¿Alguna novedad?

El rostro bronceado del secretario se inclinó servilmente en la pantalla.

—Hasta este momento no he recibido ninguna comunicación, señor.

—¿Ninguna? ¿Y el informe de la Fuerza Expedicionaria?

—Aquí no ha llegado ninguna copia, quizás esté todavía en la oficina de codificación, o demorada en control. He preguntado en ambos departamentos pero no he obtenido una respuesta satisfactoria. Sin embargo, entiendo que otras oficinas ya recibieron copias...

—No importa —dijo Jasperodus con impaciencia—. Enseguida estaré contigo.

Se miró en el espejo para ver si necesitaba un poco de lustre, luego se puso la capa que ostentaba sus insignias oficiales. Quizás fuera hora de empezar a presionar a quienes le rodeaban, se dijo, para no correr el riesgo de perder su influencia.

Al parecer, todo salía a la perfección. La nueva Fuerza Expedicionaria —los tres enormes tambores de invasión que había ideado Jasperodus— se aproximaba a Marte.

Era cierto que su presunta promoción a mariscal en jefe nunca había pasado de ser un rumor, pues Charrane había terminado por elegir al mariscal Grixod, pero en cierta medida era mejor. El puesto se había vuelto ante todo ceremonial, ahora que el equipo de planeamiento tomaba la mayoría de las decisiones, y Jasperodus no quería perder el tiempo.

Ahora que la situación militar parecía asegurada, Jasperodus se interesaba en otros problemas de suma importancia para el futuro del Imperio. Había puesto en marcha una serie de proyectos, entre ellos una investigación para analizar detalladamente las causas de la caída de Tergov, con el propósito de construir el Nuevo Imperio sobre cimientos más sólidos.

Los estudios realizados por el equipo (que trabajaba confesadamente bajo su dirección) ya le habían reafirmado ciertos conceptos: el efecto decisivo que los sistemas de propiedad ejercían en una sociedad. Era instructivo comprobar que en Tansiann las consecuencias de la propiedad privada de la tierra se habían acelerado en los últimos cinco años. Las disparidades en la riqueza individual alcanzaban extremos inconcebibles.

La clase proletaria era más numerosa, mientras en el peldaño opuesto de la escala se amasaban fortunas inmensas: Jasperodus lo sabía por experiencia propia, pues buena parte de sus rentas provenía de la especulación (a través de una agencia de intermediarios, pues legalmente él no tenía derecho a ninguna propiedad).

Aún abrigaba esperanzas de persuadir al emperador de emprender algunas reformas en ese aspecto, pero en ese momento, por culpa de su propia negligencia, ejercía menos influencia en la corte. Por atender a otros asuntos había olvidado la estrategia principal de un cortesano: estar constantemente a la vista del emperador, e inflar su reputación.

Además, en los últimos tiempos se había topado con mayor oposición y hostilidad. Es extraño, pensaba: cuando era inescrupuloso y egoísta, ganaba fácilmente la admiración y estima. Ahora que sus esfuerzos se dirigían al bien general, proliferaban los adversarios.

Dejó sus aposentos y se dirigió a su despacho en el ala oeste del palacio. Al pasar por una de las altas arcadas que rodeaban la basílica central, alcanzó a ver detrás de las columnas del peristilo un par de robots enormes y siniestros que en la jerga robótica eran conocidos como demoledores. La tarea de estas máquinas era someter y destruir a robots que a veces, cuando les llegaba el momento de la disolución, podían activar un potente circuito de supervivencia para resistirse a los procedimientos.

Lo estremeció una perturbadora inquietud, aunque no pudo especificar la causa. Siguió avanzando y luego oyó una voz que le llamaba por el rango de mariscal. Un servidor se le acercó apresuradamente y le habló con cierta altanería, sin la deferencia que se le debía.

—Te esperan visitas, señor —y el servidor se alejó como si no tuviera que dar más explicaciones.

Detrás caminaban los dos demoledores. Jasperodus observó fascinado a estos gemelos servidores del destino. No tenían más función que ejercer la fuerza; los motores que gobernaban sus vigorosas extremidades estaban encerrados en abultados cascos con forma de caparazón que, combinados con las grotescas manos con forma de garra, les conferían un temible aspecto de crustáceos, como especies de hombres-

cangrejo gigantes.

—Acompáñanos, señor —dijo uno con voz ronca.

Jasperodus casi había accedido cuando de golpe entró en acción; con un grito salvaje y temible se escabulló y echó a correr por el pasadizo. En unos segundos había llegado a la basílica; las puertas, como era lo habitual a esa hora, estaban sin custodia. Las atravesó a la carrera.

En el ábside, el trono estaba desocupado. Ante una mesa de la sala el emperador Charrane conversaba con Ax Oleander y otro visir, el afable Mangal Breed. Los tres se volvieron para ver cuál era la causa del alboroto. Oleander saludó la llegada de Jasperodus con su invariable expresión de hostilidad, pero esta vez se le adivinaba un destello de triunfo.

Jasperodus se precipitó dentro de la sala y cayó de rodillas ante el emperador.

—¡Sire! ¿Por orden de quién me van a liquidar?

—Por orden mía, desde luego —dijo Charrane con indiferencia—. ¿De quién, sino?

—Pero, señor... ¿Por qué?

Charrane miró a sus dos acompañantes humanos arqueando las cejas. Luego se volvió a Jasperodus sin demostrar emoción alguna.

Cuando nos conocimos hace algunos años sugeriste varias ideas relacionadas con la seguridad del Imperio. Has cumplido: el Imperio está seguro. Eso es todo.

—¡Eso no justifica una sentencia de muerte, sire!

—¿Muerte? —repitió perplejo Charrane—. ¿Muerte? Escúchame, amigo volvió a mirar a Breed y Oleander, y por un momento pareció casi divertido—. El hecho de que en los últimos años tu función haya consistido en cuestionar mi criterio en problemas estratégicos y asuntos de estado no te autoriza a tomar atribuciones en lo que concierne a tu propio... destino.

—Yo... Confieso que me asombra tu cambio de actitud hacia mí, sire —gimoteó Jasperodus, buscando una tabla de salvación.

Ax Oleander encogió los hombros con aire jovial.

—Si esta máquina desea que se le dé explicaciones, sire, ¿por qué no concedérselas?

Charrane bajó los ojos, luego asintió con un gesto. Se volvió a Jasperodus.

—Dicen que en las máquinas hay cierta inexorabilidad —destacó—. Nunca se detienen, siempre avanzan en el curso inicialmente propuesto, sin reparar en el favor o la adversidad de las circunstancias. ¡Y por cierto tú eres un buen ejemplo! Me han informado hasta qué punto se han extendido tus actividades, tus proyectos en esto y en aquello... ¡Muchos de ellos sin autorización! —Charrane parecía indignado—. Tu talento es indiscutible, pero no quisiera que empiece a estorbarme... Además, cierto rey Zhorm de Gordona ha solicitado ser mi vasallo, y ha contado otra vez la historia de tu paso por su reino, que me ha dado nuevos motivos de reflexión.

—¡Jamás se me cruzaría algo así por la mente, sire! ¡Sólo trabajo por el bien del

Imperio!

—Lo sé, Jasperodus. Pero también sé que tu preocupación por el Imperio cubre ahora todas las esferas, no sólo la militar. ¿Puedo recordarte que el cuidado y el bienestar del imperio son mi jurisdicción? No tengo ningún interés en que me usurpen las funciones...

La ambición, Jasperodus, es una cualidad que deberla estar limitada a los hombres. En las máquinas es absolutamente inaceptable —abrió las manos como para enfatizar sus razonamientos, pero luego un gesto de humor le distendió el rostro—. ¿Qué otra cosa puedo hacer contigo? Mis ministros humanos pueden ser distraídos con placeres carnales cuando llegan al fin de su período útil, y así dejan de molestarme. ¿Pero cómo se eliminan las ambiciones de una máquina? El cementerio de chatarra es la única solución.

Jasperodus agachó la cabeza.

—Mis servicios merecerían mejor recompensa, sire. Renuncio a toda ambición, si me perdonas. Aun las máquinas están dotadas con el instinto de supervivencia.

—Sin duda están dotadas con muchas cosas —farfulló Charrane, y luego se volvió para aceptar un sorbete que le servía una doncella.

En medio de su asombro y consternación, Jasperodus se vio forzado a percibir su error fundamental: se había equivocado desde siempre en sus relaciones con Charrane. Ni por un momento el emperador lo había considerado una entidad viviente, sólo una máquina inanimada a la que se podía usar y eliminar sin escrúpulo moral alguno.

Apesadumbrado, Jasperodus se puso de pie. Oyó a sus espaldas los pasos contundentes de los demoledores, que entraban en la sala.

Durante la conversación Ax Oleander se había acercado inadvertidamente al emperador, hasta adoptar casi la pose de intrigante que a Jasperodus le era tan familiar.

Por primera vez desde que él lo conocía, Oleander lucía una sonrisa de genuino placer, y era obvio cuál era el origen de muchos de los pensamientos que Charrane acababa de expresar.

—¡Intrigas! —gritó Jasperodus—. ¡Él te prepara su veneno y tú lo bebes!

Los demoledores le aferraron los brazos. Jasperodus se puso a aullar.

—MUERTE, MUERTE, MUERTE... Necios, ¿no lo veis? ¡Estáis tan muertos como yo! ¡Muerte...! ¡El mundo no es más que muerte!

Se lo llevaron a la rastra mientras aullaba sin cesar, no a la ciudad, como hubiera esperado, sino a una mazmorra bajo el palacio. Al cabo comprendió la razón: no habría sido adecuado arrastrar por las calles a un mariscal de las fuerzas imperiales. Aquí esperaban técnicos en robótica, rodeados de las herramientas necesarias para desarmarlo. Desmenuzado en fragmentos, sería entregado a la trituradora.

Fue tendido sobre una tabla. Pero Jasperodus se liberó y se retiró a un rincón de la celda. Los técnicos se sobresaltaron, desconcertados por este robot terco y furibundo

que luchaba por su vida tan denodadamente.

—¿Qué importan los sentimientos y las emociones que habitan este recipiente vacío? —barbotó Jasperodus—. Cuando mi voz brota de este tambor de hierro hueco, ¿de dónde proviene? De ninguna parte, de la vacuidad, la voz de nadie... Una voz en el vacío, sin el hablante. ¿Y vosotros? ¿Alguna entidad da forma a vuestras palabras?

Los técnicos lo miraban sin comprender. Y otra vez los demoledores lo asieron.

Jasperodus se puso a aullar de nuevo.

—¡MUERTE! ¡TODO ES MUERTE!

Todavía aullaba cuando le desconectaron el cerebro.

El retorno de la percepción fue lento y fragmentado. Comenzó con un pensamiento aislado que centelleó apenas un instante contra una abrumadora oscuridad y luego se disipó.

No es posible medir los intervalos de tiempo en las tinieblas, pero el caso es que el pensamiento volvió, y así también, la secuencia de los pensamientos. Paulatinamente, una criatura primitiva y vaga se configuró y adquirió persistencia. El período entre el nacimiento de esta criatura y el momento en que empezó a llamarse Jasperodus parece que fue inmenso. Terminó cuando Jasperodus volvió a asir el cúmulo de recuerdos que son necesarios para reconocerse como una entidad individual. Luego se asombró al descubrir que no podía hallarse en el espacio; le parecía estar en muchos lugares a la vez.

Todavía no podía pensar nítidamente y no sabía con certeza quién era, de dónde venía o cómo había llegado a esa condición. Siguió una fase prolongada que a él le pareció un tanteo; tenía una leve reminiscencia de alguna capacidad de extender brazos para hurgar la oscuridad, aunque más no fuera vaga e indefinidamente, para hallar fragmentos de sí mismo y reagruparse. Así recobró no sólo recuerdos y cierta claridad mental, sino también escenas inexplicables que parecía poder observar desde una perspectiva ventajosa.

Esta fase terminó cuando volvió a ser dueño de su historia y personalidad. Al margen de la furia por el trato que había recibido, Jasperodus tuvo que evaluar ciertos hechos.

No tenía cuerpo.

No ocupaba un lugar determinado en el espacio.

Existía dentro de él, justo bajo el nivel de su voluntad y en una especie de corriente subconsciente, una continua actividad de monitorización, computación, comparación, filtración y respuesta a innumerables estímulos pequeños.

Por lo que podía apreciar, estaba «dentro» o «en» los muros del palacio de Charrane en forma de red.

Obtuvo una comprensión cabal de su situación tras ciertas deducciones.

Presumiblemente los robotistas no lo habían entregado a la trituradora, pese a todo. Tal vez por lamentar el desperdicio de un material tan noble, habían preservado los subcomponentes para utilizarlos después en algún sistema cibernético de baja integración del tipo standard, que al parecer fue instalado en el palacio y los ministerios circundantes.

Qué confluencia de interacción independiente de sus otros elementos había sido

reconectada para devolverle la integración autoguiada sería siempre un misterio. La oscura ansiedad que incitaba a su vestigio de cerebro a buscar el resto de subcomponentes también era difícil de explicar en términos robóticos convencionales. Sin embargo ahora se encontraba totalmente alerta y lúcido, aunque inserto en una extensa red de administración electrónica.

Se preguntó qué habrían hecho con su cuerpo. Eso sí, posiblemente, había ido a la trituradora.

Su nueva modalidad de existencia le daba una oportunidad sin precedentes para vigilar. Además de tener acceso a información almacenada de toda especie, había un buen número de sensores visuales y acústicos dispersos, que generalmente utilizaba el mismo Charrane, que ahora sospechaba de cuanto ocurría alrededor de él. Era una verdadera ironía haber puesto a Jasperodus en una posición mucho más ventajosa para observarlo a él.

Con cierta curiosidad, Jasperodus se puso al tanto de la situación en la corte. Habían pasado algunos años desde su desactivación. Marte estaba totalmente dominado, pero la Alianza de Borgor volvía una vez más a la gimnasia bélica. Jasperodus recibía pocas noticias directas del mundo exterior, pero lo que llegó a saber le hizo pensar que la situación interna del Imperio era ominosa. Charrane, aunque a regañadientes, había sido persuadido por Oleander de emprender la producción fabril en gran escala en una tentativa de competir con la amenazadora Borgor. Había ocasionales historias de disturbios en la ciudad, y por lo menos uno de ellos a corta distancia del palacio. Alguien proponía raciones y diversiones gratuitas para aplacar a los disconformes.

Entre los servicios que sus circuitos controlaban había varias funciones domésticas, además de terminales oficiales y administrativas utilizadas por el emperador Charrane.

Jasperodus descubrió que esto le permitía pequeñas venganzas si lo deseaba. Por un tiempo se divirtió infligiendo al emperador una serie de inconvenientes menores, como reducirle el agua cuando se duchaba, o lanzarle de pronto chorros hirvientes, o bien helados, o transmitirle informes erróneos a través de las terminales, o mejor aún, informes totalmente ficticios acerca del asunto requerido, o comunicarlo con Marte cuando Charrane pedía hablar con alguien que estaba a cien metros, o encenderle y apagarle las luces cuando el emperador se acostaba, o interrumpirle la gimnasia amorosa con la mujer o la concubina mediante la activación de todos los artefactos de la habitación. Pero al cabo desistió por temor a que Charrane ordenara la desactivación completa de todo el sistema cibernético del palacio. Podría haber interferido más seriamente en la vida de la administración si lo hubiera deseado — abarcaba, por ejemplo, el servicio de datos para el equipo de planeamiento —, pero prefirió abandonar tales futilidades.

En cambio, se puso a pensar en la fuga.

Un día echó un vistazo a sus dominios. Miró sucesivamente por cada sensor

acústico y visual, y se fijó en los datos que entraban y salían por cada terminal. De pronto se detuvo.

Con un rostro más viejo y arrugado que cuando lo había visto por última vez, encontró a su antiguo amigo Cree Inwing sentado en una oficina diminuta y destartada en una zona apartada del palacio, utilizada por el Departamento de Provisiones Militares. Todavía lucía el bigote puntiagudo, y también su porte militar. Tenía charreteras de mayor, y utilizaba la terminal múltiple (Jasperodus tuvo que admitir que la nueva instalación había simplificado muchísimo las comunicaciones) a la Sección Logística para explicar los detalles de una operación de transporte.

Cuando concluyó, se levantó y archivó el comunicado en un anaquel. Observando por la misma pantalla que Cree acababa de emplear, Jasperodus notó que su amigo ahora cojeaba pronunciadamente.

Cree regresó al escritorio. Jasperodus habló suavemente por la terminal.

—Cree.

Inwing miró alrededor, sobresaltado.

—¿Quién es?

—Soy yo, Jasperodus.

El desconcierto asomó en la cara de Inwing, que luego adoptó una expresión más firme.

—Ésa no es la voz de Jasperodus —dijo, huraño.

—He perdido mi propia voz. Sólo puedo utilizar los parlantes disponibles...

—Entonces..., ¿dónde demonios estás? Tenía informaciones de que habías sido... destruido.

—Hay fragmentos de mí en todo el palacio —dijo Jasperodus—. Fui destruido, pero no totalmente. Los técnicos incorporaron casi todos mis componentes racionales al sistema cibernético —rió irónicamente—. Una grosera utilización de mi persona, si quieres saber mi opinión.

Jasperodus pasó a referirle detalladamente cómo lo habían desmantelado, y cómo había logrado conectar de nuevo todas las partes de su cerebro desarmado a través de las líneas de comunicación del sistema. Cree parecía tan asombrado como agitado. Las manos le empezaron a temblar. Jasperodus concluyó, casi suplicante.

—Quiero huir de esta prisión, Cree. ¿Me ayudarás?

—¡Espera, espera! ¡No sigas! —Cree se frotó los ojos, luego se acodó en el escritorio y hundió la cara entre las manos—. ¡Dame tiempo para digerirlo!

Jasperodus esperó. Comprendió que Cree era ya un hombre maduro, no el joven vivaz que él había conocido. La súplica de Jasperodus sin duda lo sumía en una crisis profunda.

Finalmente Cree suspiró y descubrió el rostro.

—Así que quieres ser reconstruido...

—Sí —Jasperodus esperó de nuevo durante lo que le pareció un período larguísimo, e insistió—: ¿Bien...?

—No hace falta preguntarlo. Estoy contigo, por supuesto.

—Implicará ciertos riesgos para ti —aclaró Jasperodus.

—Tengo una deuda contigo. Además, me he enterado de algunos entretelones del asunto. Algo lamentable, Jasperodus. Lo siento.

Jasperodus estaba exultante. No había esperado encontrar ayuda tan fácilmente.

Pensaba que sufriría esta prisión durante años antes de encontrar algún medio de liberación.

—Te he contado mi historia —dijo—. ¿Cuál es la tuya?

—Oh, la mía es bastante vulgar —repuso Cree, encogiéndose de hombros—. Obtuve mi puesto gracias a ti. A veces lo pasé bien. En Marte me hirieron en combate... Perdí parte de una pierna. De modo que aquí estoy, con este cargo administrativo en Tansiann.

Todo pudo ser peor —reflexionó—. ¿Y ahora, Jasperodus? Haré lo que me pidas.

—Sé que puedo confiar en ti —dijo Jasperodus—. Escucha: sé exactamente dónde están todos mis componentes dentro del sistema cibernético, pero con eso sólo obtendría el cerebro y algunas partes auxiliares. No tengo cuerpo. Será necesario adquirir otro, y para eso necesitarás dinero. Además, necesitaremos los servicios de robotistas confiables que estén dispuestos a un acto criminal. Habrá que sobornarlos.

Cree asintió.

—Entiendo. Mi dinero está a tu disposición. Si no es suficiente..., bueno —se acarició el bigote—, pensaremos en algo...

Pocos días más tarde Cree entró muy animado en su oficina. Había estado husmeando en los depósitos subterráneos del palacio, y allí había descubierto el cuerpo inerte de Jasperodus, completo e intacto.

—Obviamente nadie se molestó en reducirlo a chatarra —graznó, frotándose las manos—. Te verás igual que antes, Jasperodus.

—Me alegra oírlo —exclamó Jasperodus—, y también me complace saber que no habrá que tolerar demoras mientras construyen uno nuevo. ¿Ya contrataste a los robotistas?

—Ten paciencia. Estoy tendiendo las redes, dame unos días más...

—Muy bien, pero ahora que los hechos son inminentes, es hora de discutir los detalles prácticos. La extracción de tantos elementos del sistema sin duda será notada rápidamente a causa de la interrupción de las funciones. De modo que habrá que proceder con rapidez durante un período breve, y de noche. Necesitaremos varios hombres para sacar mis partes de diversos puntos del palacio... Habrá que planearlo minuciosamente.

Cree frunció el ceño.

—Esperaba poder hacerlo con cautela, pieza por pieza. Seguro que el sistema tiene alguna redundancia, tú mismo dijiste que tus componentes eran desaprovechados aquí. ¿No podrías tratar que las funciones fueran asumidas en otro lugar?

—Posiblemente, como medida provisoria. Pero será difícil, y a medida que extraigan más partes de mi, mucho más me costará. Además... —Jasperodus titubeó, luego le contó con tono reservado acerca de la función sexual que había adquirido, ahora también incorporada al sistema—. Se la utiliza como un nexo crucial para toda la red —explicó—. Tiene tanta capacidad que resulta insustituible. Cuando la retiren, lo más probable es que sobrevenga un colapso en el sistema como función integrada.

Cree había escuchado las aventuras sexuales de Jasperodus con la boca abierta. Rió estentóreamente y se palmeó el muslo.

—¡Sigues siendo el hombre que conocí, Jasperodus! ¡Un robot y una doncella...! ¡De veras, me gustaría verlo!

—Lo verás —prometió Jasperodus—, siempre que respetes mis deseos en ese aspecto.

Una noche oscura, menos de un mes después, Jasperodus fue armado nuevamente. A medida que se desconectaban sus funciones, la percepción le obnubilaba más y más, hasta que al fin quedó anulada por completo. Cuando recobró el conocimiento estaba de pie, totalmente restaurado, en una habitación sin ventanas, con paredes de piedra, muy semejante a aquél donde lo habían desmantelado. Cerca de él estaba Cree Inwing con tres robotistas. Algo sorprendido, distinguió entre ellos a un integrante del equipo que lo había desarmado. La escena era muy semejante, con herramientas de robotistas dispersas por doquier. Sólo faltaban los demolidores.

—Camina hasta la pared —indicó el robotista que ya conocía—. Vuélvete rápidamente... Levanta los brazos... Tócate los pies. Bien. Apóyate sobre la pierna izquierda, levanta la pierna derecha y agáchate hacia la izquierda hasta tocar el suelo con los dedos. Bien. Ahora haz lo mismo con la derecha. Bien —todos observaban atentamente mientras Jasperodus realizaba estos ejercicios—. ¿Cómo te sientes? ¿Algún chirrido, culebros o dislocaciones por ahí...?

Jasperodus escuchó su cuerpo.

—Nada —dijo respondiendo a la jerga robótica.

—Perfecto —el hombre se volvió hacia Inwing—. Hemos terminado.

Jasperodus se adelantó y rodeó con las manos los hombros de Cree con insólita efusividad.

—Gracias —dijo—. Gracias.

Cree se sintió incómodo, pero complacido.

—Calma, compañero ¡No te arrebatas, controla tu libido! —rió entre dientes, luego se puso serio—. Dentro de poco amanecerá. Mejor nos ponemos en marcha antes del día.

No habrá problemas: yo tengo un pase, y tú, como robot, no necesitas ninguno. Estos hombres nos seguirán media hora después.

Hundió la mano en una gran maleta de lona y entregó a cada sujeto una pequeña pero pesada bolsa de paño tintineante de monedas. Ellos examinaron rápidamente el contenido, cabecearon y se marcharon.

—¿Dices que te propones venir conmigo? —preguntó Jasperodus—. ¿Te has comprometido personalmente?

—Mi carrera al servicio del emperador ha terminado —suspiró Cree—. Aunque es muy posible que jamás se descubra mi participación en el deterioro del sistema cibernético, no me gustaría depender de esta posibilidad. Para llevar a cabo nuestro proyecto tuve que correr otros riesgos sonrió—. Esos bribones no han resultado nada baratos.

—¿Malversación de fondos? —preguntó delicadamente Jasperodus.

—Los fondos de mi oficina ahora tienen un déficit de ciento cincuenta mil coronas.

Jasperodus adoptó una expresión meditabunda.

—Mi situación te ha obligado a sacrificar muchas cosas.

Inwing se encogió de hombros.

—Me aburre estar inactivo detrás de un escritorio. Pensé que podíamos volver un poco a los viejos tiempos de nuestra camaradería hasta encontrar otra ocupación. ¿Qué te parece?

—¡Claro! —rió Jasperodus—. Pero no perdamos más tiempo.

Abandonaron el palacio sin inconvenientes. Cree alquiló un coche de caballos de la hilera que siempre aguardaba frente a la puerta principal y luego se alejaron por las calles oscuras.

—¿Qué tal, Jasperodus? —exclamó Cree de muy buen humor—. ¿Cómo te sientes ahora que eres libre otra vez?

—Es la segunda vez que resucito de entre los muertos —señaló Jasperodus—. Parece que la repetición es una característica de esta vida.

Rompía el alba cuando ordenaron al cochero que los dejara en los alrededores de Subuh. Por un tiempo siguieron caminando. Luego Cree abandonó el uniforme militar y se vistió de civil. En las cercanías llamaron a la puerta de una posada dudosa, donde propuso que descansaran unos días. Jasperodus estuvo de acuerdo, aunque sentía menos reservas que Cree.

—Escondarse en Subuh es fácil —aseguró—. No temas, yo me encargaré.

En realidad se proponía algo más que buscar refugio. Ansiaba vengarse. Pocas horas después, en la mañana, Jasperodus salió de la posada mientras Cree dormía, y se aventuró por las calles de Subuh.

Una sola hora de caminata fue muy reveladora. Con lúgubre satisfacción comprobó que muchas de sus predicciones se cumplían. Subuh era un sitio diferente, mucho peor. De barrio sórdido había llegado a transformarse en jungla salvaje.

Las calles, atestadas y bulliciosas, estaban plagadas de desperdicios. Buhoneros de rostro anguloso vendían abiertamente mercancías dudosas e ilícitas. Jasperodus presencié asaltos, riñas y otros hechos de sangre a los que nadie prestaba atención; al parecer las fuerzas de la ley habían abandonado el área y buena parte del populacho se había habituado a portar armas. Se veían enormes pilas de desechos.

Jasperodus pasó frente a un extenso cúmulo de robots inutilizados y desmantelados.

Un desdichado al que habían arrojado aún en funcionamiento hacía débiles esfuerzos para librarse de esa maraña, pero se derrumbó derrotado y sin fuerzas.

Un inquilinato aislado entre vaciaderos ardía ferozmente y nadie hacía nada salvo sus habitantes, que se limitaban a sacar sus escasas pertenencias a la rastra, antes que el edificio se derrumbara del todo. El espectáculo le resultó especialmente deprimente.

Pocos años atrás los bomberos de la ciudad habrían actuado de inmediato aun aquí, en Subuh; ahora los propietarios obviamente se alegraban que el edificio fuera arrasado por las llamas.

En el Diamante, la plaza central de la zona, se había reunido una gran multitud.

Funcionarios con el uniforme de la Administración de la Ciudad estaban de pie en una plataforma de madera, al frente de un montículo de sacos abultados. Jasperodus comprendió que estaba viendo el comienzo de la aplicación de una medida para ayudar a los menesterosos: la distribución de grano a las víctimas del desempleo.

Bruscamente se abrió paso entre la multitud y subió a la plataforma. Ignorando la indignación de los funcionarios, a los que también había arrojado a un lado, interpeló a la multitud apretujada.

Su voz retumbó estentórea en la plaza.

—¡Hombres de Tansiann! Os dan grano, la dádiva de la tierra. ¿Pero por qué os falta?

Si tuvierais una parcela propia, nadie tendría que alimentaros gratis. Sois ciudadanos de un imperio que os llama amos de la Tierra, pero no tenéis derecho a un metro cuadrado de suelo. Tomad vuestro grano, pues, y vivid la vida de los desposeídos.

El discurso fue recibido con miradas silenciosas y perplejas. Jasperodus se volvió, se alejó de los azorados funcionarios, descendió de la plataforma y se alejó de la plaza. Sus palabras habían sido demasiado abstractas, comprendió. Necesitaría argumentos más crudos para conmover a los ciudadanos de Subuh.

Pero ahora se acercaba a una zona donde la abstracción no era una extrañeza. Cerca del corazón de Subuh había una zona pequeña, limitada por la calle Bishi de un lado y por el Tan del otro, que tradicionalmente pertenecía a los robots. Una máquina podía entrar aquí sin temor a encontrar un sólo ser humano, ni siquiera un descartado. De hecho, se sabía de muchos descartados que tras entrar allí inadecuadamente, se habían suicidado al descubrir que los despreciaban.

Al menos la zona robot era algo menos caótica que el resto de Subuh. Al contrario de los proletarios humanos, los robots eran capaces de organizar la limpieza de las calles. Al parecer, los robots que dejaban de funcionar eran desplazados (tal vez para añadirlos a la pila que había visto antes, pensó Jasperodus) y sólo vio una o dos máquinas temblorosas a las que nadie prestaba atención.

Pero el lugar estaba igualmente atestado, pese a la alta tasa de disfunción sugerida por el estado lamentable de muchas máquinas. Tal vez las pérdidas por desactivación eran compensadas por un aumento constante de la población del área. Esto de por sí indicaba un incremento general del crimen en la ciudad, pues casi siempre un robot quedaba libre porque después que lo robaban se escabullía de sus captores.

—¡Jasperodus!

Se volvió al oír que le llamaban, y se encontró con un viejo conocido. Modelo V, más deslucido y mellado, se acercó con un paso que a Jasperodus le pareció ligeramente excéntrico.

—Tus balancines necesitan atención —señaló a modo de saludo.

Modelo V rió con embarazo.

Ya sabes que la maquinaria se deteriora con la edad. No pretenderás encontrarme siempre en buenas condiciones... ¡Pero qué gusto verte! He seguido tu carrera en la corte con gran interés, guiándome por la limitada información que dan los diarios. Pero hace años que no te mencionan... A menudo me he preguntado qué sería de ti.

—Como ves, he renunciado a mi carrera pública. Decidí regresar a mi vieja morada —dijo Jasperodus—. Cuéntame las novedades.

Caminaron juntos, pero en vez de proporcionarle la información solicitada, Modelo V presentó a Jasperodus una descripción de una compleja y abstrusa teoría numérica que estaba elaborando. Al evocar su música, su pintura, las perspectivas de creatividad que tenía delante, Jasperodus juzgó áridas y triviales las preocupaciones de Modelo V.

Poco después llegaron al centro del distrito robot: un edificio amplio de techos bajos conocido como la Sala Común. Modelo V sugirió entrar; era el lugar de reunión de todos los robots de Subuh. Bajo las vigas de madera arengaban, discutían y gozaban de descargas eléctricas estimuladoras. Había bancos y sillas desperdigados sin mayor orden. El intenso rumor de la conversación colmaba el aire.

Modelo V anunció a Jasperodus con una reverencia.

Varios robots a los que Jasperodus recordaba de sus viejos tiempos se adelantaron para observarle con curiosidad, como si no creyeran lo que veían.

—¡Jasperodus! —gritó uno—. ¿De veras eres tú?

Para su placer, Jasperodus fue recibido como una celebridad y se transformó en centro de atención. Le condujeron a un sitio de honor, una silla de respaldo alto, adornada con cabezas de leones talladas en los brazos.

—Estábamos por iniciar un debate acerca de la naturaleza de la infinitud —dijo un robot—, y de si el tiempo es realmente una serie sucesiva. ¿Te gustaría participar?

—Gracias —repuso Jasperodus—, pero no estoy de ánimos.

Modelo V se le aproximó.

—Hace mucho que eres un héroe para nosotros, los robots libres —le informó—. ¡Que una máquina ascienda tanto en el gobierno...! En Subuh eres famoso.

—Sed prudentes —advirtió Jasperodus a todos—. Si mi presencia aquí se hace

notar demasiado fuera de Subuh, la guardia de la ciudad rebuscará cada rincón del distrito hasta encontrarme. Ahora soy un renegado.

Un murmullo de excitación saludó sus palabras. Un robot alto y delgado se acercó.

—En un tiempo yo encabezaba el comité que deseaba proponerte como líder de los robots errantes, si no hubieras desaparecido tan repentinamente.

—Aquí estoy. He regresado para ser vuestro líder —dijo Jasperodus sin rodeos—. ¿No estáis cansados de vivir como animales, sin derechos?

Ahora estaba provocando cierto asombro, y aun consternación, entre los presentes.

—¿Qué sugieres? —preguntó uno.

—No sugiero nada. Llegado el momento, mandaré.

Los robots se le apiñaron alrededor. Jasperodus fue presentado a los más destacados entre aquellos que todavía no conocía. Uno de ellos, de modales gráciles y ojos profundos y pensativos, le formuló una pregunta mordaz. Se llamaba (pues a veces los apodos de los robots son extraños y sugestivos) Belladonna.

—Te interesas en actividades que trascienden las restricciones de la ley. Francamente, ¿qué tenemos que ganar? Por ellos mismos, los robots no pueden ganar demasiado. En la actualidad, la sola existencia de nuestro pequeño distrito es un ejemplo cabal de tolerancia humana, en mi opinión, pues si los hombres decidieran irrumpir aquí no podríamos detenerlos.

Un generador de estímulos neurales fue arrojado delante de Jasperodus.

—¿Un chispazo, líder?

Aceptó tres descargas seguidas. Ya tibio y con suficiente estímulo, se volvió para responder a Belladonna.

—La razón es la siguiente. Cualquier mendigo te dirá que recibe sus limosnas de los pobres..., rara vez de los ricos, pues sólo los pobres entienden la pobreza. Lo mismo ocurre con vosotros. La gente de Subuh respeta vuestro pequeño refugio porque se compadece de vosotros, tal como cuando arroja sus monedas a un mendigo. Además, muchos de ellos son demasiado ignorantes para comprender cabalmente que los robots no son humanos, y los tratan con más ecuanimidad de la que se propusieron los fabricantes. Trata de establecer un barrio robot en un distrito mejor, como Tenure o Elan, y veremos qué ocurre...

Pronto se cansó de responder preguntas y pidió todos los diarios que pudieran conseguirle. Ignoró por un tiempo el bullicio de alrededor, sumido en la lectura, pero mantuvo cerca a Modelo V y un par de los demás para llenar las lagunas de información.

Todo sucedía tal como había previsto. Las perspectivas del Imperio volvían a ser precarias. Alentado por el éxito de la segunda expedición a Marte, Charrane había procurado emprender proyectos interplanetarios mucho más costosos, entre los que se incluía la fundación de pequeñas colonias en los satélites de Júpiter. No había atinado

a comprender que esas extravagancias debían esperar una mayor expansión y consolidación en la Tierra.

Las noticias locales eran alarmantes. La política cortesana se había vuelto corrosiva y corrupta. Desde luego, los periódicos no lo expresaban tan explícitamente, pero con sus conocimientos del problema Jasperodus pudo deducirlo de inmediato. Entretanto el malestar social proliferaba. Los barrios pobres se habían extendido más allá de Subuh y ya abarcaban una buena parte de la ciudad. Por el momento todo estaba tranquilo, pero Jasperodus advirtió que si surgía un líder no tendría más que bajar una palanca para desatar una energía tal vez insospechada por los políticos egocéntricos que rodeaban a Charrane.

Más perturbadora era la situación militar. Las mayores divisiones de los ejércitos imperiales estaban en el norte, cerca de las fronteras de la Alianza de Borgor, que ahora había recobrado sus fuerzas. Custodiaban una estructura que se iba deteriorando progresivamente, y no podían sostenerla, agobiadas por las costosas operaciones en el espacio exterior. Para colmo, era muy probable que el enemigo que enfrentaban los superara en número. Jasperodus se enfureció al ver que tantos desvelos para salvar el Imperio habían sido inútiles por culpa de la ineptitud de otros.

Pude haber evitado todo esto, pensó. Pero ya que las cosas son así, Charrane, veamos si puedo esgrimir las en tu contra...

Evocó los lejanos días de Okrum. Recordó qué fácil era ser rey. Cuánto más fácil sería ahora, entre parias y robots... Reflexionó acerca de las posibles estrategias. Finalmente se levantó.

—Tendremos un debate, después de todo —tronó—. El tema del debate será... la libertad —echó un vistazo alrededor—. Dejadme hablar primero...

—Suenan peligrosos, Jasperodus. No me gusta nada —Cree Inwing miró ceñudamente por la ventana de su habitación, en el edificio cercano al distrito robot donde Jasperodus lo había instalado.

Jasperodus rió ligeramente.

—No eres el único. Tampoco fue fácil persuadir a esos robots. Pero una vez que se propongan esa meta, se entregarán totalmente a ella, tal es la naturaleza de las máquinas.

—Pues yo no soy una máquina —exclamó Cree con irritación—. Y no me propongo metas si no tengo una buena razón. En este caso no veo ninguna. ¿Por qué no dejas las cosas como están?

—Comprendo tus dudas. Has servido fielmente al Imperio durante muchos años, y ahora te ves implicado en una traición. Va contra tu temperamento. Pero has servido al Imperio no menos fielmente que yo —Jasperodus elevó ligeramente la voz—. ¿Cómo me han pagado esa fidelidad?

—Para ti es más fácil, menos pesado —gruñó Cree—. Tú, como robot, no te debes a un juramento de lealtad como el que yo debí jurar.

—¿Y cuál es la diferencia? Los actos, no las palabras, son la prueba de las

intenciones. Además, ¿por qué culparme a mí de lo que ocurre? Este Imperio se desmoronará por sí solo. No hago más que patear los pilares de un edificio podrido en sus cimientos. Al margen de los robots, lo que realmente me preocupa es el descontento humano. Pregúntale a esa chusma que un buen día descubrirá sus fuerzas.

—Y se dedicará al pillaje, a la destrucción, al asesinato —dijo melancólicamente Cree—. Se parece más a ti que esas pobres máquinas.

—¿Por qué? —Jasperodus de pronto demostró indignación—. El estado les está dando pan. ¡Yo les prometo tierra! ¡Ése es el señuelo que los preparará para la lucha!

Este alarde sólo arrancó de Inwing un gruñido de desdén.

—¡La mayor parte imagina que como recompensa por participar en la rebelión recibirá una propiedad valiosa que después le permitirá vivir de rentas! Sabes muy bien que no es esa tu intención. Te aprovechas de la ignorancia de ellos.

Jasperodus volvió a reír, conciliador.

—No obstante puede ser un modo de dar nuevo impulso al Imperio —sugirió.

—No trates de engañarme a mí con tus argumentos subversivos —replicó airadamente Inwing—. Tus propósitos son absolutamente destructivos, y lo sabes tan bien como yo.

Ante todo, la rebelión no puede triunfar; simplemente sembrará el caos por un tiempo, pues no hay grupos armados con suficiente fuerza como para reprimirla. Luego irrumpirán en la ciudad las fuerzas imperiales, y todos los que hayan cometido la tontería de seguirte serán aniquilados, robots o personas. Tú y yo lo sabemos. Pero a ti no te importa..., ¿verdad? Sólo quieres demostrar al emperador que no puede maltratarte impunemente.

Es vergonzoso.

Jasperodus renunció al ánimo burlón con que había tratado de encubrir sus sentimientos y dejó aflorar su amargura.

—Quizá te equivocas —dijo adustamente, desviando el rostro—. Antes realicé cosas asombrosas...

—Esta vez no cuentes conmigo. Me voy. Quizá regrese al oeste —Inwing parecía tremendamente avejentado.

Obstinado, Jasperodus se dirigió a la puerta con la cabeza gacha y un destello sombrío en los ojos.

—¿Qué importa? —farfulló—. ¿No tengo derecho a resarcirme, acaso? En cuanto a ti, no irás a ninguna parte. Tu cabeza tiene un precio; he puesto un guardia en esta casa y permanecerás aquí hasta que yo disponga otra cosa, es por tu propio bien.

—¿O porque temes que te delate? —dijo ácidamente Inwing.

Sin mirar atrás, Jasperodus se marchó.

Llegó el momento que Jasperodus consideraba una oportunidad favorable; no había fuerzas militares numerosas en las cercanías de la capital. La guardia de la ciudad estaba debilitada. Más aún, el emperador estaba ausente, en un viaje de

inspección por los territorios marcianos.

Jasperodus y sus colaboradores habían estado preparando la revuelta durante meses.

Una mañana soleada Jasperodus dio la orden. Un improvisado ejército de robots, descartados y miserables se congregó en las calles de Subuh y avanzó hacia la ciudad.

Una hora más tarde, cuando la guardia se puso alerta, contingentes de otros barrios se levantaron para entrar en combate.

Los rebeldes empuñaban armas de fuego, lanzarrayos, picas, espadas y garrotes.

Junto a cada robot, Jasperodus había puesto un humano acompañante para asegurarse de la fidelidad, por si el enemigo le impartía contraórdenes. Por lo demás, la organización era fragmentaria salvo por un pequeño regimiento que rodeaba a Jasperodus, humanos con uniformes cortos compuestos de casacas y birretes grises.

Su lugarteniente era un hombre conocido como Arcturus, que a su modo también era un líder. Producto de su ambiente, tenía un cuerpo de gran potencial, pero era esmirriado: la desnutrición infantil le había ablandado las facciones. Hombre de rara inteligencia en Subuh, era uno de los pocos que había comprendido la teoría sugerida por Jasperodus cuando hablaba de propiedad comunitaria. Sin embargo, sus propias ideas eran más radicales. Suscribía una oscura doctrina que Jasperodus no comprendía del todo, según la cual todo debía ser una posesión en común, y una autoridad central debía dirigir, organizar y planificar el trabajo.

Hacia la tarde ya ardían varios sectores de Tansiann. Volutas de humo rodaban sobre la ciudad, y en todas partes se oían estrepitosos clamores. Tal como Jasperodus previó, una gran masa de gente no enterada de sus planes se había unido al tumulto, ya por divertirse y escapar de una rutina tediosa o por dedicarse al saqueo. La violencia indiscriminada del populacho ya asolaba varios distritos. Algunos integrantes de la guardia, después de presenciar el fin de algunos camaradas y comprendiendo lo que les esperaba, habían optado por quitarse los uniformes.

Pero no todo fue sencillo. Los suburbios de la clase media y alta demostraron una sorprendente capacidad de reacción pronta ante una emergencia. Tenure, Elan y otros se habían convertido en eficaces campamentos armados que rechazaron las primeras oleadas de invasores andrajosos y no parecían dispuestos a ceder.

Al caer la noche los insurgentes tomaron el palacio. Aquí la pelea fue más cruenta, pues aunque el palacio no había sido concebido como fortaleza los guardias resistieron denodadamente; estaban mejor entrenados. De modo que cuatro horas más tarde sólo la mitad del vasto edificio estaba en manos de los rebeldes. Pero Jasperodus siguió adelante con el ataque, resuelto a hacer notar y sentir su presencia por los cortesanos y notables que lo habían dado por muerto. Finalmente, alrededor de medianoche, los estampidos de las armas cesaron y una turba abigarrada irrumpió maravillada en los intrincados parques y terrazas, aposentos y salones cuya imponencia y lujo jamás habían conocido.

Entre muchos otros prisioneros fue capturado Ax Oleander. El impopular visir, al

que hallaron acurrucado en un armario, habría sido linchado si el mismo Jasperodus no hubiera intervenido para que lo encarcelaran en las mazmorras. Más tarde Jasperodus se divertía investigando en sus documentos privados, donde descubrió papeles que revelaban ciertos contactos dudosos con el gobierno de Borgor. El taimado visir se proponía sobrevivir aun si el Imperio caía en manos de sus viejos enemigos.

Disipadas momentáneamente las tensiones de la batalla, dieron comienzo bulliciosas celebraciones.

Jasperodus subió a una torre y pasó un tiempo solo, observando las llamas que brincaban aquí y allá en la oscuridad.

Al día siguiente, acompañado por Arcturus y algunos otros miembros de su regimiento, se dispuso a imponer cierto orden en el caos que había creado. La mayor parte de los comandantes no estaba a la vista; el improvisado ejército se dedicaba a gozar del fruto de su victoria parcial y olvidaba la disciplina. Aun así, Jasperodus logró reconstruir al vapuleado servicio de incendios añadiendo más hombres para que trabajaran de bomberos. Cuanto antes pudiera reparar los daños ocasionados, más fácil sería ganar la confianza de la generalidad de los ciudadanos.

A mitad de mañana, en Condra, un distrito de clase media, un robot se le acercó apresuradamente con un equipo portátil de video conectado a una cabina pública cercana por un cable y un tambor. Se había planeado utilizar de este modo la red de video de Tansiann, pero hasta el momento nadie parecía haber sentido la necesidad de comunicarse. Tomó el equipo y la diminuta pantalla monocroma le mostró el rostro tosco de un robot inferior al que, tras pensar un momento, identificó como Cincel.

—¿Qué ocurre? —exclamó—. ¿Pertenece a la custodia, verdad?

Cincel agitó la cabeza. Mostraba una gran tensión.

—¡Hubo un ataque, señor! Vinieron hombres a la casa en busca del mayor Inwing, al que intentaban asesinar.

—¿Qué sucedió?

El robot se puso a farfullar incoherencias. Jasperodus lo calmó y le hizo narrar lo ocurrido.

Los asesinos conocían su oficio. Pese a la custodia de humanos y robots, habían irrumpido en la casa y atacado por sorpresa; dos de ellos lograron meterse en la habitación de Inwing, y le hirieron antes que Rovise, el capitán de la custodia, los despachara a ambos. Rovise había actuado bien. Sólo él, Cincel y otro robot llamado Remendón quedaron para defender a la víctima del ataque. Rovise había ordenado que bajaran al inconsciente Inwing por la ventana y se lo llevaran por la parte trasera de la casa mientras él mantenía a raya a los atacantes.

—Describeme las heridas —ordenó Jasperodus.

—Una bala le dio en la cabeza. No creo que haya dañado el cerebro. Inwing está vivo, pero inconsciente.

—¿Quién está con él?

—Sólo yo y Remendón, que aun es menos inteligente que yo. ¡Dime qué hacer, señor!

Jasperodus recordó con un escalofrío que cuando todavía estaba en la corte de Charrane había dispuesto medidas de emergencia para el caso de una revuelta. Estas medidas incluían grupos de choque bien entrenados para asesinar traidores y jefes rebeldes. Obviamente eran estos grupos los que estaban operando, y Cree era uno de los blancos. Sus delitos en vísperas de su desaparición sin duda habían sido relacionados con la reaparición de Jasperodus, lo cual era suficiente para identificarlo con la rebelión.

Jasperodus se maldijo a si mismo. Una vez en la pista los asesinos estaban bien entrenados para no perder el rastro y además, era gente dedicada. Terminarían por encontrarlo, si no le daba pronto auxilio.

Y lo peor de todo era que Cincel, bien lo recordaba, carecía de inteligencia suficiente para controlar la situación. Él y su colaborador pertenecían a un tipo rudimentario de robot androforme que generalmente actuaba sólo bajo supervisión. Por ejemplo, habían huido irreflexivamente con Inwing en una dirección que los alejaba del distrito robot, cuando era en esa misma zona que podían haber hallado protección.

—¡Dame órdenes, señor! —suplicó Cincel—. Rovise no nos dejó más instrucciones, y lo más probable es que ya haya muerto.

Jasperodus comprendió que era necesario instruir a Cincel de la manera más simple e inequívoca. La situación era precaria. Los robots eran muy capaces de olvidar el verdadero propósito de la misión, o de interpretarla de otro modo.

—Debéis evitar que los asesinos maten al mayor Inwing, utilizando cualquier medio que esté a vuestro alcance —dijo con su voz más severa y autoritaria—. Ése es el objetivo fundamental, el que debe acaparar toda vuestra atención, permanentemente y sin distracciones. ¿Comprendido?

Cincel cabeceó febrilmente.

—Comprendido. Evitar que los asesinos maten al mayor Inwing... A cualquier costo.

Comprendido. ¡Obedecemos!

—Bien. Ahora dime exactamente dónde estás, y enseguida estaré contigo.

Pero antes que Cincel pudiera responder se oyó una explosión y la pantalla se pobló de ondas y la imagen se desvaneció. Jasperodus observó que las líneas de comunicación habían sido voladas por proyectiles de mortero.

Más proyectiles cayeron zumbando desde el cielo. Las esquirlas le golpearon el torso.

Gritos roncOS y alaridos se mezclaron con las detonaciones sordas y breves.

El bombardeo terminó. Los sobrevivientes se levantaron del camino. Arcturus maldijo mientras se examinaba el brazo. Los bomberos habían huido, dejaron abandonados el equipo y varias casas en llamas.

Jasperodus agitó los brazos.

—¡A cubrirse! —vociferó—. ¡A las casas!

Ayudó a trasladar heridos hasta una de las casas desiertas. Los depositaron en una sala profusamente alfombrada. Uno empezó a gemir con voz hueca e ininteligible.

Arcturus se volvió a Jasperodus tras examinar a los heridos.

—Dos de estos hombres necesitan atención médica inmediata. ¿Qué crees que ocurre?

Jasperodus meneó la cabeza. Se acercó a la puerta y miró afuera cautelosamente. Vio hombres con uniforme imperial en el extremo de la calle. Las tropas se detuvieron como buscando sobrevivientes, luego reanudaron la marcha.

En cuanto se fueron, Jasperodus tomó un puñado de hombres para hacer un reconocimiento. Recorrieron las calles pegados a las paredes de los edificios. Sólo veían ciudadanos asustados que se apresuraban a ocultarse en cuanto se topaban con gente armada.

Una figura corpulenta se les acercó tambaleante, con una botella en una mano y una ametralladora en la otra. Era el comandante de uno de los batallones de Jasperodus.

—¿Alguna novedad? —preguntó Jasperodus al desmañado rebelde.

—Hay tropas imperiales en la ciudad. Llegaron esta mañana de Axlea..., a sólo sesenta kilómetros.

—¿Cuántos hombres?

—Por lo menos cuatro mil, diría yo. Avanzan rápidamente. Pronto llegarán al palacio.

—¿Y dónde están tus hombres?

—No sé. Borrachos. Con mujeres.

Jasperodus gruñó disgustado. El hombre era inútil. Al menos podía contar con los robots y los descartados, pensó.

No estaba enterado de que hubiera tropas en Axlea. Tal vez habían sido acuarteladas allí transitoriamente. De todas maneras, la situación no era insalvable. Podía dominarla, siempre que despertara a su andrajoso ejército del sopor. ¿Pero Inwing?

Una desacostumbrada ansiedad conmovió a Jasperodus.

—Avanzaremos hacia Subuh y recogeremos lo que podamos en el trayecto.

En la primera cabina de video que encontró llamó al cuartel general del distrito y ordenó que salieran en busca de Inwing. También llamó a la central de comunicaciones para informar a los operadores dónde se encontraba y en qué dirección avanzaba.

Posiblemente Cincel tratara de establecer contacto.

Apenas media hora después su esperanza se cumplió. El tonto robot temblaba por el peso de una responsabilidad excesiva cuando asomó por la pantalla.

—¿Bien? —exclamó Jasperodus—. ¿Cómo está Inwing? Dime dónde estás...

—Estamos en el norte de Subuh, señor. En camino del Monje. Hemos llevado a Inwing tan rápido como pudimos. Pero no ha servido de nada. Todavía sigue inconsciente.

Tanto el peculiar razonamiento de Cincel como sus medidas exasperaron a Jasperodus. Era un milagro que los asesinos no les sorprendieran a él y Remendón llevando abiertamente a Inwing por las calles.

Y para colmo un segmento de las tropas de refuerzo de Axlea se interponía ahora entre Jasperodus y el norte de Subuh; las tropas imperiales habían intentado dividir la ciudad separando un distrito del otro. Además, al enfilar irreflexivamente hacia el norte Cincel había interpuesto a los asesinos entre él y el sur de Subuh, con lo cual tampoco podía recibir ayuda de esta zona.

—¿Inwing está contigo? —preguntó Jasperodus.

—Está en un callejón, acompañado por Remendón.

—¿Y estás armado?

Cincel mostró una ametralladora.

—Yo tengo esto. Remendón está igualmente equipado. Jasperodus habló luego con lentitud y determinación.

—Escúchame atentamente, Cincel. Esto es lo más importante que jamás te haya ocurrido. Un grupo de choque está dispuesto a asesinar al mayor Inwing, y tú eres el único que puede evitarlo. ¿Entiendes?

—Si, señor. Pero soy incapaz de iniciativa, no tengo cerebro para planear una estrategia.

Jasperodus desechó las quejas con un gesto.

—Aun los robots pueden hacer esfuerzos. Debes intentarlo; utiliza tus capacidades mentales para elaborar un modo de frustrar a los asesinos. Hasta tú puedes pensar, Cincel. Dependo de ti.

La cabeza de Cincel tembló aún más y su angustia y consternación se hicieron casi palpables.

—Haré cuanto pueda. No fallaremos. ¡Lo juro! Confía en mí.

—Bien. Ahora lo primero que tienes que hacer es poner a Inwing a cubierto. Allí fuera es muy vulnerable. Busca un cuarto en un edificio resistente. Un cuarto pequeño y sin ventanas, con una sola puerta, para que sea fácil defenderlo. En cuanto os hayáis instalado en ese cuarto, llámame de nuevo a través de la central de comunicaciones.

Cincel escuchó las instrucciones con mucha atención. De pronto se puso rígido.

—Acaba de pasar un hombre al que conozco. ¡Es uno de los asesinos!

—No te alarmes —aconsejó Jasperodus—. Si se aleja del lugar donde está Inwing, déjalo pasar. Si se dirige al callejón...

—¡Se dirige al callejón!

—¡No dejes que se acerque al mayor! —urgió Jasperodus—. ¡Mátalo!

Cincel se volvió y salió de la cabina. El equipo se apagó automáticamente y la

pantalla de Jasperodus quedó blanca. Esperó unos minutos pero Cincel no regresó.

Se preguntó si habría tomado todas las precauciones necesarias para que Cincel considerara la supervivencia de Inwing su meta principal.

Luego pensó cómo atravesar el cordón que lo separaba del norte de Subuh.

—Ésta no es manera de salvar la ciudad —refunfuñó Arcturus—. ¿Qué se supone que debemos hacer?

Jasperodus caviló. Había reunido unos cien hombres y se acurrucaban en una arcada bajo un puente de ferrocarril que conducía al Oeste de la ciudad. A lo lejos se oían los estampidos de rifle. Dos hombres se acercaron con un vehículo motorizado capturado en una emboscada a una patrulla imperial.

—Tengo una misión privada —confesó Jasperodus—. Es probable que pueda realizarla solo. Si prefieres, puedes hacerte cargo de las operaciones y encararlas como te plazca hasta mi regreso.

Arcturus accedió, algo disgustado por esta actitud, pero sin hacer preguntas.

—Seguiremos rumbo al palacio y trataremos de coordinar un poco las operaciones —dijo.

En ese momento reapareció el robot con el equipo de campaña, conectado a la cabina de una calle cercana. Cincel encaró nuevamente a Jasperodus.

Esta vez no le temblaba la cabeza, su voz irradiaba confianza en sí mismo.

—¡Éxito, Jasperodus! ¡Nuestra meta está conseguida! ¡Es imposible que los asesinos maten al mayor Inwing!

Una sensación de alivio inundó a Jasperodus.

—¡Has cumplido mis instrucciones...!

—En efecto. Un cuarto sin ventanas y con una sola puerta. Remendón se encuentra allí. Hallar el cuarto implicó muchas decisiones dificultosas. Derrumbar puertas, discutir con propietarios... Pero luego, mediante una aplicación vigorosa de una cerebración intensa, pudimos cumplir todas las condiciones que estipulaste.

—¿Cuál es la dirección? —interrumpió Jasperodus.

—La casa está en el extremo norte de la calle Monje, la segunda después de la esquina con la calle Abadía, y está apartada del camino. Estamos en el tercer piso al fondo.

—Entonces estoy apenas a dos kilómetros, creo. Espero llegar allí en unos minutos —devolvió el equipo al robot.

Partió en el vehículo motorizado y protegido con un blindaje contra las balas. Se preguntaba si podría encontrar un médico para Cree en la vecindad. Revisó su armamento: un lanzarrayos de tubos. El vehículo funcionaba a vapor, con una pequeña caja de combustión rápida activada por tabletas preparadas con un compuesto vegetal.

Empujó la palanca que descargaba las tabletas y el vehículo arrancó. Se alejó de la arcada.

Después de doblar la esquina se dirigió hacia la avenida que separaba los

distritos.

Las tropas imperiales habían apostado tiradores en todas las intersecciones principales y en algunas menores, y así habían logrado un eficaz fuego cruzado. La ventaja de Jasperodus consistía en que no siempre reconocían que era un robot y rara vez utilizaban los lanzarrayos, única arma capaz de destruirlo. Aceleró por las calles que lo separaban del norte de Subuh; las balas tamborileaban contra el blindaje y ocasionalmente le rebotaban en el cuerpo, pero él se aferraba al volante y no se detenía. Una vez un rayo hendió el flanco del camión, quemó el blindaje y siseó a espaldas de Jasperodus, pero no lo tocó. Finalmente advirtió que los disparos habían cesado; había atravesado el cordón, estaba en Subuh.

La casa era como la había descrito Cincel. La hilera de inquilinatos estaba interrumpida en ese lugar y el edificio se erguía aislado, lejos de la calle. Después tenía el aspecto destartado de costumbre; las paredes estaban sucias y rajadas, muchas de las ventanas estaban rotas. La puerta del frente había sido derribada, presumiblemente por Cincel y Remendón. Jasperodus avanzó cautelosamente por un pasillo a oscuras, y subió unas escaleras angostas. Para su asombro, los robots habían elegido bien. La casa ofrecía una buena posición defensiva con sus ángulos abruptos, sus sinuosidades y pasajes estrechos.

En el tercer piso encontró una puerta en el extremo de un pasadizo corto que daba al fondo de la casa. Llamó.

—¿Quién es? —gritó desde dentro la voz crispada de Cincel—. ¡Ningún extraño puede entrar! ¡Fuera de aquí o abrimos fuego!

—Soy yo, Jasperodus.

—¡Jasperodus, nuestro comandante! ¡Tú sí puedes entrar! —se oyó que corrían muebles detrás de la puerta, luego un ruido de llaves, y al fin abrieron.

—Todo es tal como dije —exclamó Cincel, exultante—. Es absolutamente imposible que los asesinos maten al mayor Inwing —hizo un gesto ostentoso—. Mira... ¡Lo hemos matado nosotros mismos! ¿Cómo podrán hacerlo ellos?

Jasperodus entró en el cuarto sórdido y desvencijado y observó espantado la escena que tenía ante los ojos. En un jergón ensangrentado contra la pared opuesta yacía el cadáver de Cree Inwing, el cráneo aplastado y triturado con un instrumento filoso. Cerca de él estaba Remendón, el robot zapatero, los ojos rojos y opacos fijos pasivamente en Jasperodus y una ametralladora colgada torpemente de las manos.

—¡Una estrategia perfecta para frustrar los deseos de los asesinos que persiguen al mayor! —declaró Cincel vanagloriándose de su hazaña.

Jasperodus, petrificado, miró de hito en hito a ambos robots. Allí estaba la básica e insalvable imbecilidad de la máquina, puesta de relieve como una visión pesadillesca. Con un rugido de furor se arrojó sobre Cincel, que retrocedió sorprendido. Jasperodus lo aplastó contra la pared y lo golpeó una y otra vez con el puño de acero. Cincel, como Remendón, era más pequeño que Jasperodus y no tan resistente; el frágil laminado del cuerpo se le aflojó y resquebrajó y pequeños

componentes se esparcieron en el suelo, arrancados por los manotazos violentos de Jasperodus. En un arrebató final de exasperación Jasperodus le descargó un puñetazo que cayó como un martillo en la cabeza del pobre robot, que se derrumbó en el suelo con el cráneo aplastado.

Jasperodus se abalanzó sobre Remendón, que había permanecido inmóvil y callado mientras destruían al compañero.

—¿Tú también has participado en esto?

—Discutimos juntos maneras y medios de evitar que los asesinos cumplieran con su objetivo, hasta que finalmente a Cincel se le ocurrió esa idea, que le pareció una ocurrencia genial.

—Hay algunos humanos aún más estúpidos que vosotros —dijo Jasperodus con voz estrangulada—, ¡pero ni ellos habrían cometido un error tan increíble!

—No puedo opinar al respecto. Durante cuarenta años he arreglado botas y zapatos junto a mi amo y luego junto a su hijo, mi segundo amo. Ése es mi oficio: jamás me enseñaron cuándo matar y cuándo no. Cuando murió el hijo de mi amo quedé solo y me uní a los robots errantes, aunque, con franqueza, preferiría estar con él otra vez, trabajando hasta el fin. Sé hacer un buen par de botas, señor.

Jasperodus aferró a Remendón, lo arrastró fuera del cuarto y lo condujo hasta el primer tramo de escaleras, donde lo levantó en vilo y lo tiró por encima de la baranda. El robot se estrelló ruidosamente contra el suelo de la planta baja. Cuando un minuto más tarde Jasperodus pasó al lado, el cuerpo aún se estremecía débilmente en actos reflejos.

Aturdido, Jasperodus abordó el vehículo y se dirigió al sur después de pasar entre grupos desorganizados de guerrilleros. Pronto llegó al distrito robot. En el cuartel general lo recibió Belladonna, que no había participado en la lucha pero se había designado a sí mismo Director de Investigaciones Políticas.

—Me alegra verte, Jasperodus. ¿Todo bien, supongo? Aunque he sabido que se ha reiniciado la lucha en Tansiann. Espero que pronto dominemos de nuevo la situación.

Jasperodus asintió con un gesto fatigado. Aquí todo parecía tranquilo. El panel de video que había hecho instalar funcionaba atendido por los operadores, pero nadie llamaba pues el centro de comunicaciones se había trasladado al palacio.

—Me gustaría que vieras algo —dijo Belladonna—, si no te molesta venir a mis instalaciones —extendió el brazo en un gesto invitante.

Jasperodus le siguió por el pasaje cubierto que conducía a los edificios que Belladonna se había apropiado para él y su equipo.

—He reflexionado mucho acerca de las deficiencias que los seres humanos implantaron en los robots, sin duda en concordia con nuestra condición inicial de máquinas esclavas —explicó Belladonna mientras caminaban—. Con el advenimiento de la revuelta robot ya no hay motivo para que sigamos sufriendo estas privaciones. Tú, Jasperodus, has demostrado que los robots son capaces de cierta libertad de albedrío, lo cual ha sido una inspiración para todos nosotros. Otra facultad

útil que los amos nos habían vedado hasta el momento era la expresión facial, que indudablemente es un valioso medio de comunicación entre los individuos. Por lo tanto hemos realizado algún trabajo en ese campo.

Abrió una puerta y entraron en el centro de investigación, un largo pasadizo flanqueado por puertas de acero pintadas de blanco, cada cual con un número.

—Habría sido posible simular el rostro humano utilizando una vaina gomosa activada por un sistema muscular —continuó Belladonna—, pero hemos rechazado esa opción porque nos parecía un servilismo mimético. Lo que hace falta es un rostro típicamente robot.

Abrió la puerta número cuatro. Adentro, una media docena de robots estaba de pie hablando o mirándose en espejos. Jasperodus observó que sus rostros ensayaban curiosos visajes maquinales. Cada robot había sido provisto de una nueva cara que incorporaba, en la zona de la boca y las mejillas, ranuras y pestañas capaces de movimientos sencillos y coordinados. Esto permitía imitar un número limitado de expresiones humanas.

—¡Atención! —ladró Belladonna—. Nuestro líder desea una demostración.

Los robots se apresuraron a formar una fila y exhibieron concertadamente su repertorio gestual; sonreían, torcían la boca, arrugaban el ceño, lucían cómicamente severos.

Cuatro expresiones en total, cada una de ellas rígida e invariable, grotesca por lo inverosímil, con transiciones repentinas y bruscas.

—¿Progresas vuestra conversación? —preguntó Belladonna, obviamente complacido con el espectáculo.

—En verdad, no demasiado —respondió con tono de disculpas el jefe del equipo—. Aún nos parece que la comunicación verbal va mucho más lejos de lo que se le puede añadir mediante las contorsiones faciales.

—Sin duda se solucionará con la práctica —repuso con optimismo Belladonna—. Sigamos adelante, Jasperodus.

Regresaron al pasadizo.

—Ahora quiero mostrarte un proyecto absolutamente secreto —le confió Belladonna—. Algo de aplicación militar. Tenemos la fortuna de contar con excelentes químicos.

La puerta nueve daba a un laboratorio bien equipado. Varios robots trabajaban concentradamente con redomas, tubos y quemadores. Frascos y cajas etiquetadas llenaban los anaqueles que cubrían las paredes.

Belladonna se aproximó al banco principal y mostró a Jasperodus una compleja maraña de retortas y espirales de donde un líquido verde oscuro goteaba lentamente en recipientes metálicos de cierre hermético. Miró de soslayo a Jasperodus.

—Cabe esperar que el conflicto actual termine por desembocar en una guerra entre hombres y máquinas antes que podamos alcanzar nuestra meta real, o sea la fundación de una república robot. En esa lucha este arma resultará valiosísima. Es un

gas venenoso que resulta letal para los humanos pero inocuo, por supuesto, para los robots —recogió uno de los recipientes metálicos de una bandeja y apretó un botón de la parte superior—. ¡Mira!

Una espesa niebla verde brotó de un pico y formó nubes arremolinadas que se dispersaron rápidamente por el laboratorio.

—¡Para un ser humano este vapor es instantáneamente fatal!

Belladonna debía de tener un olfato muy pobre. El gas despedía un hedor intenso que repugnó a Jasperodus.

—¡Muerte! —jadeó, desviando el rostro en un grito de horror—. ¡El olor de la muerte!

Arrojó al suelo el recipiente que siseaba en la mano de Belladonna, luego atacó el complejo conjunto de tubos experimentales. A golpes lo hizo añicos.

—Detened la producción de este olor maligno —ordenó, encarando a los sorprendidos científicos-robot—. Destruid la fórmula, borradla de vuestra memoria. No puedo soportar el olor de la muerte.

—¿Así que piensas que deberíamos dejar pasar las provisiones? —preguntó Jasperodus.

—Desde un punto de vista humanitario parece razonable —afirmó el otro—. ¿Por qué alimentar al enemigo? —objetó Arcturus sin demasiada convicción—. Hace días que tendríamos que haber aplastado esas zonas.

Estaban dentro de la basílica. En la semana anterior Jasperodus y sus cómplices se habían adueñado nuevamente de la ciudad, pero habían dejado libres ciertas áreas opulentas cuyos residentes habían formado una defensa común. Por alguna razón imprecisa Jasperodus no sentía entusiasmo por dominarlas.

—Que tengan sus provisiones —dijo con aire distraído—. Eso suavizará su actitud para con nosotros.

El tercer interlocutor era la réplica de Jasperodus. Los robots de palacio se habían integrado sin inconvenientes al nuevo régimen, con la excepción de los pocos que eran controlados por códigos verbales secretos y se negaban a obedecer, por lo que hubo que encerrarlos en las mazmorras con los otros prisioneros. Los criados humanos eran menos voluntariosos, desde luego, pero comprendían la situación y colaboraban tanto como se podía esperar de ellos.

Jasperodus II inclinó la cabeza en señal de afirmación y se marchó para hacer los arreglos necesarios.

La noche se acercaba, la luz que penetraba por las ventanas altas se iba haciendo más tenue. El trono había sido quitado del ábside, al igual que las imágenes que antes ocultaban la plataforma (eran demasiado perturbadoras), y Jasperodus había introducido una atmósfera más democrática en la corte, si se la podía llamar así, mezclándose con sus lacayos proletarios en términos de igualdad. De acuerdo con las propuestas de Arcturus y Belladonna, era probable que se fuera a nombrar a sí mismo Primer Consejero, Primer Ciudadano o algo por el estilo, aunque en verdad ya no le preocupaba el futuro.

Atendió distraídamente un par de asuntos que le presentaron. En el crepúsculo una serie de explosiones estruendosas estallaron en el centro de Tansiann, algunas cerca del palacio. Se creyó que eran provocadas por los fieles al antiguo régimen y suscitaban gran confusión y revuelo, pero Jasperodus las ignoró por completo y siguió supervisando la disposición de los asientos para el espectáculo que había proyectado para esa noche.

Después que cayó la oscuridad hubo más explosiones y llamaradas en la capital, junto con escaramuzas esporádicas. Era obvio que los leales al Imperio se habían

reorganizado y ahora intentaban minar las posiciones de los rebeldes.

Mientras llegaban los invitados, continuamente irrumpían mensajeros con las últimas noticias, pero Jasperodus les prestaba poca atención. Había invitado —o mejor, había ordenado venir— a varios poetas, artistas y músicos más renombrados de Tansiann para una velada social acompañada por música de calidad.

También estaban presentes algunos de los habitantes más toscos de Subuh, humanos y mecánicos, que no disimulaban su presencia; la bebida y las descargas eléctricas moduladas fluían libremente. Jasperodus dedicó parte del tiempo a caminar entre los huéspedes, alentando la embriaguez y la indisciplina general, y luego se aisló para observar todo con irónico distanciamiento. Ocasionalmente las explosiones volvían, y a ellas se le agregaban ahora golpes sordos y detonaciones estridentes a lo lejos.

Belladonna se le acercó. Apestaba, excedido de estímulos neurales.

—La situación se pone fea —dijo con voz ronca.

—Sin duda estará bajo control por la mañana —Jasperodus alzó la mano, una señal para que la orquesta empezara con la pieza siguiente del programa: un elegante concierto para multicuerno del compositor Reskelt.

Desentendido de toda conversación, Jasperodus escuchó ociosamente el impecable patrón melódico de Reskelt. En pocos minutos la breve pieza terminó y los músicos se retiraron a descansar. Jasperodus echó un vistazo al salón y advirtió que un anciano canoso pero robusto cuya cara le resultaba ligeramente familiar lo observaba con interés.

Era el viejo de los acertijos, un integrante de la compañía que había actuado ante él cuando era rey de Gordona.

Al ver que le reconocía, el viejo se acercó.

—Así que no quedaste retenido en Gordona —comentó Jasperodus—. ¿Pero qué te trae aquí?

El otro rió como si le hubieran dicho una broma.

—No... Pudimos marchar en cuanto el rey Zhorm recobró el poder. Y estoy aquí porque vinimos para cumplir un contrato firmado hace varios meses, y el mayordomo nos ha solicitado que nos quedemos hasta que el emperador regrese a restaurar el orden en palacio. ¿Y tú? Veo que tus costumbres no han cambiado, pues te encuentras en una situación muy similar a cuando nos conocimos...

—Oh, he progresado bastante —respondió hurañamente Jasperodus—. He pasado de la traición a una vida al servicio de los ideales. Luego fui traicionado por el hombre en quien deposité mi confianza, y ésta es mi respuesta.

—¿Te refieres al emperador Charrane?

—Exactamente.

—Ah... —el viejo sacudió la cabeza y suspiró—. ¡Qué inútil es la venganza!

—Es lo único que nos queda cuando sentimos amenazada la propia humanidad.

—Hmm. Es obvio que tienes un talento fuera de lo común para hacer sufrir al

mundo por tus decepciones... ¿Pero por qué? ¿No es vanidad actuar tan destructivamente?

Pagar el mal con el mal nunca ha sido considerado un indicio de sabiduría.

—¿Y por qué tengo que ser sabio? —preguntó Jasperodus—. ¿Y qué es esa cháchara acerca del mal? ¿Existe otra cosa? ¿Por qué tiene que existir el bien? No hay virtud en el mundo, eso ha sido demostrado ampliamente. Una vez cometí la necedad de suponerlo, sin duda engañado por mi falta de conciencia, pero ahora veo con claridad la naturaleza de las cosas... El mundo mismo es un enemigo, que se lleva a quienquiera que ames —Jasperodus se interrumpió; cerca de él estaba Arcturus, los rasgos pastosos tensos en una expresión atenta—. No es a mí a quien debes dirigirte, filósofo. Arcturus es hombre más indicado para las discusiones éticas. Tiene un plan maravilloso para hacer entrar al mundo en vereda, según el cual la raza humana someterá aun sus decisiones más ínfimas a la dirección de un comité central, o sea Arcturus y sus amigos, que inevitablemente se caracterizarán por una febril ansia de poder —Jasperodus soltó una áspera carcajada y Arcturus, que en realidad había cambiado de opinión al presenciar la codicia y el vandalismo de la chusma de Subuh, lo miró con embarazo.

—Lamentablemente esta noche no tengo ganas de discutir —murmuró.

Jasperodus se volvió al viejo actor.

—Cuando nos conocimos, tú me ofreciste un espectáculo. Ahora seré yo quien te lo ofrezca, con una obra de mi pertenencia.

Se plantó delante de la orquesta, que estaba de nuevo en la sala, alzó las manos y pidió silencio. Todos callaron. Los sirvientes acomodaron a la gente en los asientos previamente designados. Jasperodus le hizo una señal al director para que empezara, luego ofreció al viejo un asiento frente a la orquesta y se instaló al lado de él.

Tras capturar el palacio Jasperodus había descubierto en los depósitos sus viejos papeles y pertenencias, entre ellas los pentagramas manuscritos de su sinfonía, una ambiciosa composición musical que concluyera justo antes que lo desmantelaran. Su deseo de escuchar la obra ejecutada ante una audiencia era la principal justificación de esa reunión, y la orquesta había pasado cuatro días ensayándola.

Al cabo de una pausa el director levantó la batuta.

La sinfonía se iniciaba con un acorde rotundo y sonoro que era interrumpido y reiterado en varios ritmos lentos. Luego, apaciblemente y con majestuosa cadencia, se desarrollaba el primer movimiento. Los temas subsidiarios eran largos, extraordinariamente inventivos, y se desplegaban con una compleja lógica barroca. Los motivos principales, por lo demás, poseían una suavidad y un distanciamiento cautivantes, expresados con arrebatadora sencillez, y avanzaban y retrocedían ya con simpatía, ya con vivacidad, a través de la urdimbre de sonidos.

Los movimientos se sucedían sin hiatos. No había dramatización excesiva ni búsqueda de efectos. La música era abstracta por el contenido; sólo comunicaba las emociones más impersonales. Hablaba del espacio infinito, del tiempo infinito, del

esfuerzo incesante, de las criaturas nacientes luchando contra la ciega eternidad. Así, en el moroso tercer movimiento, los cuernos restallaban intermitentemente contra un trasfondo sereno y atemporal de melodías penetrantes, sobresaltando con sus múltiples irrupciones.

Jasperodus había consagrado la totalidad de sus esfuerzos a esta obra. Sintetizaba todos los pensamientos y emociones de que se creía capaz, y no pensaba que pudiera mejorarla.

Había escrito una parte vocal para el último movimiento, que así quedaba transformado en una especie de oratorio en miniatura. Cuando las notas preliminares sonaron se levantó del asiento y se acercó a la orquesta.

Su grata y viril voz de barítono emergió como una entidad obstinada e individualista que a veces se fundía con el marco orquestal pero por momentos se apartaba de él para explorar tonalidades inconexas. Las palabras que cantaba pertenecían a una lengua muerta —copiadas de una descripción mágica de mundos místicos—, y eran solamente un pretexto para articular la voz. Su intención había sido la de incorporar luego el movimiento a una ópera, tomando un texto más inteligible de un libreto.

El cierre de la sinfonía atemperaba su carácter abstracto con sentimientos más personales y románticos. Inicialmente la ejecución vocal no hacía más que exhibir su fuerza pero pronto hallaba su dirección y expresaba una alegría esperanzada, que gradualmente se transformaba sin embargo en un despliegue de tensión estéril, vagando al parecer sin alivio a través de una vastedad árida y hostil, elevándose cada vez más. Sin perder su apasionamiento, al fin se derrumbaba en la desesperación, acompañada por serenas discordancias que evocaban la tiniebla y la tragedia. Y sin embargo, tras callar unos instantes para dejar que hablara la orquesta, ascendía de nuevo, esta vez con un grado de objetividad que era extraño, casi inhumano en su indiferencia hacia todos los sentimientos.

La voz de Jasperodus se apagó. La orquesta siguió entonando una nota persistente y zumbona, que a su vez no tardó en apagarse.

La audiencia, al menos los oyentes educados, estaba hechizada. Finalmente estalló en un aplauso entusiasta, y Jasperodus regresó a su asiento.

—¿Qué opinas? —preguntó al viejo.

El viejo no respondió de inmediato. Cabeceó lentamente y luego dijo:

—Las primeras presentaciones a veces suscitan juicios que luego uno inválida. No obstante, la declararé una pieza genial. Realmente las obras de los hombres son extraordinarias e ilimitadas.

—Pero esto no es obra del hombre —recalcó Jasperodus—. La he compuesto yo.

—A eso me refería. Tú eres obra de los hombres, ¿no?

Jasperodus hizo un gesto de desagrado.

—¿Me ves entonces como un mero depositario de los talentos humanos, sin ninguno que me sea propio?

—La pregunta carece de sentido. Sin duda estás construido para poseer habilidades que los hombres concibieron y desarrollaron, no los robots. Ésa es al menos la opinión científica. —Mientras el viejo decía estas palabras vagas, la negrura familiar que envolvía como un manto los sentimientos de Jasperodus se intensificó. Disgustado con la conversación, dejó al viejo y se alejó. Todos lo felicitaban efusivamente por la sinfonía.

—No me elogies —dijo abruptamente a una joven de hermosura deslumbrante, hija de un artista célebre, que aunque le miraba admirativamente el rostro le examinaba de soslayo el cuerpo—. Es un éxito vicario: la expresión de concepciones creadas por otros.

Arcturus se le aproximó.

—Durante el concierto me dieron noticias inquietantes —dijo en voz baja—. El Cuarto Ejército dejó la frontera hace dos días para unirse al Segundo Ejército, ya en marcha hacia aquí.

—Hmm —gruñó Jasperodus—. Bien, haz los preparativos para la defensa de la ciudad.

Lo despidió, pero minutos más tarde un mensajero desaliñado irrumpió en el salón y buscó a Arcturus. El comandante rebelde se acercó presuroso a Jasperodus con los ojos desencajados, y anunció con voz alarmada:

—¡La Alianza de Borgor ha lanzado un ataque fulminante contra el Imperio! ¡Acaban de atravesar la frontera!

—Sin duda han juzgado oportuno el momento —comentó Jasperodus—. Oh, bien. El Cuarto Ejército tendrá que retroceder para enfrentarlos. Al menos nos habremos quitado un problema de encima.

—Francamente me da la impresión que seremos asediados por los ejércitos imperiales o por Borgor... ¡O por ambos a la vez! ¡Demonios!

—¡Ja! —exclamó alegremente Jasperodus—. Lo que necesitamos son unas pocas armas nucleares. Entonces podríamos borrar a los invasores de Borgor y a las tropas imperiales de un solo golpe, mientras combaten entre ellas.

Arcturus se acercó aún más, miró a izquierda y derecha y le dijo:

—Eso no es todo. Acabamos de recibir noticias de que el emperador Charrane aterrizará en la Tierra en tres días.

—Un rumor infundado. Está en Marte..., a meses de distancia.

—La información proviene de una fuente fidedigna. En cuanto el emperador se hubo enterado de la revuelta se embarcó en una nueva nave secreta. Un crucero espacial extremadamente veloz que casualmente acababa de hacer un vuelo de prueba a Marte.

Esta nave es un cohete de propulsión nuclear capaz de aceleración constante; en consecuencia, reduce el viaje a menos de dos semanas.

—¡Vaya! —exclamó asombrado Jasperodus—. ¡Nuestro carismático Charrane! Su presencia cambia el color de las cosas. Después de todo, él es la voz inspiradora

del Imperio.

—¿Qué haremos?

—Sígueme.

Arcturus siguió a Jasperodus fuera de la basílica. Cruzaron la plaza, aún sembrada con los restos de la lucha. Una nueva serie de explosiones estalló en la ciudad. Minutos más tarde habían llegado a los hangares en el techo del ala norte.

—Supe que la historia de Charrane era verdad cuando mencionaste ese cohete —dijo Jasperodus—. Últimamente se han realizado ciertos progresos en propulsión nuclear. En un campo de pruebas de los alrededores de la ciudad encontré este avión y lo traje aquí.

El avión estaba a la intemperie, protegido por un cerco de lona. Tenía un fuselaje largo, elegante y ahusado, alas en delta, y descansaba como un pájaro sobre un trípode de patas altas. El diseño era inteligente. El casco de aluminio y titanio podía soportar el calor intenso y ganaba en fortaleza y liviandad gracias a una ingeniosa estructura de capas superpuestas.

Jasperodus bajó una sección del fuselaje que formó una rampa curva y enrejada que conducía a la cabina.

—¿Adónde vamos? —preguntó confundido Arcturus—. ¿Adónde vas?

—Fuera de aquí.

El rebelde lo miró, incrédulo. Tardó unos instantes en recobrar el habla.

—¿De veras te irás? ¡Te marchas! ¡Nos dejas cuando las cosas se ponen difíciles, cuando más necesitamos tu presencia! —el rostro se le aflojó, vencido.

—El candor fue siempre el defecto de los idealistas —dijo desdeñosamente Jasperodus—. ¡Usa la mente por una vez! ¿De veras pensabas que la rebelión podía tener éxito? Desde luego que no... ¡Ni por un momento! Fue fácil conquistar Tansiann, y hablábamos esperanzados de que el levantamiento pudiera extenderse a las otras ciudades del Imperio. Pero no ha sucedido así.

—Tal vez porque nos ha faltado iniciativa.

—Tal vez. ¿Cuál sería la diferencia? Estamos al mando de una chusma, un enemigo fácil para las tropas entrenadas del Imperio, te lo aseguro. De todos modos eso tampoco establecería muchas diferencias. Lo cierto es que un imperio como éste se pudre en el centro pero permanece relativamente saludable en la periferia. En las provincias fronterizas todavía hay suficiente vigor para reprimir una revuelta como la que hemos instigado aquí. Además, los habitantes de esas zonas, sobre todo en las provincias del norte, tienen más conciencia de la amenaza de un enemigo externo. Eso basta para que se nieguen a alentar cualquier rebelión. Además, me pregunto cómo reaccionarán nuestros seguidores cuando se acerquen los ejércitos de Borgor, especialmente si los precede un bombardeo con proyectiles.

Arcturus frunció el ceño.

—Tus propósitos son un misterio para mí. Todo cuanto dices puede ser cierto, pero no tengo pasta de desertor —y se volvió para irse.

Jasperodus lo aferró y lo empujó hacia la rampa con una risotada sardónica.

—No pienses que te he traído aquí para salvarte el pellejo. Necesito que alguien manipule el tablero de acción evasiva. Las regiones fronterizas del Imperio son un auténtico laberinto de pantallas de radar y bases de proyectiles tierra-aire. Es verdad que este aeroplano es una nueva concepción en ataque aéreo y puede volar sobre colinas y valles a pocos metros de altura como para evadir la detección de un radar, pero el viaje será largo y se pueden presentar contratiempos. Sube al avión.

Contra la fuerza superior de Jasperodus, Arcturus no podía hacer nada. Entró en la cabina a oscuras. Jasperodus cerró la portezuela. Pequeñas luces se encendieron en el tablero de instrumentos y les ofrecieron una iluminación tenue.

—Mejor sujétate —rugió Jasperodus, empujando a Arcturus a su asiento, ubicado detrás y a un costado—. Volaremos a casi tres mil kilómetros por hora.

Arcturus observó el tablero, consternado.

—No sé cómo operarlo.

Jasperodus lo ignoró y se preparó para el despegue. En esencia la nueva máquina era la simplicidad misma: un *jet* de reacción nuclear. Un reactor compacto de elevada temperatura calentaba el aire que era expulsado por el escape para impulsar la nave.

Jasperodus retiró los reguladores, y el centro del reactor se puso incandescente. Luego encendió la cápsula que iniciaba el flujo de aire a través de los conductos. Con un gemido estridente el motor arrancó. El avión se elevó verticalmente, el centro de gravedad sustentado por el único propulsor.

Cuando Jasperodus inclinó lentamente el propulsor hasta ponerlo en posición de vuelo lateral, el avión describió una curva acelerada que lo lanzó como una catapulta a través de la noche.

Una sensación de familiaridad se adueñó de Jasperodus. Era la segunda vez que usurpaba el poder para huir luego en una aeronave, ambas ocasiones en circunstancias similares.

—¡Ja! —volvió a decirse—. Es evidente que la repetición es típica de esta vida.

Dejaron Tansiann muy atrás. Jasperodus fijó el rumbo, luego dedicó media hora a dar instrucciones a Arcturus. El tablero defensivo, aunque se trataba de un prototipo como el resto del aparato, no era complicado. Pero de todos modos él le simplificó aún más la tarea; todo lo que Arcturus tenía que hacer era prestar atención a las señales de radio o la presencia de proyectiles interceptores, apretar los botones adecuados o seguir las instrucciones de Jasperodus. Aunque no era muy entusiasta como alumno, aprendió con bastante rapidez.

—Y quizás ahora me digas adónde nos dirigimos —refunfuñó.

—No tengo inconveniente en revelarte mis planes. Me propongo suicidarme, aunque el término es inapropiado, ya que nunca tuve vida —volviéndose, reparó en la azorada expresión de Arcturus—. No te preocupes —añadió con macabro humor—. No serás incluido en mi autodestrucción. Estoy obedeciendo a la necesidad de hacer un último acto antes del final: iré a casa para enfrentar a quienes me fabricaron.

Quizá les recrimine sus esfuerzos —quién sabe en qué pensaban, se dijo en silencio; seguramente sabían que esta autoimagen ridícula pronto chocaría contra la realidad. O quizás esperaban que me quedara con ellos, un hijo sumiso y obediente, y nunca me enterara de mi verdadera condición.

—No entiendo nada de lo que dices —dijo Arcturus—. ¿Por qué deseas destruirte?

—Estoy harto de esta muerte en vida, pese a mis esfuerzos de años.

—Al parecer, sufres alguna disfunción cerebral menor —aventuró Arcturus con cierta turbación. Sintió curiosidad y trató de interrogar a Jasperodus acerca de sus orígenes, pero el robot no le respondió.

Viajaron en silencio. Al cabo de un tiempo Jasperodus redujo la aceleración y bajaron a velocidad subsónica hasta una altura de pocos cientos de metros. Encendieron el radar especial que capacitaba al piloto automático para seguir los contornos del paisaje. Sólo una vez una estación de radar los detectó; Arcturus anunció que los seguía un proyectil, pero se estrelló contra una ladera cuando Jasperodus hizo virar el avión y luego nadie volvió a perseguirlos.

La noche se prolongó, tal vez porque viajaban en sentido contrario a la rotación del planeta, y Arcturus al fin se durmió, olvidado de sus deberes. Al amanecer volaban sobre Gordona (ya lejos de la red de radar del Imperio) y Jasperodus buscó la vía de ferrocarril que lo conducía a casa. Luego, tras volar exploratoriamente en círculos, localizó lo que le pareció el chalet de sus padres, una vivienda solitaria en medio de una parcela cultivada.

Bajó los alerones y el tren de aterrizaje y apuntó el retropropulsor hacia el suelo. El avión descendió con la gracia de una gaviota en un campo cultivado, y levantó una nube de polvo. Jasperodus esperó a que el polvo se asentara, luego bajó la rampa.

—Quédate aquí —le dijo a Arcturus—. Vuelvo enseguida.

Mientras caminaba hacia la casa advirtió que no todo estaba igual. Los robots de labranza seguían con sus faenas, pero hacía tiempo que no recibían servicio mecánico.

La máquina cosechadora se arrastraba por la tierra con muy poca eficacia en su tarea.

Más cerca del chalet, Jasperodus se topó con una sepultura que ostentaba el nombre de su madre. Se detuvo, luego siguió caminando y entró en la casa por la puerta abierta.

Dentro las cortinas cerradas sumían el lugar en penumbras. Se detuvo en la sala principal que vestía el habitual mobiliario doméstico que el viejo matrimonio utilizara durante media vida. Bajo el ventanal, tendido en una cama, yacía el robotista que Jasperodus —sin duda por un reflejo incorporado— llamaba su padre.

El hombre respiraba entrecortada y penosamente.

—¿Quién está allí? —preguntó con voz quebrada.

—Yo, Jasperodus, el robot que fabricaste hace una veintena de años.

Se acercó más, se agachó y se puso a calcular los años, impresionado. Cuando se hubo marchado, el hombre y su esposa estaban en el umbral de la vejez. Ahora, aun con veinte años más, lo encontraba relativamente lozano. Pero el rostro que lo miraba era vetusto, sufría las últimas etapas de una senilidad antinatural. Parecía tener mil años: los ojos opacos, amarillos y acuosos, apenas tenían vida; la piel floja evocaba un hongo putrefacto; las manos trémulas se aferraban como garras del cobertor sucio.

No era posible. ¿Acaso su padre sufría alguna enfermedad devastadora? Los dos se miraron fijo, cada cual sorprendido de lo que veía.

—Jasperodus...

—Sí, soy yo —aun mientras reflexionaba sobre el deterioro de la mente de su padre y la capacidad de responder las preguntas que tenía preparadas, Jasperodus las formuló casi sin darse cuenta—. Vuelve hacia el pasado. Estoy aquí para preguntarte una sola cosa. ¿Por qué lo hiciste? ¿Por qué me agobiaste con esta autoimagen ficticia, esta creencia en una conciencia que no poseo? Una obra sagaz, sin duda, ¿pero no reparaste en tu crueldad? ¿No viste que inevitablemente descubriría la verdad y...?

El viejo sonrió débilmente.

—Siempre supe que esa pregunta enigmática te traería de vuelta algún día.

—Un ser inexistente, un truco mecánico —acusó Jasperodus.

—No hay autoimagen ficticia, no hay truco mecánico. Eres totalmente consciente.

—Es inútil que me mientas —dijo Jasperodus, rencoroso—. He hablado con robotistas eminentes, incluso con Aristos Lyos, y además he estudiado robótica por mi propia cuenta. Sé bien que es imposible crear una conciencia artificial.

—En efecto. Lo que dices es absolutamente cierto. No obstante..., eres consciente —el viejo se movió débilmente—. ¡Mi gran invención! —dijo deslumbrado—. ¡Mi gran secreto!

Jasperodus se preguntaba si el viejo no estaría desvariando. Pero sin embargo el robotista parecía conservar cierta lucidez.

—Tonterías —dijo brutalmente.

Pero el otro volvió a sonreír.

—Al principio decidimos no contártelo nunca, para no afligirte con sentimientos de culpa. Pero es evidente que ahora necesitas saberlo. Escucha: es absolutamente cierto, no se puede generar conciencia artificialmente. Sin embargo, hace unos años realicé un hallazgo único: aunque no se la puede crear, sí es posible manipularla, transfundirla, inculcarla. Aprendí cómo conducirla, cómo encerrarla en una retorta robótica, por emplear mi propia jerga. Si otro hombre aprendió alguna vez este secreto lo ha ocultado muy bien, tanto como yo —hizo una pausa, tragó saliva, cerró los ojos un instante y luego continuó—. Para realizar estas operaciones, desde luego, antes se debe obtener la energía consciente, necesariamente de un ser humano. Tomamos la mitad del alma de tu madre, la mitad de la mía, y las fundimos para formar un alma nueva y original con sus propias cualidades individuales. Y así

naciste tú, nuestro hijo, en todo el sentido de la palabra, tal como si fueras de nuestra carne y de nuestra sangre.

Un largo silencio siguió a estas palabras. Finalmente Jasperodus reaccionó, aturdido tanto por la noticia como por la lógica compulsiva de cuanto acababa de escuchar.

—¿Entonces..., soy una persona, después de todo? —preguntó maravillado—. ¿Una criatura? ¿Un yo?

—Como cualquier otro ser humano. En realidad, tienes más conciencia, una conciencia más vigorosa que el humano normal, pues al fin ambos te dimos algo más de la mitad de nuestras almas. Aún recuerdo ese día, aunque hoy todo parezca brumoso. Se transformó en una ordalía en que cada cual intentaba impedir que el otro cediera demasiado. Fue una extraña experiencia sentir cómo el propio ser languidecía... Y sin embargo, había también una suerte de éxtasis, pues cuando la conciencia empezó a fluir fuera de nosotros pudimos sentir la fusión de nuestras almas. Hemos pagado un precio por lo hecho, desde luego, pues hemos perdido más de la mitad de nuestra vitalidad, y hemos envejecido prematuramente...

Jasperodus se apartó y caminó por el cuarto.

—Un precio demasiado alto, quizá.

—En absoluto. Sabíamos lo que hacíamos. Perder parte de la propia vida... Eso no es nada. Crear una vida... Eso vale mucho. Espero que no hayas lamentado que te diéramos la vida —la voz del viejo era ahora un susurro vacilante; parecía exhausto.

—He padecido muchas experiencias, y he sufrido bastante, sobre todo por la incertidumbre acerca de mi humanidad —recogió una estatuilla de madera de un armario, la contempló absorto y meditabundo—. ¿Cómo llegaste a descubrirlo? Es realmente asombroso...

El padre no respondió. Miraba las vigas del cielo raso bañadas por los haces de luz que penetraban por las aberturas de las cortinas.

Jasperodus se le acercó de nuevo.

—¿Y por qué guardaste el secreto? Mucha gente ha intentado fabricar robots conscientes. Es un hallazgo importantísimo, una verdadera contribución al conocimiento.

—¡No, no! Es una técnica demasiado peligrosa. ¡Piensa en las consecuencias...!

Actualmente las máquinas no son conscientes, pero algunas son inteligentes, y aun muy astutas. Unas pocas ya empiezan a sospechar lo que les falta. Si mi método se difundiera los robots tratarían de robar las almas de los hombres. Hasta es posible imaginar a la humanidad esclavizada por un sistema maquinal hiperconsciente, conservada con vida para proveer las almas necesarias... De este modo, la falta de conciencia es lo que impide la reafirmación de la superioridad potencial de la máquina. De modo que mi técnica morirá conmigo, y te imploro que jamás se la reveles a nadie.

Jasperodus asintió.

—Comprendo. Cuenta con mi promesa.

—Quizá nunca debimos emplearla, pero no podíamos resistir el deseo de tener un hijo.

—Hay una imagen que me ha acuciado de tiempo en tiempo, a menudo en sueños —comentó Jasperodus—. Muestra un horno que funde toda clase de artefactos mecánicos.

La visión ha sido tan temible por lo vívida, que me ha convencido que contiene alguna significación. Supongo que tú me la has puesto en la mente.

—Así es. Fue la única clave que te di con respecto a tu verdadera naturaleza. El fuego del horno, que derrite los objetos para que puedan ser utilizados de nuevo, es una analogía del fuego supremo, un fuego cósmico que derrite la estofa de la conciencia para que pueda ser moldeada en nuevos individuos. Yo descubrí ese fuego.

—Fuego supremo —dijo lentamente Jasperodus, meneando la cabeza—. Todavía estoy perplejo —confesó—. Al margen de los principios de la robótica, ciertos acontecimientos y circunstancias de mi vida me han convencido que carezco de alma... Por ejemplo, una vez fui desmantelado, y sin embargo cuando me reconstruyeron mi sensación de conciencia volvió. ¿Cómo se explica?

El cuerpo del padre se estremeció en un suspiro que pareció congregarse sus últimas fuerzas.

—¿De veras te ocurrió eso? —susurró—. No es imposible El alma, al no ser material, no se comporta siempre como una sustancia sujeta a leyes espaciales. Dentro de ciertos límites uno podría ser desmantelado en subcomponentes, y mientras se conservara cierto grado de integración biológica o robótica, el alma podría no disiparse.

—¿Y cuándo se disipa?

—En el horno cósmico al que son arrojadas todas las almas en el instante de la muerte.

En ese estanque común se moldean nuevos individuos.

—De modo que además de concebir una máquina consciente, también has resuelto el misterio de lo que ocurre al morir —recalcó Jasperodus con tono admirado y sombrío a la vez; trató de reflexionar, de abarcar todos los aspectos del problema para comprenderlo.

El viejo obviamente estaba agotado de tanto hablar, pero no podía resistirse a formularle las preguntas que le venían a la mente.

—Si tengo conciencia, ¿por qué no puedo localizar mi «yo»? Cuando entro en mi mente sólo encuentro pensamientos y percepciones.

—Así le ocurre a todo el mundo. El yo siempre permanece oculto. No puedes ver al que ve, la mente no puede asir al que piensa los pensamientos. El que ve, el que piensa, es «yo», el alma.

El robotista senil hizo un esfuerzo por erguir la cabeza, pero se desplomó con un

quejido vencido y jadeante.

—Lo siento —dijo Jasperodus—, ha sido una falta de consideración hacerte tantas preguntas. ¿Puedo hacer algo por ti? ¿No se puede revertir la operación que me dio vida?

Nada me costaría prescindir de cierta vitalidad, y tal vez te restaure la salud.

—Demasiado tarde. Mi condición es irreversible. En todo caso, tampoco lo consentiría.

Hay sólo una cosa que puedes hacer por mi, y es enterrar mi cuerpo al lado de la tumba de tu madre.

—Puedes vivir un tiempo todavía. Al menos puedo quedarme aquí para cuidarte.

—Tampoco es necesario —el hombre hurgó penosamente bajo la almohada y extrajo una pequeña píldora blanca—. Bien, Jasperodus. Elegiste seguir tu propio camino, pero veo que te has transformado en una persona digna. Me quedaría para oír cómo te fue, pero temo que eso dificultaría la despedida. De manera que adiós... Y que el resto de tu vida te depare satisfacciones.

—¿Es necesario? —preguntó Jasperodus fijando los ojos en la píldora blanca.

—Preparé esto para evitarme una existencia sin el uso de la mente durante las horas finales..., que de todos modos no serían largas. He postergado hasta ahora el momento de tomarla... Quizá subconscientemente presentía que vendrías y ahora que te he visto me siento pleno. No hay razón para demorarme más.

Con dificultad se llevó la píldora a los labios. Jasperodus estiró el brazo para arrebátarsela, luego lo retrajo.

Su padre murió apaciblemente en unos segundos. Jasperodus descorrió las cortinas y el sol entró en la polvorienta sala. Miró escrupulosamente alrededor, quería retener cada detalle, evocaba el momento de su fuga, cuando ignoraba el sacrificio del que era causa.

Luego recorrió la casa en busca de anotaciones, instrumentos, cualquier cosa relacionada con la robótica, aunque sin saber si estudiaría o destruiría el material o los utensilios relacionados con el gran hallazgo de su padre. Pero no encontró nada, su padre ya había dispuesto de todo.

Buscó una pala en el galpón y cavó una fosa al lado de la tumba de la madre. Arrojó el cuerpo del padre en una sábana, lo depositó en la fosa, la rellenó e hincó una sencilla tabla de madera con el nombre inscrito.

El trabajo le llevó apenas más de media hora. Luego permaneció un rato frente a la casa; observaba atentamente el paisaje que lo rodeaba, con las colinas húmedas y ondulantes y sus bosques, el cielo tachonado de nubes que se extendían y expandían por todas partes, y más allá la vasta inmensidad del vacío y las masas giratorias de estrellas remotas que por el momento no podía ver, y reflexionó acerca de la naturaleza del horno cósmico que había descrito el padre, donde todos los seres se fundían para formarse una y otra vez.

Lo maravilló el cambio que había acarreado este nuevo conocimiento. Sus

conflictos interiores, el resultado de su ignorancia, habían desaparecido. Se sentía inteligente, fuerte, consciente de sí mismo, y en paz...

Cuando regresó al avión, Arcturus lo notó pensativo.

—Bien, ¿y ahora, qué? —rezongó ácidamente el rebelde—. ¿Seguimos hasta el escenario de tu suicidio ritual?

—Espero que no me juzgues indigno si te anuncio que he cambiado de idea —le informó Jasperodus—. Viviré, después de todo. Regresamos a Tansiann.

—¿O sea que al fin y al cabo lucharemos contra Charrane y Borgor?

—Nuestra mayor esperanza reside en una reconciliación con Charrane..., aunque no sé si podré gobernar de nuevo con él —automáticamente su mente se puso a urdir varias estrategias; desenmascarar la perfidia de Ax Oleander, solicitar el regreso del emperador y cosas por el estilo—. No importa, sucederá lo que deba suceder. Aunque me vea forzado a renunciar a la vida pública hay muchas cosas que puedo hacer.

Arcturus refunfuñó, lo miraba despectivamente pero con curiosidad.

—Como deseas. ¿Pero cuál ha sido la razón del cambio?

—Supongo que te debo disculpas y explicaciones —dijo Jasperodus—, aunque serían largas y tediosas. Para mí ha sido un camino tortuoso el que me llevó a descubrir el sacrificio que fue necesario para darme vida. Ese sacrificio no puede ser vano, debe dar fruto. Crear, cultivar la humanidad, elevar la conciencia a nuevos niveles de aspiración, eso es lo que hay que hacer...

La rampa se cerró. Grácil como una gaviota, el avión nuclear se elevó del campo y voló gimiendo hacia el este.

FIN



BARRINGTON J. BAYLEY (Birmingham, Reino Unido, 9 de abril de 1937 - Shrewsbury, Reino Unido, 14 de octubre de 2008). Fue un escritor de ciencia ficción británico que utilizó los siguientes seudónimos: P. F. Woods, J. Barrington Bayley, Alan Aumbry, Michael Barrington, Simon Barclay y John Diamond.

Se educó en Newport, Shropshire y tuvo diversos empleos antes de unirse a la Royal Air Force en 1955. Su primer relato publicado, *Combat's end*, lo había sido el año anterior en la revista *Vargo Statten Magazine*.

Durante los años sesenta los cuentos de Bayley aparecieron regularmente en la revista *New Worlds* y, posteriormente, en varias antologías de *New Worlds* en formato de bolsillo, llegando a trabar amistad con el editor de la revista, Michael Moorcock, y uniéndose al movimiento New Wave, en boga en esos años en la ciencia ficción.

Su primer libro, *Star Virus*, fue seguido por más de una docena de novelas; su enfoque sombrío y deprimente de la escritura novelística se ha citado como influyente en los estilos de otros autores de ciencia ficción como M. John Harrison, Brian Stableford y Bruce Sterling.